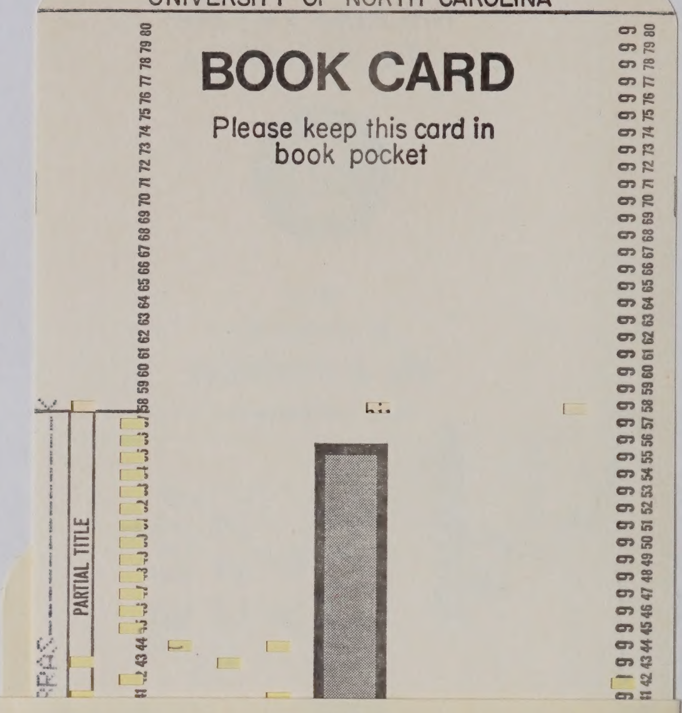
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8179
.C27
A6
1927



This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513,
Rev. 1/84

OBRAS

DE

DON RICARDO CARRASQUILLA

22 de agosto
1827—1927

BOGOTA
Imprenta de "La Luz"
590, carrera 7.ª

GO
C

OBRAS

PQ 8179
.C27
A6
1927

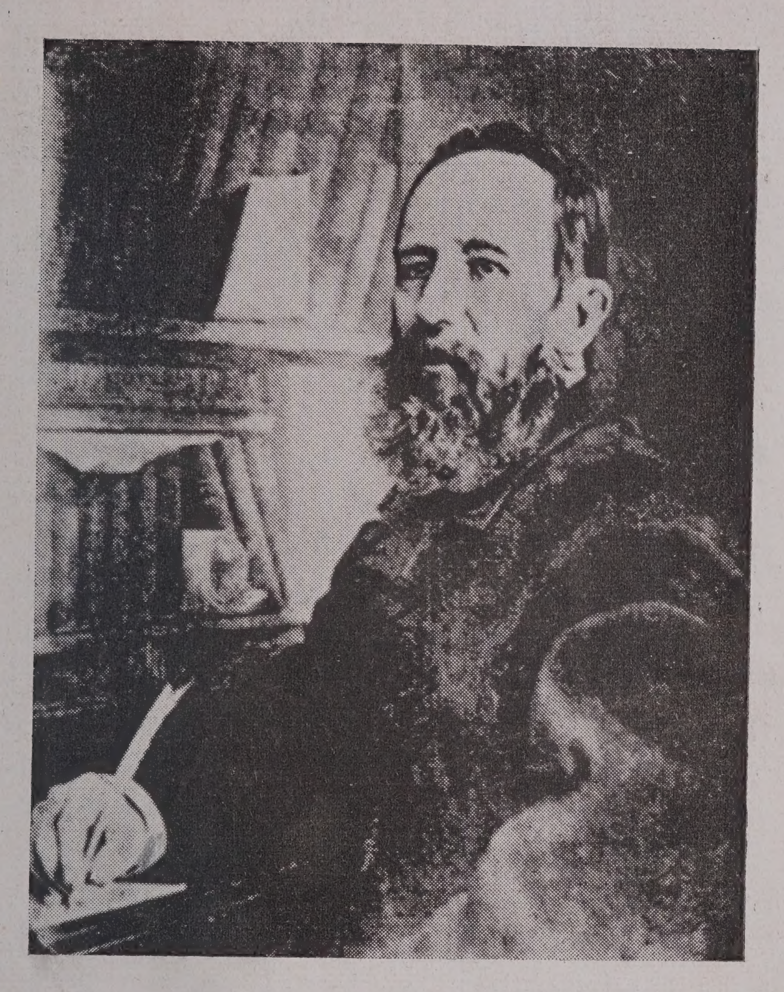
DE

DON RICARDO CARRASQUILLA

22 de agosto
1827—1927



BOGOTA
Imprenta de "La Luz"
590, carrera 7.ª



R. Carrasquilla



El recuerdo de don RICARDO CARRASQUILLA *perdura vivo en Colombia con la aureola de cristiano, de apologista católico, de orador eminente, de poeta regocijado y purísimo, de sabio educador de varias generaciones de hombres buenos.*

Como un homenaje a su memoria en el primer centenario de su nacimiento, los superiores y catedráticos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, del cual fue consiliario y catedrático, y donde es actualmente Rector su ilustre hijo Monseñor Rafael M. Carrasquilla, han creído oportuno recoger en este volumen sus principales obras y ofrecerlas al público, seguros de interpretar el querer unánime de la nación, de prestar importante servicio a la literatura patria, y deseosos de dotar a la juventud rosarista de modelos deliciosos en las disciplinas literarias y de recomendarle la persona del autor como dechado perfecto del cristiano, del caballero y del patriota.

Bogotá, 22 de agosto de 1927.





APUNTAMIENTOS

SOBRE RICARDO CARRASQUILLA

Especies sueltas

A pesar de nuestro parentesco, Ricardo y yo, aunque siempre nos tuteábamos, no nos tratamos sino muy poco, antes de 1840 (1).

En ese año fundó el señor Mosquera su seminario, y Ricardo y yo fuimos colocados en él como externos. Aun allí no nos tratamos mucho, y yo formé el concepto de que Ricardo era lo que los franceses llaman un muchacho *taquin*, y lo que los que hablamos castellano llamamos chuzón o zumbón. Yo mismo fui objeto de una de sus burlas.

El seminario se disolvió en noviembre del año mencionado, con motivo de los sucesos de la gran semana; y, cuando volvió a abrirse, Ricardo no volvió a sus claustros. Yo no seguí viéndolo sino accidentalmente y raras veces.

---

(1) En 1826 se casó el coronel de la Independencia don Pedro Carrasquilla con doña Cruz Ortega y Nariño. Era don Pedro natural de la villa de Honda, e hijo legítimo de don Tomás Rivera Carrasquilla, nacido en Sanlúcar de Barrameda, en Andalucía. Doña Cruz era hija legítima de don José Ortega, uno de los vocales de la Suprema Junta, el 20 de julio de 1810, y sobrina carnal del general Antonio Nariño. El coronel Carrasquilla fue nombrado gobernador del Chocó, y en Quibdó, capital de la provincia, nació su primogénito don Ricardo, el 22 de agosto de 1827. Trajéronlo a Bogotá a los once meses de nacido. Tuvo dos hermanas: Eusebia, que murió joven, y Belén, que fue institutora distinguida y falleció en 1906.

Ricardo se formó y se educó por sí mismo, y puede decirse que solo. Y tal vez aun los primeros pasos que dio, desde que salió de la niñez, los dio por su propio dictamen (1).

Cuando pudo figurar como institutor, atribuía su prosperidad y el crédito adquirido a las coplas que había compuesto. Podía, en parte, tener razón al afirmar eso; pero en él había un fondo de formalidad, de rectitud y de piedad cristiana, conocida a primera vista por los padres de familia y por los directores de colegios que depositaron en él su confianza.

Cuando empezó a enseñar, no sabía más que lo que, entre nosotros, se necesita saber para ser lo que él había sido, esto es, escribiente en una oficina. Cuando estaba empleado en el Instituto de Cristo tenía ya cierto lucimiento; y don José Joaquín Ortiz, director de aquel colegio, lo estimuló y lo puso en comunicación con otros aficionados a las letras. Entonces empezó a cultivar la poesía y a animarse a hacer algo más que *coplas*.

Ricardo se casó hallándose en suma pobreza; pero no lo hizo, como tántos otros lo hacen, por atolondramiento y falta de seso, sino porque no aspiraba a brillar por el lujo y gozar de comodidades, sino a llevar vida modesta y oscura; y además, porque confiaba en la Providencia. Tal confianza no quedó burlada. De entonces en adelante no volvió a verse en apuros pecuniarios, si bien tuvo siempre que trabajar y nunca gozó de desahogo (2).

Como muchos otros hombres de talento que he conocido, era inútil para negocios. A esto contribuía mucho su innato

---

(1) Don Ricardo, huérfano de padre desde niño, tuvo una madre admirable, de no común talento y energía. Fue ella quien dirigió los primeros pasos de su hijo y le infundió hondo, muy hondo, las creencias y virtudes que en él brillaron más tarde. Don Ricardo fue para su madre el mejor de los hijos.

(2) Se casó el señor Carrasquilla con doña Emilia Ortega, su prima hermana, hija del general José María Ortega Nariño y de doña Mercedes Párraga, natural de Valencia, y apellidada por el Libertador Bolívar *la heroína de Venezuela*.

desprendimiento, que no lo dejó habituarse a hacer cálculos ni estar en acecho de ocasiones para ganar dinero. Y no obstante su inhabilidad para negocios, fue él quien viendo los apuntamientos que yo había hecho sobre ortografía, advirtió que, si a ese trabajo se le daba la última mano, vendría a ser obra de gran expendio.

Distinguían a Ricardo la ecuanimidad, la serenidad y el valor pasivo para arrostrar las contradicciones menudas y los reveses graves; pero, como todos los individuos por cuyas venas corre la sangre de los Nariños, era en el fondo sumamente impresionable (1).

Esta condición de Ricardo hacía que fuera mal crítico. Si la primera impresión que recibía al leer o al oír una poesía era favorable, ya la oía toda con entusiasmo, y declaraba que la poesía leída era lo primero que se había escrito en Colombia (2).

Por el contrario, si la primera impresión era mala, toda la composición era condenada al punto y no cabía apelación ni defensa. En tales casos, sin dorar la píldora, le decía al autor: «Eso está abominable». En esto formaba contraste con Vergara y conmigo; pues siempre nos esforzábamos por dejar contentos a los principiantes, aunque nuestra conciencia nos estuviera dictando el *Eso es abominable*. Con todo, Ricardo estimuló como pocos a los escritores noveles, y en orden a esto no hizo menos que Vergara.

---

(1) Además, tenía el valor activo que desprecia el peligro y aun se complace en él. En 1854 se enroló en el ejército constitucional, y combatió, como soldado del *Batallón Salamina*, en la batalla del Puente de Bosa. Los antioqueños hicieron grabar una medalla de oro, que conservo, con esta inscripción: *Al valor del señor Ricardo Carrasquilla*. Después asistió al combate de Tresesquinas y a la toma de Bogotá, como ayudante del general Ortega.

(2) Entre los poetas que entusiasmaron así a Carrasquilla pueden citarse Belisario Peña, Mario Valenzuela, Jorge Isaacs, Diego Fallon y el mismo Marroquín.

Ricardo, a pesar de su exquisita sensibilidad, era el hombre en quien los que lo conocimos habríamos extrañado más los extremos, los aspavientos, las manifestaciones que olieran a afectación. Porque no lo era el enternecimiento que le embargaba la voz en ciertos pasajes de sus discursos, o cuando, en las premiaciones de su colegio, publicaba los primeros premios o tenía que encomiar los méritos de alguno de sus discípulos.

Quien veía o trataba a Ricardo por primera vez, formaba el concepto de que era *serio* (es decir, estirado). Ricardo no empleaba para saludar o para despedirse sino dos o tres palabras y las profería con sequedad. *Buenos días, ¿Qué tal?, Mis señoras, señor Arzobispo, Adiós, Hasta luégo.* No acostumbraba preguntar a nadie por su salud, ni por la familia, ni mandaba memorias. Perc a poco que se le hubiera tratado, se echaba de ver que ese aparente desabrimiento era señal de la culta sencillez y de la franqueza que lo distinguían.

En la conversación tampoco tenía nada de meloso, ni creo que en su vida dirigió a nadie una expresión lisonjera de aquellas con que todos tratamos de ganarnos la voluntad de otros. Y con todo esto, a las mujeres, y no a las bachilleras ni a las viejas, sino a las muchachas, las hechizaba la conversación de Ricardo. El sabía tomar parte con espontaneidad en aquellas conversaciones de las muchachas, compuestas de frivolidades y de nonadas que son las únicas que ellas siguen sin hacerse violencia y con *entrain*. A más de cuatro vi yo llenas de asombro, al oír a aquel don Ricardo, en quien nunca habían creído poder hallar sino un pedagogo severo, cargado siempre de graves sentencias.

Aun mayor era el asombro al verlo de jarana, en noche de tertulia casera, bailando o haciendo papel en un sainete improvisado. Para esto último tenía las admirables disposiciones que han sido comunes en la familia de Ortegas. En tales fun-

ciones tomaba parte sin *alborotarse*, pero de bonísima gana, y se divertía en ellas cuando tenía cincuenta años como si sólo tuviera veinte.

Para quien, ignorando lo que es la verdadera y genuina piedad cristiana, observara la vida y costumbres de Carrasquilla, había en él un contraste singularísimo: el que puede ofrecer la devoción de un cristiano ferviente con cierta libertad propia de la gente mundana.

Su fe era tan maciza como la del carbonero más rudo, como la del apologista más ilustrado. El celo por la gloria de Dios y la salvación de los prójimos fue en él una especie de pasión dominante. En todo lo que se proyectaba o se trataba, lo primero que consideraba era la influencia moral o religiosa que podía ejercer. ¡Cuántas veces no le oí decir: «Con eso se puede hacer bien!»; y les descubría consecuencias buenas o malas aun a cosas que parecían indiferentes. En la conversación con sus amigos, le brotaban observaciones cristianas y no raras veces argumentos nuevos para probar los dogmas de la fe. Cuando compuso sus *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*, no tuvo sino que poner por escrito lo que era materia ordinaria de sus conversaciones (1).

Fue de los fundadores, en Bogotá, de la Sociedad de San Vicente de Paúl, y varias de las conferencias establecidas en diversos lugares e incorporadas a la Sociedad Central, lo reconocen como su fundador exclusivo. Por allá en 1866, creá-

---

(1) Su carácter de apologista, sus conocimientos en religión, sus servicios a la Iglesia no lo indujeron nunca a arrogarse autoridad doctrinal, a trazar línea de conducta a los obispos y sacerdotes, a dirigir la acción católica. Con el arzobispo, con su cura, con el menor de los sacerdotes era tan dócil como un niño.

Tuvimos ocasión de oírle al Ilmo. señor Arbeláez, poco antes de su última enfermedad, estas palabras dirigidas al señor Carrasquilla: «Don Ricardo, usted es uno de los pocos laicos católicos militantes, de quienes nunca he tenido motivo de queja, y siempre motivo de gratitud».

mos la *Sociedad de estudios religiosos*. Carrasquilla fue quien concibió la idea y trabajó para que se llevase a cabo.

En ejercicios espirituales hizo muchas veces, en el refectorio mientras las comidas, conferencias con gran fruto y lucimiento. Pocos días después de unos ejercicios en que las había hecho, iba Ricardo por una calle, y de golpe le salió al encuentro un maestro barbero que había estado en los ejercicios y lo abrazó llorando: Ah! señor don Ricardo, le dijo, ¡qué lástima que usted se hubiera casado!—¿Y por qué?--Porque usted debía ser sacerdote (1).

Ahora bien; este hombre, a la vez cristiano viejo y campeón de la Iglesia, con armas y arreos a la moda del siglo XIX, tenía aficiones de *cachaco*. Entre mozos evaporados imponía respeto que no dejaba se deslizasen las lenguas, pero que por lo demás hacía tan buen papel como el mejor de ellos. Hago mención de esto, como podría hacerla de cien mil cosas más, para hacer patente que en Ricardo no había ni pizca de intolerancia ni de gazmoñería.

Si en vista de lo que acabo de decir, hubiera podido alguien tener a Carrasquilla como hombre mundano, en vista de otras cosas habría podido haber quien, sin conocerlo a fondo, lo tachara de frívolo. Fuéra de los sainetes improvisados y de otros entretenimientos caseros, contrarios al gran tono, tenían para él atractivo irresistible los toros, las funciones de acróbatas, de prestidigitadores, de equitadores, y todo espectáculo de los que, con mayor o menor afectación, dicen los hombres graves que se deben dejar para los niños. Y hay que advertir que él confesaba ingenuamente esta afición.

Antes de dejar de hablar de aficiones, diré que era dominante en él la que lo inclinaba a todo lo tradicional, a todo to antiguo, a todo lo que, no siendo *confort* moderno y ostentoso,

---

(1) Un eminente jesuíta colombiano declaró, en una plática de ejercicios en Cajigas, que debía su conversión al catolicismo y su vocación sacerdotal y religiosa a unas conferencias de don Ricardo Carrasquilla.

fuera *sabroso.* Para él no había cosa como ir después de comulgar a tomar chocolate en la tienda de don Pastor Losada.

Llegó casi a viejo sin haber viajado más que hasta Chapinero por el Norte, hasta Fontibón por el Oeste, y hasta La Peña y Tunjuelo por los otros dos puutos. Esto hizo que tuvieran para él encanto infinito los paseos que hizo a Chiquinquirá y al Magdalena. Cuando refería estas excursiones, le infundía a úno vivo deseo de haberlas hecho con él. Se conocía que no había perdido nada de lo sabroso que puede encontrarse en uno de nuestros viajes a la antigua, y que todo lo había saboreado deliciosamente.

Tan campechano era, que se recreaba lo mismo asistiendo a una magnífica ópera o alternando en una conversación con personas discretas y de ingenio, que ejercitándose en juegos de niños: tenía, verbigracia, grande afición a echar cometa. De muchacho no había andado en zancos; un día que teníamos unos a la vista, le propuse que los tomara; y, sin titubear y sin dar un paso en falso, echó a andar en ellos. No hay para qué decir que lo hechizaba todo lo campestre, con especialidad montar a caballo.

Tales aficiones no probaban frivolidad, ni apocamiento de espíritu sino aquella frescura juvenil que sólo es dado conservar en edad madura a los privilegiados que no se dejan inficionar por los hálitos del mundo, aunque vivan en medio de él, y que saben gozar y expandirse, aun alejados de estos refinamientos de lujo y de placer que tanto agitan y enturbian la vida en este siglo y que preparan y anuncian la decadencia y la ruina de las sociedades modernas.

Por otra parte, nadie se interesaba como él por el progreso del país y los nuevos descubrimientos científicos. Sin precisarse presuntuosamente de conocedor, admiraba muy de veras toda belleza artística. Su genial predilección por la vida modesta y *el estilo común y moderado* no se oponía a que supiera estimar lo brillante y lo magnífico, siempre que fuera de buen gusto.

Dije arriba que podría haber quien creyera observar contraste entre el fervor religioso de Carrasquilla y su desenfado de hombre de mundo. No había tal contraste. Lo que en él podía pareder desenvoltura era resultado, más que de su carácter, de la facilidad con que andaba por el camino derecho. Para los que viven cayendo y levantando, no hay medio: o el ascetismo o la disolución. Carrasquilla no necesitó entregarse a los rigores del ascetismo «para evitar el pecado mortal». Los que para otros habrían sido peligros y tentaciones, para él no lo eran.

Su libertad de espíritu era pasmosa. En ciertas épocas estuvimos confesando y comulgando juntos cada ocho días; y yo veía que se preparaba para los sacramentos en un abrir y cerrar de ojos. Yo le decía que era indispensable meditar, y él me respodía con aire de quien no piensa en lo que está diciendo: «Pues paseándose, o haciendo cualquier otra cosa, puede úno hacer las reflexiones necesarias» (1).

Ricardo no rezaba sino muy poco y no se afanaba por inscribirse en hermandades. Pero le encantaban las prácticas religiosas antiguas y sencillas, como los pesebres o nacimientos de Nochebuena, las novenas de la Inmaculada y del Niño Dios, la práctica de enflorar la cruz de mayo y la de saludar al progenitor o al amo, recitando el *Bendito.* Le cargaba mucho el que se hiciera distinción entre la religión y la moral.

---

(1) Muy profundas tuvieron que ser aquellas reflexiones, hechas en apariencia al desgaire, que produjeron la integridad de aquella vida y dieron materia a las conferencias religiosas que convirtieron pecadores, como los sermones del sacerdote más docto y dado a la contemplación.

En 1881 se dieron ejercicios a los presos del Panóptico de Bogotá. Un presidiario se resistió tenazmente a confesarse. Decía que era inocente del crimen porque estaba condenado y que no podía perdonar a su calumniador. Carrasquilla fue, como socio de San Vicente, a preparar a los presos para confesarse. Les hizo el Viernes Santo una explicación de la palabra del Salvador: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.* El rehacio pecador empezó a sollozar, y acabó por gritar en medio del concurso: *Sí me confieso, sí perdono.*

¡Cuánto le agradó la respuesta de un indio de Nemocón, muy viejo, que para informarlo de que su mujer había muerto, le dijo: «alzó de obra».

La caridad de Ricardo con los pobres era inagotable. A los que iban a su casa, y la casa de Ricardo estaba el día entero llena de pobres, los recibía en la sala o en el escritorio; tenía con ellos aquellas urbanidades que dije arriba no acostumbraba con las personas de alcurnia; se interesaba y se conmovía con el relato de infortunios y dolencias; no dejaba ir a ningún pobre con las manos vacías, a menos que se hubiera agotado la última moneda de la gaveta, el último pan de la despensa, y la última prenda del ropero (1).

Todas las modestias debían ser como la modestia de Carrasquilla. El no ocultaba ninguno de sus defectos, ni ninguna de sus prendas. Jamás hizo alarde de ninguna virtud, de ningún talento, de ninguna habilidad, de ninguna ventaja; y jamás se disculpó o excusó de lo que pudiera serle desfavorable, nunca negó el mérito que los demás le atribuían.

Su ingenuidad llegaba a tal punto, que cierto día en que se estaba hablando de manos bonitas, uno de los presentes dijo que las de Ricardo lo eran (y dijo mucha verdad), Ricardo se las miró, y dijo: «Hombre, de veras; yo no lo había notado, son las de mi madre» (2).

---

(1) El señor Carrasquilla padeció, en los últimos años de su vida, fuertes accesos de asma. Un día, que estaba con uno de ellos, en la alcoba, oyó que las señoras de la casa despedían a una pobre vergonzante, diciéndole que no tenían qué darle. Un rato después, don Ricardo se puso el sombrero y, fatigado y anhelante, subió hasta el barrio de Egipto a llevarle a la infeliz la suma que había solicitado. Súpose este rasgo, meses después, de boca de la favorecida.

(2) Esta modestia del señor Carrasquilla nacía de su profunda humildad cristiana, sencilla e ingenua como la de los niños chiquitos, que es el modelo propuesto por el Salvador; no aquella otra humildad falsa, y por falsa antipática y repelente, que sirve de escudo contra las

Carrasquilla no hacía nada siguiendo máximas de las que han inventado y adoptado los que malamente llama el mundo filósofos, y que en realidad son o maniáticos u hombres vanos y afectados. El procedía siempre, como deberíamos proceder todos, con aquella naturalidad que únicamente estamos seguros de encontrar en los niños (1). En esto fue igual Carrasquilla a todos los hombres verdaderamente serios y estimables que he conocido.

Quien, sin haber ahondado en el carácter de Ricardo, fuera a formar concepto sobre lo que él debía ser en política, lo

---

censuras y de anzuelo para los elogios, y que el P. Alonso Rodríguez llama *humildad de garabato*.

El ápice de la humildad es el perdón de las injurias. Lo oíamos decir a don Ricardo: «Pagaría yo porque me injuriaran, porque es tan *sabroso* perdonar!» Un señor publicó, en cierta ocasión, una violenta diatriba contra el señor Carrasquilla y contra su colegio. A poco vino a suma pobreza, y entonces don Ricardo se vengó pidiéndole que le permitiera admitirle a un hijo interno en el colegio, sin pagar pensión. hasta concluír los estudios. Lo tuvo por varios años, e hizo de èl un hombre que ha brillado por su talento y virtudes.

(1) En cierta ocasión, un personaje se creyó aludido en una letrilla de don Ricardo, resolvió desafiarlo y le mandó sus padrinos. Presentáronse ellos con aquel aire fingido de tétrica gravedad que parece ser de rigor en tales casos.

—Dígale a X que no me bato, porque tengo miedo.

Y sin una palabra más los despidió secamente.

Pocos días después se encontró con el señor X. y lo saludó como si nada hubiera pasado.

—¿Es cierto que usted tiene miedo de batirse conmigo?

—Sí, señor.

—¿Miedo de qué?

—De dejar viuda a mi mujer, huérfanos a mis hijos; de cometer un homicidio si yo lo mato a usted; de irme derecho al infierno, si usted me mata a mí. ¿Le parecen pocos motivos?

El otro le estrechó cariñosamente la mano.

formaría muy errado, si sólo viera en él al cristiano fervoroso, al hijo humildísimo de la Iglesia, al católico propagandista. «Ese hombre, diría, ha debido ser el más intransigente, y ha debido mirar con horror a los liberales. Hasta ha debido tener fuertes simpatías por Fernando VII».

Pero no hubo jamás admirador más ferviente que Ricardo de los próceres y los héroes de la independencia; ninguno profesó como él franca y cordial amistad a sus adversarios en creencias y opiniones. Por Samper tenía profundo cariño, aun antes de su conversión, y no era menor el que profesaba a Ricardo Silva. Se lo tenía cordialísimo a Salvador Camacho Roldán, a Ricardo Becerra, a Aníbal Galindo, a Teodoro Valenzuela, a Rafael Eliseo Santander, y a otros de aquellos que se ligaron a él, mediante la afición a las letras. Y no era que, por debilidad, les hiciera buena cara y excusara el contradecirlos: siempre que había ocasión, se les encaraba resueltamente, y sin dar lugar a que se suscitara una enfadosa disputa, les contradecía si soltaban alguna expresión poco ortodoxa; o, si no era el caso de contestar algo que hubieran dicho, no vacilaba en hacer delante de ellos la afirmación más capaz de escandalizarlos (1).

Ya he dicho que Carrasquilla se educó a sí mismo. Sus primeras tareas pedagógicas le sirvieron para instruírse en todo

(1) Muchas veces le oímos al señor Carrasquilla, al disputar con Camacho, Valenzuela, Silva o Galindo, aquellas que un español llamaría *atrocidades*. Se nos iban y venían los colores a la cara, aguardando el peor de los desenlaces. Pero aquellos señores, que no habrían tolerado cosa semejante en otra boca, sonreían de contento, como el abuelito ante las diabluras del nieto preferido. Y no porque tomaran a niñerías las sentencias de Carrasquilla. Samper afirma que a ellas debió su conversión a la fe; los otros la respetaban y temían; pero lo querían tánto, que no lograban enfadarse. Cuando Carrasquilla escribió los *Ecos de los zarzos*, la más regocijada y furibunda censura al General Mosquera, llamó para leérsela a todos sus amigos mosqueristas. Rieron como muchachos. Carrasquilla bien sabía que sus adversarios políticos eran sus íntimos amigos, eran perfectos caballeros.

lo elemental, y gradualmente fue adquiriendo, a fuerza de talento enorme y de estudio tenaz, el conocimiento de las materias que tenía que enseñar. En su *Liceo de la Infancia* aprendió la gramática castellana y la lengua francesa, que conocía a fondo; se hizo historiógrafo y matemático y filósofo (1).

De lo único que tuvo maestro fue de latín: con Carlos Martínez Silva y con Emiliano Isaza, y creo que también con su hijo Rafael (2), estuvo, por largos meses, recibiendo lecciones de Miguel Antonio Caro. Literato se hizo, mediante la lectura

---

(1) En historia y matemáticas, el señor Carrasquilla aprendió lo que se hallaba en los libros más adelantados de su tiempo. El elogio del señor Marroquín es exagerado. Pero no lo es tratándose de la filosofía. Carrasquilla fue uno de los poquísimos colombianos que no se limitaron a aprender a Tracy, o a Balmes, o a Ginebra o a Spencer, sino que se formaron para sí y para los demás, un sistema filosófico completo, fundado en el pensamiento ajeno y completado con el propio.

Su temperamento, su carácter, lo inclinaron más a lo ideal que a lo experimental: era más discípulo de Platón que de Aristóteles, más de San Agustín que de Santo Tomás. Sus autores predilectos eran De Maistre, Augusto Nicolás y Balmes. Pero del primero no recibía la identificación entre la causa de la monarquía y la de la Iglesia; rechazaba en el segundo la tendencia tradicionalista, y no aceptaba al tercero sino con beneficio de inventario.

Así como no se escribe el *Catecismo de la Doctrina Cristiana* del P. Gaspar Astete, sin ser teólogo profundo, así no se producen los *Sofismas anticatólicos* sin ser profundo filósofo.

Cuando el autor de estas notas estaba acabando de estudiar teología, le dijo un día el señor Carrasquilla que le explicara la divergencia entre tomistas y molinistas respecto a la gracia y a la predestinación. Díjole el seminarista lo que su catedrático le había enseñado, y don Ricardo repuso:—La doctrina tomista debe ser la verdadera.—¿Por qué, padre?—Porque Molina deja más satisfecha la razón, pero Santo Tomás deja más a salvo la grandeza, y el poder y el dominio de Dios. Esta respuesta basta para pintar a un hombre.

(2) Y cree bien.

y el trato con todos los hombres que, en Bogotá, cultivaban las letras (1).

A que aprovechara las singulares dotes que había recibido de la naturaleza para ser orador, contribuyeron su celo religioso y su profesión de institutor (2).

Entre cuantos hombres inteligentes y cultivados he conocido, ninguno ha aventajado a Carrasquilla (considerado como orador y como poeta) en facilidad, en naturalidad, en falta de pretensiones. Ni a él mismo se le hubiera ocurrido jamás tenerse por erudito, ni a nadie podrá ocurrírsele calificarlo como tál. Lo que había estudiado en largos meses en la *Summa* de Santo Tomás, lo citaba, si se ofrecía citarlo, con aire de quien se refiere a un suelto de *El Telegrama*. Cada cosa docta que decía, la decía como si esa sola hubiera llegado a su conocimiento, o como si por pura casualidad la hubiera oído.

En nadie habría disonado más que en Ricardo el empleo de un arcaísmo o de otro recurso literario propio de quien aspira a pasar por clásico.

---

(1) Lectura significa dos cosas. «Dos clases de lectores hay, decía don Diego Fallon, unos que siempre pasan las hojas de atrás adelante, y otros que las pasan, á menudo, de adelante a atrás». Vimos al señor Carrasquilla, durante varios meses, detenido en una página. No pertenecía a ninguna de las dos clases descritas por Fallon.

(2) Párrafo es éste de verdadero crítico. El orador necesita un dón natural. Aquel aforismo: *el poeta nace y el orador se hace*, es una de las mayores tonterías que haya inventado el vulgo. *Hacer* a Cicerón es como *hacer* a Virgilio; Marco Tulio *nació* orador como Marón *nació* poeta. La oratoria es, después de la poesía—antes, dicen algunos—lo supremo del arte. Y el arte requiere la disposición natural, el *quid divinum* desarrollado por el estudio y el esfuerzo. No es orador el que no siente, el que no se inflama, el que no ama, el que no detesta. La cátedra enseña a ser claro. Nuestros mayores oradores han sido catedráticos: entre los políticos, José Ignacio de Márquez, Florentino González, M. M. Mallarino. Carlos Holguín, Nicolás Esguerra; entre los sagrados, Manuel Fernández Saavedra, Federico Aguilar, Carlos Cortés Lee.

Pretendía no saber escribir en prosa, y por eso cuando estaba escribiendo algún artículo, pasaba al verso, con la misma delectación con que úno deja en la Boca del Monte la mala mula en que ha subido, y toma un coche o un buen caballo para seguir su viaje. Tal incapacidad para escribir en prosa era pura aprensión. Lo que había era que la suma facilidad que tenía para metrificar lo convidaba a hacer versos, siempre que tomaba la pluma. Si hubiera ejercitado en la prosa, habría sobresalido en ella; pues, con haberla escrito tan pocas veces, la que hizo se distingue por las dotes que parecen más comunes, pero que, en realidad, son las de más precio: lo terso, lo claro, lo natural.

Carrasquilla solía improvisar, pero en ello no había nada admirable, porque casi todo lo que compuso en verso fue improvisado. Yo me habría admirado menos de oírle tocar en el piano una sonata de Schubert, que de verlo elaborando pacientemente una poesía a usanza de Fallon.

La primera improvisación de Ricardo de que tuve noticia fue una que hizo en Fusagasugá, por allá en 1844. Estaban a la sombra de una enredadera un amigo nuéstro y una niña Cadena con quien le daban bromas. Ricardo, al verlos, prorrumpió :

Ortiz bajo el emparrado:
Agobiado de su pena,
Sólo piensa en la cadena
Que lo tiene aprisionado.

Una noche estábamos en *mosaico* en casa de Samper, e inopinadamente se nos apareció el doctor Manuel Murillo Toro, presidente a la sazón de la República. Cuando fuimos a tomar la copa precursora de la merienda, alguien le dijo a Ricardo que brindara. Se puso en pie y dijo:

Mi brindis es muy sencillo:
Aunque algunos somos godos,
Brindemos alegres todos
Por nuestro amigo Murillo.

Tenía también facultad para imitar las maneras o estilos ajenos. Díganlo las imitaciones de Trueba que hizo en la época en que Vergara nos infundió su tierna devoción a este poeta. Por fortuna, como a Ricardo le salían sus poesías como brota el grano de la tierra, es decir, sin que úno sepa cómo, ni por qué, él estuvo a mil leguas de restringir el empleo de su talento, haciéndose imitador de poeta alguno. Aquellos remedos de Trueba fueron meras travesuras, ni más ni menos que el romance *A don Murillo.*

Al intitular *Coplas* la colección de sus poesías, y al dar siempre el propio nombre a todas sus composiciones en verso, Carrasquilla, si bien incurriendo en una exageración y cometiendo consigo mismo una injusticia, hizo patente que conocía bien a qué linaje pertenecía principalmente el talento poético de que estaba dotado.

En efecto, Carrasquilla era poeta festivo, y si sólo hubiera compuesto las poesías no festivas que produjo, no ocuparía el alto puesto que merece y tiene entre los escritores colombianos (1).

Es cierto que, fuera de las composiciones jocosas, hizo varias en sumo grado delicadas y tiernas, en que expresó afectos hondos y supo excitarlos en el lector; pero el que examine la colección de sus versos, puede echar de ver cuánto exceden en número y en originalidad los jocosos a los de otros géneros.

Y decir que las poesías festivas hacen ventaja a las otras, es mucho decir, pues entre las serias se hallan algunas como *Los soldados de Colombia*, *El abrazo*, *Por qué vencimos*, que bastarían para labrar la reputación de un poeta.

Pero si Carrasquilla, en sus composiciones serias, no dejó de ver lo más alto de su inspiración, sí descubrió dotes de ar-

(1) Carrasquilla, en casi todas sus poesías jocosas, encierra alguna alta enseñanza moral. Se parece a Vital Aza, a quien Carrasquilla no alcanzó a conocer. Son semejantes en la facilidad, en la gracia; Aza más rico de lenguaje, Carrasquilla más intencionado y filósofo.

tista exquisito. Jamás incurrió en defectos de principiante, ni dejó escapar una sola expresión contraria al buen gusto.

Como el género jocoso comprende muchas especies, diré, para hacerme entender, que en lo satírico y lo humorístico era donde la musa de Carrasquilla traveseaba más a contento.

Prueba de sus sentimientos cristianos y al mismo tiempo de su fecundidad es que, siendo inclinado a la sátira, nunca ofendió con ella a persona determinada, o a lo menos no censuró *nominatim* sino a quien había cometido faltas públicas y en ejercicio de públicas funciones (1). Digo que esto probaba su fecundidad poética, porque el vituperar con gracia es infinitamente más difícil cuando la censura va dirigida contra clases enteras que cuando tiene por objeto alguna persona señalada.

Hay un libro de Carrasquilla, el más serio de sus escritos en el fondo, el que lo acredita de filósofo y teólogo de nota, que puede, sin embargo, clasificarse entre sus más festivas composiciones: los *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*. En cada uno de los párrafos del ingenioso librito se presenta con soflama una comparación que hace al lector reírse en sus adentros de las paparruchas que la impiedad ha puesto en circulación.

Las composiciones humorísticas de Carrasquilla son inimitables, y no he escogido al tun tun el adjetivo. Estoy persuadido que es más fácil imitar a Herrera en la *Batalla de Lepanto*, que a autores que, como Carrasquilla, sacan de una nonada materia para hacer reír, tan de buena gana, como hace reír *La Opera*, *Yerros de imprenta* y otros *juguetitos* de Carrasquilla.

Ricardo no fue jamás periodista, ni miembro de congreso, ni de asamblea, ni siquiera de cabildo.

Que no hubiera sido periodista, se explica por su genial repugnancia a cargos con atenciones menudas y prolijas, y por

(1) En su trato privado, el señor Carrasquilla jamás inventó, ni refirió, ni aplaudió gracejo alguno contra el prójimo.

su aprensión de no poder escribir en prosa. El no haber tenido cargos de elección popular se justifica por la circunstancia de haber subido al poder el partido contrario en la época en que Ricardo empezó a ser generalmente conocido y estimado.

Mucha curiosidad da de saber qué habría sido y a qué puestos habría sido llamado después de 1886. Lo que sí sé es que no habría aceptado destino ninguno sino obligado por la consideración de que la conciencia lo obligaba a aceptarlo.

Como institutor, Carrasquilla se apartó de la rutina. Detestaba los reglamentos. Su práctica era disponer y resolver en todo lo que se ofrecía, consultando el criterio cristiano y la experiencia, y procediendo según las circunstancias. Abominaba los textos de enseñanza, y no los admitía en su colegio sino para las clases en que son absolutamente indispensables, como en las de idiomas extranjeros. No multiplicaba las órdenes, no empleaba castigos dolorosos o infamantes, ni regañaba sino raras veces, y si lo hacía, lo hacía lacónicamente.

Me falta decir cómo se reanudaron mis relaciones con Ricardo, después de nuestro breve condiscipulazgo en el Seminario. En 1856, poco más o menos, Felipe Pérez, a cuyas manos había caído un ejemplar manuscrito de *La Perrilla*, la publicó en la *Biblioteca de Señoritas*. Carrasquilla y Vergara la vieron y me escribieron una carta en que me decían que si esa perra tenía cachorros, se los mandara. Yo, que vivía entonces en *Yerbabuena*, les envié varias composiciones mías, precedidas de la dedicatoria en estilo antiguo, que después se han publicado. En mi primera ida a Bogotá, los busqué y los encontré atareadísimos en la empresa de coleccionar y publicar las poesías de Mario Valenzuela. En esos días todos tres nos vimos con Pepe Santander, y él nos invitó a que fuéramos a su casa ciertas noches *a tomar chocolate de media canela, fumar y mentir, de cuatro a seis horas, como decía el canónigo Saavedra.* Ese fue el origen de los *mosaicos*.

Hacia la época mencionada, fue cuando Ricardo vio mi

trabajos ortográficos y tomó a pechos, con grande eficacia, el que yo les diera la forma que les di.

Mi amistad con Ricardo no fue literaria, como fueron muchas de las que él y yo tuvimos con otros. La que nos unió fue infinitamente más seria, más íntima y más sólida que la que hubiera podido deberse a una afección que nos fuera común. A esa amistad debí mucho como cristiano. Sus conversaciones tuvieron, sin que ni él ni yo nos lo propusiéramos, el resultado de aficionarme a los estudios, a las reflexiones y observaciones que tienden a probar o a hacer resplandecer las verdades católicas. Yo no he sacado partido de esa afición en beneficio de los demás, o sólo la he sacado como institutor; pero a mí mismo me ha servido grandemente.

A Carrasquilla y Vergara les debí también el desenvolvimiento de mi afición a las letras: sin el trato con ellos, yo no habría hecho más de lo que ha hecho algún pariente mío: habría compuesto una décima de cuando en cuando y se la habría mostrado a algún santafereño aburrido.

En Carrasquilla tuve, además, un buen consejero en ocasiones críticas, y tuve quien, con corazón de verdadero amigo, compartiera mis penas cuando no había consejo que pedir para poder remediarlas (1).

Y ya que hablo de Ricardo considerado como amigo, añadiré que como tál no era delicado o quisquilloso, ni exigente; de suerte que el ser amigo suyo no era una sujeción. Tengo seguridad de que, si se le hubieran muerto en un día su mujer y sus hijos, y yo no le hubiera dado el pésame, él no habría variado para conmigo. Ricardo no sabía llevar cuenta de visitas ni de cartas.

J. MANUEL MARROQUÍN

Abril de 1894.

---

(1) El señor Carrasquilla poseía el dón de aconsejar sabiamente. Lo que dice el señor Marroquín, lo dirían, si se presentara la ocasión, muchas personas que aún viven. Podriamos citar nombres de lo más eminente que tenemos en Colombia, que se dejaban dirigir en todos sus asuntos por el señor Carrasquilla.

ADICIONES

A los datos no consignados por el señor Marroquín y que he puesto en notas al pie de las páginas, añado, a modo de apéndice, otros, para completar el fidelísimo retrato íntimo de mi padre

SUS LECTURAS

Leía y estudiaba mucho, pero no muchos libros. Prefería releer los que más le agradaban. Ya dije que, entre los filósofos, eran objeto de su preferencia Balmes, Augusto Nicolás y De Maistre. De las *Veladas de San Petersburgo* decía que era el mejor libro que se había escrito en el siglo XIX.

De autores ascéticos, había leído a San Francisco de Sales, a Granada, a León, a Malón de Chaide y al P. Alonso Rodríguez; pero su obra predilecta, la que no soltaba de las manos, era la *Imitación de Cristo*. Mudaba cada rato de ejemplar, porque le regalaba el de su uso a la persona que iba a buscarlo en solicitud de consejo en las dudas o consuelo en las penas.

A la iglesia no llevaba devocionario, excepto en los oficios de semana santa. Oía toda la misa de rodillas, apoyados los brazos en el puño del bastón, con los ojos cerrados y sin despegar los labios.

En punto a literatura castellana, conocía a fondo los poetas clásicos, en las colecciones de Quintana y de Mendive y Silvela; no le era extraño ninguno de los del siglo pasado; pero tenía marcada predilección por los hispanoamericanos. Era admirador de Bello, pero más que en las *Silvas americanas*, en las imitaciones de Víctor Hugo. Por Ortiz, como poeta, tenía veneración no menor que la que le profesaba como bienhechor y como apologista. *La última luz* era lo que más le gustaba de Ortiz. Belisario Peña lo hechizaba, y nadie ignora el juicio altísimo que tenía formado de Fallon. Pero su autor poético favorito era José Eusebio Caro. Sabía de memoria to-

dos los versos del canto de Delina; y yo lo oía a menudo, paseándose solo en su cuarto, recitar con énfasis estrofas de Caro. Después seguían para él, Rafael Pombo y José Antonio Calcaño. Se deleitaba sobre manera con la composición *Liendo o el valle paterno* de Casimiro del Collado.

Como se ve, mi padre, nacido y educado en la época romántica, no se contagió con las exageraciones de los imitadores de Zorrilla y Espronceda, y sus autores predilectos eran los de gusto más exquisito. Lo mismo se advierte, como arriba lo apuntó el señor Marroquín, en los versos que mi padre compuso.

Extraño parecerá, pero es cierto que no recitaba nunca poesías jocosas, ni mostraba entusiasmo por ningún poeta festivo.

EL ORADOR RELIGIOSO

Al tratar de él como orador, forzoso es clasificarlo, con algunas reservas, entre los oradores sagrados. No tenía el carácter sacerdotal que unge los labios del predicador con el óleo sobrenatural, ni poseía la autoridad docente recibida de Jesucristo mismo, ni su teatro era el templo de Dios vivo, ni su vestidura las de los ministros del Altísimo. Su calidad de secular le permitía modos y recursos oratorios vedados al sacerdote. Pero, hechas estas distinciones importantísimas, los discursos de mi padre eran, si no sermones a lo Bourdaloue, sí conferencias al estilo de las de Nuestra Señora de París.

No redactó jamás un discurso de antemano, ni aun tomó notas escritas ni hizo apunte alguno. Se preparaba paseándose en su cuarto o en los corredores; trazaba el plan, concebía y ordenaba las ideas, pero dejaba la forma confiada al calor del discurso mismo.

Así dispuesto, subía a la tribuna. Era de elevada estatura, grueso y bien formado, con rostro en que se hermanaban la gravedad y la dulzura. Tenía voz de bajo profundo, pero tan sonora que se dejaba oír en los más dilatados recintos. Fluía a torrentes la palabra sin una vacilación, sin repetirse, sin una

muletilla ni un tropiezo. La acción oratoria era amplia, majestuosa, solemne. El discurso, al calor que brotaba de aquel pecho, encendía el verbo como ascua; y todas esas condiciones producían en los oyentes una impresión tal, que no se borraba después por entero, en todo el curso de la vida.

Jamás calcó sus discursos sobre plan ajeno. Aun las verdades más conocidas, los argumentos más trillados se remozaban al pasarle por sus labios. El hábito de enseñar en la cátedra hacía que los pensamientos estuvieran en el orden más perfecto, y que fueran tan claros como el agua pura. *No le entendí*, es frase que nadie, por rudo que fuera, pronunció nunca al oír a mi padre.

Entonces no había taquígrafos en Bogotá, y los discursos del insigne orador católico se perdieron para siempre. Pero quiero valerme de esta ocasión para declarar que algunos sermones míos que han gustado, ciertos fragmentos de discurso que han alcanzado algún aplauso, han sido calcados sobre conferencias o pasajes que oí a mi padre hace más de treinta años. Y ¿qué habrá quedado de esos trozos al pasar, desteñidos, casi borrados por el tiempo, de aquella mente y aquellos labios a mi tímida fantasía, a mi lenta dicción?

Me acuerdo del exordio de una conferencia pronunciada en la iglesia de Zipaquirá, al inaugurarse la *Juventud católica*, me parece que en 1874:

«Camilo Antonio Echeverri empezó, en ocasión memorable, un discurso con estas palabras: Siento algo como miedo, algo como rabia. Yo también siento miedo, por el lugar en que estamos, lleno de la majestad de Dios vivo; por la grandeza del asunto que voy a tratar; por el número y la calidad de mis oyentes. Pero no siento rabia, sino amor; amor a Jesucristo, mi Redentor muerto por mí; amor a la Verdad, que es Dios mismo y cuyas máximas voy a recordaros; amor a la Iglesia, mi madre, por quien daría gustoso la vida; amor a vosotros, que sois mis hermanos, porque nacimos de las manos y del soplo de Dios, renacimos de *las vivas fuentes del bau-*

tismo, somos herederos de un mismo reino, y ciudadanos de una sola patria, la libre Colombia, rescatada con el heroísmo y la sangre de nuestros mayores».

EL INSTITUTOR

A más de los datos exactos que trae el señor Marroquín, daré algunos otros sobre mi padre, en calidad de institutor. Su labor educadora fue una de las más extensas, profundas y durables que haya habido en Colombia.

Jamás hubo lecciones más amenas que las suyas, aunque enseñara las materias más áridas, como álgebra o lógica. Los jóvenes, los niños mismos preferían *la clase de don* Ricardo a cualquier pasatiempo propio de su edad; y con todo, donde él menos enseñaba, era en las aulas. Trataba a sus discípulos como amigos, como camaradas, sin la menor mengua de la autoridad y el respeto; conversaba con ellos como lo hacía con el hombre más ilustrado, se interesaba por los asuntos de los muchachos, les inspiraba la más viva confianza, se hacía consejero de sus dudas y confidente de sus penas.

Reemplazó los castigos dolorosos, universales en su tiempo, por la vigilancia más nimia; pero tal que no era carga ni humillación, ni motivo de inquietud para los alumnos. Al mismo tiempo inventó una serie no interrumpida de estímulos que no dejaban en inacción ni a los más perezosos.

Le debí mi educación desde que tuve la primera percepción en la cuna, hasta que entré interno al seminario; y todavía en los tres años primeros de mi sacerdocio, últimos que vivió sobre la tierra, tuvo decisiva autoridad sobre mí. Nunca me alzó en brazos, ni aun de pequeñito, no me besó ni me hizo caricias jamás; no me tuteaba, y me enseñó a tratarlo de *sumerced*, y a decirle *Padre*, a secas. Y me inspiró para con él un amor tal, que no creo me quepa en el corazón afecto natural más intenso y vivo; se ganó mi más absoluta y ciega confianza, hasta el punto de confiarle mis propias faltas; se hizo mi amigo íntimo, irreemplazable y después no reemplazado.

No estuve con él en el colegio sino en una clase de religión, ni yo alcancé a estudiar en aquella época sino las materias elementales. Y, sin embargo, sin darme clases, ni señalarme lecciones ni tareas, ni hacerme leer por mi cuenta libro alguno, cuando llegué al seminario me admitieron directamente con lo que sabía, a los cursos de teología sagrada.

Estudió mi carácter e inclinaciones naturales; y él, poeta de la escuela romántica, me hizo amar y estudiar los autores del más puro clasicismo; él, seguidor del idealismo sano en filosofía, me forjó discípulo devotísimo y convencido de Santo Tomás.

Jamás me hizo la más ligera insinuación sobre el estado o la profesión que yo hubiera de abrazar. El día que le comuniqué, antes que a nadie, mis deseos de entrar al seminario, no manifestó sorpresa, ni alegría, ni pena. Me dio unos pocos consejos, que mucho me sirvieron en el corto tiempo del estudio y me han aprovechado en los ya largos del sacerdocio. ¡Ojalá los hubiera yo observado mejor

LA VIDA ÍNTIMA

Mi padre era gran madrugador. Jamás se le dejó sorprender por la luz del día en la cama, y eso aunque hubiera trasnochado la víspera.

A las siete de la mañana estaba en la puerta del colegio, para recibir los estudiantes externos. Después emprendía un largo paseo a pie, al cual lo acompañaba yo de ordinario. En los últimos años se nos juntaba el señor don Diego Fallon. El término de aquellas caminatas eran Puente Aranda, Chapinero o San Cristóbal. Una vez me llevó hasta Guadalupe, y regresamos poco después de la hora ordinaria.

Almorzaba a las nueve de la mañana, e inmediatamente se dedicaba al trabajo del colegio y del estudio hasta las dos, hora en que comía. No lo vi una sola vez atafagado, o dando señales de cansancio, o con muestras de afán. Después de comer y de un cuarto de hora de reposo, volvía a la labor hasta las cinco. Tornaba a pasear, esta vez generalmente a San Diego.

Fue en esos paseos donde vi a casi todos los personajes de las letras y la política *temporibus illis*. No trabajaba por la noche. Nos reunía a todos y nos hechizaba, y enseñaba con su animada e interesantísima conversación. Si no estaba invitado fuéra, se recogía temprano.

Era aseadísimo en su persona. Sus vestidos, sin llamar la atención, no se conformaban por lo general con la moda. Por la calle llevaba sobretodo de color oscuro, sombrero de copa y grueso bastón que se echaba generalmente al hombro.

No pidió jamás a mi madre, ni a nosotros, ni a los criados cosa alguna para su servicio personal. Por ejemplo, si deseaba un vaso de agua, iba al comedor a servírselo; si le hacía falta un pañuelo, acudía al escaparate a sacarlo. En el colegio lo vi regañar alguna vez; en casa ni una sola.

Era muy parco en la mesa, y no advertía la calidad de los platos que le servían. No fumaba, ni tomaba en casa vino ni licores. Pero no hacía alardes de puritano y temperante en casa ajena, sin dejar por eso de ser sobrio y moderado.

INFLUENCIA LITERARIA

Si algún título tiene Colombia al respeto y estima de las naciones hispanoamericanas y al de España misma, son sus méritos literarios; nuestros laureles han sido ganados en el campo de las bellas letras. Ellas, haciendo amigos personales de los adversarios políticos, han suavizado en parte nuestras acres contiendas, e impedido que las guerras civiles lleguen al grado de ferocidad que las ha distinguido en otras naciones latinas del nuevo mundo. Los que han estimulado el cultivo de la literatura han sido beneméritos de la patria y la civilización.

Entre ellos, después de don José Joaquín Ortiz, merecen la primacía los socios de *El Mosaico*, en especial José María Vergara y Ricardo Carrasquilla. Ya el señor Marroquín nos dijo arriba cuánto les debió, en particular al segundo; y los pintó «atareadísimos en la empresa de recoger y publicar las poesías de Mario Valenzuela».

Vergara, que vivía husmeando, como los avaros las ganancias, jóvenes a quienes estimular y ensalzar, llevó una noche del año 1864 al Mosaico a Jorge Isaacs, mozo hasta entonces ignoto, recién llegado del Valle del Cauca. Leyó el novel poeta algunas de sus composiciones en verso, y quedó resuelto por todos los presentes apadrinar a Isaacs y costear a escote la publicación de las poesías. La edición tiene un breve prólogo firmado por J. M. Samper, J. Manuel Marroquín, Ezequiel Uricoechea, Ricardo Carrasquilla, Aníbal Galindo, Próspero Pereira Gamba, Diego Fallon, J. M. Quijano Otero, Rafael Samper, Teodoro Valenzuela, J. M. Vergara Vergara, Ricardo Becerra, Salvador Camacho Roldán y Manuel Pombo.

Poco después el señor Isaacs habló del plan de una novela caucana que tenía formado en la mente. Se lo hicieron exponer, narrar la acción; lo animaron a empezar a escribir, aplaudieron cada capítulo que iba presentando, ayudáronle a la corrección de manuscritos y pruebas, y al fin apareció *María*, la joya más preciada de la literatura novelesca en Colombia.

Carrasquilla y Vergara descubrieron otra piedra preciosa, en estado nativo y sin tallar, en un trapiche cercano al pueblo del Colegio. Don Eugenio Díaz, con un prodigioso talento natural de observación, había escrito una serie de cuadros, rebosantes de verdad, de vida, de colorido local, sobre gentes y costumbres de tierra caliente. Tomaron los dos amigos los informes manuscritos, los ordenaron y diéronles enlace; corrigieron, rehicieron más bien, la redacción y publicaron la célebre *Manuela*.

Por los años de 1860 habían llegado a Bogota los escritos de Larra y los de Mesonero Romanos. Los del *Mosaico* resolvieron explotar aquella mina por su cuenta, y empezaron a ensayarse en los cuadros de costumbres. Aquello sirvió para que se revelaran los talentos de Ricardo Silva y José David Guarín, para que Marroquín y Vergara produjesen lo más ático y delicado de su haber en prosa, y aparecieron dos gruesos volúmenes de *Cuadros de costumbres*, donde hay verdaderas joyas literarias.

Finalmente varios de los hombres que después figuraron con honra en las letras colombianas, fueron discípulos del *Liceo de la Infancia*, que así se llamaba el colegio de mi padre, y dirigidos por él, hicieron sus primeros ensayos. Citaré, entre muchos, a los señores don Ruperto Gómez, don Carlos Martínez Silva, don Ignacio Gutiérrez Ponce, don Francisco A. Gutiérrez.

SU MUERTE

Mi padre había sido hombre de robustez y salud físicas a toda prueba. En los últimos años empezó a padecer, de tarde en tarde, accesos de asma, a los cuales no dieron importancia ni él mismo, ni los médicos que consultó.

A fines de noviembre de 1886 me fui a pasar vacaciones a Medellín. Salió a acompañarme hasta la plazuela de San Victorino, donde tomé el carruaje que me debía llevar a Facatativá. Mi padre, al despedirnos, me dio un estrecho abrazo. El último para mí. No le volví a ver sobre la tierra.

El 13 de diciembre se sintió muy mal del pecho. Tres eminentes facultativos diagnosticaron bronquitis catarral, sin gravedad ni peligro. Aunque estaba sufriendo mucho, no guardó cama. El 24, por la mañana, se levantó y pidió que le llamaran al doctor José María Plata, su confesor. Díjole que él sentía que no le quedaban sino pocas horas de vida, que iba a disponerse a morir haciendo confesión general, y que le rogaba que, a mi vuelta de Antioquia, me hiciera algunas recomendaciones, que el doctor Plata me comunicó más tarde.

Al salir el confesor, entró una de mis hermanas. Mi padre le dijo: «Ya estoy listo para presentarme delante de Dios; que venga cuando quiera». Añadió luégo: «Si me agravo, cuiden de hacerme poner el santo óleo». No habló de comunión, porque se habían presentado síntomas que se la hubieran impedido. «Padre, le dijo mi hermana, hoy es Nochebuena».—«Si hija, hoy es mi día».

No volvió a hablar de la muerte ni de cosa alguna relacionada con ella. Por la tarde se redujo a la cama, y dijo que se

sentía muy aliviado, sin opresión en el pecho y con facilidad para respirar. Al hacer un movimiento para mudar postura, los circunstantes vieron que estaba expirando. Mi madre le acercó el crucifijo y le ayudó a buen morir. El presbítero doctor Manuel José de Cayzedo, actual arzobispo de Medellín, discípulo predilecto de mi padre, le administró la extrema unción. Y sin dolor, sin agonía, sin esfuerzo, pasó aquella hermosa alma a los brazos de Dios, cuya gloria había sido «la pasión dominante» de don Ricardo Carrasquilla.

Su rostro no se inmutó con la muerte; al contrario, adquirió un aire de imponente y dulce majestad. Dos días y dos noches estuvo expuesto, en ataúd destapado, en la humilde salita de casa. Por allí desfiló una multitud incontable de personas, de toda condición, todo estado, toda opinión, toda creencia. Como si hubiera existido una consigna, entraban en silencio, se hincaban ante el féretro, muchos llorando y sollozando, oraban un rato y salían.

Los jóvenes religiosos del convento de San Francisco, a quienes mi padre había dictado gratuitamente lecciones de literatura, enviaron un hábito franciscano, con este recado: «Mandamos la mortaja que el señor Carrasquilla nos pidió como única recompensa por lo mucho que hizo por nosotros».

La familia deseaba que las exequias se celebrasen muy modestas en la iglesia de La Tercera; pero el señor Arzobispo Paúl y el Capítulo Metropolitano dictaron un acuerdo para que los funerales se hicieran en la Catedral, a costa de la Iglesia. El domingo 26 iba a celebrarse una procesión del Santísimo Sacramento que salía de la iglesia de La Candelaria, para recorrer las calles adyacentes. Como mi padre murió en una casa arriba del citado templo, su cadáver pasó bajo arcos de flores, y entre el regocijado repique de las campanas. Las vastas naves no bastaron a contener el concurso, que siguió todo hasta el cementerio. Allí, no diré que hablaron, sino que dejaron desbordar el corazón los señores don Wenceslao Montenegro, don Ricardo Pardo, don Carlos Posada, don Alejo Posse Martínez, don Antonio Gómez Restrepo y don Rafael Jiménez

Triana. Los dos últimos eran casi niños, y aquellas poesías fueron acaso sus primeros ensayos.

En varias poblaciones de Colombia los párrocos celebraron honras solemnes por el alma de mi padre; en diversos diarios de Venezuela, Ecuador, Perú y Chile aparecieron afectuosos artículos necrológicos.

Pocos días después del entierro de mi padre, un discípulo suyo, don Pablo E. Murcia, puso una rica y artística lápida de mármol negro en el sepulcro del amado maestro.

Ocho años después, el General don Rafael Ortiz insinuó la idea de que los discípulos de mi padre le elevaran un monumento en el cementerio. El pensamiento fue acogido con calor y, en pocas semanas, se recaudó la suma necesaria y se construyó el sepulcro. El día de trasladar a él los restos mortales del poeta, se renovaron el concurso, la emoción, las lágrimas de la otra fecha. Con mi padre no se ha cumplido la máxima de la *Imitación de Cristo*: «En quitando al hombre de la vista, presto se va también la memoria».

A refrescar esa memoria amadísima ha venido hoy una voz de ultratumba; voz autorizada como pocas; voz de cariño fraternal, de admiración, de reconocimiento.

Gratísimo ha sido para mí juntar los nombres de José Manuel Marroquín y Ricardo Carrasquilla, como estuvieron ellos dos unidos en la tierra, y espero que se hallarán en el seno de Dios justo y clemente que premia y perdona.

Amabilès et decori in vita sua, in morte quoque non sunt divisi (1).

R. M. C.

(1) *Libro de los Reyes*. Cap. I, vers. 23.

DIOS

Existe un sér, hijo mío,
Invisible,
Grande, eterno, incomprensible,
Cuya omnipotente voz
Sacó el universo entero
De la nada;
Es el cielo su morada,
Y su santo nombre, Dios.

El agita el insondable
Oceano,
Y luégo extiende su mano
Y calma la tempestad;
El sólo sabe el secreto
De su sér;
Sólo El puede comprender
La inmutable eternidad.

La luz benéfica y pura
Del sol bello
Es levísimo destello
Del esplendor de su faz;
Y mil siglos y otros mil
En presencia
De su infinita existencia
Son un instante fugaz.

Cuando oigas el huracán
Impetuoso,
Que rebramando furioso
Sacude tu habitación,

No temas, si no has perdido
La inocencia:
Invoca al Dios de clemencia
Y pide su bendición.

Cuando en la callada noche
Las estrellas
Derramen puras y bellas
Su esplendor,
Alza tus ojos al cielo
De rodillas;
Y junta tus manecillas
Para alabar al Señor.

Al despertar cada día,
Reverente,
Alza del lecho la frente
Y haz humilde tu oración;
Por la noche al entregarte
Al reposo,
Pide al cielo, fervoroso,
Que te dé su bendición.



LA NOCHE-BUENA

A RAFAEL

Es media noche; misteriosos ruidos
Oigo sonar confusos y mezclados:
El apacible soplo de la brisa,
De las campanas el clamor lejano,

El blando són del rumoroso río,
El cantar melancólico del gallo,
Y del péndulo el golpe igual y lento,
Que del tiempo los pasos va marcando.

Al través de la estrecha celosía
Penetra de la luna el tibio rayo,
Y da en la faz de mi adorado hijo,
Que sosegado duerme entre mis brazos.

La Virgen Madre en este mismo instante
Miraba, en el pesebre reclinado,
Al tierno niño tiritar de frío,
Sin tener un hogar donde abrigarlo.

Oh! con cuánto placer yo trocaría
Por esa dura piedra del establo
Esta cuna de mimbres, que no há mucho
Mullí yo mismo con mis propias manos!

Déjame, oh Virgen, contemplar tu hijo;
Toma al mío un instante en tu regazo;
Concédele siquiera una mirada,
Pues tú sabes muy bien cuánto te amo.

Tuyo es, oh Madre, enteramente tuyo;
Y si quieres que vaya allá a tu lado,
Manda a la muerte que en el mismo instante...
Ay! no la mandes, no, lo quiero tánto!...

Cuando mi esposa al despertar supiera!..
Sí, déjalo vivir; y de su labio,
Antes que el nombre de su buena madre,
Saldrá tu nombre dulce, inmaculado;

Y cuando luégo la razón despierte
Sobre su frente virginal; y cuando
En el triste sendero de la vida
Dé vacilante sus primeros pasos;

Yo lo guiaré al momento ante tus aras,
Yo lo guiaré cogido de la mano,
Y haré que ofrezca en ellas diariamente,
Las frescas flores del risueño mayo.

Pero si acaso en malhadado día,
No lo permita el cielo! mancillado
Lo he de ver por el crimen, si atrevido
Ha de ultrajar tu nombre puro y santo,

Sin compasión arráncale la vida
En este mismo instante, aquí en mis brazos;
Porque es mejor llorarlo hoy inocente,
Y no mañana pérfido y culpado.



LA VIRGEN MARIA

En el principio Dios Omnipotente
Hizo la tierra, el mar, el firmamento;
Y de la nada levantó la frente
El universo al escuchar su acento;
Y rodaron más mundos de su mano
Que las leves arenas que aprisionan
El férvido Oceano;
Y fue la luz, que súbito pasea
La etérea inmensidad, en el momento
En que sus labios pronunciaron: «Sea!»
Mas el ángel, el hombre, el universo
Fueron de su poder ligera muestra;
Y alargando la diestra,
«Hágase», dijo Dios, y fue María,
En cuya pura frente
Todo el amor del Hijo relucía,
Todo el poder del Padre Omnipotente.

Sobre el pálido disco de la luna
Estampando sus huellas,
La augusta faz levanta
Coronada del sol y las estrellas.
Es más blanca su frente
Que las ovejas de Galad, más bellos
Sus ojos de paloma que el planeta
Que vierte a la mañana sus destellos;
Exhala de su boca
Purísimos olores,
Süaves como el hálito
Que despide la reina de las flores;
Gallarda es su cintura
Como la antigua palma
Que levanta su copa en la llanura;

Resplandecen sus cándidos vestidos
Como del sol la fecundante llama,
Cuando en sereno día
Su ardiente luz desde el zenit derrama;
Es más grato su acento
Que el plácido rüido de las mieses,
Cuando las bate el viento
En el ardor de los estivos meses;
Es.... mas intento retratarte en vano:
Con tu hermosura mi altivez humillas;
Y caigo al contemplarte de rodillas,
Y escápase el pincel de entre mi mano.



LA PRIMERA COMUNION

A MARÍA JOSEFA

Ven a los brazos de tu tierna madre,
Hija del corazón, hija querida;
Vén, y derrama en su amoroso seno
El puro llanto que en tus ojos brilla.
Para estampar mis labios en tu frente,
De leve gasa y de jazmín ceñida,
Deja que a impulso del respeto santo
A tus plantas me postre de rodillas:
Hoy es tu corazón el templo vivo,
Donde humildoso y escondido habita
Quien las estrellas con su aliento apaga,
Quien con su aliento las estrellas cría.
Deja que llore de placer, no enjugues
Las lágrimas que inundan mis mejillas;
El llanto alivia el alma, cual la lluvia
Plantas y flores por el sol marchitas.
El cielo está de fiesta; de tu guarda
El Angel santo con amor te mira,
Y siembra en tu camina frescas flores,
Y los abrojos cuidadoso evita.

Cual bandada de cándidas palomas
Que llegan a una fuente cristalina,
Entre la niebla matinal envueltas,
Y ávidas beben en las puras linfas;
Todas, de incienso entre la vaga nube,
Llegasteis al altar, cuando exponía
El sacerdote el celestial Cordero,
Que los pecados con su sangre quita.
Los ángeles, velados con sus alas,
En copas de diamante recogían

Vuestras preciosas lágrimas, tributo
De viva fe, de amor dulces primicias;
Y la Reina del Cielo con su manto
A la infernal mirada os escondía.

Conserva intacta la nupcial corona:
Sus delicadas hojas se marchitan
Con el soplo del mal; presto, muy presto
Entre sus flores brotarán espinas;
Mas bendice el dolor que el alma eleva,
Y acepta el cáliz que el Señor te brinda.
Guárda como perfume delicioso,
Guárda el recuerdo de tan santo día;
Y la gracia de Dios enlazar quiera
Este con el postrero de su vida;
Y cuando el santo viático te anuncie
La luz perpetua, la inefable dicha,
Entrégale a la muerte esa corona,
Sin que una sola flor esté marchita;
Y que con ella tu cadáver orne,
Y que tus sienes virginales ciña.

Ven a los brazos de tu dulce madre,
Y a mis brazos también, hija querida;
Ven, y derrama en nuestro amante seno
El puro llanto que en tus ojos brilla.
Ven como sueles, respetuosa y tierna,
Póstrate a nuestras plantas de rodillas:
Hija del corazón, hija del alma,
Seas mil veces del Señor bendita!

DIOS

Dios es quien es; la inmensidad, su manto;
La creación, diadema de su frente;
Las dos eterninades, su presente;
Verdad, belleza, amor, su nombre santo.

Bajo su pie se hunden con espanto
Los firmamentos; es la luz ardiente
Sombra de su mirada omnipotente;
Angeles y hombres, de su gloria el canto.

Con innúmeros soles de diamante,
Vi su poder inmensurable escrito
En la cóncava esfera rutilante;

Y de pasmo y amor lanzando un grito,
¿Dónde, exclamé, se esconde tu semblante?
—En las alturas de mi sér habito.



HIMNO DEL NIÑO AL DESPERTAR

TRADUCCIÓN DE LAMARTINE

I

Oh padre mío, a quien mi padre adora!
A quien sólo se nombra de rodillas,
A cuyo nombre formidable y dulce
Mi buena madre la cabeza inclina.

Dicen que el claro sol es un juguete
De tu inmenso poder, y que se agita
Bajo tus pies como ligera llama
Por impetuoso viento combatida;
Y dicen que eres tú quien alimenta
Y hace crecer las tiernas avecillas,
Y quien una alma pura da a los niños
Para que alaben tu bondad divina;
Y dicen que eres tú quien brotar hace
Las bellas flores que el jardín matizan;
Y que sin tí el verjel, avaro siempre,
Sus sazonados frutos negaría.

De tu bondad al universo entero
Los ricos dones a gozar convidas;
Y ni el último insecto imperceptible
De la natura en el festín se olvida:
Pace en la vega el tierno corderrillo,
Pace la inquieta cabra en la colina,
Y la mosca en el borde de la copa
Las blancas gotas de la leche liba;
Coge la alondra el grano que arrebata
Al segador el soplo de la brisa;
Sigue el gorrión al sembrador; y el niño
El pecho de su madre solicita.

Para obtener los dónes que tu mano
Reparte al universo cada día,
Qué debe hacerse? Pronunciar tu nombre,
Que enfrena el hondo mar y el mar agita;
Ese nombre ante el cual el negro abismo,
La tierra, el cielo con pavor se humillan.

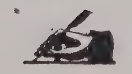
Ya que la voz de un pobre niño llega
Al coro que te ensalza y glorifica,
Y que oyes de tan lejos los suspiros
Que el afligido corazón te envía,
Quiero pedirte en mi oración ferviente
Los dónes que los otros necesitan.
Concede, oh Dios! las aguas a la fuente,
Las plumas al gorrión, la luz al día,
La lana a los alegres corderillos,
Lluvia a las plantas por el sol marchitas;
Da salud al enfermo, y al mendigo
El pan que con su llanto solicita,
Al huérfano morada, al prisionero
La dulce libertad apetecida;
Da larga prole al padre que te teme,
Y que sabe guardar tu ley divina;
Y a fin de que feliz mi madre sea,
Por la senda del bien mis pasos guía.



LA MUERTE DE MOISES

Del monte Nebo en la elevada cumbre
Mira Moisés la tierra prometida
Dilatarse a sus plantas, alumbrada
Por la pálida luz del sol poniente.
Cual los ojos del águila se avivan
Los ojos del anciano; el horizonte
Más allá del Mar Muerto se dilata,
Sin que un vapor ligero ni una nube
El limpio azul del firmamento empañe.
Las altas torres y los fuertes muros
De Jericó dibújanse a lo lejos
Sobre un fondo de nácar, esmaltado
Del iris con los fúlgidos colores;
Como una franja de luciente plata
Reverbera el Jordán, en cuya margen
Crece el frondoso olivo, el alto cedro,
Y las mieses doradas y abundosas
Que al blando soplo de la brisa ondean,
Cual un viajero que en ignotos mares
Largo tiempo perdido, al fin descubre
Las playas de su patria y reconoce
El humo grato del hogar paterno,
Así Moisés contempla aquella tierra
Durante tántos años suspirada;
Y una lágrima ardiente de sus ojos
Brota y baña sus pálidas mejillas.
El que miró con sosegada frente
De Faraón las huestes, y el estruendo
Escuchó del Siná, tranquilo aguarda
El golpe de la muerte. Entrelazando
Las manos, y postrado de rodillas,
Por largo tiempo permanece inmoble,
Apoyado en el borde de una roca;

Por una bella estatua se tomara,
Si el soplo de la brisa no agitase
Los anchos pliegues de su manto undoso,
Su barba venerable y sus cabellos.
En tanto un grito de dolor se alza
De Israel en el campo, y lo repite
El eco en la montaña. Como el ciervo
Que duerme sobre el musgo, y despertando
Oye el ronco sonido de la trompa
Que toca el cazador, y alza la frente,
Y mira en torno con espanto, y tiembla;
Así Moisés oyendo aquellos ecos,
Alza la augusta faz, y se conmueve,
Y quiere levantarse; pero embarga
El hielo de la muerte sus sentidos,
Se oscurecen sus ojos, y sus miembros
Sobre la dura peña se desploman.



DIOS

(IMITACIÓN DE CHATEAUBRIAND)

Existe Dios. Lo anuncia el sol radiante
Cuando comienza su inmortal carrera,
Y al sepultar magnífico su esfera
En el vasto confín del mar de Atlante;

Lo anuncian la tormenta rebramante,
El balar de la tímida cordera,
El empinado monte, la pradera,
El invisible insecto, el elefante.

Píntase su semblante soberano
En la trémula gota de rocío,
En el limpio cristal del Oceano;

Te alaba el orbe sin cesar, Dios mío;
Y sólo el hombre miserable y vano
Osa negar tu inmenso poderío.



EL CRUCIFIJO

(TRADUCCIÓN DE LAMARTINE)

Te recogí de su espirante boca
Cuando exhalaba el postrimer adiós,
Dón santo de una mano moribunda,
Imagen de mi dulce Redentor.

Ay! cuánta ardiente lágrima ha rodado
Por los que adoro sacrosantos pies,
Desde que, tibio aún con sus suspiros,
En mis trémulas manos te estreché.

Las sagradas antorchas se extinguían,
Oyéndose tan sólo resonar
El apacible canto de la muerte,
Semejante al arrullo maternal.

Pintábase en su frente la esperanza;
Y retrataban en su augusta faz
El dolor fugitivo sus encantos,
La muerte su terrible majestad.

El viento acariciaba sus cabellos,
Velando y descubriendo su alba tez;
Como en el blanco mármol de una tumba
Flota la negra sombra de un ciprés.

Pendiente estaba un brazo de su lecho,
El otro sobre el yerto corazón,
Cual si intentara aún contra sus labios
La imagen estrechar del Salvador.

Con el ósculo santo el alma pura
Blandamente acababa de volar,
Como vuela el perfume de las rosas
En alas de la brisa matinal.

Todo en su helada boca ora dormía:
El puro aliento, la hechicera voz;
Medio cerrado el párpado velaba
Sus ojos, sin mirada ni expresión.

Sobrecogido de terror secreto
No osaba al lecho fúnebre llegar,
Como si aquellos restos consagrara
De la muerte la muda majestad.

No osaba.... pero el santo sacerdote
Comprendió mi silencio y emoción;
Y el crucifijo de su yerta mano
Levantó reverente, y exclamó:

«Ved aquí de su amor el dón precioso,
La suprema esperanza ved aquí!»
Sí, yo te guardaré fúnebre herencia
Mientras llega mi anhelado fin.

Siete veces de entonces los cipreses
Que en su tumba sin nombre yo planté,
Han mudado su lúgubre follaje,
Y tú no me has dejado ni una vez.

Colocado en mi pecho, tú no dejas
En el olvido el corazón dormir;
Y mi llanto, corriendo gota a gota,
Sus huellas ha estampado en el marfil.

Ultimo confidente de las almas
Que de este mundo vuelan, hazme oír
Lo que su acento débil te decía
Cuando ya no llegaba sino a tí.

Cuando lánguida el alma se repliega
Como las flores que marchita el sol,
Y, bajo un denso velo, a nuestros ojos
Se oculta, sorda al postrimer adiós;

E incierta entre la muerte y la existencia
Cual rosa que se empieza a deshojar,
Con profundo pavor, a cada aliento,
Tiembla sobre la oscura eternidad;

Cuando el fúnebre canto, los sollozos
No pueden ya nuestra alma despertar,
Y, puesto sobre el labio del que muere,
De despedida el ósculo le das;

Para alumbrar la noche de la tumba,
Para que alce sus ojos hacia Dios,
¿Qué dices al espíritu abatido?
Respóndeme, Jesús consolador.

Oh, tú sabes morir! Tu amargo lloro,
Cuando orabas ferviente en el jardín,
Corrió toda la noche, fecundando
Del olivo sagrado la raíz.

De lo alto de la cruz, do tu mirada
Sondó ese arcano en congojoso afán,
Viste enlutado el universo entero,
Viste a tu madre trémula llorar.

Lo mismo que nosotros, Jesús mío,
Al expirar en la sangrienta cruz,
Dejaste tus amigos en la tierra,
Y tu cuerpo dejaste al ataúd.

En nombre de esa muerte, haz que en tu seno
El último suspiro exhale yo,
Y, en mi hora, no te olvides de la tuya,
Tú que morir supiste por mi amor.

Yo buscaré el lugar donde su boca
Lanzó el postrero, irrevocable adiós;
Y vendrá su alma a conducir la mía
Al amoroso seno del Señor.

En mi fúnebre lecho pueda entonces,
Tranquila y melancólica a la vez,
Una mujer piadosa, de mis labios,
Esta preciosa herencia recoger.

Sostén y alivia sus postreros pasos
Y, prenda de esperanzas y de amor,
Pasa del que se aleja a los que quedan
En este amargo valle de aflicción.

Hasta que siete veces la trompeta
Suene, y parezca el triunfador Jesús;
Y despierten y se alcen los que duermen
Bajo la sombra de la eterna cruz.



EL TRISAGIO

Abre sus negras alas la tormenta,
El huracán desátase iracundo,
El mar pretende cobijar el mundo
Y entre peñones ásperos revienta.

Del ronco trueno a la explosión violenta
Responde otro lejano y errabundo;
Del firmamento entre el negror profundo
El rayo cruza en ráfaga sangrienta.

La familia, cristiana, allá en el seno
De cabaña escondida, eleva un canto
De fe, de amor y de esperanza lleno;

Y de la bruma bajo el hosco manto,
Entre el fragor horrísono del trueno,
El huracán repite: SANTO, SANTO!



MES DE MARIA

Huyó el invierno
Aspero y triste;
Sus galas viste
La bella flor;
Los mansos vientos
Soplan süaves,
Cantan las aves
Himnos de amor.

Del sol brillante
Al tibio rayo
El mes de mayo
Vuela fugaz;
Es el hermoso
Mes de María,
Mes de alegría
Nuncio de paz

En los altares
Nuestros pastores
Colocan flores
De grato olor;
Y ante la Virgen
Cantan süaves
Tiernos y graves
Himnos de amor.

Todo respira
Calma y ventura;
El aura pura
Sopla fugaz;
Es el hermoso
Mes de María,
Mes de alegría,
Nuncio de paz.

LETANIA

Madre de Dios, purísima María,
De las vírgenes todas la más santa;
Madre del Salvador, Madre admirable
De la divina gracia.

Virgen prodente, y fiel y poderosa,
Trono de la eternal sabiduría,
Sola causa del gozo verdadero,
Espejo de justicia.

Preciosísimo vaso de la gracia,
Puerta del bello Eden, mística rosa,
Ebúrnea torre, estrella refulgente,
Del alba precursora.

Refugio de los pobres pecadores,
Esperanza y salud de los enfermos,
Auxilio del cristiano, y de afligidos
Inefable consuelo.

Reina de los patriarcas y profetas,
Reina de los apóstoles y mártires,
Reina de confesores y de vírgenes
Y reina de los ángeles.

Augusta reina de los santos todos,
Augusta emperatriz del universo
Lávanos con la sangre preciosísima
Del celestial Cordero.

No desprecies, ¡oh Madre inmaculada!
La oración fervorosa de tus hijos,
Antes líbranos siempre compasiva
De todos los peligros.

Y haz, ¡oh Virgen piadosa! que podamos
Ser en el trance de la muerte dignos
De alcanzar las dulcísimas promesas
De tu adorable Hijo.

LA VIRGEN DE CHIQUINQUIRA

AL R. P. FR. JOAQUÍN PÁEZ

Cuando una madre, de su hogar en torno
Amorosa congrega a su familia,
Cada uno de sus hijos le da el nombre
Que amor, respeto y gratitud le dictan;
Y ella indulgente los acepta todos,
Dando en cambio dulcísimas caricias.

Cada uno de los hijos un retrato
Tiene de aquella que le dio la vida;
Y que después con mano generosa
Los colma de favores cada día.
Nombre distinto y diferente traje
Tiene cada retrato; del artista
Se admira el genio en unos, y los otros
Del aprendiz revelan la impericia;
Pero cualquiera imagen, cualquier nombre
A cada hermano igual respeto inspira;
Porque igualmente todos le recuerdan
La dulce madre que les dio la vida.

Muy diferentes dones respetuosos
Ofrecen los hermanos a porfía;
Este un rico aderezo de diamantes,
Aquél un lindo anillo de amatistas,
El uno un traje de vistosa tela,
El otro un ramillete, otro una cinta;
Y el hermano menor, que aún es muy niño,
Sólo ofrece una flor pobre y marchita.
La buena madre los diversos dones
Acepta en el momento agradecida;
Pero el más pobre dón, el más humilde
Con más ternura y gratitud lo mira.

Esa madre tan tierna y tan amante,
Eres tú, Sacratísima María,

Y el menor de tus hijos, el más pobre
Yo, que caigo a tus plantas de rodillas.
Mas aunque débil soy y miserable,
Nadie en amor me excede, madre mía;
Y por eso venero los mil nombres
Con que tus fieles hijos te apellidan;
Por eso las imágenes hermosas,
En que de Vásquez el pincel se admira,
Y las toscas imágenes que muestran
De torpes aprendices la impericia,
Todas mi corazón conmover saben,
Todas respeto y gratitud me inspiran.

Estos versos tan pobres y tan rudos
Que mi amor y mi fe sinceros dictan,
Tú los aceptarás, ¡oh dulce madre!
Son del hijo menor la flor marchita.

Te pido en cambio de mi pobre ofrenda
Ventura y paz para la patria mía;
La fe para los pueblos que de Cristo
Al blando yugo la cerviz no inclinan;
Para mi buena madre enferma, anciana,
Larga existencia próspera y tranquila.

Colma de bendiciones y ventura
A la fiel compañera de mi vida,
Porque es el bien mayor que entre mil bienes
Me ha concedido tu bondad divina;
Al tierno niño que ofrecí en tus aras,
Cuando sus ojos a la luz se abrían,
Protégelo piadosa, y por la senda
Del bién sus pasos vacilantes guía;
En fin, cuando la mano de la muerte
Venga a cortar el hilo de mis días,
Salva en tus brazos a tu pobre hijo,
Sálvalo, madre, pues en tí confía.

LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA

—Ah! cuántas cosas, Dios mío!
Venga a mirarlas papá.
Todas las campanas tocan
Alegres; se ven brillar
Más luces que las estrellas
Del cielo; subiendo están
Mil globos y mil cohetes
Nunca he visto cosa igual!
Suena música y trompetas,
Y tambores y... mamá
Llora y ríe a un mismo tiempo;
Todos corren con afán.
Alguna cosa muy grande
Hay sin duda en la ciudad.
—Es que mañana, hijo mío
La iglesia celebrará
La inmaculada pureza
De la reina celestial.
—Será por eso que todos
Van diciendo sin cesar:

Sois concebida María
Sin pecado original.

—¿Por qué será que hoy el cielo
Tan claro, tan limpio está?
¿Por qué será que las flores
Tan gratos olores dan?
¿Y por qué los pajaritos
Se esmeran tánto en cantar?
¿Será cierto que saludan
A la reina celestial

Y que todas esas nubes
Escarmenadas están
Porque los ángeles barren
El cielo?--Todo es verdad.
—Con razón que en estos días
Se repita sin cesar:

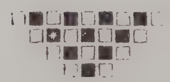
Sois concebida María
Sin pecado original.

¿Y todas estas banderas
Qué significan, papá?
—Significan que María
La vil cadena de Adán
Rompió triunfando por siempre
De la serpiente infernal,
—¿Y preferirá la Virgen
Las más lindas, no es verdad?
—Ante sus divinos ojos
El universo será
Como un granito de arena
Perdido en medio del mar;
Pero como es una madre
Llena de amor y bondad,
Miró solo en cada ofrenda
La intención del que la da;
Y esos pedazos de lienzo
Que a lo lejos flamear
En la choza de los pobres
Se ven, más gratos serán
A sus ojos que del rico
La pomposa vanidad.
—Con razón que dondequiera
Digan todos sin cesar:

Sois concebida María
Sin pecado original.

—Yo quiero mucho a la Virgen,
Tánto como a mi mamá.
—Debes sin duda, hijo mío,
Quererla mil veces más
Porque sólo Dios la excede
En belleza y en bondad.
—¿Y cómo haré para verla?
—Es necesario observar
Los preceptos de su hijo:
Y para esto muy formal
Debes ser con tus maestros,
Darle gusto a tu mamá,
Ser bueno con tus hermanos
Y hacer actos de piedad;
Y de este modo muy pronto
El gran día llegará
En que, al lado de tus padres
Puedas por siempre cantar
Con los ángeles que ensalzan
Del Señor la majestad:

Sois concebida María
Sin pecado original.



LA MISA DEL GALLO

Alegres las campanas
Están tocando
Para que todos oigan
Misa del gallo;
Ea, pues, niñas,
Dejad el baile y todos
Vamos a misa.

Cien brillantes hogueras
Hay en la plaza,
Y alegres los muchachos
Sobre ellas saltan;
Y el pueblo atruenan
Diciendo a voz en cuello:
Mi noche buena!

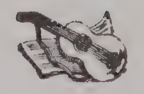
Y de cebada forman
Sonoros pitos,
Para imitar con ellos
Los pajarillos;
Y por el aire
Lanzan, gritando vivas,
Los triquitraques.

En la casa del cura
Y del alcalde
Tocan los clarinetes
Sabrosos valses
Y allá en la ermita
Tristemente resuena
La chirimía.

En las casas más grandes
Bambuco cantan,
Al són de las bandolas
O de las flautas,
Y en los ranchitos
Al són del tiple bailan
El torbellino.

Hasta el más pobre tiene
Sabrosa cena,
Pues hoy una limosna
Ninguno niega;
Y no hay avaros
La noche en que se dice
Misa del gallo.

Atestada de gente
Está la iglesia
Ya preludian el órgano,
Ya el canto suena;
Ea, pues, niñas,
Dejad el baile, y vamos
Todos a misa.



EL ANGEL DE LA GUARDA

Duérmete niño,
Duérmete en paz,
Que tu buen ángel
Te guardará.

Copiosa lluvia
Cayendo está,
Silva en las torres
El huracán,
Y airada ruge
La tempestad;
Mas nada temas,
Duérmete en paz,
Que tu buen ángel
Te guardará.

Los otros niños
Dicen que hay
Una fantasma
Descomunal
En esas torres,
Y no es verdad;
Mas aunque fuera
Duérmete en paz,
Que tu buen ángel
Te guardará.

Hay mil bandidos
En la ciudad:
Tal vez alguno
Cerca estará,
Y esta morada
Quiere asaltar;

Mas nada temas,
Duérmete en paz,
Que tu buen ángel
Te guardará.

De la inocencia
Te arrancará
El blanco velo
Pronto la edad,
Para que sepas
El bien y el mal;
Mas nada temas,
Duérmete en paz,
Que tu buen ángel
Te guardará.

Joven ardiente
Luégo serás,
Y lindas flores
Te cercarán,
Y entre su aroma
Veneno habrá;
Mas nada temas
Duérmete en paz,
Que tu buen ángel
Te guardará.

Los desengaños
La realidad
Tus ilusiones
Harán volar,
Y otros peligros
Te cercarán;
Mas nada temas,
Duérmete en paz,
Que tu buen ángel
Te guardará.

OCHO DE DICIEMBRE

Despertad, hijos míos,
Que ya la aurora
Sobre un cielo sin nubes
Risueña asoma;
Que ya sus trinos
En el jardín ensayan
Los pajaritos.

Hijos, ven a mis brazos,
Ven, Merceditas;
Buscad a vuestra madre,
Y que os bendiga;
Que hoy en la tierra
Derrama Dios sus dones
A manos llenas.

Levantad vuestros ojos
Al firmamento:
Hoy está más que nunca
Puro y sereno,
Y el aura leve
De más ricos perfumes
Cargada viene.

—Papá, ¿por qué repican
Hoy las campanas
Y en todas partes ponen
Banderas blancas?
—Hoy, hija mía,
De Dios la santa Madre
Fue concebida.

Véte al jardín, Mercedes,
Vé con tu hermano,
Y coge frescas flores
Y verdes ramos;
Colma de lilas,
De azucenas y rosas
Tu canastilla.

Y de fragantes flores
Con ramilletes,
El altar de la Virgen
Ornad alegres.
Id, hijos míos,
Y vendrán a ayudaros
Los angelitos.

—Papá, Nuestra Señora
Ya está adornada
Con escogidas flores
Y verdes ramas.
—Pues de rodillas,
Juntad humildemente
Las manecitas.

Tú, Rafael, repite
Esos cantares
Con que arrullarte suele
Tu buena madre,
Y con tu hermana
Reza las oraciones
De la mañana.

Dentro de algunos años,
Por vez primera,
Recibiréis gozosos
En esta fiesta
El Cuerpo santo
Del divino cordero
Inmaculado.

Nunca, nunca en el curso
De vuestra vida
Paséis en el olvido
Tan santo día,
Y yo os prometo
Que sus más ricos dones
Os dará el cielo.

Cuando ya vuestros padres,
Que hoy a porfía
Os dan mil bendiciones
Y mil caricias,
Duerman el sueño
Del sepulcro, y os dejen
Solos y huérfanos;

A su ignorada tumba
Id cada año
A rogar de sus almas
Por el descanso,
Poniendo en ella
En honor de la Virgen
Sencilla ofrenda.

UN MARTIR

Yo soy trigo y debo ser molido por los dientes de las fieras para poder ser ofrecido como pan puro a Jesucristo.

San Ignacio

Oculta el sol su frente
Tras los remotos mares de occidente.
En el vasto y soberbio Coliseo
El Pueblo-Rey se encuentra congregado,
Al terminar el postrimero día
A sus sangrientos juegos destinado.
Diez mil guerreros las primeras gradas
Llenan del ancho circo. Sus espadas,
Sus altas picas, sus bruñidos petos,
Fúlgidos centellean;
Y vistosos penachos
En la cimera de su casco ondean.

Las soberbias matronas, adornadas
De joyas deslumbrantes,
Una inmensa corona de diamantes
Forman del vasto Circo en derredor;
Y hace brillar en ella el sol poniente
Los colores del íris esplendente
Con vivo resplandor.

Ocupan los lugares distinguidos
Los nobles Senadores,
Bajo un dosel magnífico, vestidos
Con togas de riquísimos colores;
Y el concurso en continuo movimiento,
Y cambiando de aspecto a cada instante,
Parece un lago que sacude el viento,
Visto al través de un prisma de diamante.

Yacen los gladiadores
Todos sin vida en la sangrienta arena.
Cien mil espectadores
Hacen con gritos rebramar los vientos,
Y otras víctimas piden,
De humana sangre, y de placer sedientos;
Semejantes al tigre enhambrecido
Que la manada devoró, y quisiera,
Harto de sangre y siempre enfurecido,
De nuevo ejercitar su rabia fiera.

En ese instante todas las miradas
A una puerta del circo se dirigen,
Y de una fuerte guardia circundado
Se muestra en ella un hombre encadenado,
De alta estatura, y de avanzada edad,
Sus nevados cabellos,
Y su barba blanquísima, undulante,
En su sereno y pálido semblante
Imprimen indecible majestad.

Al saber que es Ignacio el valeroso,
El venerable Obispo de Antioquía,
Un penetrante grito de alegría
Lanza la multitud.
Después de un largo viaje, el noble anciano
Debe morir por orden de Trajano,
Que premia, sin saberlo, su virtud.

Ignacio avanza en la sangrienta arena
Con paso firme y lento;
El pueblo en este instante calla atento,
El mártir venerable al contemplar.
Y este silencio lo interrumpe apenas
El tristísimo són de las cadenas,
De los fieros leones el bramar.

Oyendo Ignacio el hórrido rugido,
De gratitud profunda conmovido,
Exclama con fervor:
«Te bendigo, buen Dios, porque mi vida
Te dignas aceptar; pronto vertida
Toda mi sangre correrá en tu honor»!

Dos leones arrójanse al momento
Al santo mártir, que el postrer aliento
Rinde invocando el nombre de Jesús;

Y el coro de los mártires su frente
Ciñe, entonando un cántico ferviente,
Con aureola de brillante luz.



A LA CONCEPCION DE MARIA

Virgen Madre de Dios, única exenta
De la Culpa de Adán; hoy que a porfía,
De las yertas regiones donde vive
El bárbaro esquimal a la remota
Tierra do vaga el patagón robusto,
Los hijos de América inocente
A tu dichosa Concepción elevan
De amor y gratitud acordes himnos;
Hoy, que de la pintura y poesía,
Y de las artes todas el inmenso
Y atrevido poder apenas osa
Presentar en tus aras leve ofrenda;
Yo sin ciencia, talento, ni fortuna,
Vengo a ofrecer a tus sagradas plantas
Un presente tan puro, tan precioso,
Que no de tu grandeza indigno sea.

La dulce prenda de mi amor primero
Vino a la vida en brazos de la muerte;
Y apenas del bautismo el agua santa
Su frente virginal bañado había,
Presurosa dejó la tierra impura
Sin recibir al menos la primera
Caricia maternal. Si en ese instante
En que, lloroso y trémulo, imprimía
Mi labio en su mejilla sonrosada
Y tibia aún, con mi abrasado aliento
Darle vida otra vez podido hubiera,
Por no arrancarla a tus amantes brazos
Ni respirar siquiera osado habría.

Este, querida Madre, es el presente
Que, alegre y pesaroso a un tiempo mismo
Ofrezco en tus altares. Si otra prenda
Concedes a mi amor, y cuando el nombre
De padre ya pronuncie, y se sonría
A las tiernas caricias de su madre,
Quieres llamarla a tu amoroso seno,
Sin vacilar la ofreceré en tus aras.

Y tú, Mercedes, suspirada hija
Que unes tu tierna voz a los cantares
Que los coros angélicos entonan,
Expresa en tus acentos lo que en vano
Mi torpe lengua descifrar quisiera,
Mientras que llega el venturoso día
En que alabes al lado de tus padres
La Concepción dichosa de MARÍA.



MARIA AL PIE DE LA CRUZ

¿Por qué se anublan tus ojos
Noble emperatriz del Cielo?
Eres madre de consuelo
¿Y no lo hallas para tí?
Ya comprendo, Virgen Santa,
La causa de tu quebranto:
Si viertes un mar de llanto
Es para salvarme a mí.

A mí, pobre pecador
De orgullo y miserias lleno
Que he rasgado el puro seno
De tu amoroso Jesús;
A mí, ingrato, que he causado
La incomparable amargura
Que sufriste, Virgen pura,
Estando al pie de la Cruz.

Cuando al formidable aspecto
De Jesús agonizante
Veló el sol su faz brillante
Negando al mundo su luz;
Cuando hasta el fiero vendugo
Lleno de pavor huía,
Tú, dulcísima María,
Estabas junto a la Cruz.

Del tremendo sacrificio
Resonó la última hora;
De la sangre redentora
La última gota brotó;
Y al rodar sobre tu seno,
Tu corazón desgarrando,
Tu Hijo adorable, inclinando,
La augusta frente, expiró.

A MARIA SANTISIMA

Yo, que he rasgado el amoroso seno
Que tántas veces me ofreciera abrigo,
Derramando la sangre de un amigo,
De un Dios, de un Padre generoso y bueno;

Yo, que de angustia y de miserias lleno
De mis pasiones el impulso sigo;
Y temo al juez terrible, que el castigo
Me auuncia airado con su voz de trueno;

Yo, que a tu Hijo le arranqué la vida,
Hiriendo con cruelísimcs dolores
Tu amante corazón, Madre afligida....

Yo, más que nadie, espero tus favores;
Porque no en vano el mundo te apellida
«Refugio de los pobres pecadores».



ORACION

Jesús! dulce Jesús! Nombre divino
Emblema del amor de un Dios clemente!
Jesús que, sobre el Gólgota pendiente
A los hombres quisiste rescatar!
Yo me postro, Señor, en tu presencia
Confiado en tus auxilios soberanos;
Y encomiendo mi espíritu en tus manos
Hora y en el momento de expirar.

Cuando mis manos trémulas y torpes
No puedan estrechar contra mi pecho
Tu sacrosanta imagen, y en el lecho
Caigan sin fuerza a impulso del dolor;
Y torne a tí mis ojos angustiados
Al horror de la muerte contorcidos,
Escucha bondadoso mis gemidos,
¡Oh buen Jesús! ampáreme tu amor.

Cuando cubierto de sudor y llanto
Cause horror mi semblante descarnado;
Y se agite mi espíritu angustiado
Al contemplar la inmensa eternidad:
¡Jesús, dulce Jesús! no me abandones
Y hallaré en tí consuelo y fortaleza;
Por que infinita, oh Dios es tu grandeza,
Infinitos tu amor y tu bondad.

Cuando mis labios yertos y convulsos
Por la postrera vez tu nombre invoquen,
Deja que en tu costado se coloquen
Y que muera abrazado con la cruz;

No abandones, Señor, en ese instante
Una alma con tu sangre redimida,
Para que halle en el cielo nueva vida
Y alabe siempre el nombre de Jesús.

Y tú, Virgen Santísima, que siempre
Has sido para mí madre amorosa,
En esa hora terrible y congojosa,
No me niegues tu amable protección;
Para que, al fin de mi fugaz carrera
Sobre el mar borrascoso de la vida
Mi alma de mil pasiones combatida,
Halle una tabla en tí de salvación.



LA JOVEN MORIBUNDA

Joven incauta al mundanal encanto
Quiso sacrificar honra y ventura,
Y moribunda, sosegar procura
El alma ungida con el óleo santo.

De caridad la hermana enjuga el llanto
De la doliente enferma; su amargura
Nota y su agitación, y con dulzura
La causa inquiere de tan hondo espanto.

—Me angustia recordar las culpas mías,
Ver que mis manos llevaré vacías
Al que castiga en perdurables penas.

La humilde hermana el santo crucifijo
Puso en las manos de la enferma, y dijo:
—Muére en paz, hija mía, ya están llenas.



TRIUNFASTE

(A MARIO VALENZUELA)

Quisiste ser el ángel del que llora:
Cúmplase, pues, la voluntad de Dios!
Mas esa cruz con que de mí triunfaste
Dame para triunfar de mi dolor!

MARIO VALENZUELA

Triunfaste al fin! rompiendo para siempre
Del necio mundo los estrechos lazos;
Triunfaste! y ni la gloria, que ofrecía
A tu vista sus pérfidos encantos,
Ni el porvenir risueño que mostraba
A tu noble ambición extenso campo,
Ni tu temprana edad, ni tu talento,
Ni de tus deudos el amargo llanto,
Ni un mundo de ilusiones y placeres,
Tu voluntad de hierro han doblegado.

Ay! sí, triunfaste! y juventud, talentos,
Noble ambición, hoy mismo sepultados
Serán.... y sin remedio.... y para siempre....
Bajo las tristes bóvedas de un claustro.

Mas, ¿por qué, al ausentarte, no quisiste
Que por última vez entre sus brazos
Te estrechara tu amigo, y en tu seno
Correr dejara el reprimido llanto?
Pobre de mí! triunfaste, sí, triunfaste!
Adiós por siempre, mi querido Mario!

Allá en ardientes y remotas playas
Murió mi pobre padre abandonado.
Nadie escuchó sus últimos adioses,
Nadie cerró sus entreabiertos párpados;
De su ignorada tumba el seco polvo,
Ninguno ha humedecido con su llanto.
Mas Dios lo quiso así; yo lo bendigo
Y mi dolor le ofrezco resignado.

La dulce prenda de mi amor primero
Vio la luz de la vida entre los brazos
De la inflexible muerte; un tierno amigo
Vino a mezclar su llanto con mi llanto,
Cuando yo ansioso y trémulo sellaba
Su yerta frente con mi ardiente labio.
Ese amigo eres tú, tú que, en las horas
De duelo y de placer, siempre a mi lado,
Calmabas mis dolores y sabías
Redoblar de mi dicha los encantos.

Cuando estuve en el borde de la tumba,
Junto a mi lecho de dolor velando
Siempre te vi; cuando a mi dulce Emilia
Llevé al altar, tus armoniosos cantos,
Para halagar mi plácida ventura,
Con nueva pompa y majestad sonaron;
Y hoy, sin decirme adiós, y para siempre
Te separas de mí, querido Mario!
Mas Dios lo quiere así: yo lo bendigo,
Y mi dolor le ofrezco resignado.

Sí, buen Dios, fervoroso te bendigo,
Porque a mi anciano padre allá a tu lado
Te dignaste llamar; porque a mi hija
Quisiste colocar entre sus brazos;
Y porque ahora mi mejor amigo
Para servirte a ti me ha abandonado.

Mi sér, mi libertad, mi inteligencia,
Sin vacilar, entrego entre tus manos;
Mi buena madre, mi adorada esposa,
Mi dulce hijo, todo lo consagro
Gustoso ante tus aras; si te place,
Quítales la existencia, y yo la mano
Besaré que piadosa me castiga,
Mi dolor ofreciendo resignado.

Mario, adiós para siempre; mas qué digo?
Para siempre? no, no; corto es el plazo.
Bendigamos al Dios que nos separa,
Y El volverá a juntarnos a su lado.



A LA SEÑORITA CARMEN CORDOVEZ

CIEGA DE NACIMIENTO

En medio de un salón donde se escuchan
Los blandos ecos de armoniosa orquesta;
En un salón magnífico inundado
De vivísima luz, que se refleja
Sobre las ricas joyas que engalanan
La pudorosa frente de las bellas,
Tú, pensativa, inmóvil, silenciosa,
En noche oscura y pavorosa envuelta,
Oyes hablar de formas y colores
Entre el rumor confuso de la fiesta;
Y, apagados tus ojos, ni una lágrima
Tienes que calme tus amargas penas;
Mas hay un Dios piadoso, pobre niña,
Sufre y espera!

Te levantas después con paso lento,
Al piano melancólica te acercas,
Y con tristes y blandas armonías
Al auditorio tus pesares cuentas;
Y al terminar tu lúgubre plegaria
Con mil aplausos el salón resuena.
Mas ay! las alabanzas que te rinden
De tus dolores el rigor aumentan;
Y pensativa, inmóvil, silenciosa,
En noche oscura y pavorosa envuelta,
Oyes hablar de formas y colores
Entre el rumor confuso de la fiesta;
Y, apagados tus ojos, ni una lágrima
Tienes que calme tus amargas penas;
Mas hay un Dios piadoso, pobre niña,
Sufre y espera!

Cuando a la luz de la naciente aurora
Las bulliciosas aves se despiertan,
Y cantan blandamente en el ramaje,
Y de un arbusto en otro, alegres vuelan,
Y se oyen las dulcísimas canciones
Del labrador que a trabajar se apresta;
Y cuando el sol desde el cenit derrama
En derredor su ardiente cabellera,
Y cuando oculta su tranquila frente
Tras la nevada y tormentosa sierra,
Esmaltando con fúlgidos colores
Del turbio Funza la florida vega;
Tú silenciosa, triste, pensativa,
En noche oscura y pavorosa envuelta,
Oyes hablar de formas y colores,
Y de luz, y de gracia, y de belleza;
Y, apagados tus ojos, ni una lágrima
Tienes que calme tus amargas penas;
Mas hay un Dios piadoso, pobre niña,
Sufre y espera!

¡Feliz tú, dulce Carmen, que no has visto
Del mundo vil la efímera belleza!
¡Feliz mil veces tú, que intacto guardas
El tesoro sin par de la inocencia!
Pronto, muy pronto rasgaráse el velo
Que oscurece tus ojos, cuando abierta
Mires la alta región en donde brilla
Una luz pura, inextinguible, eterna.
Carmen, acepta la sincera lágrima
Que me ha arrancado tu profunda pena;
Y mientras Dios corona tus virtudes,
Sufre y espera!....

LAS POMPAS DE JABON

¿Ves, Amira, la luz pura
Y brillante
Del sol como en un diamante
Sobre estas pompas lucir?

Pues así sobre tu frente
Candorosa
Brilla la esperanza hermosa
De un dichoso porvenir.

¿Ves cómo nacen y crecen,
Y al momento
Sobre las alas del viento
Se alejan con rapidez?

Pues lo mismo, dulce amiga,
Se pasaron,
Y fugaces se alejaron
Los años de tu niñez.

Oh! cuán pronto se disipan
Las más bellas,
Sin dejar siquiera huellas
De su brillante esplendor!

Así la ilusión más grata
Nada dura;
Así pasan la hermosura
Y el encanto del amor.

Cuando la profunda huella
De los años,
Y mil tristes desengaños
Marchiten tu juventud;

No lamentes, pobre Amira,
Tu belleza,
Si conservas tu pureza,
Tu candor y tu virtud.

UN BAILE

Magnífico salón! En la techumbre
Esmaltada de nácar y marfil
Derrámanse del iris los colores,
Al claro resplandor de antorchas mil.

En derredor respiran, hablan, piensan,
Bajo frescas guirnaldas de laurel,
De Colombia los héroes, evocados
De Torres por el májico pincel.

Contrapuestos espejos reproducen,
Menos fieles que el ínclito pintor,
Mil veces el salón con sus primores,
Mil veces de mil luces el fulgor.

Ricos perfumes, blandas armonías
El tibio ambiente llena por doquier;
Y lo pueblan de gratas ilusiones,
Que dulcemente incitan al placer.

¡Cuántas bellas de rosas coronadas,
Radiantes de ventura y juventud!
Sus esperanzas tímidas revela
Su acento, su mirada, su actitud.

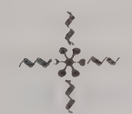
La danza empieza: con ligera planta
Sobre el rico tapiz se ven girar,
Cual enjambre de lindas mariposas
Que van sobre una fuente a revolar.

Alegres bríndis, férvidas canciones
Resuenan en la sala del festín,
Inundada de luz que se derrama
Sobre el ramaje umbroso del jardín.

¡Todos son venturosos! yo tan sólo
Siento triste y helado el corazón;
Porque, al través del esplendor del baile,
He vislumbrado lúgubre visión.

Del horizonte hacia el confín remoto
Una mirada sola dirigí;
Y, envuelta con el manto de la noche,
La faz adusta de la Muerte vi.

Y entre el rumor confuso de la fiesta,
Que pregona placer, felicidad,
El eco escucho de una voz lejana
Que sin cesar repite: ETERNIDAD!

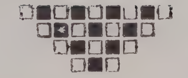


A LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

Un infeliz anciano,
Ciego de nacimiento,
Y enfermo, y pobre, y triste y desvalido,
Mendigando el sustento,
Por su fiel perro andaba conducido.
Era el mes de las flores
En los risueños valles del Carmelo;
El sol en la mitad del limpio cielo
Lanzaba sus fecundos resplandores;
Y a la sombra de cedros seculares
Danzaban las zagalas y pastores.
De fatiga rendido,
Reclinóse en la grama el buen anciano,
Y se quedó dormido;
Y oyó una dulce voz que lo llamaba;
Y sintió que una mano
En sus cerrados ojos se posaba;
Y al instante se abrieron,
Y el campo, el cielo, el universo vieron.
«Oh Dios! ¿Quién me ha tocado?
Mirando en derredor, el ciego dijo,
¿Quién me manda que vea?....»
Y el concurso asombrado respondióle:
«Jesús de Galilea.
Alzate, entona en su alabanza un canto».
Calló el ciego, postróse de rodillas;
Y hundiendo entre sus manos las mejillas,
Vertió copioso llanto.

En medio del tumulto de la vida
Ciega estaba mi alma,
Y por el vil deleite adormecida;
Mas, dejando la calma,

Penetré en la mansión de los dolores,
Y despertó mi espíritu abatido,
Y dije sorprendido:
«¿Quiénes este lugar lleno de horrores
En la imagen del cielo convirtieron?»
Y levantando la abatida frente,
Mil y mil desgraciados respondieron:
«Las hijas de Vicente».
Quise entonar en su alabanza un canto,
Y enmudecí, cayendo de rodillas,
Y hundiendo entre las manos mis mejillas,
Vertí copioso llanto.



MENTIRA Y VANIDAD

¿Qué son las fragantes rosas
Con que corona su frente
La beldad?
¿Qué son las piedras preciosas
Que ornan su seno turgente?
—Vanidad!

¿Qué es el purpúreo color
Que sobre su tez de nieve
Tanto admira;
Y ese suavísimo olor
Que exhala su boca breve?
—Son mentira!

¿Qué son la torre y el muro
Que incontrastables defienden
La ciudad?
¿Qué son las de mármol duro
Columnas que el aire hienden?
—Vanidad!

¿Qué son los dulces acentos
Que sacan los trovadores
De su lira,
Para pintar sus tormentos,
Para cantar sus amores?
—Son mentira!

¿Qué las armas y corceles
De los que gritan triunfantes:
Libertad?
¿Qué los brillantes laureles
Que arrebatan anhelantes?
—Vanidad!

Tu modestia es verdadera,
Tus virtudes son muy raras,
Dulce Amira;
Mas la adulación rastrera
Que quema incienso en tus aras,
Es mentira.

Esta voz que estoy oyendo,
Y al mundo aversión me inspira,
Es verdad;
Pero el mundanal estruendo
Es escándalo! mentira!
Vanidad!



A JOSE MARIA VERGARA Y VERGARA

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

Todos tus deudos, tus amigos todos
Alzan su voz para calmar tu pena,
¿Y sólo yo enmudezco? Es que de espanto
Y de dolor helada está mi lengua.
Viérte a raudales lágrimas de sangre,
Y no busques consuelo aquí en la tierra!
Mas hay un Dios piadoso, pobre amigo;
Sufre y espera!

¿Qué harás ahora del hogar desierto
Que labraste a tu dulce compañera?
¿Quién cuidará de hoy más las mustias flores
Que con sus propias manos sembró ella,
Menos puras que el ángel de tu dicha,
Pero más que tu dicha duraderas?
Déjalas perecer; que las ahogue
Entre sus duras ramas la maleza;
Suene en lugar del canto de las aves
De los reptiles la importuna queja.
El hogar apagado por la muerte
Nunca a encenderse vuelve aquí en la tierra;
Mas hay un Dios piadoso, pobre amigo;
Sufre y espera!

Dicen que el tiempo es bálsamo que cura
Lentamente las llagas de la pena,
Dicen que el tiempo endulza lentamente
La hiel que el cáliz del dolor fermenta.
Es muy fácil curar la leve herida
Que desgarra la piel: mas la saeta
Clavada al corazón, nadie la arranca
Sin arrancar con ella la existencia.

Nada esperes del tiempo: despiadado
Te forjará desde hoy una cadena
De horas, de días, de años perdurables,
Que con su peso agobiarán tus fuerzas;
Y cegada la fuente de las lágrimas,
Tu corazón repletarán, acerbas....
Mas hay un Dios piadoso, pobre amigo;
Sufre y espera!

Sólo la muerte apresurar podría
El largo plazo de tu dura prueba;
Pero las prendas de tu amor primero
Ese consuelo ambicionar te vedan.
Es preciso vivir, amar la vida,
Vivir, porque Saturia te lo ordena;
Reprimir tu dolor y que tus hijos
Medir no puedan su desgracia inmensa.
Si les faltaras.... No lo quiera el cielo!
Por el amor de Dios, por amor de ella,
Guarda tu vida, y resignado y firme
Sufre y espera!

Oh! No busques consuelo a tu desgracia
Del necio mundo en la mentida ciencia;
Aprende que el placer es humo vano,
Humo la gloria y humo la riqueza;
Cúmplase en ti la voluntad divina:
Del Redentor, que tu infortunio ordena,
Besa la dulce mano que te hiere,
Y repara que está fría y sangrienta....
Mezcla tu llanto con su llanto, posa
En su abierto costado tu cabeza;
La suya está de espinas coronada,
Reclínala en tu seno aunque te hieran
Las aceradas puntas.... No rechaces
El cáliz de expiación que hoy te presenta.
Toma tu cruz, y por amor de Cristo
Sufre y espera.

PADRE NUESTRO

EN LA MUERTE DE JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA

Para cruzar el valle de la vida
Me diste, Padre nuestro, un fiel amigo;
Ya lo llamaste a tu amoroso seno,
Y hállome solo en medio del camino.
Porque tu nombre bendecido sea
Vivió lidiando hasta el postrer suspiro....
De mi amargo dolor acepta el llanto,
Y hágase en todo tu querer, Dios mío.
Escaso el pan del cuerpo le ofreciste,
Mojado en hiel partiólo con sus hijos;
Mas el pan celestial, el pan del alma,
Sació su corazón de amor tan rico.
Pródigo de perdón, a manos llenas
Lo brinda a sus terribles enemigos;
Perdónalo también, y con tu sangre
Lávalo, y presto reinará contigo.
Ya de la tentación el soplo ardiente
No agitará su corazón de niño,
Ya los acerbos males de la vida
No llegarán a su postrer asilo;
Mas tiemblo de pavor, viendo patente
Del Juez Eterno el formidable juicio;
Y que tal vez sus faltas expiando
Mi amigo penará siglos de siglos.
¿A quién acudiré para que abra
De par en par las puertas del abismo,
Do las benditas almas lentas borran
La sombra nada más de sus desvíos?

Dios te salve, purísima María,
Llena de gracia y de virtud; contigo
Es por siempre el Señor, bendita eres
De Adán entre la prole; y es bendito
Jesús el fruto de tu vientre; pide,
Pide indulgencia para el pobre hijo
Que en su cítara humilde alzó piadoso
A tu gloria inmortal fervientes himnos;
Y Dios, que nunca desechó tu ruego,
Lo sacará del insondable abismo.

Yo me quedo en el mundo solo y triste
De abatimiento y de dolor transido.....
Los nobles adalides que combaten
Bajo el bendito lábaro de Cristo
Van cayendo uno a uno en la pelea,
Y su furor redobla el enemigo.
Yo también lucharé: débil, inútil,
El último en la lid, cuando oprimido
Caiga sin fuerzas, si el Señor me ayuda,
Gritaré: «Muero, pero no me rindo»;
Y en el seno de Dios, de nuestro Padre,
Abrazaré al hermano, al tierno amigo.

SONETO

(IMITACIÓN DE LONGFELLOW)

El aura matinal vuela y despierta
Las quietas ondas de adormida fuente;
Barre la espesa niebla, y blandamente
Toca del labrador la humilde puerta;

Cariñosa convida al ave incierta
A alzar un himno al Padre Omnipotente;
Y los ecos convoca en la eminente
Torre, y al mundo da la voz de alerta;

Sacude el cedro de la selva orgullo,
Y besa, retozando de alegría,
De las flores el tímido capullo;

Del cementerio en la arboleda umbría
Detiénese, diciendo en manso arrullo:
«Dormid, dormid, no es tiempo todavía».



LA ROSA Y LA TUMBA

(TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO)

Dijo a la Rosa la Tumba:
«¿Qué haces tú, flor seductora,
Con el llanto que la aurora
Suele en tu cáliz verter?»
La Rosa a la Tumba dijo:
«¿Qué haces tú del polvo vano
Que de la muerte la mano
Hace en tu abismo caer?»

«Convierto el llanto en perfume,
Que, en alas del manso ambiente,
Ofrezco a Dios reverente»,
Respondió la hermosa flor.
«Y yo, respondió la Tumba,
Ese polvo inmundo y yerto
En mi seno lo convierto
En ángeles del Señor».



EL LABRADOR

A EMILIA

Un labrador hambriento, desvalido,
A cultivar su campo comenzó;
Y al remover la tierra, sorprendido,
De frágil barro un cántaro encontró.

Por largo tiempo inmóvil se mantuvo
Sin atreverse el cántaro a tocar;
Iba a romperlo ya..... mas se detuvo,
Y yerto, inmoble se volvió a quedar.

Sin duda en este cántaro, decía,
Algún tesoro habrá de gran valor:
Si esto es cierto, me muero de alegría;
Si es mentira, me muero de dolor.

Esta es sin duda alguna, amiga mía,
La verdadera imagen de mi amor:
Un *sí* puede matarme de alegría,
Un *nó* puede matarme de dolor.



QUE ES POESIA?

Eco de la verdad y la belleza,
Hace vibrar las cuerdas de la lira,
Desde que el rey del mal y la mentira
Alzó en Edén la indómita cabeza.

El alma al escucharlo, su grandeza
Recuerda melancólica y suspira;
Y sin quererlo con asombro mira
Su pasado esplendor, su actual vileza:

Y sacude indignada el lodo inmundo,
Y busca, alzando poderoso vuelo,
La dicha por los ámbitos del mundo;

Mas una voz de paz y de consuelo
Dice de la conciencia en lo profundo:
«Tu herencia es el dolor, tu patria el cielo».



BOYACA

Dios es el que levanta los imperios,
Dios es quien con un solo soplo los abate,
Dios solo es digno de alabanza y gloria,
Dios solo es justo, poderoso y grande!
Y es ley de Dios que los tiranos reinen
En pueblos corrompidos y cobardes;
Y es ley de Dios que cuando el pueblo es justo
El yugo rompa y la cerviz levante.

Ved de Jacob el oprimido pueblo
A orillas del mar rojo congregado
Ved entre el denso polvo que levantan
De Faraón los numerosos carros,
Las deslumbrantes armas que reflejan
Del sol poniente los inciertos rayos.

Se alza Moises; con ademán tranquilo
Sobre el revuelto mar tiende su mano;
Y amedrentado el mar huye ofreciendo
Por sus abismos anchuroso paso.

Ya el pueblo fiel en cánticos sonoros
Bendice a Dios en el opuesto lado....
Reina en el hondo mar profunda calma!
¿En dónde están las huestes del tirano?

Ved esas dos legiones frente a frente
De Boyacá sobre el estrecho campo.
Estos tan numerosos y aguerridos
Son los hijos del Cid, los que humillaron
Del coloso del Sena el fiero orgullo;
De Iberia son los viejos veteranos.
Aquellos otros, pálidos, desnudos,
En número inferiores, desarmados,
Son los hijos del pueblo, que atrevidos
O libertad o muerte proclamaron.

Levántase Bolívar de repente,
Con tranquilo ademán tiende su mano,
Como irritado mar hierven las filas
Y a la victoria vuelan los soldados....
Hondo silencio reina por doquiera!
¿En dónde están las huestes del tirano?

Dios es el que levanta los imperios,
Dios es quien con un soplo los abate,
Dios solo es digno de alabanza y gloria,
Dios solo es justo, poderoso y grande!

Bogotá, 7 de agosto de 1856.



EL TEQUENDAMA

Todo mortal se humilla ante mi frente:
Huye el fiero león despavorido;
Y el condor sesga el vuelo, detenido
Ante el retumbo de mi voz potente.

Cual un Dios me adoró la muisca gente,
Dejando sus penates en olvido;
Quesada, al pie de su bandera erguido,
Me saludó con pasmo reverente.

Bolivar, llega, estático y sereno;
Ante el sublime horror de mi belleza,
Salta al peñón que surge de mi seno;

Depongo ante la suya mi grandeza,
Su nombre aclamo en resonante trueno,
Y circundo con iris su cabeza.



CORONA DEL GENIO

Muere Alejandro en turbulenta orgía,
Y el vil deleite empaña su memoria;
César corona a su inmortal historia
Halla de Bruto en la traición impía.

El que en Marengo y Austerlitz un día
Encadenó a su carro la victoria
Encuentra ocaso digno de su gloria
De santa Elena en la región vacía.

BOLÍVAR se levanta; denodado
Liberta con su espada un continente,
Y sucumbe abatido y calumniado;

Y es más grande al morir triste y doliente,
Porque sólo el martirio resignado
Sabe del genio coronar la frente.



NARIÑO EN PASTO

Dos hombres se contemplan frente a frente,
Y están, uno tranquilo, otro altanero:
Aquél, el gran Nariño prisionero;
Este, de España, lidiador valiente.

Ante el palacio agólpase la gente
Ola tras ola, hasta que el pueblo entero
La cabeza del ínclito guerrero
A gritos pide con furor creciente.

De la hervorosa chusma al recio empuje
El caudillo español turbado calla,
Y la insegura puerta tiembla y cruje;

Nariño abre un balcón, a la canalla,
Que de coraje y de impaciencia ruge,
Se muestra, y la detiene y la avasalla.



¿POR QUÉ VENCIMOS?

(PARA EL CENTENARIO DE BOLÍVAR)

Un mundo sueña Colón;
Y agobiado con su idea,
Peregrinando golpea
En una y otra nación.

Mas con desprecio profundo
Su ofrenda se desechó,
Y sólo España aceptó
Para su corona un mundo;

Porque sólo ella encontrar
Puede, en medio de sus gentes,
Adalides prepotentes
Que lo sepan conquistar.

Porque sólo en las mesnadas
Que cobijan sus pendones,
Hay Bastidas y Pinzones,
Y Corteses y Quesadas.

Porque tiene España sólo
Compañeros de Javier,
Poderosos a extender
Nuestra fe de polo a polo.

Por esfuerzos soberanos
La conquista se alcanzó
Con tal gloria, que eclipsó
La de griegos y romanos.

Raza, lengua, leyes, culto,
A América con cariño
Dio España; y el mundo niño
En breve fue mundo adulto;

Y se quiso emancipar,
Y hubo lucha porfiada;
Y de Bolívar la espada
Logró rápida triunfar.

¿Por qué España ha sucumbido
A pesar de su valor?
Porque aprendió el vencedor
Las lecciones del vencido;

Porque ella nos dio su lengua,
Su sangre, su grande historia;
Y es su gloria nuestra gloria
Y es su mengua nuestra mengua.

Nutrió nuestro corazón
No entre el fango de Epicuro,
Sino en el ambiente puro
De la santa Religión;

Y para que al orbe tánto
Asombren nuestros guerreros,
Les retempló los aceros
En las aguas de Lepanto.

Cuando Páez en la lid
Ostenta una y otra hazaña,
Exclama la madre España:
«En ése hay sangre del Cid».

Cuando Ricaurte, sereno,
Su vida en aras ofrece
De la Patria, le parece
Nieto de Guzmán el Bueno.

Cuando Bolívar, el rayo
De la guerra, desnudó
Su ardiente espada, creyó
Ver el alma de Pelayo.

España nos dio su lengua,
Su sangre, su grande historia;
Y es su gloria nuestra gloria,
Y su mengua es nuestra mengua.

Y por fin llegará el día
En que enlazados estén
Carabobo con Bailén,
Ayacucho con Pavía.

EL ABRAZO

(PARA EL CENTENARIO DE BOLÍVAR)

El sol declinando va,
Está la tarde serena,
Hierve como una colmena
Santafé de Bogotá;

Echa a un lado su apatía,
Y las campanas a vuelo;
Y levántase hasta el cielo
Insólita gritería.

Por la vía que serpea
De la cordillera al pie,
Lejos, muy lejos se ve
Nube de polvo que ondea.

Alzanla tres militares
Que a largo galope van,
Y a sus corceles están
Desgarrando los hijares.

El de más suposición
Es de mediana estatura,
Tiene gallarda figura,
Y se llama don Simón.

Monta fogoso alazán
De tanto correr rendido,
Y sobre el roto vestido
Lleva un gastado dormán.

Gorra con ancha visera
Cubre su frente tostada
Por el sol, y su mirada
En torno fúlgida impera.

Cual arroyo rumoroso,
Que va rápido corriendo,
Sus aguas a otros uniendo,
Forma un río caudaloso,

Así van diez, veinte, ciento,
Uniéndose a don Simón,
Y forman un escuadrón,
Y después un regimiento.

Y la turbia polvareda
Que más y más crece y sube,
Forma gigantesca nube,
Que sobre los Andes rueda.

Es Bolívar el que viene:
Ha vencido en Boyacá
Y loca la gente está,
Y nadie su ardor contiene.

¡Ha llegado! El pueblo entero
Agólpase en rededor
Del ilustre triunfador,
Del portentoso guerrero.

Casi en peso va el corcel,
Caminando a paso lento,
Y crece a cada momento
La gritería, el tropel.

Aplausos y bendiciones
Al que es su padre ofrecer
Quieren, y quieren poner
A sus pies los corazones.

No pudiéndose acercar
Una pobre anciana el grito
Levanta y dice: «¡Bendito!
¡Ah! dejádmelo abrazar».

Bolívar la alcanza a ver
Con su rápida mirada,
Y dice en voz reposada:
«Abrid paso a esa mujer».

Mas la multitud ardiente
En vez de abrirse se apiña,
Y por más que se la riña
Ni un paso en cejar consiente.

Bolívar silencio exige,
Se apea rápidamente,
Se abre paso entre la gente
Y a la mujer se dirige.

Yela a la anciana el temor
Y quiere moverse en vano,
Mas halla apoyo en la mano
Del noble Libertador,

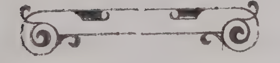
A sus labios respetuosa
La lleva, en llanto la inunda
Y una alegría profunda
En su seblante rebosa.

Bolívar estrechamente
Abraza a la anciana luégo,
Y una lágrima de fuego
Deja caer en su frente.

Y al volverse conmovido
En busca de su alazán,
De su gastado dormán
Rueda un botón desprendido.

Cae la anciana de hinojos,
Guarda el botón en su seno
Y, con semblante sereno,
Exclama alzando los ojos:

«Jesús mío y mi Señor,
Me entrego en tus manos, haz
Que muera tu sierva en paz:
He visto al Libertador».



A DON MURILLO

EN CONTESTACIÓN A UN ARTÍCULO CONTRA EL PUEBLO ESPAÑOL PUBLICADO EN «EL TIEMPO».

Hanme dicho, don Murillo,
Que habéis pretendido vos
Amancillar los blasones
Del claro nombre español;
Y como mis buenos padres
Era fidalgos de pro,
Vasallos de los monarcas
De Castilla y de León,
No he de sufrir en mi alcurnia
Ni sombra de deshonor;
Y os reto a la faz del mundo
Y a la clara luz del sol,
Sin que vos salga la astucia
De mañero lidiador;
Porque a los homes que lidian
Por su raza y por su Dios
Non ha de faltarles nunca
Del cielo la protección.
Preparad, pues, don Murillo
La tizona y el trotón,
Que yo defiendo a pie firme
El claro nombre español.

Para salir victorioso
No he de referiros yo
Las mil fazañas que fizo
El buen Cid Campeador,
Ni la guerra sanguinosa
Que siete siglos duró;

Ni cómo cimentar pudo
El ardimiento español
Los nobles reinos de Oviedo,
De Castilla y de Aragón;
Ni cómo el rey don Fernando
El cetro o Boabdil quitó;
Ni cómo su noble esposa
A don Cristóbal Colón
Dióle naves con que hallara
El mundo que adivinó;
Ni cómo en nuestras edades
De Austerlitz el triunfador
Vió sus águilas rendidas
En las garras del león;
Nada de esto he de contaros,
Que doquier que su fulgor
Lanza Febo, es conocido
El claro nombre español.

De sabios y trovadores
Tampoco a fablaros voy,
Porque de achaque de letras
Ni una letra alcanzo yo;
Mas es falsía tamaña,
Y tamaña sin razón
El decir que en la península,
Que mira estático el sol,
Y que del sol es afrenta
Por su gloria y su esplendor,
Sólo el manco de Lepanto
Que las fazañas contó
Del hidalgo de la Mancha,
Es famoso narrador.
Cuando tal cosa afirmásteis,
Don Murillo, vive Dios!

Que magüer vuestra hidalguía,
Mentísteis como un follón;
Que más genios cuenta España
Que marrullerías vos;
Y en esta y otras edades,
Con su numen creador,
Han dejado muy bien puesto
El claro nombre español.

Viniendo a lo de la raza
Que habéis denostado vos,
No defenderé a los homes,
Que al fin ellos homes son,
Y sabrán vengar sañosos
Las afrentas de su honor.
Defenderé nuestras damas,
Que un esforzado español
Nada tiene más sagrado
Sino su patria y su Dios.
Las damas de vuestra raza
Tienen la hermosa color
De nieve y rosa, y de nieve
Es también su corazón;
Su mirada es apacible,
Y es apacible su voz;
Pero conquistar no saben
El pecho de una infanzón.
De mi raza las doncellas,
Según un discreto autor,
Son morenas, porque tienen
Llamas en el corazón,
Y el humo, subiendo al rostro,
Escurece la color;
Tan ardiente es su mirada,
Tan falaguera su voz,

Que no hay roca que se niegue
A darles admiración;
Doquier que en honesta danza
Mueven la planta veloz
Rosas, nardos y claveles
Derrama el vendado dios;
Más de los encantos todos
Con que el cielo las dotó,
Los que más precio y admiro
Son su virtud y pudor.
En fin, nuestras nobles damas
Tales y tan bellas son,
Que un acento, un leve guiño,
Una sonrisa veloz
Les basta a dejar bien puesto
El claro nombre españcl.

Sús! alerta, don Murillo!
Embridad vuestro trotón,
Requerid vuestra tizona,
Buscad escuderos dos.
Empuñad la dura adarga,
Aferráos del arzón,
Que yo os reto, y os emplazo
Cuerpo a cuerpo; y desde hoy
No depondré la celada
Ni el acero cortador,
Hasta que al orbe patente
Haga vuestra sin razón,
Enderezando los tuertos
Que hicistéis osado vos,
Y vindicando las glorias
Del claro nombre español.

AMOR SUBLIME

No hay burlas con el amor.
¡Tontería!

Cuando Calderón lo dijo,
Estudiado lo tendría.
Dijo, pues, el buen señor,
Y no lo dijo de broma,
No hay burlas con el amor.

Esta verdad tan sencilla
A don Modesto Lafuente
Sugirióle una excelente
Saladísima letrilla.

Prueba en ella que Cupido
No concede a nadie fuero,
Ni al hidalgo ni al pechero,
Ni al tonto ni al advertido.

Y cita al famoso Aquiles
Y a César, y a Marco Antonio,
Y al Cid y al mismo demonio,
Y pudiera citar miles.

Cuanto dice verdad es,
Pero dejemos la estética,
Y apelando a la aritmética,
Hagamos regla de tres.

Si el amor de una mozuela
Forma estupendos caudillos,
Y a otros los torna en chiquillos
De la escuela,

¿Qué hará ese amor tan fecundo
De la patria y de la gloria;
Ese que vive en la historia,
Ese que conmueve al mundo?

A don Antonio Nariño
Se le metió en la mollera
Una grande empresa, y era
Cuando lo pensaba un niño.

La empresa se realizó,
Y todo el mundo lo sabe;
Y hoy en el mundo no cabe
La gloria que ella alcanzó.

Y alguno fue, ¡qué capricho!
De Nariño acusador....
Calderón lo tiene dicho:
Son percances del amor.

Vélez, Ortega, París,
De la patria se prendaron
Y en guerra a muerte lidiaron;
Ahí es un grano de anís;

Poco después de triunfar
En cien batallas campales,
Volvieron de generales
A sepultarse en su hogar.

Y a los tres y a casi todos
Los que dieron libertad,
¡Qué rara casualidad!
Los apellidaron godos.

¡Qué capricho, oh qué capricho!
Pues señor,
Calderón lo tiene dicho:
Son percances del amor.

¡Páez! No debe la lira
Cantarte con tus llaneros,
Pues los siglos venideros
Dirán que todo es mentira.

Y aun cuando se cuente un poco
De lo mucho que tú hiciste,
Dirá el mundo que estuviste
Rematadamente loco.

Y ¿quién no te echará el fallo
Al saber que tus legiones
Tomaban embarcaciones
A caballo?

Nadie te igualó en ardor,
Nadie te igualó en pujanza;
Que no hay burlas con tu lanza,
Ni burlas con el amor.

Córdoba, gloria anhelando,
Por la victoria atraído,
Ha echado en completo olvido
Todas las voces de mando.

¡Cosa increíble, señores,
Indigna de un militar!
Manda a su tropa avanzar
A paso de vencedores.

Y sin perder un cartucho,
Cargando a la bayoneta,
Se completa
La jornada de Ayacucho.

El ilustre triunfador
Dejó esta verdad probada:
Que no hay burlas con su espada
Ni burlas con su valor.

De Ricaurte en San Mateo
Todos conocen la historia:
Lo mató el amor de gloria
Y de triunfar el deseo.

¡Qué bruto! En vez de poner,
Al través de alguna brecha,
Larga, larguísima mecha,
Y desde lejos prender.

Pone fuego con la mano
A quemarropa, ¡qué horror!
No hay burlas con el honor
De un capitán colombiano.

Y aquí necesaria es,
Con perdón
De don Pedro Calderón,
Segunda regla de tres.

Si los que eran arrebol
Brillan con luz tan fulgente,
¿Qué será cuando en oriente
Se muestre de lleno el sol;

Cuando abarque la mirada
De Bolívar medio mundo,
Y, ardiendo en amor profundo
Lo liberte con su espada?

Casi sin aliento va
Con un puñado de bravos,
Y hace de un pueblo de esclavos
Pueblo libre en Boyacá.

Libertar un pueblo es poco,
Poco le parecen dos;
O ese hombre es un semidiós,
O está loco.

Cuando próximo a expirar
Se ve casi derrotado,
Le preguntan qué ha pensado,
Y él les responde: ¡Triunfar!

Lo ve la Europa asombrada,
Y muestra a la Europa en fin,
En Carabobo y Junín,
Que no hay burlas con su espada.

Perece el Libertador
Abandonado, abatido.....
Calderón no ha comprendido
Los percances del amor.

Mortal que leyendo estás,
¿La patria salvar esperas?
Pues ámala muy de veras,
Pero de burlas jamás.
No señor,
Calderón lo tiene dicho:
No hay burlas con el amor.

LOS SOLDADOS DE COLOMBIA

A RAFAEL

Si el cielo me hubiera dado
De coral risueña boca,
Con dos hileras de perlas
Iguales y primorosas,
Y bozo poblado y negro,
Y sonrisa encantadora,
Sin vacilar trocaría
Gustoso esas gracias todas
Por los nevados bigotes
De un soldado de Colombia.

El valor, y la hermosura,
Y la riqueza, y las honras,
Y la ciencia, y el talento,
Y de las letras la gloria,
Y en fin, todas esas gracias
Que a nuestros jóvenes ornan,
Mucho menos estimables
Son para nuestras hermosas
Que los nevados bigotes
De un soldado de Colombia.

Es bellísima, hijo mío,
Tu sonrisa candorosa,
Bellos son tus negros ojos,
Bella tu rosada boca,
Bellos los menudos dientes
Que apenas en ella asoman;
Pero todas esas gracias
Son menos encantadoras
Que los nevados bigotes
De un soldado de Colombia.

En los brazos de tu abuelo
Alegremente retozas,
Y con tu tez fresca y pura
Contrasta su tez rugosa;
Y sin respeto le tiras
Los bigotes, porque ignoras
Que son noble monumento
De nuestras mejores glorias;
Que son los blancos bigotes
De un soldado de Colombia.

También tu abuelo paterno,
Cuyas cenizas reposan,
Sin una inscripción siquiera,
Del mar Caribe en las costas,
Supo luchar denodado
Con las huestes españolas;
También adornaba él
Su faz morena y rugosa
Con los nevados bigotes
Del soldado de Colombia.

Vélez, mi mejor amigo,
A quien ya la edad agobia,
Y que vive solamente
Del recuerdo de sus glorias,
También fue terror un tiempo
De las huestes españolas;
Y también su noble faz,
Su faz moribunda adorna
Con los nevados bigotes
Del soldado de Colombia.

Cuando la razón despierte
En tu frente candorosa,
Tal vez ya me habrán envuelto
De la eternidad las sombras;

Y por eso, dulce hijo,
Te suplico desde ahora
Que descubras tu cabeza,
Y la inclines respetuosa
Ante los blancos bigotes
Del soldado de Colombia.

Y que beses reverente,
Si la muerte no lo estorba,
Las cicatrices que el pecho
De tu noble abuelo adornan;
Y que si de mi buen padre
Las cenizas hallar logras,
Cuidadoso las encierres
Bajo una modesta losa
Donde se lea: AQUÍ YACE
UN SOLDADO DE COLOMBIA.



AL GENERAL QUINTERO CALDERON

Si este lucido cortejo,
Si esta escogida reunión,
Hija de la admiración,
Fuera de guerra un consejo;
Y si a mí por ser más viejo
(Suponiéndome oficial),
Me tocara ser fiscal
En este solemne día,
Sin temor presentaría
Esta acusación formal:

Fue Quintero Calderón,
Y de esto duda no queda,
Quien perpetró en La Humareda
La más temeraria acción,
No obstante que la nación
Lo proclama hijo de Marte,
Lo acuso.... (dejando aparte
Los laureles que alcanzó)
Lo acuso porque venció
Contra las reglas del arte.

Que luchen tres contra nueve,
Y que al fin venzan los tres,
Me parece a mí que es
Cosa que elogiarse debe.
Pero si un hombre se atreve,
Siendo experto general,
A dar batalla campal
Lidiando diez contra ciento,
Viola con su atrevimiento
Hasta la ley natural.

En La Humareda las gentes
Eran según confesión
De Quintero Calderón,
Un puñado de valientes:
Los contrarios combatientes
Tenían embarcaciones,
Y pertrechos y cañones;
Y un ejército ordenado
Y numeroso, mandado
Por hábiles campeones.

Hizo, pues, mal en vencer
Quintero, y mal en triunfar:
La ordenanza militar
Manda en tal caso correr.
Confirma este parecer
Un escritor eminente,
Discreto como valiente,
Valiente como cortés,
Diciendo que el miedo es
Natural en el prudente.

Mas será mucho mejor,
Ya que he salido tan mal
En el papel de fiscal,
Hacer el de defensor.
Los colombianos valor
Tienen, pero tan de veras,
Que es fácil en sus banderas
Hacer mil hombres morir;
Pero obligarlos a huír
Es pedirle al olmo peras:

Es preciso confesar
Que nuestros antepasados
Fueron perfectos dechados
De un ardimiento sin par.

Si alguno quiere culpar,
Con proceder poco hidalgo,
A Quintero porque en algo
Fue excesivo su valor,
Le responderé: «Señor,
De raza le viene al galgo».

Si otro crítico censura
Diciéndonos: «De Quintero
Fue grande la hazaña, pero
Tuvo muy poca cordura»,
Yo le diré: «Fue locura,
Locura de las primeras.....»
Señores: hablo de veras,
Que fue gran locura creo,
La misma de San Mateo,
La misma de Las Queseras.

Es la locura afamada
Del que sus naves quemó;
La misma que ejecutó
En estas tierras Quesada,
La locura rematada
De Cedeño y de Rondón;
La locura de Colón,
Que se arroja al mar profundo
Para regalarle un mundo
A la española nación.

Mas supongamos que están
En este lugar reunidos
Los jefes más distinguidos,
Presidiéndolos Payán.
Yo les diré sin afán:
Caballeros no me atredra
Vuestro juicio; aquí no medra
La rigidez ni el enfado;

El que se halle sin pecado
Tire la primera piedra.

Tal vez no la arrojará
El que en un viejo pontón
Emprendió la expedición
Fabulosa a Panamá;
El que entró del Caquetá
A la desierta espesura;
Tratándose de locura
Puede decirle Quintero
Francamente: «Compañero,
No nos cobramos hechura».

Después de que un pueblo entero,
Hallando intérpretes fieles,
Ha cubierto de laureles
Al patriota y al guerrero,
Quieren que el pobre coplero,
Vagabundo trovador,
Os hable también, señor,
Y os ofrezca la medalla
Que en el campo de batalla
Mereció vuestro valor.

Miserable condición
Del pobre lenguaje humano!
Tan pomposo, tan galano
Para torpe adulación!
Mas si quiere el corazón
Darle encomio a la virtud,
Callan la voz y el laúd;
Porque el silencio y el llanto
Son siempre el único canto
Digno de la gratitnd.

EL PODER DEL HOMBRE

El hombre es rey absoluto,
No hay a sus antojos valla;
Todo a su imperio avasalla,
Todo le paga tributo.

En ligeros globos vuela,
Y deja atrás al condor;
Pero lo vence el dolor
De la cabeza o la muela.

Del sol el peso averigua,
Del sol las leyes promulga;
Y lo acobarda una pulga,
Y lo enloquece una nigua.

Al formidable león
Vence, y vence a la pantera;
Y luégo lo desespera
Algún mosquito zumbón.

El hombre, para matar,
Mil venenos elabora;
Pero, por desgracia, ignora
La manera de curar.

Son infalibles sus fallos
Si desahucia al paciente;
Pero ignora totalmente
Cómo se extirpan los callos.

Con su ciencia, en un instante
Cambia el diamante en carbón;
Más le falta otra invención:
Hacer del carbón diamante.

Arranca al tirano fiero
El cetro, al cielo los rayos;
Mas no logran los ensayos
Extinguir un hormiguero.

Un fusil ha descubierto
Para matar de carrera;
Lástima que no pudiera
Devolver la vida a un muerto!

Independiente, altanero,
Ni a Dios ni al diablo obedece;
Y tiembla si comen trece,
O si se vuelca el salero.

Con su poderosa mente
Abarca la creación;
Y le quita la razón
Una copa de aguardiente.

Surca del mar el abismo,
Desafía su furor;
Pero le falta valor
Para vencerse a sí mismo.

Todo el humano poder,
Toda la grandeza humana
Es correr tras un mañana,
Y suspirar por ayer.



EL HOMBRE Y LA MUJER

En la narración sencilla
Del Génesis he leído
Que a Adán, estando dormido,
Dios le sacó una costilla.

Refiere la tradición,
Y el texto calla exprofeso,
Que al quitarle Dios el hueso
Se le arrancó el corazón;

Y con él, aún palpitante,
Hizo a la mujer primera,
Tímida, pura, hechicera
De amor y de fe radiante.

Y por eso, con franqueza,
Algún escritor ladino
Llama al sexo femenino:
«Un corazón sin cabeza».

Y el filósofo Platón,
Allá en sus lucubraciones,
Define así a los varones:
«Cabezas sin corazón.»

Y por eso, si un momento
Resuelve el hombre sentir,
Sin que lo llegue a advertir,
Siente con el pensamiento.

Y si, en muy rara ocasión,
La mujer quiere pensar,
Sin llegarlo a sospechar,
Piensa con el corazón.

LA POMPA DE JABON

Trémula nace, vacilante crece;
Pálidas tintas de amaranto y rosa
Brotando van sobre su faz lumbrosa,
Donde por fin el iris resplandece.

A impulso del aliento que la mece,
De su cuna se arranca ruborosa,
Y, entregándose al aura cariñosa,
Ufana vuela, elévase y fenece.

Tál nace la ilusión: al blando aliento
De la esperanza ensánchase y fulgura,
Inundando de luz el pensamiento;

Lánzase al porvenir radiante y pura,
Ufana vuela, elévase un momento,
Y un momento fugaz tan sólo dura.



LAS ROCAS DE SUESCA

Hay un estrecho valle circuido
De fantásticas rocas, apiñadas
En miriadas de siglos, destrozadas
A impulso del diluvio y del volcán.
Las graciosas parásitas y el musgo
Amortajan piadosos las ruinas;
Y ondeantes guirnaldas peregrinas
Las calvas rocas coronando están.

El río perezoso, cristalino,
Que el aura de la tarde apenas riza,
En vueltas y revueltas se desliza,
Bajo copudos sauces sin rumor.
Por contemplar las destrozadas rocas,
Donde su luenga barba el líquen prende,
En remanso purísimo se extiende,
Y del cielo retrata el esplendor.

Hondo silencio reina, que interrumpen
Del ave errante la sentida queja,
El balido distante de la oveja,
Y el distante relincho del corcel.
Siento aquí a Dios, eterno, omnipotente;
Mudo de asombro caigo de rodillas
Ante el autor de tantas maravillas,
Y ardiente llanto empapa mi pincel.

Cállate, musa mía; tú no tienes
«La lira de grandílocuos concentos»
Con que, rasgando los nocturnos vientos,
Canta las glorias de Colombia Ortiz;
Toma la de diomate y granadillo,
De primoroso nácar embutida
Fina bandola, púlsala, mi vida,
Y encontrarás inspiración feliz.

Míra si puedes descifrar conmigo
El que mi mente agobia doble arcano:
Este que ves a la siniestra mano
Es de la luna el místico cantor;
Aquéllas que se empinan hasta el cielo,
Osamenta del mundo primitivo,
Son testigo inmortal, recuerdo vivo
De las tremendas iras del Señor.

El culto vate y los salvajes riscos
Son dos formas distintas de una idea:
Es Diego Fallon el volcán que humea;
Los riscos el volcán que se apagó.
¿Quién de los riscos contará los años?
¿Quién del vate las locas fantasías?
Sólo el Eterno, que, en remotos días,
Con su planta los montes destrozó.

Cuando al través de desgarradas nubes
Derrama el sol sus vivos resplandores,
Un enjambre de sombras y colores
Se ve sobre las rocas vacilar;
Y cuando, a impulso de entusiasmo ardiente,
O súbita emoción su pecho late,
Mil faces toma el caprichoso vate,
Que mudan y contrastan sin cesar.

Los peñascos, mudables cuando sólo
Se contempla su efímero ropaje,
Contrastan de los siglos el ultraje,
Y tienen de granito el corazón.
Diego voluble a quien lo ve de paso,
Firme cual hijo, padre, esposo, amigo,
Siempre constante llevará consigo
La de sus padres santa religión.

Repára, musa amiga, aquella roca
Que escalando las nubes se sublima;
Y el tenaz quiche, que en la tersa cima
Con sus corvas raíces se agarró.
Para tus cantos fáciles y alegres
Te brindan ellos abundoso tema;
Son de cariño y amistad emblema:
La dura roca es Diego; el quiche, yo.

Musa, cuando muramos, nuestros restos,
Ya despojados de la carne, esconde
Allá en la roca solitaria, en donde
Los nidos de las águilas están;
Y en la callada noche cuando vierta
La luna melancólica su lumbre,
Si del bambuco ensayas la quejumbre,
Nuestros helados huesos saltarán.



A JOSE MARIA VERGARA

Me dices que no escriba
Canoras bagatelas,
Sino sangrientos dramas,
Magníficos poemas,
De nuestro caro suelo
La historia verdadera,
Y, por seguir la moda,
Románticas novelas.
Como respeto mucho
El tino y la prudencia
Que te adornan, no quiero
Contradecir tu arenga;
Mas me permito hacerte
Cuatro preguntas sueltas:
Supón por un momento
Que tengo ingenio y ciencia,
Y que mañana mismo
Las cátedras, la escuela
Dejo para entregarme
A más nobles tareas.
Cuando en la aciaga víspera
Del viernes, venga Pepa
Diciendo que se halla
Desierta la despensa,
¿Querrá para el mercado
Mis dramas y poemas?
Cuando mis acreedores,
Voraces sanguijuelas,
Vengan a presentarme
De réditos la cuenta,
¿Admitirán en pago
Dramáticas escenas?

Cuando los niños digan:
«Papá, denos panela,
Dénos pan, denos queso»;
Y, con todas sus fuerzas,
Clamen llorando en coro:
«Qué hambre tan horrenda!»
¿Les taparé la boca
Con dramas y novelas?
Cuando las convulsiones,
La tos o la jaqueca,
Le den, por estar débil,
A mi querida Pepa,
¿Piensas que en la botica
Despachen la receta
Si reales (octavas)
Para pagarla llevan?
Díme, en fin, *cuando oprima*
Nuestro cuerpo la tierra,
Habrá un amigo solo
Que a escribir venga en ella
Con toscos caracteres
Un nombre y una fecha?
Tú, que tienes de mártir
Vocación, ten paciencia;
Y escribe, si te place,
Románticas novelas,
Y deslumbrantes dramas,
Y sublimes poemas;
Y a este tu pobre amigo
Déja que se divierta
Haciendo solamente
Canoras bagatelas.

EL MONO Y EL GATO

Tenía el señor don Gil,
Hombre amigo de cucañas,
Rebosando de castañas
Un estupendo barril.

Enviáronle de Tetuán
Un mono de pocos años,
Que por sus muchos amaños
Se llamó el Gran Capitán.

Entró nuestro mono un día
De don Gil al aposento,
Y ocurrióle en el momento
Una extraña fechoría:

Del barril logró sacar
De castañas un puñado,
Y en la estufa con cuidado
Echólas luégo a tostar.

Alegre como unas pascuas,
Da el comerlas por seguro,
Mas hallóse en grande apuro
Al mirarlas hechas ascuas;

Y notando a Zapirón,
Que en blando cojín dormía,
Díjole: «Ven, vida mía,
Dueño de mi corazón:

Aquí podrás eludir
El duro rigor del frío,
No tardes, amigo mío,
Tu ausencia me hace sufrir».

Con zalamero ademán,
Y el espinazo encorvando,
Paso a paso fuése andando
El gato hacia el Capitán;

Y éste de dulzuras lleno
Le dijo: «Acércate más,
Acércate y dormirás
Reclinado aquí en mi seno».

El buen gato la cabeza
Reclina con donosura,
Y el mico por la cintura
Agárralo con destreza;

Y tomándole una mano,
Barre con ella la estufa;
Zapirón se encrespa y bufa
Y pide venganza en vano;

Pues el monazo traidor
Dice «Cálla, vil gatillo,
Y agradece que me humillo
A aceptar de tí un favor.

Si acaso mi acción no es buena,
Al hombre debes culpar,
Pues él me enseñó a sacar
La brasa por mano ajena».



PERROS Y GATOS

A fines del vigésimo segundo
Año de nuestra éra,
Hubo en Madrid un hecho muy fecundo
En desgracias; y fue de esta manera:

(Advierto entre paréntesis, lectores,
Que el año precitado
Madrid, según gravísimos autores,
No se había fundado).

Tenía cierto dómine pedante
Un galgo corredor de largo hocico,
Y un miz, a quien el duro consonante
Me hace llamar gatico,

Pero que hablando en plata,
Era el mayor gatazo
De cuantos han dormido en el regazo
Maternal de la gata.

El noble can llamóse Zalamero,
Y del ilustre gato el apellido,
Pues que su nombre recordar no quiero,
Fue, según los cronistas, Relamido.

Fácilmente en mi historia se barrunta
Que nunca al miz y al galgo se les daba
Ración cumplida, porque su amo estaba
A la cuarta pregunta.

Y sin duda por eso,
En más de una ocasión se los veía
Disputar con porfía
Miajas de pan y cáscaras de queso.

Una vez el egregio Relamido,
Por vengarse del noble Zalamero,
Formar quiso mañero
Con libérrimos gatos un partido;

Y, en torno de empinada chimenea,
Con trompeta gatuna,
La gente convocó de su ralea;
Y le dijo, trepando a la tribuna:

«Ilustres compatriotas! he notado
Que los perros malditos
Usurpan los derechos del venado
Con mil y mil delitos;

Nosotros, que matamos solamente
A culpables ratones,
Al venado inocente
Libertemos de pérfidos sayones,

Juremos guerra a muerte a los malvados».
Guerra! gritaron todos a porfía,
Y, guerra! en las guardillas y tejados
El eco repetía.

Oyendo el can los gritos, presuroso
Reunió perras y perros cazadores;
Y en ademán tranquilo y respetuoso
Les dijo así: «Señoras y señores,

Los crueles gatos sin cesar destruyen
De los ratones la indefensa raza;
Y con sus desafueros prostituyen
El útil ejercicio de la caza.

Nosotros, que luchamos solamente
Con pérfidos venados,
Juremos proteger al inocente,
Juremos guerra a muerte a los malvados».

El senado canino
Aplaudió al orador a manotones,
Diciendo: «Bien, magnífico, divino!
Viva el libertador de los ratones»!

Desde ese aciago día
El partido perruno
Y el gran bando gatuno
Luchan rabiosos con tenaz porfía;

Y en nada ha mejorado
La suerte de los míseros ratones,
Y el infeliz venado
Sufre siempre las mismas vejaciones.

Por eso, si aparecen
En un pueblo dos bandos insensatos,
Dicen los hombres cuerdos: «Se aborrecen
Como perros y gatos».



QUINTILLAS

(LEÍDAS EN EL LICEO GRANADINO)

El Liceo Literario
Manda que versos escriba;
Y escribir es necesario,
Porque yo soy partidario
De la obediencia pasiva.

Diráme algún liberal
Que la independencia es bella,
Que mi obediencia es brutal;
De la feria cada cual
Habla como le va en ella.

Otro querrá con tesón
De las selvas y las grutas
La libertad. Mi opinión
Es, y con mucha razón,
Que entre gustos no hay disputas.

Vánme sin duda a causar
Estos versos mil molestias;
Voy sin asunto a empezar;
Esto se llama ensillar
Mientras que llegan las bestias.

Pero si alguna quintilla
Sale coja, qué dirán?
Que se *peló* Carrasquilla,
También se *pela* Zorrilla;
Todo el mundo es Popayán.

¿Pero si la comisión
Estos versos no confirma?
Tendrá sobrada razón.
¡Qué buena disposición
La de mandarlos sin firma!

Y no faltará quizás
Quien diga: coplas más bellas
No las he visto jamás.
¡Como si no fuera más
Que soplar y hacer botellas!

Mas si llegan a algún puerto
Del Perú, las ve Corpancho,
Y como crítico experto....
Ay! callaré como un muerto,
Que al buen callar llaman Sancho.

Es cosa triste sufrir
Esta dura alternativa;
Porque ni quiero escribir,
Ni quiero contradecir
A la obediencia pasiva.

Pero ¿dejaré mi puesto
Como cualquier general?
Contra tal mengua protesto:
¡Bien dicen que Fray Modesto
Nunca llegó a provincial!

Por tanto yo, como el Cid,
Seré esforzado y valiente,
Y entraré en la cruda lid,
Aunque me digan: salid!
Y salga por la tangente.

Aunque un torpe fariseo,
O un desapiadado escriba
Grite en la barra: qué feo!
Culpa será del Liceo
Y mi obediencia pasiva.

Y ¡ay del crítico traidor
Que así mi paciencia gasta!
Infeliz si mi furor! ...
Más al buen entendedor
Con media palabra basta.

Y como otros avechuchos
Sufrirán también desprecios
A causa de no ser duchos,
Yo diré que mal de muchos
Es consuelo de los necios.

En fin, yo no envidiaré
A quien el triunfo consiga
En la lid; sólo diré
Que a quien Cristo se la dé
San Pedro se la bendiga.

Mi arenga está terminada,
Pero de susto estoy muerto.
Señores, una palmada
Me vendrá como pedrada
Encajada en ojo tuerto.



CONSTANCIA

Seis años tendría Rosa,
Y yo unos siete a lo más,
Cuando un día, por más señas
Era el día de san Juan,
La ví con otros muchachos
En casa del tío Blas.
Yo montaba con orgullo
Un generoso alazán,
Hijo de una antigua vuelta
De la capa de papá;
Y un sombrero de tres picos,
Con la pluma que al Sultán,
El gallo de mi madrina
Le acababa de arrancar,
Y formado con despojos
De la Gaceta oficial,
Daba a mi noble persona
Un aspecto militar.
Ver a Rosita y prendarme
De su rostro angelical
Todo fue uno; y propuse
Que fuéramos a jugar
A las señoras, y obtuvo
Aprobación general
Mi proyecto; mas la niña
Fue de un muchacho alemán
Muy colorado y muy rubio
La consorte; y aceptar
No quiso en toda la tarde
Mi mano de general;
Y yo, ciego de despecho,
Fingí que me iba a matar
De luciente hoja de lata
Con mi aguzado puñal;

Y a Rosa dije al oído
Esta copla que mamá
Me enseñó, para cantarla
De mi pandero al compás:
Una gota con el tiempo
Cava el duro pedernal,
Y mis lágrimas no pueden
Tu corazón ablandar.

Creció Rosita y crecieron
Su virtud y su beldad;
Y mi afecto, que jugando
Nació el día de san Juan,
Tornóse en amor ardiente,
Irresistible, inmortal;
Y muchas veces temblando
Se lo quise declarar
Con requiebros aprendidos
En las obras de Florián.
El bachiller Germán Pérez
Era mi odioso rival,
Y como él tenía capa
Con piel y con alamar,
Y chaquetica de lino,
Y botas de cordobán;
Y yo, de vil calamaco
Un capote verdegay,
Y botines amarillos
Que dejaban asomar
Por estrecha claraboya
Parte del dedo pulgar,
Sufrí derrota completa,
Y dije, lanzando un ay:
Una gota con el tiempo
Cava el duro pedernal,
Y mis lágrimas no pueden
Tu corazón ablandar.

Cumplió Rosa veinte abriles,
Y fue su hermosura tal,
Que era la más afamada
Muchacha de Bogotá,
Y un diluvio de galanes
La sitiaba sin cesar;
Y ella le dió calabazas
A un bizarro capitán,
A dos bravos coroneles,
A un famoso general,
A treinta y cuatro doctores,
(Ocho y van tres), a un patán,
A un médico parisiense
Que acababa de llegar,
Y por fin a un comerciante
De cuantioso capital.
Mientras iban y venían
Los amantes con afán,
Yo mi favorita copla
Me divertía en cantar:
Una gota con el tiempo
Cava el duro pedernal,
Y mis lágrimas no pueden
Tu corazón ablandar.

Hoy Rosa tiene treinta años
Y un diente le falta ya;
Y su tez, antes tan pura,
Se comienza a marchitar;
En el teatro se queda
Siempre en la fila de atrás;
Y lleva traje de cuello
Muy sencillo; y cuando va
Al baile, suelen dejarla
Comiendo pavo, y si hay

Ambigú, nadie le ofrece
El brazo y ella se va
A la alcoba, pretestando
Que le duele un cornijal;
Mas yo, que no admiro en Rosa
Esas gracias que se van
Como leve niebla al soplo
De la brisa matinal,
Sino sus raros talentos,
Su modestia, su piedad,
La amo ahora más que nunca;
Y jamás podré olvidar
Esa copla que le dije
En la tarde de san Juan:
Una gota con el tiempo
Cava el duro pedernal,
Y mis lágrimas no pueden
Tu corazón ablandar.

Ojalá que pronto el tiempo
Acabe su obra, ojalá!
Que surque con mil arrugas
Esa frente virginal;
Y que argente sus cabellos,
Y que entorpezca su andar,
Y que arrebate las perlas
De su boca de coral,
Y que amortigüe la lumbre
De sus ojos. Ojalá
Que al mirarse anciana y triste
Y en profunda soledad,
Recuerde al niño inocente
Que una tarde de san Juan,
Jugando con otros niños,
Su mano osó demandar,

Y al joven que a los veinte años
Juróle amor inmortal,
Y que el báculo ser puede
De su triste ancianidad;
Que si leve gota cava
Con el tiempo un pedernal,
Tal vez mis lágrimas logren
Su corazón ablandar.

Mas si la muerte el estrago
Del tiempo logra estorbar,
Y a la flor de mi esperanza
La arroja a la eternidad,
Por sus sagradas cenizas
El derecho de velar
No podrá ya disputarme
Ningún odioso rival:
Cuando nazca el sol, y cuando
Esconda su frente allá
Tras de los lejanos montes,
Me verá ferviente orar,
Sobre una ignorada tumba
Arrodillado; y quizás
Mis lágrimas en el mármol
Honda huella dejarán
Ya que no pudieron nunca
Su corazón ablandar.



AL SALTO DE TEQUENDAMA

Salto, que saltando vienes,
Salto, que saltando vas,
¿Dónde se esconde tu cuna?
¿Dónde tu sepulcro está?
Las aguas que atrás dejaste
Y las que adelante van,
Todas de la mar salieron,
Todas corren a la mar;
Todas del abismo vienen,
Todas al abismo van.
Las que su destino buscan
Dicen siempre: más allá!
Las que su destino hallaron
Quisieran volver atrás;
Tristes unas se querellan
Con el afán de llegar,
Y se querellan las otras
Por haber llegado ya.
Las que a su fin se aproximan
No consiguen recordar
Su origen; y las que nacen
No saben a dónde van;
Y lloran las de adelante
Como lloran las de atrás;
Todas del abismo vienen
Todas al abismo van.



MI UNICO AMOR

Como las olas
Tengo mi pena,
Siempre golpeando
La misma piedra.
Ay!
La misma piedra.

D. Guarín

Una mañana,
Yendo a la fiesta
De san Antonio,
Vi una morena,
Que con su madre
Iba a la iglesia;
Sus negros ojos,
Sus largas trenzas,
Su airoso talle,
Y su modestia,
Y su mirada
De fuego llena
Me arrebataron
El alma entera.
Tras largos días
De amarga pena,
Por fin le dije
Mi amor; mas ella
A mis halagos,
A mis finezas,
Dábales sólo
Dura respuesta;

Y yo pasaba
La noche entera
Yerto de frío
Junto a su reja,
Al són cantando
De mi vihuela:

Como las olas
Tengo mi pena,
Siempre golpeando
La misma piedra.

En mi semblante
Pudo la pena
Cambiar las rosas
En azucenas;
Y mi mirada
Dulce y serena
Tornóse triste,
Y adusta y fiera:
Ya no gustaba
De ir a la iglesia
En los risueños
Días de fiesta;
Y, por las tardes,
Si a la pradera
Iban los mozos
Con las doncellas
Más afamadas
Que hubo en la aldea,
Yo, desde lejos,
Viendo las muestras
De su alegría
Franca y sincera,
Sentía el alma
De envidia llena.

Si mis amigos
Allá por fuerza
Me conducían,
Con mano trémula,
Yo del bambuco
Las blandas quejas
Acompañaba
Con mi vihuela,
Cantando siempre
La misma endecha:
Como las olas
Tengo mi pena,
Siempre golpeando
La misma piedra.

Mi buena madre,
Mi madre tierna,
Viendo mi angustia
Y mi tristeza,
Me dijo un día:
«Deja esta tierra,
Véte muy lejos,
Véte y no vuelvas
Antes de un año,
Porque las penas
De amor las cura
Sólo la ausencia».
Una mañana
Dejé mi aldea,
Y cuando estuve
Sobre la cuesta,
Mirarla quise
Por vez postrera;
Y de mi casa
Vi la humareda,
Los verdes sauces,
Las sementeras;

Y a mi caballo
Volví la rienda,
Cantando siempre
La misma endecha:

Como las olas
Tengo mi pena,
Siempre golpeando
La misma piedra.

Del mar inmenso
Por vez primera
Con mucho asombro
Vi la grandeza;
Era la hora
Triste y serena
En que el sol hunde
Su frente regia;
Y yo, sentado
Sobre una peña
Donde las olas
Daban con fuerza,
Pensé en mi madre,
Pensé en mi aldea,
Pensé en los ojos
De la morena
Que vi un domingo
Yendo a la iglesia;
Y entre las grutas
De la ribera
Repitió el eco
Mi triste endecha:
Como los olas
Tengo mi pena,
Siempre golpeando
La misma piedra.

Há ya diez años
Torné a mi aldea
Y no han podido
Tiempo ni ausencia
Borrar la causa
De mi tristeza;
No olvido nunca
A la morena
Que vi un domingo
Yendo a la iglesia;
Por eso, siempre
Que el sol se ausenta,
Estoy sentado
Sobre una piedra
Que está del río
En la ribera,
Al són cantando
De mi vihuela:

Como las olas
Tengo mi pena,
Siempre golpeando
La misma piedra.



EL VELO

Suelen ponerse las niñas
Velo de ligera gasa,
Que los defectos encubre,
Y los encantos realza.

Si de pudor y modestia
Todas un velo llevaran,
Ocultando sus defectos,
Redoblarían sus gracias.

Mas no es posible; esas telas
En el mundo son muy raras,
Y además ya no se usan:
Son de la moda pasada.



TROTES Y ARANDELAS

Anda siempre a trotecito,
Y alzando el traje Manuela,
Por mostrar una arandela
Y un dobladillo de ojito.

A trote largo Aniceta
Recorre media ciudad;
Y va diciendo: mirad
Este encaje de a peseta !

Corre Inés cual cervatillo
A quien persiguen cien canes;
Y les dice a los galanes:
Mirad este dobladillo !

Pierde Juana la chaveta,
Y más ancha que un paraguas,
Va mostrando unas enaguas
Con ramos de cadeneta.

Atropellando corrillos,
Y con un aire salvaje,
Ostenta Pepa un encaje
Que le costó a tres cuartillos.

Diez mil veces pasa el caño
Rufa; y se excede en el uso;
Porque en sus enaguas puso
Todas las barbas de un paño.

Niñas, no más trotecito,
Andar despacio es mejor;
Y vale más el pudor
Que un dobladillo de ojito.

UN ENEMIGO DEL ALMA

Por el bendito patrón
Del pueblo, te ruego, Elisa,
Que nunca vayas a misa
A servir de tentación.

Há poco dije al vicario
Que, por tus gracias funestas,
No santifica las fiestas
La mitad del vecindario;

Y él exclamó: —Picarilla!
Ya le tengo yo advertido
Que lleve siempre escondido
El rostro entre la mantilla.

—Señor cura, eso es peor;
Pues, al través del embozo,
Hace más grave destrozo
De sus ojos el fulgor.

—Mil veces le tengo dicho:
Los ojos bajar procúra.
—Muy mal hecho, señor cura.
—Jesús, qué raro capricho!

Qué opiniones tan extrañas!
—Reflexione usted, señor,
Que así se verán mejor
Sus primorosas pestañas.

Que no venga tan temprano,
Y oiga misa en el cancel.
—Pues entonces ningún fiel
Pasará del altozano.

Esto acabamos de hablar
Con el cura de la aldea;
Y el buen anciano desea
Tantos males remediar:

Y por el santo patrón
Del pueblo, te ruega, Elisa,
Que nunca vayas a misa
A servir de tentación.



CERTAMENES

— ¿Qué es.... el primer señorito,
Gramática castellana?
—Es la ciencia de los números.
—No, mi pregunta no es clara;
Y es por eso que usted
No ha podido contestarla.
La gramática será....
—Señor?—El arte que trata
De hablar y de escribir bien....
Cuál lengua?—La castellana.
—Bien, muy bien! El señorito
Que sigue, dígame cuántas
Partes tiene la oración?
—Son cuatro, la Europa, el Asia....
—No, no, no! Dice usted bien:
Todas esas son palabras
Que entran en las oraciones.
¿Qué genero tiene rana?
—Si es mujer o animal macho....
—Bien, esa es la regla, basta.
El siguiente, ¿cómo forma
El plural de gato?—Gatas.
—Gatas, dice usted muy bien.
Qué es prosodia?—La que trata
Del orden y dependencia
De las....—Sí, de las palabras.
Y usted sabe conjugar?
—Sí señor, yo amo, tú amas....
—Continúe conjugando
Ese tiempo—Ellos amaban....
—Perfectamente! Usted
Cambió el tiempo, e importaba
Hacerlo para mostrar
Que los sabe todos.—Basta.

Tín, tilín.—Música, música.
—Qué bonita contradanza!
El parabién, don Facundo;
Sus niños son unas águilas.
—Sólo han estudiado un año.
—Sin embargo, es mucha gracia!
—Lo hicieron divinamente!
—Mi señora doña Pacha,
Mucho se lució su niño;
Debe usted estar ufana.
Muy bien, Carlitos, muy bien!
—Niño, diga muchas gracias.
—Los de esta generación
Nos llevan mucha ventaja.
—Hoy sabe más un mocoso
Que antes un hombre de barbas.
—Válgame Dios! Llueve a chuzos.
Y yo no traje paraguas.
—Y esta agüita ya se sabe
Que no escampa hasta mañana.



PERCANCES DE LA POESIA

—Buenas tardes, mis señoras.
—Buenas tardes, don Cenón.
¿Trajo la composición?
—Sí la traje.—A buenas horas.

—Se titula «La mujer»,
¿No es verdad?—Sí, señorita.
—Pues debe ser muy bonita.
—Empiece pronto a leer.

—Atención!—*Grande es Jeová....*
—Silencio!—*Cuando en la noche*
Plácida....—Suelte ese coche.
—Si éste es el mío, mamá.

—Llévate ese niño, Cruz.
—Sigamos.—*Lanza un destello....*
—Qué pensamiento tan bello!
—Chito!—*De su eterna luz!*

— No grites, Pepe.—*Y mil soles....*
—Qué exageración !— *Y mil*
Se encienden.—El perejil
Dónde está?—Junto a las coles.

—*Se encienden fúlgidos.*—Bravo!
Bonito!—*Del firmamento....*
—Estése quieto un momento.
—Zape.—Suéltelo del rabo.

—Prosiga usted.—*Sobre el rico*
Azul.... —Llévate de aquí
Ese gato, y a Mimí,
Y a Pepe y a Federico.

Se acabó la tentación;
Oigamos tranquilamente
Los versos.—*Cuando su ardiente....*
—¿Quién?—Que si compran carbón?

—No.—*Cuando su ardiente carro*
Rueda rápido....—Teresa,
Qué sonó, qué bulla es esa?
—Fue que el niño rompió el jarro.

—Oh!—*Del cielo entre el oscuro*
Pabellón.—Mi señá Trina,
Está ardiendo la cocina
Por culpa de mi amo Arturo.

—Por Dios! que toquen a fuego.
Ay! vuele usted, don Cenón.
—Guarde su composición
Para después.—Hasta luégo.



LA HOJA

(TRADUCCIÓN DE ARNAULT)

—Hoja seca ¿dónde vas
Desprendida
De tu tallo y combatida
Por el recio vendabal?

—Yo lo ignoro; de la encina
Arrancada, y sin sustento,
Vagar a merced del viento
Es mi destino fatal.

¿Qué importa que mi existencia
Pasajera
Se deslice en la pradera
O a la sombra del vergel?

Si voy con incierto paso
A donde va toda cosa;
Do van las hojas de rosa
Y las hojas de laurel.



EL DOLOR SUPREMO

Era una tarde serena;
El sol su frente ocultaba
En el ocaso, tiñendo
Las nubes en viva grana.
Yo meditaba tendido
Al borde de una cascada,
Que con redoblados truenos
Al hondo abismo se lanza;
Y, de la selva vecina,
Vi salir una zagala
Inquieta, pálida, triste,
Mas llena de vida y gracia.
Con el blanco delantal
Iba enjugando sus lágrimas,
Y la brisa de la tarde
En desorden derramaba
La undosa y larga melena
Sobre la mórbida espalda.
Un siniestro pensamiento
Se leía en su mirada,
Y presumí adivinarlo....
El nevado pie mojaban
Ya las espumantes ondas
De la horrible catarata;
Iba a inclinarse al abismo,
Y exclamé: desventurada!
Deténte, qué vas a hacer?
—Voy a lavarme la cara.
—Y por qué lloras así?
—Porque me pegó mi mama.

UN HOMBRE AMABLE

—Perico, tú por aquí!
Qué milagraso! Me alegro!
¿Se repuso bien tu suegro,
Desde el día en que lo vi?
. —Sí.

—Y Rosita se alentó?
Es tan amable, tan linda!....
¿Mi comadre Rudesinda
De su cuidado salió?
—No.

—¿Y la hacienda cómo está?
Cuéntame todo, Perico;
Como ya vas siendo rico
Me has olvidado quizá.
—Ya.

—Pues míra, mi negro, yo
Quisiera vivir contigo;
Eres mi mejor amigo,
Dios para mí te formó.
—Oh!

—Y quiero mucho también
A Josefita tu esposa;
Tan franca, tan obsequiosa!
¿Quién podrá igualarla? Quién?
—Bien!

—¿Te vas? No te dejaré
Ya que te tengo atrapado,
Dáme un abrazo apretado,
Y después te soltaré.
—Eh!

—Muy pronto iré por allá
Para abrazar a la chata,
Y al biche, y a doña Cata,
Y al perro, y a tu mamá.
—Bah!

—Diantre, qué tufo me dio!
Qué caños, qué policía!
Mas, siendo en tu compañía
Esto y más sufrire yo.
—Fó!

Nos separaremos, pues;
Pero salúdame a Elisa,
Y a....¿Te vas a toda prisa?
¿Te despides a lo inglés?
—Yes.



UN SABIO

Estaba Crispín el sabio
Con otros sabios un día;
Se habló de sabiduría
Y no desplegó su labio.

Acerca de Meca y Moca
Con entusiasmo se habló;
Y don Crispín no movió
Su sapientísima boca.

Tratóse con gran porfía
De Dumas y Lamartine;
Pero el señor don Crispín
No dijo esta boca es mía.

Hablóse al fin de Cantú,
Don Crispín movió sus labios,
Callaron todos los sabios
Y él dijo muy serio: Mu!



MI SOBRINO

En casa tengo un sobrino
Que se graduó de doctor,
Y que charla con furor
Y empuerca papel sin tino.

Ha perdido la chaveta,
Y hace versos a millones,
Y los nombra inspiraciones
O caprichos de poeta.

Llama azote el arriador,
Acicates, las espuelas,
Perlas, los dientes y muelas,
Sonoro parche, el tambor;

A los caballos, corceles,
Mansas liebres, los conejos,
Y los más tristes gozquejos,
Ejercitados lebreles;

Querubes, los querubines,
El mar, ponto embravecido,
Los amoríos, Cupido,
Y los pescados, delfines;

La totuma, hirviente copa,
La chicha, licor de oro,
Las lágrimas, triste lloro,
Y undoso manto, la ropa;

La ortiga, verde tomillo,
El caño, limpio arroyuelo,
La mujer, hurí del cielo,
Y la flauta, caramillo;

Al bababuy, ruiseñor,
Canario, al cucarachero,
Al chirlobirlo, jilguero,
Y al gallinazo, condor.

Mi sobrino no trabaja,
Come como un sabañón,
Y duerme como un lirón,
Y mil petardos me encaja.

Yo lo suelo regañar;
Que me come medio lado
Le digo; y él muy airado
Jura que se va a matar,

Porque la vida le pesa,
Porque a sufrirla no alcanza;
Mas tengo poca esperanza
De que cumpla su promesa.



A UN APRENDIZ DE HEREJIA

Hay dos textos, hijo mío,
Que no debe abandonar
Quien se quiera dedicar
A la profesión de impío.

El primero de los dos
Le encanta a todo tirano,
Nunca lo olvides, hermano:
Dad al César lo de Dios.

Es admirable el segundo
Para autorizar despojos,
No lo apartes de los ojos:
Mi reino no es de este mundo.

Si quieres quitarle a algún
Monigote la sotana,
Impide su queja vana
Con el *Reddite quœ sunt.*

Y si está cojitabundo
Porque perdió su camisa,
Díle con grave sonrisa:
Mi reino no es de este mundo.

Si la gran constitución
Firma, lo tienes pescado
Con el anzuelo dorado
De la *Suprema inspección.*

Y si no quiere jurar,
Grita airado noche y día:
Escándalo, rebeldía,
Quiere al pueblo sublevar!

Si jura, ponlo en apuro
Prohibiéndole consagrar;
Y si consagra, a gritar
Pónte: el rebelde, el perjuro.

Si un clérigo nunca asiste
A ninguna diversión,
Díle: viejo santurrón,
Hosco, hipocóndrico, triste.

Más si asiste alguna vez,
Exclama muy compungido:
Qué clero tan corrompido!
Qué horrible desfachatez!

Si trabaja por Facundo,
Que es hombre bueno y cristiano,
Díle: clérigo profano,
Mi reino no es de este mundo.

Mas si en alguna ocasión
Se abstiene de la política,
Dí que, en situación tan crítica,
No le sirve a la Nación.

Y excláma en tono muy serio:
El clero ni habla ni escribe,
Servir al César prohíbe
Su funesto ministerio.

Si escribe una apología
Concienzuda un bogotano,
Dí con desdén soberano:
Estilo de sacristía!

Mas si escribe un aprendiz
Y de la Virgen blasfema,
Dí: qué magnífico tema!
Qué ocurrencia tan feliz!

Si le das a un monaguillo
Un puño, y el anda listo,
Mándale en nombre de Cristo
Que vuelva el otro carrillo.

Y si otros se te amotinan
Y uno saca un chafarote,
Dí con calma: Monigote,
Mitte gladium in vaginam.

Lláma al papa Vaticano,
Al clero, curia romana,
Al sacerdocio, sotana,
Al creyente, ultramontano.

Hábla con indignación
Del Cardenal Hildebrando,
Y del tribunal nefando
De la negra inquisición.

Chárla mucho de Pepino,
De la rotación del mundo,
De don Felipe segundo,
Y del derecho divino.

Nunca olvides, hijo mío,
Estos sabios documentos:
Y harás inmensos portentos
En la profesión de impío.



MIS VIAJES

—Díme hasta dónde has viajado,
Porque tu aire es de extranjero.
—Por el norte a Chapinero,
Por oeste a Fontibón;
Y por los otros dos puntos,
El oriente y mediodía,
Estuve en la Peña un día,
Y en Tunjuelo una ocasión.



ÁRTE POETICA

—Tengo muchísimas ganas
De estudiar la poesía;
Si usted quisiera enseñarme....
—Tendré mucho gusto, niña.
—¿Son trabajosas las reglas?
—Al contrario, muy sencillas:
Todas pueden reducirse
A evitar toda mentira,
A hablar con el corazón
En la mano. No te rías;
Vas a ver prácticamente
Lo exacto de mi teoría:
Si yo quisiera pintar
Tu faz sonrosada y linda,
Y que a las otras muchachas
Tiene rabiando de envidia,
Evitando circunloquios
Y figuras, te diría:
Tus ojos son dos luceros,
Llenos de luz y de vida;
Tus dientes, brillantes perlas,
Tu boca, una clavellina,
Tu cuello es mucho más blanco
Que la leche, tus mejillas....
—Cuidado, señor poeta,
Cuidado con las mentiras.
—Si jurar no fuera malo
Mil veces te juraría
Que he abierto mi corazón
De par en par. Supón, niña,
Para demostrar con hechos
La verdad de mi doctrina,

Supón que yo soy tu amante,
Y que tú por mí deliras;
Y hablemos de una manera
Muy ingenua y muy sencilla,
Y verás cómo resulta
Un trozo de poesía.
– Corriente, comience usted
El diálogo.—Dulce Elvira,
Guardo hace tiempo un secreto
Que el alma me martiriza:
Quieres que te lo confíe?
—Usted sabrá.—Por Dios, niña,
Es preciso tutearme,
Y que hagas con energía
Tu papel.—Bien, comencemos
Nuevamente.—Dulce Elvira,
¿Quieres ser la confidente
De mis penas?—Sí.—¿Y querrías
Aliviarlas?—Usted sabe
Que tengo alma compasiva.
—Pues óyelo bien, te quiero
Con locura, desde el día
En que por la vez primera
Te ví. Díme, díme, Elvira,
¿Podré esperar que a mi amor
Correspondas?—Como amiga....
—Si sigues hablando así
No aprenderás poesía
En mil años.—Bien, sigamos.
—Pero es preciso que sigas
Con gran fuego. Lo prometes?
—Sí, lo prometo.—Mi vida,
Correspondes a mi amor?
—Puedes dudarlo?—Y querrías
Eternamente tu suerte
Unir a la suerte mía?

—Sí.—De veras?—Sí. —Permíte
Que, postrado de rodillas
A tus plantas, tu bondad,
Tu inmensa bondad bendiga,
Ves estas lágrimas? Son
De gratitud, de alegría,
De amor eterno, infinito....
Me siento morir de dicha.
—Cuidado, señor poeta,
Cuidado con las mentiras.
—Por la sombra de mi padre
Prometo, amiga querida,
Que no miento, que te digo
Lo que el corazón me dicta.
Yo soy sin duda quien puede
Acusarte de falsía.
—Dios me libre de infringir
Las reglas de tu doctrina.
—Con que es cierto lo que has dicho?
—Yo no miento, la mentira
Es hija del diablo, y....—Bravo!
Hoy le hablaré a doña Rita,
Tu madre, y mañana iremos
Juntos a la vicaría;
Y Dios nos dé larga prole
De vates y poetisas.



SEMANA DE PASION

El lunes te conocí,
El martes me enamoré,
El miércoles declaré,
Y el jueves dijiste sí;
Ay! el viernes te pedí
Y tus padres consintieron;
El sábado nos unieron;
Y hoy domingo, qué haré? dí!



UN JUGUETITO

Si mi amigo don Facundo
Hace un dramático embrollo,
En que muere todo el mundo
En menos que canta un pollo,
La chusma llorona exclama:
Gran drama!

Mas si comedia chistosa
Escribe el tuerto Bretón,
Unos, con voz desdeñosa,
Dicen: es un sainetón;
Y los otros: un bonito
Juguetito.

Si un estudiante aburrido
Escribe octavas confusas,
Y nombra a Cartago, a Dido,
Al Pegaso y a las Musas,
Las muchachas a la moda
Dicen: oda!

Mas si escribo una letrilla,
Y resulta en castellano,
O al menos clara y sencilla,
Con un desdén soberano,
Sólo dicen: es bonito
Juguetito.

Si dan lírica función
Y hay brujas y puñaladas,
Truenos en el tamborón,
Y ruido con las espadas,
Sale la gente diciendo:
Estupendo!

Pero si luégo nos dan
Del Regimiento la Hija,
Hasta el más rudo patán
Finge que poco se fija
En lo que llama bonito
Juguetito.

Juro a Jove soberano
Hacerle un canto al ciprés;
La mitad en mal francés,
Y la otra en mal castellano,
Para que el pueblo me nombre
Grande hombre.

Y entonces hemos de ver
Si existe en la faz del mundo
Algún hombre tan profundo
Que me pueda comprender,
Y que ose llamar mi escrito
Juguetito.



EL PORVENIR DE LA REPUBLICA

(TEMA DADO A LA SUERTE EN EL LICEO GRANADINO)

Cada vez que me veo
En medio del Liceo,
Trepado en la tribuna;
Y cada vez que alguna
Niña elogia mis versos,
Aunque sean perversos,
Exclamo rebosando de alegría:
Bello es tu porvenir, oh Patria mía!

Mas si un crítico necio
Exclama con desprecio:
«¡ Qué mala es la letrilla
Que dijo Carrasquilla! »
Yo, que pienso que es bella,
Reniego de mi estrella,
Exclamando con voz acongojada:
Triste es tu porvenir, oh Patria amada!

Si tengo en los bolsillos
Unos pocos cuartillos,
Voy a la fonda al punto,
Y a mis amigos junto,
Y tomamos cerveza;
Súbese a la cabeza,
Y exclamo rebosando de alegría:
Bello es tu porvenir, oh Patria mia!

Pero si estoy pelado,
Como buen empleado;
Y el señor tesorero
Dice que no hay dinero,

Grito: « por los ingleses!
Dentro de cuatro meses
Veremos esta tierra devastada»:
Triste es tu porvenir, oh patria amada!

Si de mi patria leo
La descripción y veo
Que los dos oceanos
Abarca con sus manos;
Que hay bosques seculares,
Y minas a millares,
Exclamo rebosando de alegría:
Bello es tu porvenir, oh Patria mía!

Mas si por un camino
Voy, y mi cruel destino
En un atolladero
Me sume todo entero;
Contemplo mi figura,
Mi macho y mi montura,
Exclamando con voz acongojada:
Triste es tu porvenir, oh Patria amada!

Si se le ve la cara
Al sol, que es cosa rara
En Bogotá, o la luna
Asoma por fortuna
Su faz tranquila y bella
Con una que otra estrella,
Exclamo rebosando de alegría:
Bello es tu porvenir, oh Patria mía!

Mas si está diluviando,
Y el trueno, rezongando,
Anuncia la tormenta;
Y un caño se revienta,

Y en mi casa se mete,
E inunda mi retrete,
Exclamo con voz ronca y angustiada:
Triste es tu porvenir, oh Patria amada!

Si varonil figura
Miro, de alta estatura,
Con gran bigote y pera,
O bien con barba entera,
Y con manos callosas,
Y fuertes y espaciosas,
Digo con entusiasmo y alegría:
Bello es tu porvenir, oh Patria mía!

Pero si un niño veo
De esos.... (En el Liceo
Habrá tal vez alguno;
Y no juzgo oportuno
Armar una pendencia).
Callaré por prudencia,
Exclamando con voz acongojada:
Triste es tu porvenir, oh Patria amada!

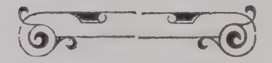
Si leo una letrilla
Clara, alegre, sencilla,
Escrita por Posada,
El alma acongojada
Se ensancha en el momento,
Y revivir me siento;
Y exclamo rebosando de alegría:
Bello es tu porvenir, oh Patria mía!

Mas si un vate romántico
Escribe un largo cántico,
Triste, lúgubre, tétrico,
Sin artificio métrico,

Y en que la lengua hispánica
Sufre coacción tiránica,
Digo con ronca voz y acongojada:
Negro es tu porvenir, oh Patria amada!

Si alguno me critica
Cara a cara, y me aplica
Las reglas del buen gusto,
Confesaré que es justo;
Lejos de que me ofenda,
Prometeré la enmienda,
Y exclamaré colmado de alegría:
Bello es tu porvenir, oh Patria mía!

Mas si al decir mis versos,
Aunque sean perversos,
Dicen: Perfectamente!
Y luégo el duro diente
Me clavan con enfado
Los que me han elogiado,
Exclamaré con voz acongojada:
Triste es tu porvenir, oh Patria amada!



LAS EDADES DE LA VIDA

De mi fugaz infancia
La sonrisa hechicera
Trocó en amargo llanto
Mi niñera.

La ventura de niño,
Que tan rápida vuela,
La emponzoñó el maestro
De la escuela.

Mi juventud ardiente,
Edad la más dichosa,
Llenóla de pesares
Una hermosa.

La noble edad madura
Que en dulce paz se alegra,
Turbóla el genio adusto
De mi suegra.

Y en mi vejez cansada
Todo placer se embota
Con el dolor agudo
De la gota.

Roban, pues, de la vida
Los instantes mejores
Niñeras, pedagogos,
Amor, suegra y dolores.

LOS NOMBRES

Que Borda en su acorde lira
Cante a la dulce Pancracia,
Y otro cante a Casimira,
Vaya en gracia.

Mas que, en honor de la lucha
Que al gran Sucre ensalza tanto,
Bauticen una Ayacucha,
No lo aguanto.

Que Marroquín (don Manuel)
De Melchora o Bonifacia
Nos haga el retrato fiel,
Vaya en gracia.

Mas que el señor don Cenón
Le ponga a un hijo Lepanto,
Y al otro Samborondón,
No lo aguanto.

Que en estilo muy discreto,
Para enamorar a Eustacia,
Haga Vergara un soneto,
Vaya en gracia.

Pero que doña Sotera
A la niña que ama tanto
Le haya puesto Culebrera,
No lo aguanto.

Que cada cual de su día
El nombre lleve, y que Ignacia
Se llame o Petrona, o Pía,
Vaya en gracia.

Pero que Canuto Grueso,
Por mostrar que sabe canto,
Llame a su niño Orobeso,
No lo aguanto.

Que don Temístocles, hombre
De ciencia, genio y audacia,
Lleve tan ilustre nombre,
Vaya en gracia.

Pero que Aristides sea
Un borrachón nada santo,
Un tinterillo de aldea,
No lo aguanto.



UN HOMBRE GRANDE

Vivo en perpetua aflicción,
En eterna desventura,
Por tener una estatura
De indígena patagón.

Tengo alma grande, es verdad;
Pero me queda tan floja,
Que, aun cuando el cuerpo se encoja,
Sobra siempre la mitad,

Si en cuestión que grave es
Piensa el alma atentamente,
Concentrándose en la frente
Deja desiertos los pies;

Y cuando en bailar consiento,
Se me baja toda entera,
Dejándome la mollera
Sin pizca de pensamiento.

Y aunque casi siempre saco
Mujer de primera talla,
La desgraciada se halla
Cogida por el sobaco.

Cuando el baile es de disfraz
Con máscara, en disfrazarme
Me esmero, mas al mirarme
Dicen todos: «Es Gil Paz».

Aun cuando pensaba ir
Al baile y al ambigú
Del Ministro del Perú,
Me fue imposible asistir;

Porque en la ciudad entera,
Después de mucho buscar,
No encontré ni un solo par
De guantes que me viniera;

Y el bueno de Galizó,
Cuando le pedí calzado,
Me miró muy asombrado
Y luégo se santiguó.

Siempre en una acción campal
Me toca el puesto peor,
Por ser primer zapador
De la guardia nacional.

Y como es triple mi frente
Del de cualquiera soldado,
Venzo un miedo triplicado,
Y soy tres veces valiente.

La chica a quien tanto quiero
Y que se va para Francia,
Me pidió con mucha instancia
Mi imagen de cuerpo entero;

Fuí al punto de los Ortegas
Al afamado taller,
Y dijeron: « Hay que hacer
El retrato por entregas; »

Y aunque hace ya más de un mes
Que la empresa acometieron,
Y de la cara partieron,
Aún no han llegado a los piés.

Mi amada, en función casera,
Mostróme su amor sencillo,
Y me puso como anillo
Una estupenda pulsera.

Cuando consigo tener
Un buen puesto en el teatro,
Gritan detrás tres o cuatro:
«Ese hombre no deja ver»;

Y me obligan a bajar,
Y otros dicen: «Qué molesto»!
Hasta que, de puesto en puesto,
Al último voy a dar.

Si debajo de un balcón
Paso inadvertidamente,
Me doy un golpe en la frente
Y me resulta un chichón.

Y cuando monto a caballo,
Si estiro la zanca un poco
Con los pies el suelo toco,
Y por fin a pie me hallo.

Como tengo que gastar
Por diez en ropa y comida,
Para asegurar mi vida
Me propongo atesorar.

Mas si es cierto lo que reza
El padre Astete, declaro
Que no puedo ser avaro
A causa de mi largueza.

Es mi mayor desconsuelo
Que al llegar el trance amargo,
No haya un sepulcro bien largo
Y me entierren en el suelo.

DON ROQUE

Este don Roque
Tiene una pasta!....
Nunca se aflige,
Nunca se afana;
Siempre rascando
Su enorme panza,
Y haciendo siempre
Cara de pascua.

Murió su esposa,
Doña Venancia,
Mujer completa,
Mujer sin tacha;
Tan honradota!
Tan campechana!
Pero don Roque
Tranquilo exclama:
«Ella ha ganado,
Porque descansa:
Probablemente
Dios en su gracia
La habrá cogido.
Pobre Venancia!»
Y acariciando
Su enorme panza,
Hace risueña
Cara de pascua.
Su única hija,
La linda Juana,
Que unos tres años
Sólo contaba,
Cayó en la alberca
Por coger agua.
Grita la niña;

Don Roque se alza
De su poltrona
Para salvarla;
Correr le impide
Su enorme panza;
Y cuando llega
La encuentra ahogada.
«Pobre angelito» !
Don Roque exclama ;
Tranquilamente
Rasca su panza
Y sigue haciendo
Cara de pascua.
   Durmiendo siesta
Don Roque estaba,
Y de repente
Gritan alarma.
Lloran los niños,
Los perros ladran,
Tocan a fuego,
Suenan las cajas,
La acción empieza,
Silban las balas,
Truenan cañones
Con fuerza tanta
Que se estremece
Toda la casa.
El buen don Roque
Desde su cama
Tranquilamente
Llama a la criada
Y le pregunta:
—¿Esa algazara
Qué significa?
—Señor, no es nada:
Los invasores

Toman la plaza;
Y los dos hijos
De usted acaban
De morir.—Cómo?
—Peleando.—Vaya!
Han merecido
Bien de la Patria!
Pobres muchachos,
Ellos descansan!
Así don Roque
Tranquilo exclama;
Sigue rascando
Su enorme panza
Y sigue haciendo
Cara de pascua.

Por fin, don Roque,
Por su desgracia
Perdió mil pesos
En pura plata;
Y aunque mil miles
Más le quedaban,
La pesadumbre
Lo echó a la cama;
Y casi estuvo
Muerto. Caramba!
Pobre don Roque!
Quién lo pensara!
¡Tan buen sujeto!
A nadie daña:
Al seis o al ocho
Mensual, su plata
Presta, rascando
Su enorme panza,
Y haciendo siempre
Cara de pascua.

SUERTE DE MIS VERSOS

Malditos los especieros,
Boticarios y pulperos
Que profanan, ay de mí !
Mis mejores producciones,
Envolviendo camarones,
Ungüento blanco y maní.

Si escribo al desdén de Rosa
Composición lacrimosa,
A poco tiempo, ay de mí !
Miro mi triste elegía
En inmunda chichería
Envolviendo ajonjolí.

Muchas veces los ratones
Han roído por montones
Mis cánticos, ay de mí!
Los desprecio, los perdono,
Para concentrar mi encono
En los que envuelven maní.

Si escribo un himno sagrado
Y sale en tipo dorado,
A poco tiempo, ay de mí !
Lo miro en una taberna
De forro de una linterna
O envolviendo ajonjolí.

Mil angustias y sudores
Mis largos cantos de amores
Me costaron, ay de mí !
Y por toda recompensa
Los miro en una despensa
En paquetes de maní.

Nunca habrá literatura,
Ni progreso, ni cultura,
En nuestra patria, ay de mí !
Pues todas mis producciones
Son para cebar ratones
Y envolver ajonjolí.

Respetad esta letrilla,
No sufra yo la mancilla
De contemplarla, ay de mí !
Entre sucios cordobanes
Sirviendo a rudos patanes
Para envolver el maní.

Desgraciadas hijas mías,
Adoradas elegías,
Doquiera os miro, ay de mí !
En empolvados rincones,
Comidas de los ratones,
O envolviendo ajonjolí.

Estoy loco, despechado,
Oh qué terrible atentado !
En poder de Blanchard ví
Mi soneto de Ayacucho
Convertido en cucurucho
De almendras y de maní.

Malditos los especieros,
Boticarios y pulperos,
Que profanan, ay de mí !
Los frutos de mi talento,
Envolviendo sucio ungüento,
Despreciable ajonjolí.

HACER UNA LETRILLA

Escribir una novela
De esas que llaman sociales,
Para arraigar de una escuela
Las bases fundamentales,
Es empresa trabajosa;
Pero hacer una letrilla
Es, sin disputa, una cosa
Muy sencilla.

Escribir cuatro volúmenes
En octavas bermudinas,
Titulándolos *Los Númenes*,
O *Las Lágrimas Andinas*,
Es empresa trabajosa;
Pero hacer una letrilla
Es, sin disputa, una cosa
Muy sencilla.

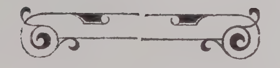
De fondo largos artículos
Escribir en los periódicos,
Probando que los vehículos
Mejores son los más módicos,
Es empresa trabajosa;
Pero hacer una letrilla,
Es, sin disputa, una cosa
Muy sencilla.

Si me pide Baltasara
Para su álbum un soneto,
Yo le digo: prenda cara,
Tal trabajo no acometo;
Es empresa peligrosa;
Si quieres una letrilla,
La escribiré, por ser cosa
Muy sencilla.

Si de un periódico nuevo
Me hacen colaborador,
Yo respondo: no me atrevo
A aceptar tan gran favor;
Es empresa trabajosa;
Si quieren una letrilla,
La escribiré, por ser cosa
Muy sencilla.

A veces los electores
Se quieren de mí acordar,
Y yo les digo: señores,
La empresa de gobernar
Es empresa trabajosa;
Si quieren una letrilla,
La escribiré, por ser cosa
Muy sencilla.

Como no soy literato
Ni por tal quiero pasar,
Para divertirme un rato
Un papel suelo emporcar.
Nunca a empresa trabajosa
Me lanzo: y esta letrilla
He forjado, por ser cosa
Muy sencilla.



EL VESTIDO

Cuando yo era estudiante,
Aunque mozo y galante,
Y fino y caballero,
Y amable y muy sincero,
Hasta las mismas viejas
Me fruncían las cejas,
Y me llamaban Caco,
Por culpa del maldito calamaco.

Y agora que soy viejo
Y he mudado pellejo,
Y estoy flaco, gotoso,
Tuerto, calvo y gangoso,
Las niñas se me arriman,
Me agasajan, me miman
Cual si fuera un Cupido,
Merced a la elegancia del vestido.

Sólo una vez he amado,
Y no fuí desdeñado;
Mas desbancóme luégo
Un viejo casi ciego,
Idiota, impertinente,
Y que materialmente
No sirve para un taco,
Por culpa del maldito calamaco.

Y hoy que soy desdeñoso,
En calidad de esposo
Me solicitan trece;
Y si su afecto crece,
Bien puede ser que alguna
Consiga la fortuna
De llamarme marido,
Merced a la elegancia del vestido.

Cuando yo fuí patriota
Derramé gota a gota
Mi sangre; mi dinero
Gasté de majadero;
Y tras tanto servicio
Por poco en el hospicio
Me acomoda un bellaco,
Por culpa del maldito calamaco.

Y hora que vender quiero
Mi opinión por dinero,
Y hora que la avaricia
Es toda mi delicia,
Suena mucho mi nombre,
Y me tienen por hombre
Patriota y distinguido,
Merced a la elegancia del vestido.

Cien sabios consumados
Han vivido ignorados
En la Nueva Granada,
Que está necesitada
De hombres inteligentes,
Virtuosos y valientes,
Por faltarles un saco,
Por culpa del maldito calamaco.

Y un millón de estudiantes
Tramposos y pedantes
Adquieren mucha fama;
Y el vulgo los aclama
Hombres grandes, profundos,
Muy sabios, muy fecundos,
De ingenio distinguido,
Merced a la elegancia del vestido.

EL COPLERO

Bretón, hombre erudito,
Sumamente perito
En escribir letrillas
Graciosas y sencillas,
Hizo una, que me llama
La atención, en que exclama
(A causa de ser tuerto, según creo):
Ay desgraciado del que nace feo!

Yo que debo a natura
Una tal cual figura;
No obstante lo jiboso,
Patituerto y pecoso,
Y largo, y desdentado,
Imitarlo he pensado;
Y éste es el estribillo que prefiero:
Ay infeliz del que nació coplero!

Si se le da la gana
A alguna Pepa o Juana
De cumplir quince abriles,
Cien amantes serviles
Dicen: a tí te sopla
La musa, hazle una copla,
Pero ha de ser lindísima y ligero.
Ay infeliz del que nació coplero!

Siempre que alguna fea
Compra álbum y desea
Que le digan bonita,
Me manda una esquelita
Diciendo que prefiere
Mi amistad, y que quiere
Que en él mi nombre escriba yo primero.
Ay infeliz del que nació coplero!

—¿Sabes que doña Blasa
La ochentona se casa?
—Con quién?—Con Amadeo:
Que me escribas deseo
Un brindis muy científico,
Sentimental, magnífico,
Porque en sus bodas obsequiarlos quiero.
Ay infeliz del que nació coplero!

En el juego de prendas,
Después de mil contiendas,
Sale por fin mi anillo,
Y grita don Pepillo:
Que haga unas diez cuartetas
Muy lindas y discretas
Dedicadas de Rita al can faldero.
Ay infeliz del que nació coplero!

Si en el Liceo hablo,
Manuel, Perico y Pablo
Dicen: perfectamente!
Y luégo el duro diente,
Sin compasión me clavan
Los mismos que me alaban,
Diciendo: es un pobre hombre, un majadero,
Ay infeliz del que nació coplero!

—Murió don Juan Palomo.
—De veras! cuándo? cómo?
—Hoy son los funerales:
Columnas principales
Hay diez; por cada una,
Pues te hallo por fortuna,
Un soneto has de hacer, pero ligero.
Ay infeliz del que nació coplero!

Si al salir del Liceo
Llueve, ya lo preveo,
Tres o cuatro galanes,
Vendrán con mil afanes,
Diciendo: Carrasquilla,
Dínos una letrilla
Mientras que pasa un poco el aguacero.
Ay infeliz del que nació coplero!

Si por dicha yo hablara
Una lengua tan rara
Que nadie me entendiera,
Sin duda consiguiera
Que me llamara el mundo
Hombre grande y profundo,
A mí que soy a la siniestra un cero.
Ay infeliz del que nació coplero!

Si a lo menos tuviera
Una larga chibera,
Y lindos anteojos
Sobre estos tristes ojos,
La sociedad discreta
Me llamara poeta,
En lugar de llamarme majadero.
Ay infeliz del que nació coplero!

Abrete, ingrata tierra,
Y entre tu seno encierra
A un infeliz cuitado,
Que se mira acosado
De un millón de perversos
Que le demandan versos.
Abrete, oh tierra, o de dolor me muero!
Ay infeliz del que nació coplero!

AMEN, AMEN

Míra, Pedancio,
Si quieres ser
Hombre pacífico,
Hombre de bién,
Hombre benévolo,
Hombre sin hiel,
Fuerza es que a todo
Digas *Amén.*

Al que abusando
De su poder
Oprime al pobre,
Se burla de él,
Y busca sólo
Por todo bién
Oro y más oro,
Que habrá de ser
Su único amigo,
Su sola ley,
A ese, Pedancio,
Dirás *Amén!*

Si un vil tirano
Huella la ley,
Mata y proscribe
Fiero y cruel
Al que se opone
A su querer,
Y sobre víctimas
Alza un dosel,
Que hace a los pueblos
Estremecer ;

Tú, siempre haciendo
Cara de miel,
Alegremente
Dirás *Amén!*

Y si de nuevo
Triunfa la Ley,
Y un magistrado
Integro y fiel
Gobierna al pueblo,
Y el pueblo es
Completamente
Feliz por él,
La sopa entonces
Viene en la miel
Para que exclames:
Amén! Amén!

A los que adoran
Llenos de fe
Al verdadero
Dios de Israel,
Guardando fieles
Su santa ley,
Y a los sectarios
De Lucifer,
Y a los que niegan
Al Sumo Bién,
A todos díles:
Amén! Amén!

En fin, si vienen
Caín y Abel,
César y Bruto,
Cam y Jafet,
Boabdil el chico,
Y Abdel-Melek,

Y la católica
Doña Isabel,
Y el fiero Ruso,
Y el culto Inglés,
Y don Mariano,
Y don Manuel,
A todos díles :
Amén! Amén!

Que en esta tierra,
Si quieres ser
Hombre pacífico,
Hombre de bién,
Hombre benévolo,
Hombre sin hiel,
Fuerza es que a todo
Digas *Amén!*



EL JUSTO MEDIO

No acepto, no quiero,
Repugno, rechazo,
Execro, abomino
Los dos candidatos,
Que a mí no me gusta
Lo que es extremado.

El uno es gigante,
Y el otro es enano;
El uno muy gordo,
Y el otro muy flaco;
El uno muy negro,
Y el otro muy blanco;
El uno es un niño,
Y el otro un anciano;
El uno muy necio,
Y el otro muy sabio;
El uno muy ángel,
Y el otro muy diablo;
El uno muy bueno,
Y el otro muy malo.

Entre estos extremos
Un hombre he encontrado,
Que será y ha sido,
Y es mi candidato.
No es chico ni grande,
Ni gordo ni flaco,
Ni hermoso ni feo,
Ni negro ni blanco,
Ni alegre, ni triste,
Ni mozo ni anciano,
Ni topo ni lince,
Ni un ángel ni un diablo;

En una palabra,
No es bueno ni malo.

Es el justo medio,
El hombre cuadrado,
Que hará que se estrechen
Con íntimo lazo,
Y se unan por siempre
Lo negro y lo blanco,
Lo lindo y lo feo,
Lo dulce y lo amargo,
Lo rojo y lo godo,
Lo ruso y lo aliado,
Los niños, los viejos,
Los gordos, los flacos,
Los ricos, los pobres,
Los necios, los sabios,
Los topos, los linces,
Los diablos, los santos,
Corderos y lobos,
Ratones y gatos,
Cuadrúpedos, peces,
Reptiles y alados,
La luz, las tinieblas,
Lo cierto y lo falso,
Olimpo y averno,
Virtud y pecado;
En una palabra,
Lo bueno y lo malo.



LETRILLA

De la vecina nación
Un papel muy distinguido
Ha cambiado mi apellido,
Talvez con buena intención.
De tal equivocación
Aprovecharme yo quiero;
Y desde el mes venidero,
Robándome sólo un *de*,
En mis coplas firmaré:
Ricardo de Carrasquero.

Mas si la esquiva fortuna,
Que con atrevida mano
Suele tumbar a un cristiano
De los cuernos de la luna,
Irrespetando mi cuna,
Mis laureles amancilla,
Y me desprecia, y me humilla,
Yo también me humillaré;
Y en mis coplas firmaré
Solamente *Carrasquilla.*

Si no me trata tan mal
La fortuna susodicha,
Y para labrar mi dicha
Me regala un capital,
Al diez por ciento mensual,
Por no ser tan usurero,
Colocaré mi dinero;
Y en todo vale pondré
Siempre: Debo y pagaré
Al señor de Carrasquero.

Mas si en las uñas me lanza
De la espantable pobreza,
Que es madre de la pereza,
Y suegra de la esperanza,
Con extrema desconfianza
De papel media cuartilla
Cogiendo, alguna letrilla
Suspirando escribiré;
Y trémulo le pondré
Solamente: *Carrasquilla*.

Si lo que escribiendo estoy
Fuera alguna algarabía
Sobre la etimología
De la palabra *convoy*,
Al librero don Eloy
Puede ser que la vendiera;
Y puede ser que él pusiera
En un aviso: ATENCIÓN !
FAMOSA DISERTACIÓN
DEL MARQUÉS DE CARRASQUERA !

Pero como son renglones
Que escribo de diez en diez,
Y que me saldrán tal vez
Cojos, insulsos, ramplones,
Por cincuenta mil razones
Los titularé letrilla;
Y en letra clara y sencilla
Quiero ponerles al pie:
Escritos en Santa Fe
Por *Ricardo Carrasquilla*.



MIS PASCUAS

Pasó por fin la cuaresma,
Pasó la semana santa,
Y Biblioteca y Mosaico
A duo aleluya cantan;
Y los periódicos grandes
Que la abstinencia guardaban,
Podrán dar a sus lectores
Artículos de substancia.
Ea! señores periódicos,
Mis pascuas.

Nuestro estimable congreso,
Que de trabajo ayunaba,
Tomando de vez en cnando
Alguna ligera parva,
Podrá dar a la República
Muchas leyes de sustancia.
Ea! padrastros ilustres,
Ea! suegros de la patria,
Poned en el presupuesto
Mis pascuas.

Esas diferentes juntas
Que llaman eleccionarias,
Y que en cuaresma se abstienen
De las intrigas y trampas,
Redoblarán sus esfuerzos
Sólo por salvar la patria;
(Y ojalá que, entre paréntesis,
De senador me nombraran).
Ea! caros electores,
Mis pascuas.

Los señores usureros
Que siempre en semana santa
Aflojan algo el cordel
Con que a sus deudores atan,
Con implacable tesón
Redoblarán sus cobranzas.
(No extrañaré, entre paréntesis,
Si el diablo con ellos carga).
Ea ! señores avaros,
Mis pascuas.

Las presumidas coquetas,
Que siempre en semana santa
A sus padres y maridos
Les arrancan las agallas,
Los dejarán descansar
Durante algunas semanas.
Niñas, procurad por Dios,
Que yo no os mire la cara,
Y con esto me habreis dado
Mis pascuas.

Dulces y amables lectoras,
(Hablo con las colombianas)
Dejad ese seño adusto,
Poned risueña la cara;
Y al leer esta letrilla,
Exclamad: «No está tan mala!
Tiene un poco de soltura,
Aunque carece de gracia»;
Y con esto me habreis dado
Mis pascuas.



A MI MUSA

Musa mía, si me escuchas,
Te rogaré de rodillas
Que no me dictes letrillas,
Juguetes ni paparruchas;
Sino algo menos ridículo,
Algo más largo, más hondo,
Verbi gracia, algún *artículo*
De fondo.

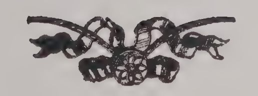
Hazte grave un solo instante,
Y ya que murió Lucía,
Dicta una necrología
Larga, oscura, rimbombante;
Y aunque parezca ridículo,
Como estoy mondo y lirondo,
La venderé como *artículo*
De fondo.

Con leer de Lamartine
Media página, cualquiera,
Aunque sea un calavera,
Un zoquete, un arlequín,
Un chisgaravis ridículo
Que la O por lo redondo
No conoce, hace un *artículo*
De fondo.

Y yo que soy profesor,
Y yo que ya peino canas,
Me moriré con las ganas
De ser llamado escritor.
Hacer versos es ridículo;
Musa, en la tumba me escondo
Si me niegas un *artículo*
De fondo.

Ufano entre los ufanos
Si lo dictas estaré;
Oh ! con qué desdén veré
La chusma de los profanos !
Hacer versos es ridículo;
Qué satisfecho, qué orondo
Voy a quedar con mi *artículo*
De fondo.

Musa mía, no me escuchas ?
No más, no más redondillas,
No me nombres las letrillas,
No me dictes paparruchas !
Hacer versos es ridículo,
Y yo estoy mondo y lirondo,
Díctame, musa un *artículo*
De fondo.



14

UN BUEN METODO DE VIDA

Madruga a las diez don Blas,
Dura almorzando una hora,
Y en vestir no se demora,
Pues gasta tres cuando más.

Sale a la buena de Dios,
Muy peripuesto y muy tieso,
Y en la barra del congreso
Se está mientras dan las dos;

Y en tanto que dan las tres,
Para abrir el apetito,
Toma en la fonda un traguito,
Salchichón y pan francés;

Y luégo canta un rondó,
Mientras ponen la comida,
O a don Farruco convida,
Y juegan al dominó.

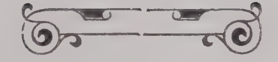
Deja el juego al calcular
Que está la comida puesta,
Come bien y duerme siesta
Hasta el tiempo de cenar.

Si en comer es moderado,
Es parquísimo en la cena:
Se toma una taza llena
De café, y un pollo asado.

Un buen trozo de jamón,
Dos panes, dulce de fresa,
Y fuma de sobremesa
Un cigarro de Girón;

Y un poco antes de acostarse
Suele leer la gaceta,
Porque dice que es receta
Que le impide desvelarse;

Y con esto, y un bizcocho,
Y una copa de jerez,
Ronca bien desde las ocho
Hasta el otro día a las diez.



NO ES BUENO MURMURAR

¿Cómo es que sin trabajar,
Cierto lindo mozetón
Gasta con tal profusión
En la fonda, en el billar,
En vestir y en obsequiar
A numerosas amigas ?
—Chito, Fabio, no lo digas,
Que no es bueno murmurar.

¿Cómo es que don Baltasar,
Tan conocido en la villa,
Y que ayer en la cartilla
Empezaba a silabar,
Ha conseguido trepar
A puesto tan eminente ?
—Chito, Fabio, sé prudente,
Que no es bueno murmurar.

¿Cómo es que suelen llamar
Ya godos, ya conserveros,
A los que con sus aceros
Nos supieron libertar ;
Y a los que saben charlar
Los llaman republicanos ?
— Fabio, son nuestros hermanos,
Y no es bueno murmurar.

¿Cómo se puede explicar
Que quien siempre fue cobarde
Ande agora haciendo alarde
De valiente militar ;
Y se pueda imaginar
Que es segundo Federico ?
—Chito, Fabio, cierra el pico,
Que no es bueno murmurar.

¿ Cómo se atreve a ostentar
Que es patriota y buen cristiano,
Y excelente ciudadano
Quien no quiere trabajar,
Y sólo se ocupa en dar
Dinero al cuatro por ciento ?
—Cada cual sabe su cuento,
Y no es bueno murmurar.

¡ Ay del que osare robar
De mil pesos para abajo !
En un presidio, el trabajo
Le hará su crimen pagar ;
Pero el que logre arruinar
Media nación ese...—Fabio !
Cierra por tu vida el labio,
Que no es bueno murmurar.



MAGNETISMO ANIMAL

Cosas hay en nuestra tierra
Difíciles de explicar,
Y que provienen sin duda
Del magnetismo animal.

Por ejemplo en el congreso
Discuten con terquedad
Una cuestión importante,
Una cuestión radical;
Y uno de esos diputados
Que saben magnetizar,
Manda sobre diez o doce
Como si fuera un sultán;
Parecen niños de escuela
Que juegan al *achachay.*
Alzase el amo y al punto
Todos se han de levantar;
Les manda que hagan silencio,
Y como muertos se están;
Y luégo les manda que hablen,
Y se ponen a charlar,
Pero con tánta energía,
De un modo tan natural,
Que tal parece que hablaran
Por su propia voluntad.
Y cuando es cuestión de aquellas
Que no se pueden ganar
Con razones, a una seña
Uno tras otro se van,
Y, «no hay número», el portero
Dice, y grita más y más.
No hay remedio, éstas son cosas
Del magnetismo animal.

Llega el tiempo de elecciones
El tiempo de colocar
El voto libre y secreto
En la caja electoral;
Y en un distrito que tiene
Cuatro mil hombres no más,
Resultan veinte mil votos
Por la lista liberal.
Otras veces cuando llega
Un conservero a votar,
Por un impulso magnético
Tiene que volverse atrás;
En tanto que el flúido empuja
Diez demócratas o más,
Suavemente por supuesto,
Sin coartar su libertad.
Suele suceder que coge
El flúido a un pobre patán
Y lo arrastra hasta la mesa,
Y lo fuerza a colocar
Su voto libre y secreto
En la caja electoral:
Tan secreto que ni él mismo
Sabe por quién fue a votar;
¿Y habrá en el mundo quien dude
Del magnetismo animal?

Comete un atroz delito
El hijo de un *gamonal*,
Y al momento los del pueblo
Comienzan a murmurar,
Y se promueve la causa,
Y ya las cosas están
Un poco malas; y entonces
Viene un profesor, y zás!

Magnetiza a los testigos,
Y a los jueces y al fiscal,
Y todos quedan dormidos,
Y nadie vuelve a chistar;
Y el delincuente pasea
Con entera libertad.
¿Y habrá necios todavía
Que se atrevan a negar
La influencia maravillosa
Del magnetismo animal.

Adora Blas a Paquita,
Paquita abomina a Blas;
Y se le enciende la sangre
Si lo llegan a nombrar,
Porque es bobo, torpe, feo,
Necio, ignorante, inmoral;
Esto no arredra al amante,
Porque es rico y es audaz.
Se acuerda del magnetismo
Y aprisiona a la mamá,
Y a la inocente muchacha
Con cadenas de metal;
Y un año después Paquita
Sale de brazo con Blas,
Y la criada lleva un niño
Que no cesa de llorar.
Yo dijera que estas cosas
Son obra de Satanás,
Si no supiera que existe
El magnetismo animal.

Soñé un día que era vate
Y me puse a improvisar
En favor del magnetismo
Un largo romance en a;

Y ensartaba los renglones
Con tánta facilidad,
Y pensaba tántas cosas
De que no es lícito hablar,
Que, a pesar de que confieso
Que no se ni el cristus, a,
A imaginar he llegado
Que soy vate de verdad;
Y entonces me pongo serio,
Y comienzo a caminar
Lentamente y tan altivo
Como si fuera un bajá;
¿Y habrá necios todavía
Que se atrevan a negar
La influencia maravillosa
Del magnetismo animal?



MI MUSA Y YO

—Musa! Por qué estás ahí
Tras de la puerta metida?
—Porque ya estoy aburrida
De estarte dictando a tí.

—El señor don Juan Camero
Me pide para mañana
Unos versos; ven, tirana,
A dictármelos.—No quiero.

—Es el santo de su esposa,
Y como yo soy su amigo....
Díme, Musa, qué le digo?
—Díle que es vieja y pecosa.

—Siempre así son las mujeres:
Cuando uno las solicita
Se hacen de rogar. Musita,
Ven, por Dios, ¿ya no me quieres?

Cuando me sueles hallar
Colmado de ocupaciones,
Tus locas inspiraciones
No me dejan trabajar;

Y en los apuros me dejas,
O te vuelves melindrosa,
— Pero, hombre! ¿No es fuerte cosa
Hacerle versos a viejas?

—Vamos, cede a mis instancias;
Díctame un cuarteto sólo.
—Me ha vedado el dios Apolo
Los versos de circunstancias.

—Pero bien, hay ciertos lazos
Que nadie puede evitar.
—Eso se llama gastar
La pólvora en gallinazos

—Oh, qué musa tan canalla !
—Más canalla será él.
—Maldita seas, infiel.
—Burro.—Traidora.—Vil.—Calla !

No hablemos más, se acabó;
Vete al infierno, coqueta !
Para hacer una cuarteta
Me basto y me sobro yo.



CARTA DE AMORES

Como es tan fino mi amor,
Y tan grande tu salero,
Proponerte, amiga, quiero....
Mas al buen entendedor....

Siendo yo en toda la villa
El cacique más pudiente,
Tú dirás seguramente
Cuando te den la vaquilla....

Quizá tendré fuertes celos
Cuando seas mi mujer:
Pero tú debes tener
Presente lo de los duelos....

Como ya te estás pasando,
Según dicen, de madura,
Mi mano aceptar procura,
Pues de lo que se va ahogando....

Sé que un señorón de marca
Mayor, a tí te profesa
Mucho cariño: Teresa,
Míra que quien mucho abarca....

Me aseguran que José
Te propuso el otro día ;
Más el dirá al verte mía:
A quien Cristo se la de....

CONTESTACIÓN

A tu propuesta he resuelto
Decir mil veces que no;
Pues demasiado se yo
Aquel refrán del buey suelto....

Puede muy bien ser verdad
Que seas hombre pudiente,
Mas dudarlo es lo prudente:
De caudal y calidad....

Si tienes la desventaja
De ser celoso y soberbio,
No olvides este proverbio:
Quien tenga rabo de paja....

Verdad es que el señor Vesga
Me tiene afecto sincero,
Y que yo casarme quiero
Con él; pues quien no se arriesga....

En mis planes no me ataja
El pasarme de madura;
Pues es cosa muy segura
Que casamiento y mortaja....

Es posible que José
Logre casarse conmigo,
Ten paciencia, Pedro amigo;
Y a quien Cristo se la de....



PERDIDAS Y GANANCIAS

Cuenta un escritor raizal,
Amigo de cosas rancias,
Las pérdidas y ganancias
Hechas en lo material.

Mas yo, que soy moralista,
Quiero tratar la cuestión
Con alguna detención
Desde otro punto de vista.

Perdimos la fe sencilla
Que las virtudes escuda,
Pero ganamos la duda,
Que al entendimiento humilla.

Perdimos, ay! la esperanza,
De todo infortunio amiga;
Y ganamos la fatiga
De la mutua desconfianza.

Perdimos la caridad
Y con ella el heroísmo;
Ganamos el egoísmo,
Hijo de la utilidad.

Perdimos el pecho odioso
De alcabala abrumadora,
Pero ganamos ahora
El empréstito forzoso.

Perdiéronse cien planteles
Que nuestros padres fundaron;
Pero en cambio se ganaron
Casas de juego y cuarteles.

Si perdimos algún mal
De antigua patología,
Hemos ganado en el día
La gran fiebre puerperal.

Murió el dolor de costado,
Y el gótico tabardillo;
Y vino el tifo sencillo
Y otro tifo complicado.

Hemos perdido en pinturas
De Vásquez, mil maravillas;
Pero hay albums de estampillas,
Y albums de caricaturas.

Y en cambio de algún querub,
Que voraz polilla horada,
Naipes de punta dorada
Se encuentran en cualquier club.

Hemos perdido Ramones,
Juanes, Juanas y Rufinas;
Y ganado Proserpinas
Jenofones y Escipiones.

Háse perdido el pudor,
Hoy en el mundo tan raro;
Pero se gana el descaro
Y el público deshonor.

Nuestros padres eran justos,
Perdimos su yugo suave;
Desde entonces, Dios lo sabe,
No ganamos para sustos.

LO QUE PUEDE LA EDICION

Hice un canto bermudino
Al condor;
Pero estaba en borrador
Y me pareció cochino.
Me lo hicieron publicar
En «El Día»;
Lo leí con alegría,
Y lo encontré regular.
Luégo en una colección
De poetas
Lo insertaron con viñetas,
Y dije: es gran producción !
Lo que puede la edición.

Mi compadre Isaac Rengifo
Con capote
Andaba; y el monigote
Lo llamaban y el cachifo.
Después compró botas, frac
Y sombrero,
Robar pudo algún dinero,
Y se llamó don Isaac.
Hizo luégo una excursión
Por la Francia;
Vistióse con elegancia,
Y fue Monsieur Rengifón.
Lo que puede la edición.

Era Juana una indiecita
De Choachí;
Cargando leña la ví,
Y me pareció bonita.

Vino luégo a la famosa
Bogotá,
Depuso el chircate, y ya
Me pareció muy hermosa.
Después tuvo crinolina,
Rico traje,
Y enaguas con fino encaje,
Y me pareció divina.
Más tarde un buen corazón,
Pedrería
Dióle; y el mundo a porfía
Le tributa adoración.
Lo que puede la edición.

Si yo, que soy campesino
Rematado,
En vez de estar empastado
En áspero pergamino,
Lo estuviera en tafilete
Con labores,
Y pajaritos y flores,
Y con dorado ribete,
No obstante mi cortedad
Y rudeza;
Pudiera entrar con franqueza
En la buena sociedad;
Y fuera hombre de razón
Y de peso;
Y diputado al congreso
Me harían sin tón ni són.
Lo que puede la edición.

EL CHOCOLATE

Cantó con ronca voz el ciego Homero
Del aturdido Aquiles la venganza;
Y siendo un viejo chocho y majadero,
Júzgalo el pueblo digno de alabanza.
Un asunto más noble yo prefiero
Donde no habrá ni guerra ni matanza,
Ni una sola tormenta, ni un combate:
Quiero cantar el dulce chocolate.

En los jardines del Edén habría
De chocolate bienhechora fuente,
Que, salpicando espuma, correría
De queso en hondo cauce blandamente;
Y, despidiendo aroma, arrastraría
Con ímpetu su rápida corriente,
Entre arenas de blando bizcochuelo,
Los descuajados troncos del canelo.

El blando ruido de amoroso viento
Que sopla de un jardín entre las flores;
Del trovador el armonioso acento;
El dulce lamentar de los pastores;
De la paloma el fúnebre lamento;
El cantar de los pardos ruiseñores;
No al són igualan plácido y sencillo
Del raudo y rumoroso molinillo.

Por vida! ... Me olvidaba de una cosa
De las más importantes y esenciales:
Falta la invocación ¡ Celeste diosa
Que habitas los extensos cacaotales !
Haz que mi voz resuene poderosa
Y arrebate a los míseros mortales,
No al clangor de la homérica trompeta,
Sino al robusto són de hirviente olleta !

Cuando en la noche el huracán rabioso
Brama y rimbomba con fragor el trueno;
Brilla el rayo y el hombre temeroso
Tiembla en su lecho, de pavura lleno;
Si por calmar su miedo congojoso
Sorbe caliente chocolate y bueno,
Tocando el sueño su abatida frente,
Tranquilo ronca y duerme grandemente.

Cuando es fuerza pasar la noche en vela
Al lado del amigo moribundo;
Cuando la llama de chispeante vela
Interrumpe el silencio asaz profundo;
Nuestro amargo dolor nada consuela
Sobre la faz del anchuroso mundo,
Como escuchar el ruido con que bate
La cocinera el dulce chocolate.

¿Quién, aunque tenga larga parentela,
Podrá contar tan nobles apellidos?
De azúcar, *de* vainilla, *de* canela,
Con otros mil no menos conocidos,
Tales como *de* harina y *de* panela,
Por el *de* que precede distinguidos;
Mas no es el *de* que usurpan los villanos
Por parecer ilustres ciudadanos.

Cuando a la voz de Juno prepotente,
Abandonando las etéreas salas,
Del Tequendama en la terrible frente,
Iris extiende sus brillantes alas,
Cuando el Pavón sagrado de repente
Despliega altivo sus preciosas galas;
No ostentan tan magníficos colores
Como en su espuma el rey de los licores.

A esos cobardes que con férreas manos
Quieren esclavizar el mundo todo,
El mundo vil los llama soberanos,
Mientras que vuelven de la tierra al lodo;
Mas sólo aquél que los preciosos granos
Enseñe a preparar de mejor modo
Merecerá que el pueblo independiente
Le doble humilde la orgullosa frente.

«Tú genio de los genios sin segundo»,
«Que alzando hasta el Olimpo tu cabeza,
«Pedestal de tu estatua hiciste un mundo,
«Un mundo virgen de inmortal belleza»,
Gracias a que la caña y el fecundo
Grano sembrara en él naturaleza;
Porque si el oro vil no más pusiera,
Grande cual tu esplendor tu infamia fuera.

Estas que escribo intrépidas y bravas,
No, ilusos, las llaméis octavas reales,
Sencillamente las llamad octavas,
O, si os parece, octavas nacionales;
Que no ya de las reglas son esclavas,
Sino que son libérrimas, iguales;
Ni son el monopolio del talento,
Pues ya rebuzna octavas un jumento.



A JOSE MANUEL MARROQUIN

Servicio postal
Urgente
(Aunque esté del mundo al fin)
Señor Manuel Marroquín
En Yerbabuena o
Presente.

Estando juntos un día
El que abajo está firmado,
Y el sabroso, el agraciado,
El noble José María,

Hablámos de tu perrilla,
Y él cogió la pluma y zás !
Hizo, como lo verás,
Una famosa letrilla.

Y yo mi lápiz cogí
Y con no pocos aprietos
Estos, que copio, cuartetos
En dos por tres escribí:

Si hay un perro desvalido,
Tan desmedrado y sarnoso,
Que merezca venturoso
Ser de tu perra marido,

Entonces todo raizal,
Todo buen santafereño,
Será, con orgullo, dueño
De un gozquejo original.

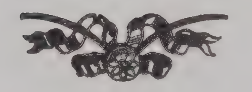
Y Martínez de la Rosa
Y Bretón de los Herreros,
Han de ser de los primeros
En tener perra sarnosa.

Pues de Cádiz a Sevilla,
Y de Sevilla a Granada,
Por posta será mandada
De tu raza una perrilla.

Y la Española Academia
Con su ciencia portentosa,
Dirá si es sarna perrosa,
O si es sarna con anemia.

Y del manco de Lepanto
Junto a la estatua, pondrá
Un mármol en que estará
Grabado tu bello canto;

Y retratados allí
Estarán la buena vieja,
El sabio autor, la gozqueja,
Y el maldito jabalí.



LA BANDOLA

Del otro lado del mundo
Vinieron a esta región
Unos rubios alemanes,
Que artistas eran de pro.
Violín uno, piano el otro,
Tocaban con tal primor,
Que todos (salvo esos niños
Que han estado en Nueva York)
Decían: «Supera el piano
Del Tequendama al clamor:
El violín en mucho excede
De los canarios la voz ».
Orgulloso de sus triunfos
Cada instrumento exclamó:
¿ Quién al lado de la mía
Podrá levantar su voz ?
Y, preludiando el bambuco,
Dijo la bandola: Yo !

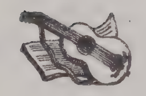
Más tarde, no sé de dónde,
Vino un joven español,
Que tocaba violoncello
(Lo que aquí llaman violón);
Y lo hacía con tal gracia,
Con tal soltura y primor,
Que todos (salvo esos niños
Que han estado en Nueva York)
Entusiasmados decían,
Lo mismo que digo yo:
«Nunca nos imaginamos
Que así sonara el violón».

De sus triunfos orgulloso
El violoncello exclamó:
¿Quién al lado de la mía
Podrá levantar su voz?
Y preludiando el bambuco,
Dijo la bandola: Yo!

Há poco que Malavasi
A nuestra tierra llegó;
Y sabe tocar la flauta
Con tal blandura y primor,
Que hasta las menores notas
Causan profunda emoción;
Y todos (salvo esos niños
Que han estado en Nueva York)
Dicen unánimemente
Lo mismo que digo yo:
«El sonido de esa flauta
Penetra hasta el corazón».
De sus triunfos orgullosa
La dulce flauta exclamó:
¿Quién al lado de la mía
Podrá levantar su voz?
Y, preludiando el bambuco
Dijo la bandola: Yo!

Delirante y congojosa,
La novia de Lammermoor
Cuenta con trémulos ayes
Su incomparable aflicción;
Enmudece el auditorio
Lleno de angustia y de horror;
Solamente se percibe
De la flauta el dulce són;
Los acentos de *Lucía*
Recobran nuevo vigor;

Levanta la noble frente,
Mira altiva en derredor,
Y pregunta con sus ojos
Centelleantes de emoción:
¿Quién al lado de la mía
Podrá levantar su voz?
Y preludiando el bambuco,
Dice la bandola: Yo!



POR QUÉ ME QUIERES?

Te quiero porque tienes
Los ojos negros,
Más puros y brillantes
Que los luceros:
Y porque expresan
Con su dulce mirada
Lo que desean.

Te quiero porque tienes
Una sonrisa
Que al corazón más duro
Rinde y cautiva;
Y unos hoyuelos
Que al más santo pudieran
Cambiarle el seso.

Te quiero porque tienes
La tez brillante
Como las azucenas
De nuestros valles;
Y las mejillas
Frescas como las rosas
De Alejandría.

Te quiero porque siempre
Estás llorosa
En la misa cantada
De la parroquia;
Y a la salida
Te pones colorada
Cuando me miras.

Te quiero porque bajas
Tus grandes ojos
Cuando pasas al lado
De los curiosos;
Y estoy seguro
De que hacia mí los alzas
Con disimulo.

Te quiero porque a veces
Tu buena madre
Me dice: «yo deseo
Que usted se case
Con una niña
Que sea tan virtuosa
Como la mía».



EL VOTO DE UNA MUJER

Cuando escribo mis renglones
(No quiero llamarlos versos
Por modestia) los perversos
Y cobardes criticones
Disparates a montones
Les encuentran por doquier;
Mas su terco parecer
A mí no me importa un pito,
Porque sólo solicito
El voto de una mujer.

Cuando mis letrillas leo
Los retóricos se atufan,
Y se embravecen, y bufan,
Y dicen todos: qué feo!
Mas yo por dicha no creo
En su terco parecer;
Y de su airado saber
Plenamente me indemniza
La picarona sonrisa
De una graciosa mujer.

Hice una breve elegía,
Y, por mal de mis pecados,
A diez sabios estirados
Presentéla cierto día;
Y cada cual emitía
Muy serio su parecer,
Y hablaron a su placer
Sin dejarme meter baza,
Y salí corriendo a casa
En busca de mi mujer.

Y le dije: echa en la hornilla
Estos versos. Los leyó
Y una lágrima rodó
Por su púdica mejilla;
Y esta pequeña letrilla
Me puse al instante a hacer,
Protestando no creer
De ese día en adelante,
Sino en el bello semblante
De una sensible mujer.



EL LUJO

Hombre ! Antoñito ! Qué tal ?
—Bien, mil gracias. Voy de prisa.
—Cuándo te unes con Elisa ?
—El día del juicio final.

—Pero hombre, por qué razón ?
No la quieres? Hombre ! Antonio !
—La quiero como el demonio,
Con todo mi corazón.

—Será porque don Andrés....
Porque la suegra futura....
—Me aman ambos con ternura ;
Y más que Elisa tal vez.

—Difícil es descifrar
El enigma.—Es muy sencillo:
La cuestión es de bolsillo.
—Pues eso es más singular.

En plata puedes tener....
—Mil pesos.—¿ Y en el destino ?
—Ciento y pico.—Pues mi chino,
Cásate, no hay que temer.

—Hombre ! eres un animal !
—Favor que me haces!.—Salvaje !
Tenía anoche Elisa un traje
Que costará un dineral.

Y antenoche en el suaré,
Llevaba uno que ha costado
Quinientos pesos (al fiado)
En la tienda de Dupré.

Con un trajecito o dos,
Y otros caprichos de esos....
Adiós sueldo, adiós mil pesos;
En fin, cuanto tengo, adiós.

—Tienes razón. Ni pensar
Debes en tal matrimonio.
—Hasta luégo.—Adiós, Antonio,
No te vayas a casar.



ROMANCE

Han de saber mis lectores
Para que me tengan lástima,
Que soy un pobre empleado
Que goza de renta escasa,
Y que en mi pequeño hogar
Viven mi mujer, tres criadas,
Tres muchachos, dos perrillos,
Mi abuela, un loro y dos gatas.
Anoche, como a las siete,
Hallábase congregada,
Según tiene de costumbre,
Toda mi gente en la sala;
Y yo arreglaba mis cuentas
En una pieza inmediata.
Mi pobre abuela gruñía,
Atufábanse las criadas,
Y ladraban los dos perros,
Y maullaban las dos gatas,
Y lloraban los tres niños,
Y mi esposa idolatrada
Humor más negro tenía
Que el ala de la borrasca,
Que en ese instante a lo lejos
Sordamente rebramaba.
Gracias a mi buena estrella,
Que otras veces es muy mala,
Llegó de visita el padre
Del hijo de mi cuñada.
Tras del saludo reinó
Hondo silencio en la sala,
Y luégo empezó este diálogo:
—Oh! qué noche tan pesada!
—Y qué días tan variables!

Con razón que esté tan brava
La peste!—Comö ustedes
Son bastante aficionadas
A la lectura, he traído
Un libro para....—Mil gracias.
—Para leer un poco—Bien;
Enciende otra vela, Juana.
Dió principio a la lectura
Antonio, que así se llama
Mi concuñado, y al punto
Soltaron la carcajada
Mi abuela, mis tres muchachos,
Mi mujer, y, cosa extraña!
Como por encanto todos
Cambiaron luégo de cara,
Y si era antes de vinagre
Entonces era de pascuas.
Mi abuela dejó caer
El huso, apartó la lana,
Puso en la mesa los codos,
Y entre las manos la cara;
Y ni hablaba, ni tosía,
Y casi ni respiraba.
Atendían los muchachos
Sin mover mano ni pata;
Y la faz de mi consorte
Púsose tan animada
Que me obligó a recordar
Todas sus antiguas gracias.
A veces todos reían,
Y luégo todos callaban,
Y luégo soltaban todos
De nuevo la carcajada,
Inclusive el loro viejo
Que dormía en una estaca.

Mi esposa más de una vez
Enjugó una gruesa lágrima,
Yo quise volver cien veces
A mis cuentas; pero nada:
La lectura, a pesar mío,
Toda mi atención robaba.
Dió el reloj las diez, y Antonio
Dijo admirado:—Caramba!
Vuela el tiempo ! habré leído
Tres horas ! hasta mañana.
—Oh ! no se nos vaya usted;
Este reloj se adelanta,
Dijo mi abuela – No, no,
Es muy tarde; hasta mañana.
—Déjenos usted el libro.
—Lo dejaré—Muchas gracias.
Fuése Antonio, salí yo;
Busqué ansioso la portada
Del libro, por conocer
Al autor de obra tan rara;
Y ví que decía: VERSOS
DE JOAQUÍN PABLO POSADA.



LO QUE ME SUCEDIO ANOCHE

Después de haber estado
En mi casa encerrado
Casi un semestre entero
A causa de un uñero,
De algunos sabañones
Y de otras afecciones
Que a mis lectores referir no quiero,

Salí a la calle anoche
(Yo nunca salgo en coche),
Y noté con sorpresa
Que todos la cabeza
Alzaban con anhelo
Al estrellado cielo,
Cantando con dulcísima terneza.

Por las calles reales,
La plaza y los portales
Anduve, y donde quiera,
Con voz muy plañidera,
La gente iba cantando,
Fíjamente mirando
Del firmamento la estrellada esfera.

Como todos cantaban,
Como todos miraban
Del cielo la hermosura,
Yo dije: o de locura
El mundo está atacado,
O bien, desengañado,
Aspira sólo a la eternal ventura.

Por fin, siempre cantando
Y a los cielos mirando,
Un conocido veo,
Y le grito: Amadeo!
¿Perdiste la chabeta?
¿Qué miras?—El cometa.
—¿Y qué cantas? —El aria de Romeo.

Yo dije: ha enloquecido;
Y hallé otro conocido
Mirando el firmamento,
Y le dije al momento:
¿Perdiste la chabeta?
¿Qué miras?—El cometa.
—Qué cantas?—La canción del Regimiento

Este también es loco,
Dije entre mí; y a poco
Hallé una amiga mía,
Que cantando venía,
Y le dije: Anacleta,
¿Qué miras?—El cometa.
—¿Y qué cantas? – El aria de Lucía.

Por fin un matemático,
Que boquiabierto, estático,
El cielo examinaba,
Pero que no cantaba,
Me explicó claramente
Por qué toda la gente
Cantando, el firmamento contemplaba.

Es porque a estas alturas,
Pasando penas duras,
Con general contento,
Llegaron, oh portento!
La ópera que llena
Nuestra pequeña escena,
Y el cometa que alumbra el firmamento.

A PILAR

Con motivo de haber contribuído a la conversión de una señora protestante.

Son tus razones, Pilar,
Razones de mucho peso,
Sin embargo no es por eso
Que logras catequizar.

Tu fe, tu santo deseo
Chispean en tu mirada,
Y dice el alma extraviada
Cuando la miras: yo creo.

Más convincentes a ratos
Son los argumentos míos,
Y calan en los impíos
Menos que el agua en los patos.

Hagamos (me tiene cuenta),
Mano a mano y pelo a pelo,
Sin más testigo que el cielo,
Contrato de compra y venta.

Te doy las más afamadas
Razones de Nicolás,
Y tú en cambio me darás
Dos o tres de tus miradas.

Te doy toda mi elocuencia,
Si acaso es que tengo alguna,
Con tal que tú me dés una
Lágrima de penitencia.

La gracia es catequizar
Con cien razones peladas,
Mas con llanto y con miradas,
Es pura traición, Pilar.

Te doy en arrendamiento
Toda mi razón hinchada;
Tú casi no me das nada:
Un poco de sentimiento.

No hagamos la transacción
(Es malo ser usurero);
Lo único que pido y quiero
De balde, es una oración.

Y que siempre que un ateo
Halles con el alma helada,
Le lances una mirada
Que le obligue a decir: créo.

MI VIDA EN CHIA

(A DIEGO FALLON)

Con la aurora me despierto
Y rezo mis oraciones,
Oyendo de mil canciones
El misterioso concierto.

Mugen vacas y terneros,
Canta el gallo velador,
Y al compás del cernidor
Mirlos y cucaracheros.

Rana alegre y triste grillo
Cantan a primo y segundo,
Y háceles bájo profundo
El rumor del molinillo.

Mensajera de la hornilla,
Más bella que la de Juno,
Anúnciame el desayuno
El olor de la jarilla (1);

Y me da la cocinera
Jícara espumosa con
Rebanado mojicón
Y rico queso de estera.

Vamos luégo a pasear
Sin que ataje nuestra marcha
Ni el rocío, ni la escarcha,
Por las huertas del lugar.

---

(1) Planta resinosa y aromática que sirve de combustible en muchos pueblos de la sabana de Bogotá.

Por las huertas circuídas
De los famosos manzanos,
Y de cerezos lozanos
Y retamas florecidas.

Ubrienta vaca ordeñamos,
Y de una y otra totuma
Los copos de hirviente espuma
A sorbetones quitamos.

Ya nos llaman a almorzar.
¡Quién pudiera, Diego hermano,
De este lomo de marrano
Darte siquiera a probar!

Pastelitos en cazuela
Con sus cachos de limón,
Esponjoso chicharrón
Y aromática mistela.

Las descripciones omito
De la comida y la cena;
Cada una de ellas es buena
Porque sobra el apetito.

Paso la mitad del día
Reclinado muellemente,
Estudiando con Llorente
La moderna poesía.

Duermo diez horas cabales,
Y en ellas mi fantasía
Las impresiones del día
Cambia en sueños celestiales.

A esta vida, caro amigo,
Tan tranquila y tan dichosa,
Sólo le falta una cosa:
El placer de estar contigo.

MODERADO

Católico y masón, halló vocablo
Que extremos úna vínculo fraterno;
Ama a la par el cielo y el infierno,
Glorifica a Lutero y a San Pablo.

Venera al Niño-Dios en el establo,
Y de Voltaire la efigie adora tierno;
Lo temporal confunde con lo eterno,
A Dios bendice, mas le sirve al diablo.

Si profanan la santa Eucaristía,
Comulga en desagravio, pero vota
Por el profanador al otro día.

Si ve en ojo cristiano leve nota
Siente furor, pero a la chusma impía
Besa las manos cuando a Cristo azota.



A DIEGO FALLON

(Respuesta a una carta en que me reconviene por mi excesiva franqueza).

Pedirme a mí disimulo
Es de la locura el colmo,
Es pedir peras al olmo
Y docilidad al mulo.
Nunca pienso ni calculo
Lo que en mis cartas te escribo,
Porque sé que eres mi amigo,
Que me amas de corazón,
Y sana interpretación
Darás a cuanto te digo.

Cuando hablo con un extraño
Procedo con mucho tiento,
Escondo mi pensamiento
Y a pesar mío lo engaño;
Soy con todos muy huraño
Y al hablar me pongo tasa;
Mas contigo lo que pasa
Es que abro de par en par
El pecho, y te dejo entrar
Como Pedro por su casa.

Si no hay en mi corazón
Ningún pliegue tan estrecho
Que tú no tengas derecho
A entrar en él de rondón,
Te asiste poca razón
Cuando me pides rodeos:
Son tan necios, son tan feos,
Son tan impropios en mí,
Son tan indignos de tí....
No comprendo tus deseos.

Si cuanto pienso de tí
Es pensamiento de hermano,
Si todo es noble y es sano,
Si todo sale de aquí(1),
Diego de mi vida, dí,
Díme por lo que más quieras
¿Cómo demonios esperas
Que esconda mi pensamiento?
Es pedir que hable el jumento,
Es pedirle al olmo peras.

Excelente es tu consejo
Y bien seguirlo quisiera,
Mas no sé de qué manera
Curar resabio tan viejo.
Si por un día lo dejo,
Y me expreso con mesura,
Vuelve otra vez la locura
Con tan redoblado afán,
Que recuerdo aquel refrán
De *natural y figura*..

Y este refrán, según creo,
Se halla en la lengua latina,
Y en la lengua de la China,
Y en el griego y el hebreo.
Accediendo a mi deseo,
En francés me lo enseñó
Touzet. Ya se me olvidó
—Mi memoria es tan infiel—
Comienza por *naturel*
Y termina por *galop*.

---

(1) Al decir este verso, me pongo ambas manos sobre el corazón,

Te quejas de que te escribo
Con extraña brevedad,
Y esa es la pura verdad.
Sin duda, querido amigo,
No es por desamor contigo
Ni por pereza tampoco,
Es . . . (aunque me llames loco
Te lo diré francamente)
Porque es raro lo excelente
Y lo bueno ha de ser poco.

Cuando quieras repréndерme
Repréndeme sin rodeo,
Sin misericordia, y creo
Que nunca podré ofenderme;
Acába de conocerme,
Puesto que en nada eres tardo,
Lánzame uno y otro dardo,
Haz cuanto quieras, con tal
Que no lleves nunca a mal
La franqueza de

RICARDO



AUTOBIOGRAFIA

Nací pobre, triste y feo;
Poco después profesé
De maestro; me casé;
Me pusieron Timoteo (1).

Más tarde resulté bardo,
Malas coplas escribí,
Y hasta mi nombre perdí;
Hoy me llaman don Ricardo,

He vivido en Santafé,
Aunque nací en el Chocó;
No puedo sospechar yo
Cuándo y dónde moriré.

Y por no saber el día
Ni el lugar, quedarse debe
Sin conclusión esta breve
Modesta autobiografía.

---

(1) Santo del calendario el día en que nació el señor Carrasquilal.

A DIEGO FALLON

(En su cumpleaños)

Quisiera yo ciertamente
Darte días, pero veo
Que ni siquiera poseo
Este momento presente;
Porque es una sombra, un ente,
Tan flaco, tan desmedrado,
Que lo tiene aprisionado,
Sin que se pueda salir,
La nada del porvenir
Y la nada del pasado.

Dice un rancio autor, y es cierto:
«Las ideas naufragar
Suelen, antes de llegar
De la humana lengua al puerto.»
Por eso a enviarte no acierto
Sino versos, ¡triste dón!
Náufragos del corazón,
Náufragos del pensamiento,
Que ni dicen lo que siento
Ni parecen lo que son.



YERROS DE IMPRENTA

Existe un duende crüel
Que con locas travesuras,
De los vates las dulzuras
Cambia en acíbar y hiel.

El los *álbums* inventó,
Los acrósticos, los días
Y otras muchas tonterías
De que soy víctima yo.

Y por cubrirme de afrenta
Pone ofuscando la vista
Del más experto cajista,
Funestos yerros de imprenta.

Juan se casó en primavera,
Unos versos le escribí,
Y en el final, ¡ay de mí!
Pusieron de esta manera:

«Allá en los *esquivos* meses,
Verás con tu dulce Elisa
Cómo la *soluble risa*
Mece las doradas *nueces*.

«*Lauras* de mayo, soplad,
Cesó ya el helado *infierno*....
Acepta, amigo, este *cuerno*
Recuerdo de mi amistad».

Quise a Dominga el secreto
Revelarle de mi amor,
Y los cajistas, ¡qué horror!
Pusieron esta cuarteta:

« Son tus *ajos* dulce miel,
Más al apurar sus *eses*,
He notado muchas veces
Que el *bazo* contiene hiel».

Se murió de tisis Pía,
Joven pudorosa y bella,
Y yo por mi mala estrella
Hícele necrología.

Y mi enemigo insolente,
De acuerdo con el cajista,
Puso adrede, ¡ Dios me asista !
El disparate siguiente:

« *Puerca* implacable la tumba
Sólo *es conde* polvo vano
Pero no su dura mano
En ella el alma derrumba ».

Va a partir mi amada Elvira
Pero se demora un poco,
Y yo de amor medio loco
Pulso a su lado la lira.

Mis versos eran mejores,
Pero el duende que se mofa
De mí, compone una estrofa
Y le deja estos errores:

« Se retarda la partida
Terrible: *¡ Dulce de mora !*
Esto me vuelve, señora,
Por un instante a la vida ».

Escribí un canto a los vates,
Mi duende lo derrumbó,
Y el buen cajista dejó
Los siguientes disparates :

«*Bales* las nubes del cielo
Pega so las cumbres de *Hipo*
Muere el estro. Participo
Crene, que el viento en su vuelo».

Duende, me doy por vencido;
Hagamos una exponsión,
Y que esta composición
Salga sin ningún descuido.

Gracias, duende, esta letrilla
No tiene ningún error.
Seré vuestro servidor
Y amigo,

RIRDO CARQUILLA.



UN GRAN BAILE DE DISFRAZ

Es nuestra ciudad entera
Un baile de carnaval
Donde no hallo en general
Ni una cara verdadera;

Porque cada cual procura,
Para engañar a la gente,
Ocultar astutamente
Su verdadera figura.

Don Canuto el usurero,
Hombre muy acaudalado,
Anda siempre disfrazado
Con traje de pordiosero;

Y el bonachón de Perico,
Que no tiene sino el pan
Que de limosna le dan,
Se viste siempre de rico.

Gervasia es buena señora,
Mas, si regaña a la criada,
Queda al punto disfrazada
De adusta revendedora;

Y Juana la abominable,
La de proverbial locura,
Se viste con su dulzura
De matrona respetable.

Mi compadre don Ramón,
Que conoce al mundo entero
Y es un ilustre viajero,
Se disfraza de *orejón;*

Y Rufo que estuvo un mes
En la capital de Francia,
Se viste con elegancia
De ilustre sabio francés.

El señor don Amadeo,
Que es un hombre muy hermoso
Anda tan roto y mugroso
Que se disfraza de feo;

Y el bárbaro de Agapito,
Hombre más feo que Caco,
Con su traje currutaco
Se disfraza de bonito.

Lleno de envidia y rencor,
Sin creer en Dios ni en diablo,
El taimado de don Pablo
Se llama conservador;

Y Luis, que a nadie hace mal
Y reza como un bendito,
Se proclama a voz en grito
Demagogo radical.

Doña Pacha la pecosa,
Que es un pecado viviente,
Se disfraza diestramente
De muchacha candorosa;

Y la graciosa Leonor,
Que es inocente y sincera,
Se viste con su tontera
De una loca sin pudor.

El infeliz de Facundo,
Que es muy bueno y muy sencillo,
Se viste a veces de pillo
Y a veces de hombre de mundo;

Y el famoso don Antero,
Que es un solemne bribón,
Se cubre con el vellón
De mansísimo cordero.

Por su talento y cultura
Hombres muy aventajados
Pasan por aficionados
A nuestra literatura;

Y los que hacemos cuartetas
Y la lengua pervertimos
Muy ufanos nos vestimos
De magníficos poetas.

En fin, doquiera se ven
Numerosos disfrazados
De médicos, de abogados,
De sabios, de hombres de bién,

De músicos, de pintores,
De jueces, de comerciantes,
De patriotas, de estudiantes,
De poetas y oradores;

Porque la ciudad entera
Es baile de carnaval,
No hallo por lo general
Ni una cara verdadera.



BAGATELAS

I

QUÈ SON LOS AUTÓGRAFOS

Documentos que advertir
Deben al orbe asombrado
Que los sabios que han pasado
No supieron ni escribir;
Que puede sobrevivir
Al César que al mundo humilla
De papel media cuartilla;
Y que ese mismo papel
Dura muy poco, si en él
Clava el diente la polilla.

II

Sobre tronos un dosel
Levanta Napoleón;
Y qué nos queda de él?
De su casaca un botón,
Y su firma en un papel.

III

LOS RETRATOS

Una multitud de pillos
Y algunos hombres honrados
Han venido retratados
En cajas de cigarrillos;
En juguetes de chiquillos
Vienen todos a parar;
Pero lo más singular
Es que, con varia fortuna,
Muchos vuelven a su cuna,
Es decir, al muladar.

Octubre de 1883.

IV

Todo lo saben los sabios,
Sólo ignoran la verdad;
Todo lo compran los ricos,
Menos la felicidad.

V

Muchos, del abismo al borde,
Sienten vértigos de horror,
Y duermen sobre el abismo
De su propio corazón.

VI

LA VIDA

Nunca tranquilo se siente
El humano corazón;
Nunca goza lo presente
Por lanzarse inquieto, ardiente
Tras una y otra ilusión.
Pasa el tiempo, arrebatando
La juventud y el placer;
Y el hombre pasa, pensando
En mañana, y suspirando
Por los instantes de ayer.
Hasta que al ver, espantado,
Que la tumba se va a abrir,
Conoce desengañado
Que es un punto lo pasado
Y eterno lo por venir.

VII

Más saben las golondrinas
Que los biznietos de Adán;
Conocen de dónde vienen,
Y saben a dónde van.

VIII

Recuerden los que custodian
La inocencia y el pudor,
Que en el viento no se puede
Hacer pompas de jabón.

IX

Al ciego de nacimiento
Nunca le hables de color;
No hables nunca a los ateos
De la grandeza de Dios.

X

Rauda gira en redor de la llama
Mariposa de vario color;
De repente sus alas inflama
Y en ceniza se tornan ¡qué horror!
Esta historia veraz nos revela
Que no es bueno jugar con candela.

XI

El amor es como el vino
Mientras más viejo más fino.

XII

Un infeliz patán el otro día
Expiró sin saber que se moría;
Y el sabio profesor Flavio Quiñones
Feneció, sabiamente deshauciado,
Contando sus menguantes pulsaciones
En un reloj dorado;
Y luégo dicen que la ciencia humana
Es estéril y vana!

XIII

Ante Alejandro cayó
Vencida la tierra entera,
Y a Alejandro lo venció
Una buena borrachera.

XIV

Déjame, esperanza vana:
Buscando la dicha voy,
Y siempre la niegas hoy
Y me la ofreces mañana.

XV

Es la terrena ventura
Como del sol los reflejos:
Para admirar su hermosura
Hay que mirarlos de lejos.

XVI

Compro un machito de aguzada oreja
Manso como una oveja;
Monto con descuidada confianza,
Brinca, y lejos me lanza.
Prueba este chascarrillo, vulgo cacho,
Que es, por muchos motivos,
Mejor un mal caballo que un buen macho.

XVII

En este mundo ladino
Nunca digas perro al can,
Ni digas burro al pollino;
Nunca llames vino al vino
Nunca llames pan al pan.

XVIII

Temblando a Dios obedecen
La tierra, el cielo y el mar;
Sólo el corazón del hombre
Resiste a su voluntad.

XIX

Los cerdos buscan el lodo,
Buscan los peces el mar,
Las aves la luz y el viento,
Y el hombre la Eternidad.

XX

Eterno amor me jura Sacramento
Y viola el juramento;
De luciente cristal una salvilla
Compro, y se desportilla,
Este sencillo apólogo sugiere
Que nadie en vidrio ni en coqueta espere.

XXI

Si gozo, de Dios me olvido;
Si padezco, pienso en Dios;
¡ Maldito el placer mentido !
¡ Bendito sea el dolor !

XXII

Hay una gran diferencia
Entre un pedante y un loro;
Porque el pedante habla siempre,
Y el loro a ratos, y poco.

XXIII

¡Cómo el nombre se ha ilustrado
De los hombres de esta raza!
Esta noche se ha casado
Con doña Juno Mercado
Júpiter Tonante Plaza.

XXIV

ASUNTOS PARA NOVELAS

Pedro a Petrona adoró,
Petrona dijo: no quiero;
Y Pedro por majadero,
De una viga se colgó.

Por no sé qué y no sé quién,
Dióse un balazo en la sien
La consorte de un teniente,
Y él se casó nuevamente,
En lo cual hizo muy bien.

Don Jerónimo Velarde
Vivió rabiando de celos,
Y, después de treinta duelos,
Murió a manos de un cobarde.
Su viuda, tras breve alarde
De inconsolable dolor,
Al infame matador
Le dió la mano de esposa.
Ella se llamaba Rosa,
Y él se llamaba Almanzor.

XXV

La verdad va poco a poco,
Y la mentira al escape:
No va lejos el que corre
Como el de atrás no se canse.

EN UN CERTAMEN DE ARITMÉTICA

Es infinito el campo de la ciencia,
Y breve el plazo de la humana vida.
La luz de la verdad en lontananza
A nuestros ojos deslumbrados brilla,
Y tras ella corremos afanosos;
Mas, semejante al iris que en la cima
Se ve del alto monte, al acercarnos,
Burlando nuestro anhelo se retira.
Por eso el que consume su existencia
Del estudio entregado a las vigilias,
Al fin de su carrera desengaños
Cosecha sólo en premio a sus fatigas.

Si yo fuera filósofo o poeta
Con lamentable tono así diría;
Mas como soy un niño algo travieso,
Y siento el pecho rebozar de dicha,
Dejando circunloquios y figuras,
Voy a decir lo que mi humor me dicta:
Entre todos los ramos de la ciencia
Prefiero los que tienen en la vida
Mayor aplicación. ¿ De qué me sirve
Saber que en Nueva Holanda o en la China
Hay eclipse de sol, y a cuántas clases
Se pueden reducir las lagartijas?
¿ De qué me sirve el mapa de la luna
Ni averiguar los seres que la habitan?
No sucede lo mismo con la ciencia
Que nos ocupa hoy: ella se aplica
A cada paso, y los mortales todos
Sus preciosos auxilios necesitan.

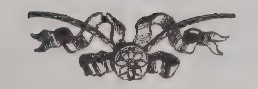
Por eso a los que estamos iniciados
En sus claras verdades nos da grima
Ver el ama de llaves con los dedos
Arreglando las cuentas de cocina:
Al pobre chircaleño que con rayas
Cuenta sus materiales; a las indias
Que calculan haciendo montoncitos
La ganancia total de sus gallinas;
Y las pulperas que al vender un cuarto
Arrojan un garbanzo en la tacita,
Con riesgo de que hambrientos los ratones
Devoren de las cuentas las partidas.

Un temor harto grave y muy fundado
Me asalta de repente y me contrista:
Tal vez los caballeros y señoras
Que escuchan mi discurso se imaginan
Que quien de la Aritmética pondera
Las inmensas ventajas y audaz tilda
A tantos que la ignoran, es un sabio
Que puede hacer notables maravillas.
Declaro francamente que se engaña
Quien semejante cosa se imagina;
Pues niños juguetones en un año
Apenas las nociones más precisas
Alcanzan a aprender, y aunque las sepan,
Tal vez en los certámenes no atinan
Con las cosas más claras, porque el miedo
Los turba, y los aturde, y los fascina.
Sabed, pues, que los niños de esta clase
Toda vuestra indulgencia necesitan;
Y que han dado tan sólo el primer paso
De la verdad en la difícil vía.

NECROLOGIA

Acaba de morir Petra Pedrosa,
Buena hija, buena madre, buena esposa,
Incomparable hermana,
Excelente y virtuosa ciudadana.
Bien pronto en las mansiones celestiales
Irá a unirse contigo
Tu verdadero amigo
Y atento servidor,

ROSO ROSALES.



SOBERBIA Y HUMILDAD

Un soberbio y un humilde
Se ponen a platicar;
Y su plática a copiar
Voy sin que falte una tilde.

Dice el soberbio: —La nada
Dió el ser a mi última abuela
La monada, que en monuela
Vióse luégo trasformada.

Y de esta mona salió
La humanidad pensadora;
El cómo y cuándo se ignora,
Mas la ciencia lo afirmó.

Dice el humilde: —En verdad
Dios, que existe eternamente,
Y que es sabio, omnipotente,
Dió el ser a la humanidad.

El soberbio:—El pensamiento
Es materia organizada;
Volverá pronto a la nada
De donde salió un momento.

—Tengo una alma racional
Que recuerda, piensa y quiere,
Dice el humilde; y no muere
Porque es simple, espiritual.

—Yo nací para gozar,
Y no he gozado un instante,
Dice el soberbio, adelante!
Vamos la dicha a buscar.

—Yo nací para sufrir
Dice el humilde; y el cielo
Me manda tanto consuelo
Que voy de dicha a morir.

—El mundo arena perdida
En la inmensa creación;
Si existe Dios, con razón
O la desprecia o la olvida.

—El mundo arena escogida
En la inmensa creación
Para obrar la redención,
Inundándola de vida.

—Soy mucho menos que lodo,
Voy de la nada a la nada;
Mi moral, dicha buscada
Mi ciencia, dudar de todo.

—Mi alma de precio infinito,
Pues la compró el Redentor;
La moral, su eterno amor;
Ciencia, su verbo bendito.

—Será el átomo mi fin,
Ya que mi principio fue;
Yo soy un marrano que
Aguarda su San Martín.

—Dios, que mi principio fue
Es el fin de mi existencia;
En su amor, beldad y ciencia
Eterna dicha hallaré.

Si más la soberbia crece
Más mengua la propia estima;
Si la humildad se sublima,
Inmenso el hombre aparece.

Y aunque de audaz se me tilde
Establezco este proverbio
«Quien se abate es el soberbio,
Quien se ensalza es el humilde».



VISITA AL TEQUENDAMA

—Señor Salto, buenos días.
—Buenos días, linda maula.
¿Cómo vamos? ¿Qué milagro
Que te dejes ver la cara?
—Por venirlo a ver.—Bien, dime,
¿Y cómo están por tu casa?
—Así.... no faltan achaques,
Pero nada grave.—Vaya.
—¿Y usted?—Algo acatarrado.
—No es extraño, está tan mala
La estación, y con el frío ....
—Por eso siempre mis aguas
En este mes de lloviznas
Se van a tierra templada.
—Tiene usted aquí a mi amigo
El señor Gutiérrez de Alba.
—Mi estimable compatriota
El Salto de Tequendama.
—Yo celebro conocerlo.
—Servidor de usted—Mil gracias.
—(¡ Hola ! pronuncia la zeta).
¿Viene usted quizá de España?
—Sí, señor—¡Oh! pues me alegro
De verlo, con toda el alma:
Hace tiempo que no oía
Pronunciación castellana;
Usted hace que recuerde
A Jiménez de Quesada.
—¿Estuvo aquí don Gonzalo?
—Hace tres centurias largas;
Y aun hoy, si pintar supiera,
Fielmente lo retratara.

—Cuénteme usted, señor Salto,
Esa entrevista—Yo estaba
En posesión muy tranquila
De mis dominios; ni el águila,
Al cruzar estos abismos,
Mirarme osó cara a cara.
Los indios, al ver que el iris,
Hijo del sol coronaba
Mi regia frente, de hinojos
Reverentes me adoraban.
Entre la maleza un día
Sonaron recias pisadas:
Y al través de húmida niebla
Vi una figura gallarda,
De duro hierro vestida
Con la frente coronada
De alta cimera, en que al viento
Gayas plumas ondeaban.
De hito en hito nos mirámos;
Mi voz clamorosa llama,
Retronando furibunda,
Los ecos de la montaña;
Mas ante el héroe los ecos
De asombro y de miedo callan.
—¿Quién eres? pregunté altivo,
Con voz trémula de rabia;
Y él respondió con voz firme:
«Soy Jiménez de Quesada.»
Yo le dije: —Pues, mi amigo,
Márchese usted noramala;
Y él, echando un voto al chápiro,
Que hizo temblar las montañas,
Clavó en mí sus negros ojos,
Llevó la mano a la espada
Y exclamó con voz de trueno:

«Mías son estas comarcas,
Y si usted me las disputa,
Amigo, póngase en guardia.»
Por no armar un zipizape,
Respondí con mucha calma;
Y al fin quedamos amigos
Y pagué tributo a España.
—¿Y después? —En sangre un día
Corrieron tintas mis aguas;
Y nació la Gran Colombia,
Grande cuanto infortunada.
De entonces, cuando en las noches
Hoscos los vientos rebraman,
Al compás de las tormentas
Canto el himno de la Patria.
—De Bolívar se refiere
Que ejecutó aquí una hazaña....
—Nunca mi cerviz altiva
Tocó nadie; ni la gasa
De la impalpable neblina,
Ni el leve soplo del aura;
Y, no obstante, audaz un día
Llega un hombre, mira, salta
Sobre las revueltas ondas
De mi melena erizada....
¡Era Bolívar! Sumiso
Me inclino bajo su planta,
Corona el iris sus sienes,
Mil truenos su nombre aclaman,
Y las nieblas se disipan
Al fulgor de su mirada.

18 de julio de 1870.

EL ESTUDIANTE

(Traducido de Beauchesne)

«De rodillas en medio de la clase
Menguado niño,
De fuego para Euclides y de yelo
Para Virgilio.»

Así hablaba el maestro a un niño indócil,
De grave aspecto,
Que apenas cede a la amenaza ruda
O al blando ruego.

Hierve en sus venas la inflamada sangre
Del mediodía;
Y el fulgor de sus ojos esclarece
Su frente altiva.

En las horas de ocio, solitario
Y pensativo,
Acaricia sus sueños a la sombra
De añoso tilo.

Prefiere a los placeres la süave
Melancolía.
Y contrarios destinos sus maestros
Le pronostican.

Ama el invierno, porque entonce el cielo,
Nubloso y triste,
Armas arroja a los volubles niños
Para sus lides.

Con albos copos de brillante nieve
Castillos forman;
Y un pañuelo en las frágiles almenas
Al viento flota.

El niño indócil el asalto ordena,
Nunca vacila;
Y audaz, lanzando espesa granizada,
Rompe las filas.

Cuando estudia en sus mapas los imperios
Atento mira;
Y con segura mano a cada uno
Límites fija.

En leve globo Montgolfier triunfante
La muerte arrostra;
Surca las nubes, los espacios mide,
Y el niño llora.

Llora y quisiera dominar los vientos
Y las tormentas;
Cernerse solitario como el águila
Que el sol contempla.

¿De dónde viene el fuego que en sus ojos
Rápido brota,
Cuando siente indignado la cadena
Que lo aprisiona?

¿De dónde el eco que á su oído lanza
Gritos marciales,
Cuando en la noche lóbrega retumban
Los huracanes?

¿Del porvenir entre las negras sombras
Vio su mirada
La estrella de la gloria y la fortuna
Relucir rápida?

Piensa en sus padres, en su dulce patria,
Isla cautiva,
En cuyas playas querellosas ondas
Tristes suspiran.

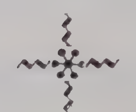
Piensa en la roca do su pobre cuna
Abandonada
Tiembla y se mece al borde de las ondas
Cual frágil caña.

Entre las hijas de mi patria, dice,
Hallaré esposa;
Y veré en paz, bajo modesto albergue,
Correr las horas.

Y allí, ignorado, acabaré los días
De mi existencia,
Sin dejar huella de mi oscuro paso
Sobre la tierra.

Mas de repente, recias tempestades
Su pecho agitan;
Los brazos cruza, baja la cabeza,
Calla y medita.

Sueña que de su casa cien diademas
Serán blasón;
Que de un polo a otro polo oye su nombre
Napoleón!



CANTARES

Bien haces, niña hechicera,
En llevar de gasa un velo;
Porque al traves de las nubes
Brilla más hermoso el cielo.

En lugar del papelillo
Hay un adorno mejor,
Más barato y más sencillo:
Son las rosas del pudor.

De una niña soy maestro,
Y le enseño el *do*, *re*, *mi*;
¡Ojalá que aprenda pronto,
Y dé sostenido el *sí!*

No sueñes, niña querida,
Pon tu corazón alerta;
Pues lo que sueñes dormida
Puedes llorarlo despierta.

Si amor en tu pecho tienes,
En mostrarlo haces muy mal;
Porque el amor sin desdenes
Es como huevo sin sal.

En punto a muchachas bellas
Ved mi confesión aquí:
Ni yo me meto con ellas,
Ni ellas se acuerdan de mí.

Para saber de qué sirven
Medicina y religión,
Es necesorio estudiarlas
En presencia del dolor.

No empañes el alma, niña,
Con dañados pensamientos,
Que en el agua que se enturbia
Jamás se refleja el cielo.

Soy como el ave a quien quitan
Amor, aire y libertad,
Dándole en cambio una jaula,
Y unas migajas de pan.

Cuando ufano de sus galas
Se quiere un ángel perder,
Corta Dios sus lindas alas,
Y lo conviete en mujer.

No busques oro y diamantes,
Pues no los has menester:
Basta una rosa en tu seno,
Y en tu cabeza un clavel.

Las flores de mi esperanza
Flores efímeras son,
Que si nacen con la aurora,
Mueren al ponerse el sol.

Eres linda como el cielo,
Eres buena como el pan,
Pura como el agua limpia
Que brota de un manantial.

No me preguntes, amiga,
La causa porque te amé;
Yo mismo me la pregunto,
Y yo mismo no la sé.

Cuando de noche los vientos
Gimen en los campanarios,
Es porque están de suspiros
Y de lágrimas cargados.

Azul es el firmamento,
Azul el inmenso mar;
Y son azules tus ojos
Para hacerme a mí llorar.

No me preguntes de ciencias,
Porque ignoro el a, b, c,
Si aprender quieres constancia,
Constancia te enseñaré.

Mandas que ayune de verte,
Y yo acepto la expiación:
No olvides que los que ayunan
Hacen parva y colación.

Tres cosas hay en la vida
Que me causan comezón:
Una niña presumida,
Un piojo y un sabañón.

Un guijarro muy pequeño
Mató al gigante Goliat;
¿Piensas tú que por ser chica
No puedes tambien matar?

Para estudiar mis cantares
No me hacen falta los libros:
Me basta entrar un momento
De mi pecho en el abismo.

Las gotas van a los ríos,
Y los ríos a la mar;
Y las horas y los años
Se hunden en la Eternidad.

Más saben las golondrinas
Que los biznietos de Adán:
Conocen de dónde vienen,
Y saben a dónde van.

No malgastes en los hombres
El tesoro de tu amor,
Que amor tan grande y tan puro
Sólo lo merece Dios.

Si no te quieres casar,
No estés con amor jugando,
Que el amor burla burlado
Nos lleva al pié del altar.

Todo lo saben los sabios,
Sólo ignoran la verdad;
Todo lo compran los ricos,
Menos la felicidad.

Muchos del abismo al borde
Sienten vértigos de horror;
Y duermen sobre el abismo
De su propio corazón.

Amor anidó en mi pecho,
Y al contemplar su belleza,
Envidiosas lo mataron
La verdad y la experiencia.

ECOS DE LOS ZARZOS

PREFACIO

Es costumbre inveterada
Que todc libro de peso
Tenga, cuando sale impreso,
Su prólogo y su portada.

Por lo cual voy a escribir
Un prefacio o advertencia
Para el mío, aunque en conciencia
Nada tengo que advertir.

Si el Jefe Municipal
Estaba de mal talante,
Y mandaba en el instante
Publicar la ley marcial,

En zarzo lleno de tierra
Estábame yo metido,
Pues soldado prevenido
Dicen que no muere en guerra.

Y allí, siempre acurrucado,
Por ser bajísimo el techo,
A la escasa luz de un mecho
En un adobe pegado,

Sobre la tosca pared
Con un carbón escribía,
Dejando mi fantasía
De las musas a merced.

Y de mis inspiraciones,
Por estar falto de amigos,
Eran únicos testigos
Las polillas y ratones.

Como los cóncavos huecos
De los zarzos han sonado
Mis coplas, las he llamado
Con razon: *De zarzos ecos.*



ROMANCE GUASQUEÑO

—¿Dónde vais, indios borrachos,
A trote y de dos en dos?
—A ver desde Guadalupe
La ciudad del *Gran Señor.*

—Deteneos! Deteneos!
Ya llegasteis, santo Dios!
Cumplid tan bárbaro antojo
De las sombras a favor;
Y más ligeros que el viento,
Antes de que nazca el sol,
A vuestras pobres guaridas
Huid con planta veloz.
Ay! de vosotros, idiotas,
Si el más ligero rumor
Despierta a los mamelucos
Que, en apretado montón,
Guardan el sublime alcázar
Donde habita el *Gran Señor.*

Qué haceis! Tocais chirimías
Y tamboriles? Gran Dios!
Muy pocos vuestros pescuezos
Para sus alfanjes son.
Gracias a que sumergidos
Yacen en blando sopor,
Soñando con las huríes
De ojos negros, que si no,
Pondrían vuestras cabezas
A los pies del *Gran Señor.*

¿Amanece, y todavía
Permaneceis de plantón?

Corred, indios del demonio,
Antes de que salga el sol;
Que ya el diván ha sabido
Vuestra loca pretensión,
Y tal vez mandará presto
Venir con paso veloz
A los que el sublime alcázar
Custodian del *Gran Señor*.

Vuestras fuerzas con las suyas
No midais, mil veces no.
Ellos su gallardo cuerpo
Cubren con ancho albornoz,
Y vosotros, con mugrienta
Ruana de pardo color;
Ellos tienen gran turbante,
Vosotros, sombrero alón:
Ellos llevan la gumía
Y el alfanje cortador;
Vosotros, lanza mohosa
O fusil de cargazón;
Cada uno de ellos maneja
De Arabia un potro veloz,
Y vosotros, un caballo
Flaco, sarnoso, trotón:
Ellos marchan de añafiles
Y de timbales al són,
Y vosotros, a los golpes
De un destemplado tambor;
Vosotros defendeis sólo
Vuestra humilde habitación,
Y ellos, el soberbio alcázar
Donde mora el *Gran Señor*.

—¿A dónde vais, insensatos,
Con tan poca precaución?

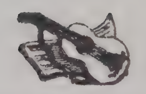
—A la ciudad.—Estais locos!
Tanto la chicha os cegó!
Pisar los indios de Guasca,
A la clara luz del sol,
Una ciudad defendida
Por tantos hombres de pró!
Volveos a vuestras chozas,
No profaneis, vive Dios!
La ciudad donde se digna
Habitar el *Gran Señor*.

Ya la pisasteis. Caramba!
Qué cobarde obstinación!
Sus defensores se apiñan
Con indomable valor
Tras de los espesos muros
De un antiguo torreón.
Si os acercais a sus puertas,
El estruendo del cañón
Os enseñará el respeto
Que se debe al *Gran Señor*.

Ya os acercasteis, demonios!
Ya os colasteis de rondón.
Gracias a que la clemencia
Es hermana del valor,
Os han dejado la vida.
Mas mirad al norte, oh!
¿Veis la espesa polvareda
Que oculta la luz del sol?
La levantan mil bridones,
Raudos como el aquilón,
Montados por mil jinetes
Que acaudilla el *Gran Señar!*

Ya se aproximan, ya llegan,
Ya llegaron. Santo Dios!
Indios de cien mil demonios,

¿Por qué vais de dos en dos,
A paso lento, cargados,
Sin ninguna precaución?
Ay! no le griteis: Qué feo!
No provoqueis su furor.
Gracias a que sus corceles
Están fatigados hoy;
Pero él mismo irá mañana
En vuestra persecución;
Y entónces, cobardes indios,
Aprendereis, vive Dios!
Que ninguno insulta en vano
El nombre del *Gran Señor!*



¿POR QUE NOS LLAMAN GODOS?

¿Por qué nos llaman godos?
Los conserveros todos
Al entierro de Uribe
Fuimos: y se concíbe
Que estaban Carolina,
Y Petrona y Paulina.
Un sabio magistrado
Dijo, muy enojado:
«Esta gente me insulta:
Que paguen una multa
Las damas al instante,
Para que en adelante
Entierren de otros modos.»
¿Por qué nos llaman godos?

A Plácido Morales
Y otros dos principales
El dictador adusto
Manda matar por gusto,
Sin confesión siquiera:
Cumple la chusma fiera
Esta sentencia impía,
Entre la gritería
De unos pocos beodos.
¿Por qué nos llaman godos?

Es nuestro buen prelado
Sin respeto arrancado
De su antigua morada;
Porque su fe acendrada
Quiere ponerle el veto
Al pérfido decreto

Con que las manos vivas,
Codiciosas y activas,
Y en el enredo expertas,
A las que llaman muertas
Roban sus bienes todos.
¿Por qué nos llaman godos?

A don Mariano Ospina,
Calvo, Sucre y Urbina,
Sin el juicio sencillo
Que don Pablo Morillo
Usaba en casos tales,
Por esos andurriales
A pie se los llevaron,
Y allá los sepultaron
En Bocachica a todos.
¿Por qué nos llaman godos?

Mandan reclutamiento
General, y al momento
Algunos conserveros,
Como mansos corderos
A presentarnos vamos:
Y porque confesamos
Cuál es nuestro partido
Al que con desabrido
Gesto nos lo demanda,
La autoridad nos manda
A la cárcel a todos.
¿Por qué nos llaman godos?

En papeles impresos
Muchos miles de pesos
Emiten, y al momento
Tienen un gran descuento:
Bajan hasta el cincuenta:

Y al infeliz que intenta
Comprarlos con rebaja,
La autoridad le encaja
Una crecida multa,
Y el vendedor lo insulta
Con bárbaros apodos.
¿Por qué nos llaman godos?

Al Federal Distrito
Le sacan, Dios bendito!
Medio millón de pesos:
Y no salen ilesos
De tan terribles males
Sino los liberales,
Pues los conservadores,
A fuerza de sudores,
Tienen que aflojar todos.
¿Por qué nos llaman godos?

A són de caja, un bando
Publican, anunciando
Que confiscada queda
Y el gobierno la hereda
La hacienda de todo hombre
Que no lleve por nombre
Liberal mosquerista,
En caso que resista
Firmar una protesta
Inútil, indigesta,
Odiosa para todos.
¿Por qué nos llaman godos?

Dan después otro bando
A muerte condenando
Todos los escondidos
Que se encuentren metidos
En zarzo o en guardilla,

Cual si fueran cuadrilla
De viles malhechores,
Cobardes y traidores;
Que se presenten presto
Mandan, y por supuesto
Nos presentamos todos.
¿Por qué nos llaman godos?

Porque un tunante en Chía
Hace una fechoría,
Mandan que, en adelante
Si hay nueva falta, aguante
El juicio el pueblo en masa;
No es la justicia escasa;
Que los hombres en pena
Del bajo Magdalena
Pueblen las soledades,
Que, sin respeto a edades,
Ni condición, ni estados,
Los hombres reclutados
Sean al punto todos.
¿Por qué nos llaman godos?

La guerrilla de Guasca
Duramente le casca
Al Director Supremo;
Y él, táctico en extremo,
Y en recursos fecundo,
A un viejo moribundo,
Ilustre descendiente
De un patriota eminente,
Poner manda en capilla;
No obstante, la guerrilla
Viene, y la vemos todos.
¿Por qué nos llaman godos?

Como los guerrilleros
No son tan majaderos,
Y como los malditos
Pisan varios distritos,
Desocuparlos mandan,
Y los vecinos andan....
(Y nótese de paso
Que no es número escaso,
Pues en miles la cuenta
Da cerca de cuarenta.)
Andan con sus penates
Vagando como orates,
Pidiendo auxilio a todos.
¿Por qué nos llaman godos?

El señor Presidente
Manda expedir patente
A corsarios de tierra,
A fin de que la guerra
A nadie escandalice
Y se regularice.
El precioso diploma
Raro patriota toma;
Mas corsarios son todos.
¿Por qué nos llaman godos?

Las esposas de Cristo ...
La ciudad toda ha visto
De horror profundo llena,
Esa bárbara escena.
Renuncio a describilla,
Porque fuera mancilla
Remover esos lodos.
¿Por qué nos llaman godos?

Señores liberales,
Sed jueces imparciales;
Y bien considerados
Aquestos atentados
Contra la democracia,
Y otros muchos, que en gracia
De la brevedad callo,
Dad en justicia un fallo,
Y respondedme todos:
¿Por qué nos llamáis godos?



LOS PRINCIPIOS RADICALES

—¿Por qué toda la ciudad
Están rondando, Cecilio?
—Por la inviolabilidad
Sagrada del domicilio.

—Por qué esa turba homicida
Corre alegre a asesinar
Tres hombres?—Para probar
Que es inviolable la vida.

—¿Por qué razón nadie intenta
Ni puede publicar nada?
—Para dejar cimentada
La libertad de la imprenta.

—¿Por qué arrastran maniatados
Cien hombres a Bocachica
Sin juzgarlos?—Eso explica
Bien el juicio por jurados.

—Ya que tienes tanta ciencia,
Explícame la razón
Del derecho de tuición.
—La libertad de conciencia.

—¿Por qué llevan indios ciento
En larguísimo rosario?
—Es por el reclutamiento
Que llamamos voluntario.

—¿Por qué razón sin piedad
Le roban hasta su lecho
Al fraile?—Por el derecho
Sagrado de propiedad.

—Militares de repente
Todos los colegios son.
—Es para la abolición
De ejército permanente.

—¿Por qué, a fuerza de tormento,
Tanta protesta arrancada?
—Para fundar la sagrada
Libertad del pensamiento.

—A quien papel no recibe
Lo atrapa la policía.
—Es porque así lo prescribe
La moderna economía.

—Porque un solo hombre hizo el mal,
Sufre dura penitencia
Toda Chía.—Es la clemencia
Del gobierno liberal.

—¿Por qué castigan cual yerros
Ir a las honras de Uribe?
—Porque así nos lo prescribe
La tuición de los entierros.

—De correos en la agencia
No admiten carta cerrada.
—Porque la correspondencia
Debe ser libre y sagrada.

—¿Por qué razón dan patentes
A los corsarios de tierra?
—Que hagamos así la guerra
Manda el derecho de gentes.

—Donde quiera están poniendo
Carnicería oficial.
—Para que vaya cundiendo
La libertad industrial.

—Cometen los liberales
Millones de tropelías.
—Esas son las garantías
Llamadas individuales.

EMPRESTITOS VOLUNTARIOS

De nombre debe cambiar
El bando conservador,
Pues Mosquera el dictador
No deja qué conservar;
Porque a mi modesto hogar,
A mi montura, a mi plata,
A mi rejo, a mi alpargata,
A mi caballito overo,
A mi vaca, a mi ternero,
Les han soltado la gata.

A las monjas les tomé
Una pésima casucha,
Y, gastando plata mucha,
Casi la reedifiqué;
Mas, ay! perdidos hallé
Trabajo, paciencia y plata,
Pues un quidam me delata,
Declaran muertas mis manos,
Y los vivos colombianos
Sueltan al punto la gata.

Mi comadre Ana Padilla,
La mujer de Diego Aranza,
Engordaba en su labranza
Una robusta novilla:
Llega Mosquera a la villa;
Un esbirro a Ana delata
Por estar falto de plata;
Declaran que la becerra
Es elemento de guerra,
Y le soltaron la gata.

La difunta Juana Cuero
En el páramo vivía
Y por desgracia tenía
Un mezquino gallinero.
Llega Mosquera en febrero,
Y aun cuando le sobra plata,
Y la propiedad acata,
Funda por ley especial
Un gallinero oficial,
Y le soltaron la gata.

Unos corsarios de tierra
Estaban en el camino,
Cuando pasaba un pollino
Perteneciente a Blas Sierra:
Forman consejo de guerra;
El fiscal a Blas delata,
Y, a fin de conseguir plata,
Propone que se decida
Que el burro es arma prohibida,
Y le soltaron la gata.

Pacho Ruiz, el monaguillo,
Compró una sotana vieja
Con un sombrero de teja
Que fue del señor Rosillo;
Les tiene ganas un pillo;
A Mosquera los delata;
Y él, aunque le sobra plata,
Dice: «son de la nación
Por derecho de tuición,»
Y les soltaron la gata.

En Cáqueza, el otro día,
A ña Fulgencia Pabón
Le compré por un doblón

Un marrano que tenía.
Un tunante lo quería,
Y a Mosquera lo delata,
Y él, aunque le sobra plata,
Dice que es de la nación
Conforme al pacto de unión,
Y le soltaron la gata.

De nombre debe cambiar
El bando conservador,
Pues Mosquera el dictador
No deja qué conservar;
Porque a nuestro dulce hogar,
A nuestra indefensa plata,
Hasta a la sucia alpargata,
Hasta a los tristes marranos
Los señores colombianos
Les han soltado la gata.



CINCO FUSILES

El doctor Rojas Garrido
Dio un decreto, concebido
En los términos siguientes:
«Todos los godos presentes
Estarán al medio día
Mañana en la galería;
Pero si acaso no van,
Sus familias sufrirán
Que las prendan alguaciles
Con fusiles».

Fuimos al siguiente día,
Y Rojas no parecía;
Dos horas se hizo aguardar;
Llegó, se puso a arengar,
Y entre otras cosas nos dijo:
«Vosotros sereis de fijo
Cómplices de la guerrilla;
Si acaso alguno se pilla
Infraganti, de contado
Deberá ser fusilado
Por algunos alguaciles
Con fusiles».

Quedóse el concurso estático.
«Por cálculo matemático,
Dijo Rojas, he sabido
Que hay armamento escondido,
Y que vosotros teneis
Chopos mil doscientos seis.
Admirad, pues, mi clemencia
Al mandaros que en conciencia
Entregueis todos mañana,
De buena o de mala gana,
Ya que los teneis por miles,
Cinco fusiles».

Casi todos nos reímos
Al momento que supimos
Del discurso la materia;
Y él nos dijo: «es cosa séria!
Temblad, temblad si mañana
No me dais de buena gana,
Ya que los teneis por miles,
Cinco fusiles».

Acabóse la sesión,
Nos dieron un coscorrón,
Nos echaron un regaño:
Y cual tímido rebaño
De mansísimos corderos,
Salimos los conserveros
Humildes, sin murmurar,
Para echarnos a buscar,
Hasta en los chiribitiles,
Cinco fusiles.

El jefe municipal
Del Distrito Federal
Nos preguntará mañana,
Cuando anuncie la campana
Que el fatal plazo se cierra:
«Para haceros cruda guerra,
¿Ya trajisteis, godos viles,
Cinco fusiles?»

Y nosotros balbucientes,
Inclinando nuestras frentes,
Diremos: «no los trajimos
Porque no los conseguimos,
No obstante que hemos buscado
Con exquisito cuidado
Hasta en los chiribitiles
Cinco fusiles.

En las tres calles reales,
En la plaza, en los portales,
En el bazar y el mercado,
Hemos todos demandado,
No tan sólo a las señoras,
Hasta a las revendedoras
Que revenden perejiles,
Cinco fusiles.

Hemos ido a las boticas,
Que son en todo muy ricas,
Menos en medicamentos;
De rondón a los conventos
Nos hemos todos entrado,
Y a los frailes preguntado:
¿Tienen sus paternidades
Entre sus curiosidades,
Para estos godos serviles,
Cinco fusiles?

Ay, señor Municipal,
El Distrito Federal
Dejamos desempedrado;
Pero no hemos encontrado,
Ni aun en los chiribitiles,
Cinco fusiles.

Que no lo sepa Garrido,
Si lo sabe, enfurecido,
Nos dirá con voz de trueno,
De santa indignación lleno:
Os pegaré un ferulazo,
Puesto que ha llegado el plazo,
Y no me dais, godos viles,
Cinco fusiles.

Si nos perdonais, señor,
Dando palabra de honor,

Voluntarios ofrecemos
Que gustosos le daremos
Al señor Julio Arboleda,
Cuando pise la alameda,
Trayendo godos por miles,
Cinco fusiles.

Y si el señor Secundino,
Dando un salto repentino,
Se nos viene a Bogotá,
Cada godo le dará,
Pues los tenemos por miles,
Cinco fusiles.»



LAGRIMAS DE COCODRILO

Me registraron mi casa
Por denuncio de Pascual,
Que es un joven radical
De mollera muy escasa;
En la tienda de Tomasa
Lo ví, y en trágico estilo,
Dijo, llorando hilo a hilo:
«Repruebo la violación
Del domicilio».—*Esas son*
Lágrimas de cocodrilo.

El señor don Casiodoro
Hace infames monopolios
Y confirmaciones y olios
Con las rentas del tesoro;
Pero, si matan un toro
Los guascas, llora hilo a hilo
Y exclama en sublime estilo:
«Arruinaron la nación
Esos cafres».—*Esas son*
Lágrimas de cocodrilo.

El señor Diego Clemente
Mata a rejo a una mujer,
Porque no quiere vender
A sus amigos vilmente.
Un guasqueño casualmente
Le da un codazo a Batilo;
Y el buen don Diego hilo a hilo
Llora, y exclama: «Traición!
Asesinato!» —*Esas son*
Lágrimas de cocodrilo.

El señor Cosme Marcilla,
Hombre justiciero y fuerte,
Impone pena de muerte
A todo el que tenga silla.
Casualmente la guerrilla
Entra de un rojo al asilo;
Y el buen don Cosme hilo a hilo
Llora y grita: «Maldición!
Esto no es vida!»—*Esas son*
Lágrimas de cocodrilo.

Si un dictatorial destierra,
Calumnia, roba, asesina,
Toda su comparsa opina
Que así lo exige la guerra.
Mas si mata una becerra
Un pobre godo, hilo a hilo
Lloran, y en trágico estilo
Gritan: «Perfidia! traición!
Robo! escándalo!» —*Esas son*
Lágrimas de cocodrilo.



BANDO LIBERAL

Siempre que en calzas prietas
Los patriotas están,
Se valen de mil tretas:
Cataplán

Plan. Plan. Considerando:
Que nos están fregando
De diferentes modos
Estos malditos godos,
Y que nuestra clemencia
Aumenta su insolencia,
Juzgamos conveniente
Ordenar lo siguiente:
Artículo primero.
Cualquiera conservero
Que después de la queda
Esté en la calle, y pueda
Ser hostil al Estado,
Después de apaleado
Lo decapitarán.
Cataplán.

Artículo segundo.
Que sepa todo el mundo
Que el hombre a quien se pilla
Sirviendo a la guerrilla,
Después de apaleado,
Será al punto ahorcado,
Y lo fusilarán.
Cataplán.

Artículo tercero.
Siempre que un conservero
Se encuentre acompañado,
Será considerado
(Si alcanza a formar terno)
Como hostil al gobierno,
Y lo fusilarán.

Cataplán.

Plan. Artículo cuarto.
Si una mujer de parto
Está, sale el marido
De noche y es cogido
Trayendo a la partera,
Será la vez primera
Sin piedad ahorcado,
Y luégo fusilado
Si hubiere reincidencia;
Todas en consecuencia
De día parirán.

Cataplán.

Plan. Artículo quinto,
Todo macho retinto
Y los de otros colores
De los conservadores,
Amén de la montura,
Ante la jefatura
Deben ser presentados,
Y si no, fusilados
Los dueños hoy serán.

Cataplán.

Plan. Artículo sexto.
Él que dijere que esto
No es justo y conveniente,
Y sabio y muy prudente,
Será considerado
Como hostil al Estado,
Y lo fusilarán.
Cataplán.

Parágrafo. Los seres,
Aunque sean mujeres,
Reos de los pecados
Arriba mencionados,
Además de la pena
Ya dicha, a Cartagena
Remitidos serán.
Cataplán.

Siempre que en calzas prietas
Los patriotas están,
Se valen de mil tretas.
Plan, plan, plan, cataplán!



SOMOS GODOS

Somos godos, godos somos,
Porque en nuestro pecho hidalgo
Circula la noble sangre
De Cides y de Pelayos.
Somos godos, descendientes
De los nobles castellanos
Que contra la media luna
Por ocho siglos lucharon.

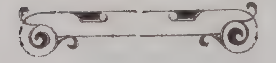
Somos godos, godos somos
Descendientes del bizarro
Y valeroso alavés
Señor de Fita y Buitrago,
Que dijo a don Juan Primero:
«Subid, rey, en mi caballo,
Mirad que carga el gentío,
Aunque yo muera, libradvos»;
Y entre numerosas huestes
Entróse a morir lidiando.

Somos godos, herederos
De aquel ardimiento raro
Con que asombraron al mundo
Los Corteses y Pizarros;
Herederos de la fe
De los misioneros santos,
Que de un polo al otro polo
De Cristo la cruz plantaron.

Godos, porque preferimos
Prisión, hogueras, cadalsos,
A abjurar nuestras creencias
Delante de los tiranos.

Somos godos, porque nunca
Nuestros pechos abrigaron
El dolo, ni la mentira
Manchó jamás nuestros labios.
Somos godos, godos somos,
Descendientes del puñado
De héroes que con Quesada
Estas tierras conquistaron.
Somos godos, herederos
De aquel valor acendrado
Que detuvo en San Mateo
La furia de mil soldados.
Somos godos, descendientes
De Gutiérrez, de Lozano,
De Bolívar, de París,
De Nariño, de Gallardo.

Somos godos, godos somos,
Porque en nuestro pecho hidalgo
Circula la noble sangre
De Cides y de Pelayos.



DON IGNACIO GUTIERREZ

I

En noche triste y oscura
Gime y brama airado el viento
En las torres de un convento
De gótica arquitectura.

El reloj las doce da;
Gritan: centinela alerta!
Desde lo alto, y en la puerta
Responden: alerta está!

En estrecho calabozo
Yace un anciano en cadenas,
Cerca de un joven que apenas
Tiene delicado bozo.

Duermen sosegadamente;
La lámpara moribunda
De apacible luz inunda
Del viejo la noble frente,

Formándole una aureola,
Que imprime en su faz serena
La majestad de quien pena
Porque a su deber se inmola.

Todo calla en el convento;
Suena el lejano ahullido
De los perros, y el gemido
Melancólico del viento;

Y siempre que el reloj da
Las horas, gritan: alerta,
Centinela! y en la puerta
Responden: alerta está!

Pasos en el corredor
Se oyen: el viejo despierta;
Llama al joven, y la puerta
Se abre con agrio rumor.

Entra el duro carcelero
De diez soldados seguido,
Y al viejo, que está tullido,
Dice en ademán severo:

—Al punto vais a marchar.
—¿A dónde?—el anciano dijo,
—Para el destierro.—Y mi hijo?
—Aquí se debe quedar.

En vano el hijo reclama
Contra sentencia tan dura,
Ya la escolta se apresura,
Y alza del viejo la cama.

Llora el joven de dolor
Y despecho, lo bendice
El buen anciano y le dice:
Hijo, prudencia y valor!

Vuelven la puerta a cerrar;
Queda el joven sin sentido
Breve rato, y un gemido
Se le oye luégo lanzar.

Y grita en ahogada voz:
Adiós, padre; y le responde
Débil eco que se esconde
En las bóvedas: Adiós!

II

Partid! lo exige el delito;
Partid! lo manda el tirano;
Adios! tomad, noble anciano,
El sendero del proscrito.

También marcharon por él
Nariño, Mosquera y Caro,
Que donde el mérito es raro
Es la envidia más cruel.

Al cruzar por la ciudad,
Vereis el campo sangriento
Do vuestro padre el aliento
Rindió por la libertad;

Y la venerable casa
Donde vuestro santo abuelo
Compró los bienes del cielo,
Dando los suyos sin tasa;

Y la modesta capilla
Donde vuestra amable esposa
En breve sueño reposa
Bajo una piedra sencilla.

Partid! porque así lo ordenan
Los que de fuéra vinieron,
Y nuestro hogár invadieron,
Y a perecer nos condenan.

Partid! el piadoso cielo
De traeros cuidará,
Y mientras tanto, dará
A vuestros hijos consuelo;

Mas si dispone que vos
Murais en tierra extranjera:
Adios! por la vez postrera,
Adiós, para siempre adiós!

ASALTO DE SAN AGUSTIN

Mirad al setentrión: inesperados
Cual la visión de un sueño fugitivo,
Raudos como las hojas que el otoño
Arrastra en polvoroso remolino,
Al llamamiento de la patria vuelan
Mil granadinos.

En vano en su carrera se interponen
Agrias montañas, caudalosos ríos;
Sus gigantescos pasos vanamente
Quiere seguir rabioso el enemigo;
Vanamente su marcha vencedora
Detener quiere el dictador altivo:
Al llamamiento de la patria vuelan,
Son granadinos.

Vedlos! ya llegan: sus gastadas armas
No reflejan del sol el claro brillo;
Ni un penacho siquiera al aire ondea;
Ni un galón solo adorna sus vestidos,
Por la enemiga lanza desgarrados,
Y con la sangre de las lides tintos.
Está su frente por el sol tostada;
Y sus bridones, de trotar rendidos,
No relinchan, no yerguen la cabeza,
Oyendo del cañón el estampido.
Nada importa, combaten por la patria,
Son granadinos.

Nobles matronas al soldado brindan
Frescas guirnaldas de laurel y mirto;
Blancas banderas por doquier tremolan;
Y alzando entre las manos a sus hijos,

Las atrevidas huestes les señalan,
A nombrar les enseñan los caudillos,
Orgullosas al ver que tantos héroes
Son granadinos.

¿Dónde está, dicen todos asombrados,
De estos bravos guerreros el caudillo?
¿No agrega ningún título a su nombre?
¿No hay en su humilde traje un distintivo?
—Conocerlo queréis? Id a buscarlo
Donde hay mayor fatiga, más peligro:
Es un joven que lidia por la patria,
Un granadino.

No intiméis rendición a los que luchan
Por defender al dictador altivo;
El claro nombre de Colombia invocan,
Recuerdan de Ricaurte el heroismo,
Saben lidiar, morir; mas no rendirse,
Son granadinos.

No os estrelléis contra los fuertes muros
De ese edificio lúgubre y sombrío:
Ríos de fuego sus trincheras brotan;
Yacen cien hombres en redor tendidos;
No os obliga el honor a ese combate
En que es invulnerable el enemigo.
Inútiles consejos; los que lidian
Son granadinos.

Un mar inmenso de voraces llamas
Por el nocturno viento embravecido,
Devora las altísimas techumbres:
El trueno del cañón, el agrio grito
De los sitiados, el terrible estruendo
Que forma al desplomarse el edificio;
Las campanas que tocan a rebato;

De las balas el áspero silbido;
El agudo clangor de las trompetas;
De la encendida bomba el raudo brillo,
Todo anunciar parece que muy pronto
Aquellos bravos estarán vencidos.
No lo esperéis: los manda un veterano
Que luchó contra Boves y Morillo;
Hoy anciano, y enfermo, y casi ciego,
Retorciendo el bigote encanecido,
Contesta al que rendirse le propone:
Soy granadino.

Un anciano se encuentra prisionero
En medio del incendio: está tendido
En doloroso lecho; ve a su lado
Tristes y silenciosos sus dos hijos:
En un cadalso pereció su padre,
Y el cadalso dos veces ha sufrido,
Para mostrar que es hijo de Gutiérrez,
Y granadino.

Otro su blanca y ondulante barba
Acariciando, en ademán tranquilo,
Con sus palabras fáciles y amenas
Consuela y entretiene a sus amigos.
Está preso también, porque prefiere,
Aunque anciano y enfermo, mil martirios
A venderle por ruegos o amenazas
Su generosa espada al enemigo:
Es un hombre de honor, es un patriota,
Un granadino.

Mirad ese hombre que tranquilo espira
De hirviente sangre derramando un río,
Sobre el cañón que sus robustos brazos
Han logrado arrancarle al enemigo;
Nadie sabe su nombre: es un valiente,
Un granadino.

Mirad esa mujer que salvar logra
Otro cañón con indomable brío:
No siente al espirar perder la vida,
Sino entregar su lanza al enemigo:
Era Salomé Castro, compañera
De un granadino.

Un joven oficial una bandera
Acaba de tomar, y cuando altivo
Recibe el parabién, de un tierno hermano
La muerte sabe; y cual león herido
Vuela a morir también; pero la parca
Respeta su dolor: por eso es digno
De recibir el nombre de patriota,
Y granadino.

Jóvenes bellas de piedad movidas,
De la ciudad arrostran los peligros:
Una aplaca la sed de los soldados,
Otra cura afanosa los heridos,
Otras a orar fervientes se congregan,
De otra el acento enérgico y sentido
Obtiene breve tregua, y todas logran
La mano detener del exterminio.
Es por vosotras envidiable el nombre
De granadino.

Segunda vez el sol en el ocaso
Hunde entre nubes su brillante disco;
Llega la noche tenebrosa y triste,
Hondo silencio síguese al ruido
De las armas; y el sol ve con asombro
Al otro día, que del gran caudillo
Desparecieron las ligeras huestes
Cual la visión de un sueño fugitivo.
En vano con sus haces numerosas
Quiere el soberbio dictador seguirlos:
Al llamamiento de la patria vuelan,
Son granadinos.

FIESTAS DE BOGOTA

PROLOGO

A todos nuestros lectores
Advertimos que este opúsculo
No es para hombres ilustrados,
Ni para nobles alumnos
Del dios Apolo, a quien suelen
Apellidar rubicundo;
Ni menos para los críticos
(Polilla que abunda mucho
Por desgracia en esta tierra);
Y juzgamos oportuno
Decir que nuestros romances
Son muy lánguidos, insulsos,
Sin colorido, sin plan,
Hechos en lenguaje inculto,
Toscos, ásperos, vulgares,
En fin, sin mérito alguno.
No obstante, los publicamos;
Pues si no hubiera mal gusto,
De calamaco no habría
Ni una fábrica en el mundo.
No siendo nuestros romances
Para hombres sabios ni cultos,
Para quién son? Solamente
Para viejas y palurdos,
Para los santafereños,
Y para los vagamundos.

I

PREPARATIVOS

Como los preparativos
Son próximos o remotos,
Es necesario explicarlos
En el orden cronológico.
Lo primero es anunciar,
Con enormes tipos góticos,
Que habrá fiestas nacionales
El veinte de julio próximo,
Y que el área de la plaza
Se rematará muy pronto.
Desde ese dichoso instante,
La turba de los ociosos,
Para hablar en los corrillos,
Encuentra un asunto próspero,
Y a la envidia y la calumnia
Se ofrece un campo muy cómodo.
Dice doña Basilisa
A su idolatrado esposo:
—Será preciso llevar
Las niñas a fiestas.—Cómo?
Si en la oficina no pagan,
Si no hay en la caja un óbolo,
Si hoy es jueves, y no tengo
Para el mercado, si todos
Mis acreedores me acosan,
Si de miseria me ahogo.
—Pero estas pobres muchachas
Trabajan como unos potros;
Y están encerradas siempre,
Y siempre tristes, y el bobo

De su padre no permite
Ni el más leve desahogo.
Caramba! si tiras tanto
De la cuerda, no respondo;
Pues las muchachas no son
Ni de magué, ni de corcho;
Y bien sabes que los médicos
Aseguran que los cólicos
Y el histérico de Rosa
Son un mal muy peligroso,
Que sólo con diversiones
Puede curarse. Ay, Antonio!
Y esta madre desgraciada
Es mártir de todos modos.
—No llores, por Dios, no grites,
Cálmate; yo no me opongo.
—Yo no quiero que por mí
Hagas sacrificios.—Poco
Será el gasto; vamos, hija,
No llores más, de los ojos
Vas a enfermar.—Ya no quiero
Ir a fiestas.—Yo estoy pronto
A hacer cuantos sacrificios
Me exijas.—Pues mira, Antonio,
Ya que te empeñas en ir,
Te daré un consejo: Próspero
Te servirá de fiador;
Toma en la caja de ahorros
Doscientos pesos.—No es fácil,
Yo buscaré de otro modo.
A fin de no destrozar
Los lazos de su consorcio,
Toma plata al tres por ciento,
El desventurado esposo;
Y por hacerle favor,
Se la da el señor don Proto;

Y exige fiador, y en fincas
Un lindísimo escritorio,
Postrer reliquia que guarda
De sus abuelos Antonio.

Describamos brevemente
Los preparativos próximos.
En el cuarto costurero
Están radiantes de gozo
Laura, Rosita y Matilde,
Que hoy se levantaron pronto
Contra su costumbre. Laura
Tiene un enorme envoltorio
De pelo enredado; y hace
Con él unos grandes globos.
—Por qué estás haciendo enredos,
Laura?—Porque aquellos otros
Están chicos, y muy malos.
Me tienes que hacer el moño.
—Bueno, pero tú me peinas
A mí.—Primero le pongo
Las varillas a este saco.
—Juana, busca el jabón, pronto.
—Niña, refriégame bien
Las espaldas y los hombros.
—Está el almuerzo en la mesa.
—Yo no almuerzo.—Yo tampoco.
—Ya me peinas?—Sí.—Qué falta
Hace un asientico cómodo
Para estos casos! Qué hiciera?
—Siéntate aquí en este poyo.
—No machuque esos enredos,
Váyase niño. Qué tonto!

—Mamá mandó que viniera
Por mi ropa.—Necio, bobo.
—Ay! qué modo de peinar!
—Qué delicada!—Pacomio
Llegó, y no encuentra el caballo
Limpio, y se pone furioso.
—Por supuesto, y no nos lleva,
Porque ya yo lo conozco.
—Has visto a Alfredo?—Lo vi
Ayer, está muy buen mozo.
—Pero anda muy mal vestido:
Se ha vuelto muy económico.
Juana, dame la pomada
Que está en el tocador roto.
—Como piensa seriamente....
Pobre Alfredo! es muy juicioso....
Hazme la trenza bien ancha.
—Todas las mujeres somos
Muy creídas, y después....
—No todos son como Próspero.
--Qué se hizo el asentador?
—Este ramo está muy tosco.
—La buscan a su merced
De casa de mi amo Polo.
—Quién?—Una criada.—Que entre.
—No vaya a ser algún cobro.
—Manda decir mi señora
Que cómo están aquí todos;
Y que tenga la bondad
De mandarle de esos polvos
De los dientes, y prestarle
La capa color de plomo,
Y unos guantes y una gorra,
Y el anillito de ópalo.

—Dile que hace cuatro días
Que se acabaron los polvos,
Y que la capa y la gorra,
Y el anillo me los pongo;
Y que le mando esos guantes,
A ver si le sirven.—¿Cómo
Te pegas tú los cachacos?
—Con babas: no hay otro modo
Mejor.—Mira, hazte a un ladito,
Porque voy a verme el moño
Con dos espejos.— Mamá,
Mire este niño qué tonto.
—Niñas, por Dios, no lo muelan,
Denle su ropita.—Bobo!
—Rosa, tú mandaste al chino
A la calle; y hallé el moro
Ahorcándose; no las llevo,
Lo juro por....—Ay! Pacomio,
No te pongas bravo, Juana
Lo limpia luégo.— De mocos
Está ensuciando este niño
Mi traje.—Jesús, qué estorbo!
—Gracias a Dios que ya estamos
Peinadas.—Está muy flojo
Este corsé. Tira más,
Tira con fuerza.... otro poco.
—Qué buenas están mis naguas!
Se paran solas.— Si el toro
Te embistiera, no tenías
Riesgo de....—Yo no me pongo
Sino seis pares de naguas,
Y mi crinolina.—A Próspero
Le choca la....— No me importa.
—Hablan tanto en los periódicos
Contra esta moda.— No creas,
Eso lo escriben los tontos.

—Yo no tengo crinolina.
Yo voy a decirte un modo....
(Rosa le dice un secreto
A Matilde, en cuyos ojos
Brilla una viva alegría).
—Y no me hará mucho estorbo?
—No, queda bueno.—Es muy tarde.
Sí, tardísimo, y Pacomio
Se fue y no parece.—Yo
Quisiera casarme pronto,
Para poder salir sola.
—De veras, eso es muy cómodo.
—Juana, espántate ese gato.
—Zape.—Qué niño tan tonto!
—Laura, Laura, no te asomes
Así.—Ya viene Pacomio.
—Niña, abróchame este traje.
—Imposible, son muy cortos
Mis brazos, para alcanzar
A tu cintura.—Pacomio,
Tú que eres bien grande, ven
A ver si alcanzas.—Tampoco.
—Que tire Rosa de un lado,
Y tú tirarás del otro.
—Caramba! ya casi sudo.
—Tiren, tiren otro poco.
—Laura, te vas a morir
Asfixiada.—No, está flojo.
—Dame la capa.—La gorra.
—Otro alfiler, Juana, pronto.
—Ya se me safó este ramo.
—Ponme un gancho aquí en el moño.
—Miren que ya son las doce.
—Dame ese frasco redondo
De pachulí.—Poquitico.

—Este pañuelo está roto.
Vámonos. – Sé me olvidaba
Un guante. – Yo con Pacomio,
Y ustedes dos adelante;
No se paren, anden pronto.

II

EL ENCIERRO

El ruido de mil cohetes,
De las campanas el eco,
Anuncian que ya se acerca
De los toros el encierro.
Llenos están los tablados,
Y están los balcones llenos
De muchachas, de matronas,
Y de apuestos caballeros;
Y las calles y la plaza
Ocupa un concurso inmenso;
Y hasta en tejados y torres
Buscan los muchachos puesto.
En cien anchurosas mesas,
Y de la plaza en el centro,
Se ven licores, y frutas,
Y magníficos refrescos.
—Para qué es aquel marrano
Que está allí?—Para cogerlo
Por la cola; el que lo tenga
Se lo llevará por premio.
—Ay! qué castaño tan lindo!
—Es mejor aquel overo.
—Miren, miren aquel rucio!
—Oh! qué animal tan soberbio!

—A mí me gusta un caballo
Como aquel moro, cenceño,
Y valonado, y chiquito.
—Debe de ser buen vaquero
El que lo monta.—Ese es
El mayordomo de Pedro.
—Miren aquel otro rucio;
Y miren qué lindo rejo.
—Ese tiene cien brazadas.
—No, doscientas por lo menos.
—Papá, quiero comprar dulces.
—Allí van los caramelos.
—Dispense usted, mi señora.
—No hay de qué, señor Guerrero.
—La casita de los guardas.
—Ambo.—La escalera.—Terno.
—Los tres ajises colgando.
—Va la bola!—Mira a Alejo
Qué majo está.—Una limosna
Para este su pobre ciego.
—Perdone por Dios.—Caramba!
Ve qué duraznos aquellos.
—Nunca ha habido tantas frutas
En Bogotá.—Esos dos cercos
Se están cayendo.—El Alcalde
Va a mandar a componerlos.
—Mira qué linda está Juana.
—Y qué camisón tan bello!
—Pero tiene crinolina.
—No tiene.—Sí tiene.—Apuesto
Mil pesos contra un cuartillo.
Es necesario estar ciego:
¿No ves que tiene diez varas
De diámetro por lo menos?
—Qué dengues los de Benilda!

Es una.... Bah! qué zopencos
Son los pepitos que buscan
Niñas a la moda.—Cierto.
—Es preferible una víbora.
—Y cien mil lobos hambrientos.

Mientras todos estos diálogos
Forman un confuso estruendo,
Por las calles principales
Vienen diez toros futeños;
Corre asustada la gente.
—Ya cruzan.—Ay! ay! qué buenos.
Toro, toro.—Qué muchachos!
Los atropellan.—Qué necios!
—Los de a caballo son muchos.
—Por lo menos hay quinientos.
—Qué quinientos! más de mil.
—Cuánto orejón, cuántos rejos!
—Qué sabrosa aquella polca
Que están tocando.—Telésforo!
Corra, corra que lo coge!
—Jesús! de susto estoy yerto!
—Ya se apartaron dos toros.
—Va a haber cien muertos lo menos.
—Ay! y por el otro lado
Va el toro negro.—Ya tengo
Saltadera.—San Antonio!
Ya se enredaron los rejos.
—Córtenlos pronto.—Los cogen.
—Le sacó las tripas.—Bueno!
—Hombre! con tántos cohetes
Me han taladrado los sesos.
—Miren, allá va Jacinto
Regando plata.—Al refresco
Se va el toro y no lo enlazan.
—Pobres botellas! murieron!

—Ya vienen los matachines...
—Uno vestido de cerdo.
—Y dos vestidos de chulos.
—Aquel del caballo renco
Es un indio?—No señor,
Ese es el doctor Robledo.
—Si siguen bebiendo así,
Los sacan a todos ebrios.

Dan las dos: todo el concurso
Retírase alegre, inquieto,
Para volver a las tres
A ver los toros futeños.

III

LOS TOROS

Llega la tarde; y si fue
Muy grande la concurrencia
Por la mañana, es ahora
Numerosísima, inmensa.
De muchachos bulliciosos
Coronada está la cerca;
Y desde allí a los tablados
Hay un muro de cabezas,
Que se bajan, y se alzan,
Y se agitan, y se aprietan,
Como las olas del mar
En un día de tormenta.
Nadie encuentra en los tablados
Un solo puesto, aunque ofrezca
Un fuerte; a cada momento
Aumenta la concurrencia;
Y hasta las calles vecinas
A la plaza están tan llenas,
Que se gasta media hora
En atravesar por ellas.

Admirable es el aspecto
Que los tablados presentan!
Hay tantas niñas bonitas,
Tantas joyas, tantas telas,
Que forman en derredor
Como una guirnalda inmensa,
En que brillan cuantas flores
Nuestro hermoso clima encierra.
Gasa, muaré, terciopelo,
Oro, y diamantes, y perlas,
Y rubíes, y topacios,
Y ricos chales, y esencias,
Capas, gorras.... qué sé yo:
Lo cierto es que todo es seda,
Y piedras preciosas, y oro.
—Y lanilla?—Algunas viejas.
—Y zaraza, y muselina?
—Ni una vara, ni una tercia.
—Y todas esas muchachas
Que ostentan tánta grandeza,
Son ricas?—Muchas son pobres.
—Y entonces, cómo....?—Imprudencia
Es hacer esas preguntas.
Continuemos con las fiestas.

Impaciente está el concurso,
Porque el alcalde no llega;
Y ya empieza a hacerse tarde,
Pues que son las tres y media.
No habrá despejo, pues, gracias
A la radical escuela,
No hay ejército. Mejor!
La plaza así estará llena
De muchachos, de mendigos,
Y el toro podrá hacer leña
Hiriendo o atropellando

Siquiera media docena,
A fin de que las sensibles
Señoritas se diviertan.

Que saquen el primer toro
Manda por fin la trompeta,
Y un instante en el concurso
Profundo silencio reina.
Sale el toro; y al estruendo
De gritos que el aire atruenan,
Y que se mezclan al són
De la música guerrera,
Detiénese amedrentado;
Brama, escarba, centellean
Sus ojos, tiemblan de rabia
Sus miembros, y fuego alienta.
Embiste al fin a un muñeco
Formado sobre una horqueta;
Vuelve a embestirle furioso
Y entre los cuernos lo enreda;
Y, bramando, y sacudiendo
La ancha cerviz, en la arena
Lo abandona, y al instante
Es de los muchachos presa.
Por la mitad de la plaza
Sigue su triunfal carrera
El toro; y ni un toreador
Hay que a llamarlo se atreva;
Luégo recorre furioso
La orilla de la barrera,
Sacudiendo algunas capas,
Y mil ruanas que allí cuelgan,
Y causando más trastorno
Que el huracán, que en la éra
En confuso torbellino
Arrastra la paja seca.

Con banderilla un torero
A los tablados se acerca;
Y los amables galanes
Le hacen lances con destreza,
Ocultándose ligeros
Detrás de sus dulcineas.
Hay por fin un papanatas
Que la banderilla acepta;
Sale el ágil toreador
Corriendo; al toro se acerca,
Y con silbos y con gritos
Lo llama, en la alzada diestra
Teniendo la banderilla,
Y una ruanita en la izquierda.
Párte el toro; el hombre saca
El cuerpo ágilmente; entierra
En mitad de la cerviz
La banderilla, y resuenan
Grandes aplausos; saltando
De gozo, al tablado llega
El toreador, y recibe
Un puñado de pesetas.

Del tumulto y alboroto,
Mientras que gritan las viejas,
Los jóvenes de ambos sexos
Diestramente se aprovechan:
Aquí un pepito declara
Su pasión; allá una seña
Le hace Delfina a Ramiro,
Allá dos manos se estrechan,
Más allá un cornabacete ...
Pero tente, tente, lengua;
Que no es bueno que las madres
Sepan estas menudencias.

En tiempo de los Virreyes,
Dice un anciano, las fiestas
Eran grandiosas, magníficas;
En el día ya no queda
Ni la sombra: todo es
Desorden horrible y gresca.
Tiene usted razón, responde
Con entusiasmo una vieja;
Esos eran otros tiempos,
Esto es todo una miseria.

«Que saquen el otro toro»,
Dice la ronca trompeta;
Y cien rejos por el aire
Vuelan, se cruzan, se enredan;
Pero ninguno a los cuernos
Del fiero toro se acerca;
Y con destemplados silbos
Los chinos la plaza atruenan.
Por fin un hombre mugroso,
Que monta una flaca yegua,
Y que en estribos de palo
Los desnudos pies sustenta,
Bota el rejo a gran distancia,
Y de entrambos cuernos deja
Enlazado el toro; aplaude
El concurso, y él la rienda
Vuelve, amarra y, desgarrando
Los ijares de la yegua,
Arrastra al robusto toro,
Y en el coso a entrar lo fuerza.

Hay entre los toros uno
Nacido en la Conejera;
Es alto como un castillo,
Negro cual de la tormenta

El ala, tiene los ojos
Ribeteados de candela;
Cubre su gruesa cerviz
Tupida y crespa melena;
Y cuatro largas verrugas
La espantable cara afean.
Sale a la plaza, y al punto
Queda del todo desierta;
Y los mismos toreadores
Se acogen a la barrera.
De repente, con garrocha
Un neivano se presenta;
Cruza a galope la plaza;
Al feroz toro se acerca:
El caballo se resiste
Y bufa; al sentir la espuela,
Da temblando algunos pasos;
El toro como una flecha
Párte; el ligero jinete
La aguda punta le entierra
En la cerviz; con el cuerno
Se encuentra el estribo, y suena;
Brama el toro, da un gran brinco;
Y el concurso palmotea.
—Quién es ese picador?
—Concertado de la hacienda
De Saldaña.—Es mucha lástima
Que un buen caballo no tenga.
—Qué irá a hacer aquel muchacho
Que se está poniendo espuelas?
—Cuál?—El que tiene pañuelo
Amarrado en la cabeza.
—Va a montar. Cogen el toro,
Amárranle la cinchera,
El muchacho se santigua,
Con ambas manos se aferra,

De un ligero salto monta,
Las piernas con fuerza aprieta;
El toro brama escarbando
Rabioso la ardiente arena;
Reina profundo silencio
En la ancha plaza, y lo sueltan!
—Piedad! piedad! Santo Dios!
—Que lo mata!—Que lo estrella!
—Jesús! Jesús! qué animal!
—Es un demonio!—Una fiera!
—En mi vida he visto un toro
Que brinque con tanta fuerza!
—Ya no brinca.—Ya está manso.
—Ya no siente las espuelas.
Por fin el diestro jinete
Dando un gran salto se apea;
Abre el canto de una ruana,
Y a los tablados se acerca.
Por qué pálidos y tristes,
Y derrotados se alejan
Los pepitos?—Porque están
Pelados como una pepa
De guama, y es necesario
Dejar a sus Dulcineas.
A pesar de esta derrota,
Llueven pesos y pesetas
Sobre el que sabe domar
Toros de la Conejera.
Dan las seis; abren el coso;
Y todos los toros sueltan;
Y el numeroso concurso
Lento y hastiado se aleja,
Para volver a la noche
Tras los juegos y las cenas.

IV

LA NOCHE

Si los sucesos que pasan
En las fiestas, de un sol claro
A la viva luz, se esconden
Al ojo más avisado,
Hora que la noche tiende
Sobre Bogotá su manto,
Cuántos misterios habrá
En esta plaza encerrados!
Mas por dicha, de la luna
Ya asoma el tranquilo carro,
Sobre la extendida plaza
Largas sombras dibujando;
Y numerosos faroles
De muy diferente rango
Alumbran escasamente
Los incómodos tablados.
Hay en ellos pocas damas:
Todas están paseando
De la plaza en derredor,
Apoyadas en el brazo
De los amables galanes,
Que ocasión han encontrado
De mostrar el sacro fuego,
Que largo tiempo ocultaron
En sus tiernos corazones.
Las niñas no son de mármol;
Y les responden así....
Claro está, con cierto agrado;
Mas con toda la prudencia
De un antiguo diplomático.
—Qué habrá esta noche?—Unos globos

De colores, fabricados
En el barrio de las Nieves,
Y toro encandelillado.
En un corro numeroso
Hay unos negros caucanos,
Que, al són de sabrosos tiples,
El bambuco están cantando
Con las coplas que improvisan.
Copiaremos tres o cuatro:

Los ojos mejores son,
Por más que todos se alaben,
Los que expresar mejor saben
Lo que siente el corazón.

Una muchacha encontré
Graciosísima, divina;
Pero luégo la dejé
Porque tiene crinolina.

Entre mujeres prefiero
Las niñas de Santafé:
Porque tienen un salero,
Y un garbo.... y un no sé qué....!

Qué diferentes ruidos!
El chirriar del pescado
Que se fríe en la sartén;
Los silbos de los muchachos;
De infinitas loterías
Los mil gritos destemplados;
El largo mugir del toro,
Porque le están amarrando
Los candiles; chuchas, tiples,
Panderos, alegres cantos;

El sonido de las copas,
Los cubiertos y los platos;
Los gritos de las guarichas
Que se insultan peleando;
Y el estruendo del concurso,
Semejante al són lejano
Del mar rabioso, o de un río
Con las lluvias desbordado.
—Globo, globo!—Qué bien sube!
—Ya se enredó en los tablados.
—Que se quema.—Se quemó!
—Oh! qué millón de muchachos!
—Cómo gritan! cómo corren!
—Se queman.—Jesús, qué bárbaros!
—Ya sueltan el otro globo.
Música.—Bueno!—Qué alto!
—Está como una estrellita.
—Ya las nubes lo ocultaron.
—El toro sale por fin.
—Pobre! va a morir asado.
—Jesús, cuántos toreadores.
–No embiste: ya lo embobaron.
—Aquí no hay nada qué ver;
Dejemos la plaza, y vamos
Allí a las casas de juego,
Para darles un vistazo.

En una casa contigua
A la plaza, están mezclados
Mil y mil juegos distintos
En que se disfraza el dado,
Y otros mil en que se roba
Con admirable descaro.

En ella se ve un concurso
Indescriptible, formado
De toda edad, todo sexo,
Toda condición y estado.
Al lado de un niño rubio
Está un enorme negrazo;
Junto a dos lindas doncellas
De alta alcurnia, dos borrachos,
Una vieja, dos mendigos,
Un pepito y tres soldados;
Allí con la inmunda frisa
Se rozan trajes de raso;
Y nagüitas de zaraza
Con.... —No digas eso, Fabio:
No es bueno decirlo todo,
Que el lector adivine algo.
—Oh! qué confusión, qué estruendo!
Parece el juicio! Escribamos
Algunas frases tomadas
De este Babel, de este oceano,
Donde se confunden clases,
Y condiciones y rangos.
—Sí, mi negro.—Sí, mi china.
—El morrión de Juan soldado.
—No lo dudes, te lo juro,
Será ardiente, eterno.—El cháfaro
Del calentano.—Se va
La bola.—Un amor sagrado.
—Sí, los hombres dicen eso
Y después....—Me apunto al cuatro.
—Esos son hombres vulgares.
—La fruta de chil colgando.
—Juro romperle la crisma.
—Alto, amigo, yo no aguanto
Roncas.—Salga aquí si es hombre.
—Los anteojos de Pilatos.

—Apúntese, caballero.
—Gracias, mil gracias, Medrano.
—A primera sangre.—A muerte.
—Mi padrino será Flavio.
—El chulo jalando tripa.
—Dame dos condores, Pacho.
—Otro bizcocho, Adelaida.
—El chirlobirlo en el árbol.
—Este será el chirlobirlo?
—No señor, ese es el sapo.
—Brandi.—Más vino.—Adiós Pepe.
—Otra copa de anisado.
—Celos yo? ni los conozco.
—Diez y ocho y seis, veinticuatro.
—Hola! señor don Felipe.
—Hombre, José, qué milagro!
—Los alféreces mañana
Son los antioqueños.—Malos.
—Y las niñas?—Están buenas.
—Fuéra de aquí! Qué muchachos!
—Por qué me botan mis chochos?
—Qué bueno está el monte dado!
—Por Dios, no rompan las copas.
—Arriba, arriba, cachacos!
—Blanqueó.—Coloreó.—Me apunto.
—Pintó por tres: treinta y cnatro.
—Está jugando de flor.
—Pague.—La bota chirriando.
—Qué roncas las que nos echa!
—Qué calor! estoy asado!
—El martillo taque taque.
—Infeliz! lo desbancaron!
—Ñongo.—Puertas.—Cero negro.
—Josefita, tome el brazo.
—Préstame unos ocho fuertes.
—Ya no tengo, estoy pelado.

—Caballero, una limosna
A su cojo.—Voto al chápiro!
—Reserva para la cena
Unos fuertes.—Abran paso.
—Hombre, con las crinolinas
Nos tienen aquí sitiados.
—Por tres y cuartillo libres
Se va la ficha.—Ande, blanco.
—Qué miseria!—Qué piojera!
—Todos son descamisados.
—Dejemos este barullo
Y a las otras casas vamos.

En una mesa forrada
De paño verde, sentados
Están un lindo pepito,
Que tendrá diez y siete años,
Un viejo blanco de canas
Muy corto de vista y calvo,
Y un militar bigotudo
Y de gesto avinagrado.
Hay como esta mesa muchas,
Y en cada una están jugando
Tres o cuatro hombres, y entre ellos
Hay pobres, hay millonarios,
Lindos, feos, viejos, mozos,
Grandes, chicos, gordos, flacos,
Nobles, plebeyos, pepitos,
Cornabacetes, letrados,
Altas notabilidades,
Comerciantes, democráticos,
Militares, congresistas,
Y médicos, y empleados,
Y autoridades, y músicos,
Y pintores, y artesanos,

Y hombres de todas naciones,
Y hombres de todos estados.
Oyese un rumor confuso,
Producido por cien diálogos
Que solamente comprenden
Los señores iniciados.
—Paso.—Juego.—Juego más.
—Robe.—Quiere oros?—Qué diablos!
—Usted da la carta.—Bueno!
—No se duerma.—Pase el plato.
—Más vale rey que....—Carambal
—Maldito sea el caballo!
—Oh qué polla la que pierdo!
—De eso no tengo.—Son bastos.
—Bravo!—Oremus.—Oh! qué bestia!
—Qué codillo!—Contrafallo.
—Qué calaverada entrar
Sólo con malilla y basto.
—Haga todas las podridas.
—Esta tal vez no la gano.
—Mándeme dar chocolate.
—Puesta.—Yo vuelvo arrastrando.
—Esta polla no se pierde
Aunque lo manden los diablos.
—Pero, hombre, es mucha torpeza:
Por qué no le pone el basto?
—No se me corra, mi viejo.
—Ambos nos fuimos al plato.
—Esa sí estuvo fregada.
—Una, dos, tres, diez morlacos.
—Imposible que se pierda:
Seis de espadas, rey, caballo,
Malilla, punto, una más,
Rey de copas, ensotado.
—Jugó.—Espadas.—Robe espadas.
—La chilló.—Jesús, qué escándalo!

—Se le mojan los papeles.
—Hombre, qué tal si me agacho!
—Maldita sea mi suerte!
—Oros.—¿Quiere oros?—Negado.

Se me olvidaba decir
Que a más de los tres sentados
Hay muchísimos mirones,
Que no hablan en estos diálogos,
Pero que comentan siempre
Al terminar cada mano,
Diciendo así, por ejemplo:
—Si larga al arrastre el basto
No la pierde de codillo.
—El sólo era condenado.
—El contrahombre jugó bien.
—Si le hubiera vuelto el cuatro....
—Hizo muy mal en chillarla.
—Siempre se va por debajo.

En un salón frío y húmedo,
Lúgubre, hediondo, ahumado,
De pie en torno de una mesa
Hay diez hombres agrupados.
Unos están encendidos
Como un tomate, otros pálidos,
Otros con sonrisa irónica
Muestran un gozo satánico;
Unos se tiran el pelo,
Otros se muerden los labios,
Otros.... En una palabra
Están al dado jugando.
Unos dicen: páro pinta;
Otros cincos.—Senas.—Paro;
Otros.—De a cómo la dice?
Otros.—Bueno.—Otros.—Barajo,

Pasando la mano abierta
Por encima de los dados.
—Cinco y sena.—Me voy dentro.
—Qué demonios!—Hasta el rabo.
—Arrastre.—Senas.—Maldito!
—Maldita suerte!—A mi traido.
Topo.—Pago.—Sena y as.
—Arre!—Va vuelta, y barajo.
Ay!—Páro seco mi resto.
—Topo su mute.—Qué diablos!
—Me voy de cují.—Se corre.
—Echeme el dulce.—Qué bárbaro!
—No me sancoche la sangre.
—Pago.—As y dos.—Qué mulato!
—No los amarre, rebulla.
—Dígala.—En senas.—Cambiado.
Su resto en parada.—Bien!
—Otra igual, a que la gano?
—Deme veinte pesos.—Gracias.
—No me la converse tánto.
—No la perderás.—Divino!
—Páro pinta y a mi tráido,
Que es caridad; y que tiene
Sangre en el....—Ay! fueron cuatros.

Dígame usted, y estos juegos
Tan fuertes no están vedados?
—Sí, pero son en oculto.
—Cómo en oculto! si entraron
Aquí las autoridades
Y....—Preciso es tolerarlos.
—Dónde iremos a cenar?
Donde la chata.—Bien, vamos.

———

Pudiera llamarse el toldo
De la chata aristocrático,
Porque todo es relativo
En este mundo. Son varios
Los estrechos aposentos
De este hotel improvisado.
Alcoba, una, sala, dos,
Tienda, tres, cocina, cuatro,
En la sala hay una mesa
Grande donde están cenando
Tres muchachas, dos pepitos,
Dos viejas y un colombiano.
Al compás de alegres chanzas
Y requiebros afectados,
Las muchachas comen pisco,
(No queremos decir pavo,
Por no despertar recuerdos
Que suelen ser muy amargos).
Los pepitos toman vino,
Chocolate el colombiano,
Y las dos viejas devoran
Sabroso y humeante ajiaco,
Item más, grandes tamales,
Pan y lomo atomatado.

En la alcoba hay tres mesitas;
En la una están sentados
Una muchacha muy bella,
Que viste camisón blanco
Y un sastre barbilampiño
Con sombrerito arriscado,
Linda bota de charol
Y ruana negra de paño;
Ella está muy ruborosa,
Y tiene los ojos bajos;
El alegre y decidor;

Y ella y él están cenando
Ensalada de lechuga,
Tierno pan y pollo asado;
Y con mucha pulcritud
Comen menudos bocados.

Hay en la segunda mesa
Dos fornidos democráticos,
Con ruanas de bayetón,
Botas y calzones blancos;
Y una mujer bizarrota
Con camisón encarnado.
Cenan rostro de cordero,
Papas con queso, ají bravo;
Y del dorado licor,
Hasta el borde rebosando,
La ancha timaneja tienen,
Que pasa de mano en mano.

Están en la última mesa
Un militar retirado
Y una vieja desdentada
Con nariz pico de yátaro.
Juegan tute con un naipe
Roto y mugriento, y al lado
Tienen en un charolito
Tres bizcochos, seis tabacos,
Dos copitas desiguales
Y remendadas, y un frasco
De mistela cuya tapa
Es un clavel colorado.

En un canapé sin forro
Hay tres jóvenes borrachos:
Uno duerme a pierna suelta;
Los otros con tono lánguido
Hablan a un tiempo de amores
Y negocios diplomáticos.

Perfeccionan y completan
Los dos precedentes cuadros
Dos perros flacos y hambrientos,
Un hermosísimo gato,
Y un muchachito en camisa,
Flaco, mocoso y tiznado.
  Antes de entrar a la tienda,
A la chata conozcamos:
Es una mujer rechoncha
Que tendrá unos cuarenta años,
Más colorada que un pisco,
Más gorda que un buey cebado,
Más brava que una serpiente,
Más fea que el mismo diablo.
Viste naguas de bayeta
Y camisa con bordados
Negros, y tiene los pies
Sin medias y con zapatos;
Lleva aderezo de perlas,
Y en la cintura un gran mazo
De llaves, que suenan más
Que cuarenta presidiarios.
Tiene la chata una hija
Joven, de notable garbo,
Y que atiende a todo el mundo
Con gentil desembarazo;
Y tres criadas tan mugrientas
Que causan horrible asco.
  Está la tienda atestada
De jamones, y estofados.
Y de lenguas, y pasteles,
Y de pollos, y de pavos,
Y de ricos encurtidos,
Y de sabroso pescado,
Y de mistela, y de chicha,
Y de vinos afamados;

Y en fin, de lo que pudiera
Saciar a mil Heliogábalos.
Cenan sobre el mostrador
De la tienda unos soldados;
Y en la puerta alegremente
Torbellino están tocando
Dos tiples, a los que ahogan
Con indecible entusiasmo,
Amén de tres alfandoques,
Dos panderos destemplados,
Una disforme tambora
Y diez cantores borrachos.
Al concluír advertiremos,
Porque es preciso ser francos,
Que nosotros (los autores)
También estamos cenando;
Y que si en estos romances
Hay versos cojos y malos
Es porque estamos así....
Ebrios no, sino chispados.

V

CONSECUENCIAS

Si las fiestas describiera
Un romántico alemán
O francés, invocaría,
Este canto al comenzar,
No de Helicón a las nueve,
Sino al mismo Satanás;
Pues sólo él, después de Dios,
A punto fijo sabrá
Las fecundas consecuencias
De las fiestas; y quizás
Cosas hay que el mismo diablo,

Con ser diablo ignorará.
Entre tántas consecuencias
Queremos enumerar
Unas pocas solamente:
Tienen un dolor fatal
De muelas dos mil personas,
Que quisieron aguantar
Sobre los soles de julio
Los páramos de San Juan;
Tres toreadores se encuentran
Heridos de gravedad;
Y otro bajo cruz de chusque
Descansa en el suelo (en paz);
Mil reputaciones menos,
Y cien mil calumnias más,
Han engendrado rencores,
Y venganzas y crueldad;
El consumo de los víveres
Hace su precio aumentar;
Mil niñas se enamoraron
De un pepito cada cual,
Y los pepitos no quieren
Sufrir el yugo nupcial;
El catálogo de deudas
Se aumentó en la cantidad
De doscientos mil quinientos
Nueve pesos y un real;
Hubo diez duelos a muerte,
Aunque a decir la verdad,
No murió ningún atleta,
Ni ninguno herido está;
Veinte casados han roto
El yugo matrimonial;
Hay setecientos tahures,
Y mil fumadores más;

La lista de los borrachos
Ha conseguido aumentar
Sus columnas con cien jóvenes
De familia principal;
Han perdido la inocencia
Tres mil niños, y algo más;
Se han vendido (este suceso
No se puede lamentar
Dignamente ni con lágrimas
De sangre, oh tenacidad!)
Se han vendido en ocho días,
Y en cuatro tiendas no más,
Veinte mil seiscientas quince
Crinolinas. Qué maldad!
Por culpa de las carreras
Se despechó un alazán,
Y un sastre se ha suicidado,
Y lo piensan imitar
Un pobre talabartero
Y tres artesanos más.
Hubo en materia de criadas,
O por mejor decir, hay
Mudanza de ministerio,
O bien crisis radical;
Según aseguran todos,
Muy pronto fusilarán
Al jugador que en las fiestas
Despachó a la eternidad
Al rebelde garitero
Que no le quiso pagar;
A medio millón y pico
Asciende la cantidad
Que han pescado los ladrones,
Y es preciso no olvidar
Que los hay de todo sexo
Y de toda calidad.

Antes de que expire agosto,
Diez nuevas quiebras habrá;
El coquetismo ha adquirido
Un descaro sin igual;
Muchos padres de familia
Se han vuelto locos de atar;
Y las madres.... Detengámonos!
Estamos cansados ya.
Como un rápido torrente
Que rabioso va a parar
A un abismo, y halla otro,
Y otro, y otro, y que jamás
Encuentra un ameno prado
Donde pueda descansar;
Así nosotros ponemos
Una consecuencia más;
Y se presenta otra al punto
Gravísima, capital,
Que terminar no nos deja
Aqueste romance en *a;*
Mas, de nuestra pobre pluma
Cortemos el vuelo audaz;
Porque no nos es posible
Por más tiempo prolongar
Estos, que si no son versos,
Son al menos la verdad.

1858.

LA LITERATURA HOMEOPÁTICA

En este afortunado siglo, tan justamente apellidado de las luces, se ha descubierto que el espíritu es nada y la materia todo; y que el tiempo es un tesoro inestimable, no por ser el corto plazo concedido al hombre para conquistar una felicidad eterna, sino porque *vale dinero.* Persuadidos de esta poética verdad los hombres, y hasta las mujeres de progreso que andan en zuecos y a trotecito, procuran hacerlo todo en el menor tiempo posible; y con los modernos descubrimientos no hacen sino compendiar todos los que nos legaron los pasados siglos;

Pues un ferrocarril si se calcula,
Viene a ser el compendio de una mula;
Y un billete de banco, bien mirado,
Es oro compendiado;
Y el cable submarino, según creo,
Es compendio abreviado del correo;
Y una niña coqueta y descarada
Es legión de demonios compendiada.

Es una mala vergüenza que cuando todo marcha a paso de vencedores, cediendo a la imperiosa voz con que lo aguija el espíritu de progreso, sólo la literatura permanezca estacionaria. ¿Quién puede tener tiempo y paciencia para leer la *Ilíada* traducida por don José Gómez Hermosilla? ¿Quién no se indigna al ver que Fenelón gasta una página entera de su *Telémaco* para decir que Calipso,

A pesar de ser mujer
Y a pesar de sus deslices,
Ne pouvait se consoler
De la partida de Ulises?
Asombra reflexionar
Que es necesario gastar

ochenta pesos de a ocho décimos y uno o dos años, cuando menos, para aprender en la *Historia Universal* de César Cantú

Este axioma tan sabido:
«El partido vencedor
Es siempre conservador,
Y liberal el vencido».

¿A qué se reducen los cuatro enormes tomos de la *Historia de Colombia*? A enseñarnos que

Bolívar tumbó a los godos,
Y desde ese infausto día
Por un tirano que había
Se hicieron tiranos todos.

Dicen que la novela de *Pablo y Virginia* es digna de admiración, principalmente por su incomparable sencillez; pero me parece que mucho más sencillo sería compendiarla así:

Dos niños juntos se criaron,
Porsupuesto se quisieron;
Mas luégo los separaron,
Y de dolor se murieron.

En virtud de lo dicho y de mil otras razones que pudiera añadir, yo, que deseo como el que más el progreso, la prosperidad, etc., de mi patria; yo, que he gastado los mejores años de mi vida en promover, etc., etc., quiero

Con mi claro talento
Levantarme a mí mismo un monumento,

fundando la literatura homeopática, que consiste en sacar la quinta esencia de todas las obras maestras, siendo de advertir que aun las más románticas y venenosas vienen a ser inofensivas por la extremada pequeñez de la dosis. Mis lectores no llevarán a mal que les presente un botiquín de bolsillo, que contiene

Varias de las sustancias más usadas
En el sistema antiguo, rotuladas:

CORINA

Osvaldo a Corina amó;
Pero tuvo la simpleza
De dar su mano a una inglesa
Y Corina se murió.

EL MORO EXPÓSITO

El de Mudarra y Kerima
Era un amor que da grima;
Pero como las mujeres
Tienen tántos pareceres,
Al tiempo del matrimonio
(Yo se la doy al demonio)
La niña se arrepintió,
Y por fin no se casó.

LA ODISEA

Hizo Ulises un gran viaje
Y padeció tánto afán
Como el que va en mal bagaje
De Bogotá a Popayán.

EL CONDE DE MONTECRISTO

Fue Dantés un majadero
Que, por quererse vengar,
Se privó de disfrutar
En calma de su dinero.

LOS MISTERIOS DE PARÍS

El zar goza de su imperio,
El conde de su condado,
Y el pobre vive *fregado*,
En lo cual no hallo misterio.

LA ILÍADA

Se robaron una niña,
Y como era linda joya,
Hubo furibunda riña,
Y ardió la ciudad de Troya.

LA ENEIDA

Eneas, quizá impelido
Por un destino fatal,
Dejó abandonada a Dido,
Y en mi concepto hizo mal.

COMPENDIO DE TODAS LAS ANACREÓNTICAS

Mientras el tiempo veloz
Nos roba, Juana, la dicha,
Dáme un cuartillo de chicha,
Papas chorreadas y arroz.

COMPENDIO DE TODAS LAS INVOCACIONES

¿Qué haré yo solo
Con mente obtusa?
¡Sálvame musa!
¡Sálvame Apolo!

COMPENDIO DE TODOS LOS PRÓLOGOS MODESTOS

En ocios rápidos
Hice estos versos,
Perdóna, oh público,
Los muchos yerros.

EXTRACTO DE UN SONETO DE LOPE DE VEGA

Soneto pide Violante,
Nunca me ví en tal aprieto;
Son los versos del soneto
Catorce y van tres delante.

No pensé hallar consonante,
Tengo uno y medio cuarteto;
Si llego al primer terceto
No habrá cosa que me espante.

Al primer terceto entrando
Voy, tal vez con pie derecho,
Pues que ya fin le voy dando.

Llegué al segundo y sospecho
Que ya lo estoy acabando:
Contad catorce, está hecho.

PRIMERA DILUCIÓN

Soneto, Violante,
¿Me pides? ¡Qué aprieto!
Ya van del soneto
Tres versos delante.

Hallé consonante,
Hay medio cuarteto;
Si llego al terceto
No habrá quien me espante.

Al terceto entrando
Voy con pie derecho,
Pues fin le voy dando.

Amiga, sospecho
Que estoy acabando:
¡Caramba! Está hecho.

Por medio de diluciones sucesivas puede lograrse que este soneto se componga de catorce versos monosílabos; lo cual, si no se consiguiera en castellano, podría obtenerse fácilmente en chino, que entre otras ventajas tiene la de que nadie lo entiende.

Muy probable es que mis amigos José María Quijano Otero, José María Vergara y Vergara y Ezequiel Uricoechea Ro-

dríguez, que son idólatras de lo pasado y que malgastan el tiempo en amontonar libros y papeles viejos, se opongan a mi patriótica empresa, por una razón igual a la que tienen los

Boticarios alópatas
Para hacerles la guerra a los homeópatas;

pero yo seguiré imperturbable en mi gloriosa tarea, y no muy tarde tendré la satisfacción de que mis benévolos lectores vean

Con asombro profundo
Los libros de Colombia y de Castilla
(Y tal vez los del mundo)
Extractados en una redondilla.

No quiero terminar este artículo sin hacer mención de otros dos descubrimientos aplicables al fin que me propongo: el primero es la fotografía microscópica, con cuyo auxilio pueden estamparse

Por medios ingeniosos,
Aunque sencillos,
En una cajetilla
De cigarrillos,
Las producciones
De Voltaire, el Tostado,
Samper y Lope.

Del otro descubrimiento, aunque muy antiguo, no se ha hecho todo el aprecio que merece: es el de los puntos suspensivos, que pudieran llamarse compendio de todo lo que no se sabe, o no se quiere, o no se puede decir.

¿Qué sería de la pobre humanidad si los románticos de la escuela empalagosa no hubieran encerrado en puntos suspensivos los innumerables pensamientos que rebosaban en su rica imaginación?

Las composiciones de estos señores deben compendiarse copiando el primer verso de cada una y representando todos los demás con renglones de puntos.

Mas, para qué, diré yo con el inmortal Rioja,

Mas, ¿para qué la mente se derrama
En buscar por doquier nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente.

Pues si escribiera todo lo que tengo pensado, resultaría la contradicción de emplear un volumen colosal en hacer patente la utilidad de la literatura microscópica. Concluyo, pues, compendiando en dos renglones de puntos suspensivos

Mis grandes y profundos pensamientos,
Mi vasta erudición y mis talentos.

....

....



SOFISMAS ANTICATOLICOS

VISTOS CON MICROSCOPIO

I

A medida que se perfecciona el anteojo se perfecciona la visión; luego el anteojo ve.

———

A medida que se perfeccionan los órganos del cuerpo se ejercen mejor las facultades del alma; luego la materia piensa, quiere, siente.

II

El carbonero no se puede explicar las manifestaciones de la ciencia de Humboldt; luego Humboldt no es sabio.

———

El incrédulo no se puede explicar las manifestaciones de la justicia de Dios; luego Dios no es justo.

III

Es evidente que el hombre no nació para vivir en el mar; luego no debe haber marineros.

Es evidente que el hombre no nació para vivir sepultado en las entrañas de la tierra; luego no debe haber mineros.

———

Es evidente que el hombre no nació para el celibato, para el aislamiento; luego no debe haber clérigos ni frailes.

IV

En un reloj maravilloso hay algunas ruedas desarregladas; luego el reloj se hizo sin relojero.

———

En el universo hay algunos desórdenes; luego el universo se hizo sin Dios. *

---

* El desorden moral y físico lo explica el catolicismo satisfactoriamente por medio del pecado original.

V

Yo no comprendo la esencia de la electricidad y de la luz, luego la electricidad y la luz no existen.

Yo no comprendo la esencia de los misterios católicos; luego no existen.

VI

Los ojos son el medio que Dios nos ha dado para ver; luego el telescopio es inútil, perjudicial.

La razón es el medio que Dios nos dio para conocer la verdad; luégo la fe es inútil, perjudicial.

VII

El testimonio humano es falible; yo sé la existencia de César por el testimonio humano; luego debo dudar de ella.

El testimonio humano es falible; yo sé la existencia de Cristo por el testimonio humano; luego debo dudar de ella.

VIII

Se ha abusado del pan, del fuego, del agua, de la libertad, de la filosofía; luego todas estas cosas son malas.

Se ha abusado de la religión; luego la religión es mala.

IX

Todos los perros son vivientes; luego todos los vivientes son perros.

Todo lo moral es útil, luego todo lo útil es moral.

X

A mí me gusta la leche, pero no la leche blanca.

A mí me gusta la obediencia, pero no la obediencia pasiva.

XI

Estos carneros son muy buenos, pero el rebaño que forman es malísimo

——

Los jesuítas, personalmente, son muy buenos; pero la Compañía de Jesús es malísima.

XII

Este reloj debe destruírse porque anda muy bien, y este otro porque no anda.

——

Los jesuítas deben suprimirse porque obedecen puntualmente, y los frailes de San X*** porque no obedecen.

XIII

Si embargo de que la mayor parte de las aves vuelan, las que vuelan no pueden ser aves.

——

Sin embargo de que la mayor parte de las repúblicas son católicas, *el que es católico no puede ser republicano.*

XIV

Yo no creo en la astronomía, pero sí en la astrología judiciaria.

——

Yo no creo en el catolicismo, pero sí en el espiritismo.

XV

Algunos dicen que un río debe pasarse en barca, y otros que a nado. Cuando llega el momento de pasarlo, los que dicen que debe pasarse en barca lo pasan en barca; y los que dicen que debe pasarse a nado lo pasan en barca. ¿Quién tendrá razón?

——

Los católicos dicen que su religión es verdadera, los espíritus fuertes que es falsa. En el momento de la muerte los

católicos piden sacramentos y hacen profesión de su fe; los espíritus fuertes piden sacramentos y abjuran de su filosofía. ¿Quién tendrá razón?

XVI

Juan Lanas dice que es hombre, pero niega que es varón. No puede ver el pan, pero se perece por las tortas.

Los espíritus fuertes encuentran muy natural, muy puesto en razón el respeto a los retratos de los hombres ilustres; pero les parece absurdo el culto de las imágenes.

Les gusta que se enseñe la moral por medio de la tribuna, pero llevan muy a mal que se predique el Evangelio.

Dicen que en nuestro siglo todo se hace, y debe hacerse, por medio de asociaciones; pero no quieren asociaciones religiosas.

Dicen que son católicos, apostólicos, pero no romanos.

Escriben contra el libre albedrío, y sancionan la libertad del pensamiento.

Creen que toda sociedad debe tener el derecho de expulsar a sus miembros cuando no llenan sus deberes; pero les parece inconcebible la excomunión.

Niegan que Dios interviene en las cosas de la tierra, e invocan a la Providencia en sus proclamas.

No quieren que se le rece a Dios, y escriben cantos al Sér Supremo.

No creen en la Eucaristía, y van a oír misa.

XVII

Pedro entabla con Juan el siguiente diálogo:

Pedro.—Esto que tengo en la mano es una manzana.

Juan.—¿Cuál manzana?

Pedro.—La manzana que cogí ayer.

Juan.—¿Para qué sirve?

Pedro.—Para comer.

Juan.—¿Para comer?

Pedro.—Sí, sí, para comer.

Juan dice que las palabras de Pedro deben interpretarse así: "Lo que tengo en la mano no es manzana, y no sirve para comer."

Jesús tomó el pan y el vino y les dió a sus discípulos diciendo: "Tomad y comed: *éste es mi cuerpo*, que será entregado por vosotros. Tomad y bebed: *ésta es mi sangre*, que será derramada por vosotros." En otra ocasión había dicho: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que come este pan vivirá eternamente; éste pan que yo doy es mi carne ..."

Los judíos dijeron: "¿Cómo puede este hombre darnos a comer su carne?"—Jesús respondió: "En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros; porque mi carne es *verdadera* comida y mi sangre *verdadera* bebida."

Los protestantes dicen que las palabras de Cristo deben interpretarse así: "*éste no es mi cuerpo; ésta no es mi sangre;* mi cuerpo no es *verdadera* comida; mi sangre no es *verdadera* bebida."

XVIII

Un hombre mató un perro, luego todos los hombres mataron a todos los perros.

Un papa persiguió al sabio Galileo; luego todos los papas persiguieron a todos los sabios. *

---

* "Galileo fue el primero que llevó la cuestión a aquel terreno (el religioso), manifestando en qué sentido debía entenderse la Biblia, y fundando en pasajes de los Santos Padres los teoremas que requerían una demostración basada en el cálculo y en la experiencia....

Del proceso aparece que la Iglesia prohibió sostener la inmovilidad del sol como tesis pero no como hipótesis, en atención a que si la demostración hubiera sido evidente, se hubiera convenido en explicar con arreglo a ésta los pasajes de la Escritura, al paso que no había necesidad mientras no pasara de ser una mera opinión.....

Galileo fue citado, pero no preso ni castigado corporalmente, sino sólo detenido en la habitación misma del Fiscal, en donde tuvo un cria-

XIX

Don Cándido dice que el arsénico es el mejor alimento, y el pan un veneno funestísimo; pero cree que al pueblo, a las mujeres, a los niños, es preciso darles pan; y alimenta con pan a su propio hijo.

Críspulo dice que la filosofía racionalista es la única verdadera, y que el catolicismo es retrógrado, fanático, absurdo; pero cree que al pueblo, a las mujeres, a los niños, es preciso enseñarles la religión católica; y le enseña el catolicismo a su propio hijo.

XX

Los gatos dicen: "No es justo que los pobres ratones habiten en cuevas oscuras y estrechas, privados de la luz del sol; mejor sería que vinieran a vivir, como nosotros, en medio de una familia cristiana, que satisface todas nuestras necesidades." ¿Quién puede dudar de la buena fe con que los gatos se interesan por los ratones?

Los enemigos del catolicismo, los que han perseguido al clero, los que han robado sus bienes, dicen: "Para que el clero se moralice, para que ocupe la alta posición que le corresponde en la sociedad, es necesario abolir el celibato eclesiástico."

¿Quién puede dudar de la buena fe con que los incrédulos se interesan por la prosperidad del clero?

---

do propio, proveyéndole de alimentos los de Nicolini, embajador de Florencia....

Galileo fue condenado a prisión por el tiempo que se quisiese; pero Urbano se la conmutó por relegación en el jardín Médicis de la Trinidad de los Montes....

En breve fue trasladado a Siena al palacio del Arzobispo muy amigo suyo, y apenas cesó la peste en Florencia, volvió a su casa de campo de Arcetri, inmortalizada con tantos trabajos, que sólo fueron interrumpidos cuando perdió la vista." (Cantu, "Historia Universal," tomo V, capítulo xxxvi)

XXI

Vespasiano tiene en su estudio el retrato de Ninon; y en un primoroso relicario una flor cogida en la tumba de Heloísa y Abelardo.

El mismo Vespasiano se admira de que yo tenga en mi cuarto el retrato de San Vicente de Paúl y un relicario que contiene el *lignum crucis.*

XXII

A Blas le parece sublime la rehabilitación de las Traviatas por medio del amor humano.

El mismo Blas califica de ridícula la rehabilitación de las Magdalenas por medio del amor divino.

XXIII

Los filántropos han inventado las penitenciarías para corregir y rehabilitar a los culpables por medio del aislamiento.

Los filántropos se indignan de que el hombre culpable se aísle voluntariamente en los conventos para corregirse y rehabilitarse.

XXIV

A esfuerzos de don Justo se sancionó la ley que autoriza las casas de juego.

A esfuerzos de don Justo se sancionó la ley que prohibe los conventos de monjas.

XXV

Juan Jacobo Rousseau se muestra en sus escritos tan filántropo como San Vicente de Paúl; pero entre estos dos personajes hay una pequeña diferencia: Rousseau botó sus hijos al hospicio; San Vicente fundó hospicios para recoger niños expósitos.

XXVI

La caridad cristiana y la filantropía serían iguales si no fuera porque la primera funda el amor de los hombres en el de Dios, y la segunda prescinde de éste; porque la caridad funda hospicios, hospitales, etc., y la filantropía los suprime para apropiarse sus rentas.

XXVII

Los *comunistas* católicos reparten sus propios bienes, entre los pobres; los comunistas filósofos quieren repartirse los ajenos.

XXVIII

Cuando un patán duda de la existencia de su cuerpo, o de la distinción del bién y el mál, o cuando afirma que hay efecto sin causa, se dice que está demente, que no tiene sentido común.

Cuando estas mismas cosas las escribe en un libro un espíritu fuerte, se llama filósofo.

XXIX

Juan Lanas opina que los muebles no son obra de los carpinteros sino de la carpintería.

Los ateos dicen que las obras naturales no son hechas por Dios sino por la naturaleza.

XXX

Los protestantes creen que todas las madres de los hombres ilustres o virtuosos deben mirarse con veneración, y que sus retratos deben conservarse con respeto. De esta regla exceptúan a una sola madre: ¡A la Madre del Hombre-Dios!

XXXI

Si queréis que un protestante os quede eternamente agradecido, regaladle un botón hallado en el campo de Waterloo, una firma de Bolívar, una hilacha del vestido de Washington;

pero no vayáis a ofrecerle una astilla de la cruz en que expiró Cristo, porque se creerá mortalmente ofendido.

XXXII

Juan Lanas conserva respetuosamente las cartas de su difunto padre; pero cree que lo ofende si hace lo mismo con sus retratos, y por eso los quema.

Los protestantes veneran la Biblia, y queman las imágenes.

XXXIII

Las madres que les prohiben a sus hijos los venenos desconfían de la ciencia: todo veneno tiene su contraveneno.

La Iglesia que prohibe los malos libros, desconfía de la Religión: un libro malo se contesta con uno bueno.

XXXIV

Pedro y Juan entablan el diálogo siguiente:

Pedro.—Prohibir los libros es una barbaridad increíble; si yo fuera papa aboliría este absurdo.

Juan.—Permítame usted que yo le de a su hija este libro obsceno.

Pedro.—¡Cómo se atreve usted a hacerme semejante propuesta!

Juan.—¿Es decir que usted también prohibe libros?

Pedro.—Como padre de una niña inocente, no puedo permitir que lea ese libro.

Juan.—¿Y quiere usted que el papa, que es padre de todos los niños inocentes, de todas las personas ignorantes, lo permita?

XXXV

El que rompe una buena espada para hacer un mal asador es un zopenco.

¿Cómo debería llamarse el que desbarata un buen templo para hacer un mal salón?

XXXVI

No hay hombre tan fatuo que se imagine saber la astronomía o el griego cuando no los ha estudiado.

Son muchos los que pretenden saber el catolicismo sin haberlo estudiado; y si le presentáis la más ardua de las cuestiones teológicas, la deciden al punto magistralmente.

XXXVII

Si alguno hablara del triángulo de cuatro lados, todo el mundo creería que se chanceaba o que estaba loco.

Mr. Renán (miembro de la Academia francesa) habla muy seriamente de *los bellos errores de Jesús*.

XXXVIII

Un babieca leyó en la historia de Colombia el pasaje de Ricaurte en "San Mateo"; y después de reflexionar largo tiempo, exclamó: "parece que en 'San Mateo' ocurrió algo que fue tenido por explosión."

Mr. Renán (célebre orientalista) leyó en el Evangelio el pasaje de la resurrección de Lázaro, y dice en su libro *La Vida de Jesús*: "Discurrimos que en Bethania ocurrió algo que fué tenido por resurrección." (Página 360).

XXXIX

—Te prohibí, hijo mio, que tocaras mi mesa de escribir, y con el cortaplumas has hecho pedazos la tabla.

—Sí, papá, pero la tabla no es la mesa.

—Y también le has roto una pata.

—Cierto, pero la pata no es la mesa.

—Usted, señor don Cándido, no es católico porque no cree en la eucaristía.

—Pero la eucaristía no es el catolicismo.

—Tampoco cree usted en la autoridad del papa.

—Cierto, pero la autoridad del papa no es el catolicismo.

XL

—¿Qué dice usted, señor don Cándido, de un maestro de escuela que solo enseña latín, en latín; que opina que el sol da vueltas alrededor de la tierra e ignora la existencia de América; que no ha adoptado las plumas de acero, y que azota sin piedad a sus discípulos?

—Digo que es un bárbaro.

—Pero tenga usted presente que vivió en una aldea en el siglo XIV.

—Entonces nada tengo que censurarle a ese pobre maestro; a los hombres no se les puede juzgar fuera de su época y de su país.

—Usted, señor don Cándido, que se precia de espíritu fuerte, no debe olvidar esa regla cuando quiera juzgar los hechos de la historia eclesiástica en los siglos pasados.

XLI

Dicen que el señor de H.... es un profundo matemático, y eso no es cierto, porque ha compuesto unos malos versos.

Dicen que el papa es infalible cuando decide en materia de dogma o de moral, y eso no es cierto, porque se ha equivocado en otras materias.

XLII

Los que no creen el credo al derecho tienen que creerlo al revés; por huír de los misterios caen en absurdos; así es que si, por ejemplo, no admiten un Dios creador, tienen que admitir la Nada creadora, si no confiesan el pecado original, tienen que creer que Dios es el autor del mal.

XLIII

Un catedrático de álgebra y un juez cambiaron sus destinos; el catedrático, cuando le presentaban testigos para comprobar algún delito, decía: "Yo no admito esa prueba, demos-

radme el hecho por medio de una ecuación." El juez, por su parte, cuando sus alumnos trataban de despejar una incógnita, les decía: "Todo eso no vale nada: buscad más bien tres testigos contestes."

Los que le exigen a la Religión un género de pruebas que no le pertenece, proceden tan lógicamente, como el algebrista y el juez.

XLIV

El mentir de las estrellas
Es un seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo a ellas.

El que escribió esta copla era un despreocupado en materia de astronomía; y por cierto que para hacerla no necesitó mucha ciencia ni gran talento. Para responderla sería preciso manifestar la exactitud de los cálculos astronómicos, lo cual supone diez años de estudio y escribir un grueso volumen.

Un despreocupado en materia de religión escribe: *San Pedro no estuvo en Roma*; lo cual no requiere mucha ciencia ni gran talento. Para responder a estas seis palabras se necesita hacer serios estudios y escribir un volumen; y esto consiste en que hacer objeciones contra una ciencia es la cosa más fácil del mundo, y responderlas muy difícil.

XLV

El señor de Rocafuerte, famoso volteriano, cuando encuentra tres velas encendidas dice: "Hay quien opine que esto es de mal agüero; y aunque yo estoy muy lejos de creerlo, apaguemos una, que nada se pierde."

Cuando hay trece centavos a la mesa, el mismo señor se levanta y dice: "Aunque yo no creo en agüeros, mejor es aguardarme a la segunda mesa; nada se pierde."

El género humano dice que hay infierno; ¿No fuera bueno que el señor de Rocafuerte procurara evitar caer en él? Nada se pierde.

XLVI

Los alquimistas antiguos buscaban la piedra filosofal para hacer oro.

Los químicos modernos buscan el flúido con que se hacen dioses, almas, conciencias, etc.; y conozco a un modesto joven, que empezó sus estudios químicos hace quince días, que ya ha descubierto que en caso de que Dios exista, no puede ser sino un fosfato de cal.

XLVII

La dieta en los enfermos es contraria a la naturaleza: Dios hizo todos los manjares para que gozáramos de ellos.

La mortificación cristiana es contraria a la naturaleza: Dios hizo todos los placeres para que disfrutáramos de ellos.

XLVIII

— ¿Con que usted es partidario de la disolubilidad del matrimonio?

¡Sin duda! Y si logro ir al congreso quedará establecida.

—Si la madre de usted fuera arrojada del hogar doméstico, y otra mujer fuera a ocupar su puesto, ¿qué haría usted?

—No sé lo que haría. Hay desgracias tan horribles que no puede uno ni imaginárselas.

—Lo que usted no quiere ni imaginarlo para su madre y para sí, no debe quererlo para ninguna madre ni para ningún hijo.

—Es que la cuestión en abstracto......

—Estas cuestiones no deben estudiarse en teoría, deben traerse al terreno de la práctica.

XLIX

—¿Es usted profesor de aritmética moral?

—Servidor de usted.

—Quería hacerle a usted una consulta.

—Hágala usted sin empacho.

—Ayer blasfemé de Dios para que me alabaran algunos libertinos, lo cual me produjo un placer así.... tal cual; pero, hoy he sentido cierto escozor en la conciencia.... Quisiera saber si mi acción es buena o mala.

—¡Hombre de Dios! eso es más claro que la luz del sol. El minuendo es el placer, el sustraendo el escozor; haga usted la resta.

L

—¿Cuántas dice usted que son dos y dos?

—Claro está: son cuatro.

—Yo digo que son seis.

—Es un disparate.

—¿Cómo se atreve usted a contradecirme siendo partidario de la *tolerancia absoluta*?

—La tolerancia no consiste en aceptar el error sino en respetar al que lo profesa.

—Y si alguno tuviera el error de intentar seducir a una de las hijas de usted, ¿qué haría?

—Le rompería la crisma.

—¿Y el respeto a las personas?

—Ese respeto debe tenerse solamente cuando sus errores son inofensivos.

—Ya veo que la tolerancia de usted no es tan *absoluta* como yo creía.

LI

—Yo me glorío de haber contribuído a conceder la libertad del pensamiento.

—Pues se gloría usted de una pamplina, porque la libertad del pensamiento no puede prohibirla nadie.

—La libertad del pensamiento quiere decir: libertad de la palabra.

—Entonces hicieron ustedes mal en cambiarle el nombre. Permítame usted que le haga esta pregunta: ¿Si un insolente

calumnia e insulta pública y cruelmente a la esposa de usted, ¿qué hará?

—Le daré un pistoletazo.

—¡Un pistoletazo por una acción tan inocente!

—Esa no es una acción inocente: es una villanía, una fnfamia.

—Si la acción es tan culpable, mejor sería que la castigara un juez imparcial, y no usted, que es partidario de la abolición de la pena de muerte, imponiendo un castigo que considera excesivo aun para el incendiario, aun para el parricida.

LII

Los comunistas que dicen: "La propiedad es un robo," deberían haber añadido: "La humildad es una soberbia, la largueza, una avaricia, la castidad, una lujuria."

LIII

—Yo creo que cuando un reo está sinceramente arrepentido de su delito, y procura repararlo haciendo buenas acciones, debe rebajársele una parte de la pena que se le ha impuesto.

—Me alegro mucho de que usted, a pesar de ser espíritu fuerte, esté de acuerdo con la Iglesia católica en el dogma de las indulgencias.

LIV

—He escrito un largo tratado de filosofía en que demuestro que Dios es el bien, la verdad, la justicia: que él es el Gran Todo, del que emanan todos los seres, y en el cual irán a refundirse un día.

—¡Mire usted qué casualidad! lo mismo dice el Padre Astete, salvo lo de la emanación y refundición; óigalo usted: "Dios es infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo, principio y fin de todas las cosas."

LV

Yo no soy católico porque me repugna la adoración de los santos y de sus imágenes; creo que solamente deberían mirarse estas últimas con respeto en calidad de retratos.

—Lo mismo opina el Padre Astete, cuando dice hablando de la Virgen:—"*Pregunta.* ¿Y la que está en el altar quién es? —*Respuesta.* Es una *imagen y semejanza* de la que está en el cielo.—*Pregunta.* ¿Para qué está allí?—*Respuesta.* Para que por ella nos *acordemos* de la que está en el cielo, *y por ser su imagen le hagamos reverencia.*"

Y el catecismo de Therou, adoptado como texto en casi todos nuestros colegios, dice:—"*Pregunta.* Es lícito el culto que damos a los santos?—*Respuesta.* Si, señor; la Iglesia lo tiene aprobado, y este culto no se confunde con la *adoración* absoluta que damos a Dios por su suprema excelencia, sino que con él *veneramos* a los santos tan sólo como a siervos fieles y amigos queridos de Dios; verificándose así que todo culto se refiere, finalmente, a Dios.—*Pregunta.* ¿Qué es lo que pedimos a los santos?—*Respuesta.* No les pedimos que nos concedan las gracias, sino que, uniendo sus ruegos a los nuestros, las pidan a Dios para nosotros, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo."

Ya ve usted, amigo mío, que no tiene razón para dejar de ser católico.

—Pero el culto de las imágenes da origen a abusos.

—Si todas las instituciones útiles debieran suprimirse porque se abusa de ellas, no quedaría ninguna en pie sobre la tierra.

Si usted quiere reformar los abusos, ayúdenos a enseñar la doctrina cristiana.

LVI

—Yo creo que el catolicismo se empeña en matar la sensibilidad, y por consiguiente todo estímulo: para algo nos ha dado Dios los sentidos.

—Es muy honroso para el Padre Astete haber adivinado el pensamiento de usted; abra usted el Catecismo y encontrará lo siguiente:

"*Pregunta.* ¿Y los sentidos de ver, oír, oler, gustar y palpar para qué nos los dió?—*Respuesta.* Para que nos sirviéramos de ellos como de instrumentos de conservación y de trato en-

tre los hombres; y para que, disfrutando por este medio de los bienes temporales, bendijésemos al Dios misericordioso que nos los concede."

LVII

—Yo no soy católico porque aborrezco a los fanáticos.

—¿Qué entiende usted por fanático?

—Fanático .... De pronto no es fácil dar una definición.

—Pues bien, abramos el Diccionario de la Academia Española. Dice así:

"Fanatico. El que defiende con tenacidad y furor opiniones erradas en materia de religión."

—¿Está usted seguro de que el catolicismo defiende opiniones erradas?

—Debo confesar a usted que no he hecho estudios profundos en la materia; pero los católicos emplean la violencia y....

—Sepa usted que no existe en este siglo un país no católico perseguido por los católicos, y sí muchos países católicos oprimidos por los anticatólicos. Ahí tiene usted la Irlanda, tiranizada por los protestantes durante tres siglos, y que hasta poco há empezó a recobrar sus libertades, y la Polonia, que agoniza en las garras de la Rusia. Los católicos han sido perseguidos, en este siglo de las luces y de la libertad, en Suiza, en Francia, en Italia, en España, en Alemania y en casi todas las repúblicas hispano-americanas.

Viniendo ahora a Colombia, no puede usted presentarme una sola persecución de los católicos a los no católicos; y usted ha sido testigo de todas las violencias que los católicos hemos sufrido.

Usted, que es tan enemigo del fanatismo, debe hacerse partidario de la única religión que en nuestro siglo *es perseguida en todas partes, y perseguidora en ninguna.*

LVIII

—Es necesario establecer la soberanía absoluta de la mujer.

—¿Cómo entiende usted esa soberanía?

—Es claro: las mujeres deben tener los mismos derechos que el hombre.

—Si se les conceden los mismos derechos, justo es que se les impongan los mismos deberes.

—Por supuesto.

—¿Permitirá usted que su hija Margarita, que es joven y linda, vaya al cuartel a formar parte de la guardia nacional?

—¡Imposible!

—¿Permitirá usted que su esposa, cuando esté en cinta, vaya con Margarita a tomar parte en unas elecciones borrascosas o a mandar un batallón si la nombran coronela, cuando la Patria esté en peligro?

—¡Qué disparate!

—Entonces se opone usted a que su esposa y su hija ejerzan el más importante de sus derechos, y cumplan el más sagrado de sus deberes.

LIX

El hombre no es dueño de los miembros de su cuerpo; luego el cirujano no puede cortar una pierna gangrenada.

El hombre no es dueño de su vida; luego el gobierno no le puede imponer a pena de muerte a un asesino.

LX

El puchero tiene la ventaja de que, por su variedad, puede contentar los gustos más opuestos.

El eclecticismo moderno es un puchero intelectual, donde hasta los materialistas encuentran muy buenas tajadas

LXI

A fin de que las penas se dulcifiquen más y más, estoy escribiendo un poema que se titula: "Angustias y dolores de los criminales."

—¡Ojalá escribiera usted otro poema para pintar *las angustias y los dolores de sus víctimas*.

LXII

—El clero español ha sido siempre ignorante y retrógrado.

—Sin embargo de que respeto mucho la opinión de usted, me atrevo a hacerle notar que la mayor parte de los literatos españoles han sido clérigos.

—¿Puede usted citarme algunos?

—Le citaré a usted los que recuerdo de pronto: Fray Luis de León, Rioja, Bartolomé de Argensola, Valbuena, Góngora, San Juan de la Cruz, Malon de Chaide, Sigüenza, Ojeda, Jáuregui, Villaviciosa, Céspedes, Torres Naharro, Tirso de Molina, Moreto, Guevara, Gracián, Fray Luis de Granada, Estella, Zárate, Márquez, Nieremberg, Ocampo, Morales, Mariana, Solís, Yepes, Lope de Vega, Pedro Calderón de la Barca, Lista, Gallego, Balmes....

LXIII

Hay dos métodos, que llamaremos A y B, para resolver un problema de aritmética: un millón de personas emplean el método A, y sacan un millón de resultados difererentes; otro millón de personas emplean el método B, y hallan todas el mismo resultado. ¿Cuál de los dos métodos será el verdadero?

Los católicos y los protestantes buscan la verdad religiosa por distinto medio: los protestantes tienen tantas doctrinas distintas como individuos hay en sus innumerables sectas; todos los católicos que han existido, desde hace mil ochocientos años, han tenido siempre la misma doctrina.

¿Cuál de las dos religiones será verdadera?

LXIV

El señor Z.... se muestra enemigo del catolicismo y educa a su familia en la religión católica. Uno de sus hijos pudiera hacerle esta pregunta: "¿El catolicismo es verdadero o falso?" Si responde que es verdadero, el hijo replicará: "¿Entonces por qué no es usted católico?" Si responde que es falso, le dirá: "¿Por qué permite usted que nos enseñen el error?"

LXV

Mis testigos tienen un vivo interés en negar un hecho, y sin embargo todos lo confiesan unánimemente. ¿Será verdadero o falso?

Todos los hombres tienen uu vivo interés en negar el infierno, porque es el dogma que les inspira más temor, porque es el más contrario a sus pasiones! y sin embargo, este es uno de los dogmas más universales. Lo confiesan los católicos, los griegos cismáticos, los protestantes, los mahometanos, los idólatras; en fin, es un dogma que pertenece a todas las religiones antiguas y modernas. ¿Será verdadero o falso?

LXVI

¿Son posibles los milagros?

"Esta cuestión, tratada seriamente, sería impía si no fuese absurda; castigar al que lo resolviese negativamente sería hacerle mucho honor; bastaría encerrarle. ¿Quién ha negado jamás que puede Dios hacer milagros? Sería preciso ser hebreo para preguntar si podría Dios preparar mesas en el desierto".

—¿Qué le parece a usted esta respuesta?

—Un poco intolerante.

—Pues no es mía sino de Juan Jacobo Rousseau en sus *Cartas de la Montaña*, edición de 1793, tomo XIII, página 104.

LXVII

Un protestante español me dijo el otro día:

—Cómpreme usted esta edición del Quijote; tiene la ventaja de tener nemerosas notas.

—El Quijote es perfectamente claro y no necesita de notas.

—Todos los libros antiguos van haciéndose oscuros a medida que cambian el lenguaje y las costumbres; y en prueba de ello abramos la primera página del libro, y verá usted cómo en las diez primeras líneas del libro hay otras tantas pala-

bras desconocidas para el común de los lectores, y que por consiguiente necesitan notas:

"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho que vivía un hidalgo de los de lanza en *astillero*, *adarga* antigua, *rocín* flaco y *galgo* corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, *salpicón* las más noches, *duelos y quebrantos* los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluían *sayo de velarte, calzas de velludo* para las fiestas con sus *pantuflos* de lo mismo; y los días de entre semana se honraba con su *vellorí* de lo más fino.

Ya ve usted que para un lector colombiano que sea iliterato, hay todas estas palabras que le son desconocidas: *astillero, adarga, rocín, galgo, salpicón, sayo de velarte, calzas de velludo, pantuflos, vellorí*; y habrá tal vez lectores cultos que ignoren lo que es *duelos y quebrantos.*

—Me ha persuadido usted; pero me ocurre una observación. Si el Quijote escrito en nuestra propia lengua, y cuya antigüedad no alcanza a tres siglos, se ha hecho ya oscuro en muchos pasajes y necesita numerosas notas, ¿cómo es posible que ustedes los protestantes pretendan que la Biblia no las necesita, siendo un conjunto de libros, escritos hace miles de años por distintos autores, y traducidos de lenguas muertas, que nos son sumamente extrañas?

LXVIII

FUERA DE LA IGLESIA NADIE PUEDE SALVARSE. ¡Con que el indio bravo que practica los deberes que conoce, se condena solamente porque no hubo quien le anunciara a Cristo! ¡Esto me parece injusto, abominable!

—La Iglesia católica opina lo mismo que ested, sin renunciar por eso a su dogma fundamental. Abra usted el tomo II de los *Estudios filosóficos* de Augusto Nicolás en la página 328, y encontrará usted lo siguiente:

"¿Niega la Iglesía la salvación a los cismáticos, a los here-

jes, a los paganos, y aun a los idólatras, que hallándose en una ignorancia invencible de la ley evangélica, han practicado todo el bien que conocieron y mueren en estado de justicia natural? Nó."

"¿Hubo alguna vez sobre esta cuestión duda o contrariedad entre sus teólogos? Nó."

Y si usted se toma la pena de leer el admirable capítulo en que Nicolás trata este asunto, se persuadirá de que el dogma: "Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse," bien entendido, es perfectamente justo, profundamente filosófico. Allí verá usted cuáles son los medios que Dios ha puesto al alcance de todos, aun de los indios bravos, para entrar en el seno de la Iglesia, *fuera de la cual no hay salvación.*

LXIX

Los misioneros protestantes, dotados con muy buen sueldo, van con su linda esposa y sus hermoso perro de Terranova a vivir en una cómoda casa, situada en la calle principal de una ciudad católica, para convertir a los salvajes que viven en ella.

Los misioneros católicos, sin sueldo, pobres, célibes, abandonan su familia y su Patria para arrostrar el martirio en la China, en el Japón, entre las tribus salvajes del Africa, de la America, de la Oceanía.

LXX

—No hay derecho de imponer la pena de muerte.

—¿Por qué razón?

—Porque Dios dice en la Biblia: *No matarás:*

—Cuando usted me cita la Biblia, será porque cree en su autoridad.

—Indudablemente.

—Pues bien, abrámosla. En el Capítulo XX del Exodo, versículo 13, dice: No matarás. Vueva usted la hoja y lea los versículos 12, 14, 16, 17 del capítulo siguiente. ¿Qué dicen?

—Impone Dios en ellos la pena de muerte por diferentes delitos.

—Yá ve usted que al promulgar el quinto mandamiento no quiso Dios quitarle a la autoridad legítima el derecho de imponer la pena capital.

LXXI

—Yo soy enemigo de Santo Domingo porque fue el fundador de la Inquisición.

—¿Dónde ha estudiado usted ese hecho?

—En ninguna parte, pero....

—¿Quiere usted que consultemos a Cantú?

—Sí.

—En el tomo IV de la *Historia Universal*, página 60, dice: "Inquisición: Al escribir este nombre, que excita en la imaginación el recuerco de una grande iniquidad, que se quiso presentar como padrón de ignominia para la Iglesia, apresurémonos a declarar que NINGUNA PARTE TUVO EN ELLA SANTO DOMINGO; que su ánimo fue fundar una Orden no para imponer la fe, sino para asegurar su libertad; y pasemos a tratar este deplorable punto."

Y ya que hablamos de Inquisición, oiga usted otro párrafo de Cantú:

"Este es el origen del tribunal de la Inquisición, el cual (a nadie cause esto maravilla) puede considerarse como adelanto, pues que reemplazaba a los estragos precedentes y a los tribunales que carecían de derecho de gracia y que se atenían estrictamente a la ley, como sucedió con los establecidos en virtud de los decretos imperiales. El que nos ocupa amonestaba dos veces antes de proceder; sólo reduciá a prisión a los obstinados y a los reincidentes; y aceptaba el arrepentimiento, contentándose muchas veces con castigos morales, con lo que salvó a muchisimos que hubieron sido condenados por los tribunales seculares. Por eso los templarios, al tiempo de su famoso proceso, pedían con vivas instancias que se les sometiese a la Inquisición." (Página 66).

También es digno de notarse el siguiente pasaje de *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, por Balmes:

"Es cosa verdaderamente singular lo que se ha visto en la Inquisición de Roma, de que no haya llegado jamás a la ejecución de una pena capital, a pesar de que durante este tiempo han ocupado la silla apostólica papas rígidos, muy severos en lo tocante a la administración civil. En todos los puntos de Europa se encuentran levantados cadalsos por asuntos de religión; en todas partes se presencian escenas que angustian el alma; y Roma es una excepción de esa regla general; Roma que se nos ha querido pintar como un monstruo de intolerancia y de crueldad. Verdad es que los papas no han predicado contra los protestantes y los filósofos la tolerancia universal, pero los hechos están diciendo lo que va de unos a otros; los papas con un tribunal de intolerancia no derraman una gota de sangre, y los protestantes y los filósofos la hicieron verter a torrentes. ¿Qué les importa a las víctimas el oír que sus verdugos proclaman la tolerancia? Esto es acibarar la pena con el sarcasmo," (Tomo I, página 51).

LXXII

Entre los folletos que reparten en Bogotá los ministros protestantes para descatolizar al pueblo, hay uno que se titula *Cartas de Kirwan al Obispo de Nueva York*. Daremos algunas muestras de su peregrina lógica:

"He aquí algunos suplicando a San Pedro, a San Pablo, a San Juan; iguales pinturas cuelgan en diez mil iglesias por todo el mundo, y en todas ellas hay personas que ruegan a los mismos. ¿Pueden estos buenos santos oír en un solo lugar, o en todas partes? Si pueden oír en todas partes, están en todas partes; si están en todas partes son Dioses: de este modo tenemos tantos dioses como santos. Pero si sólo oyen en un solo lugar, ¡entonces de los diez mil, nueve mil novecientos noventa y nueve ruegan a unos santos que no los oyen!"—(*Cartas de Kirwan*, página 18).

Diez mil personas se calientan al sol en otras tantas ciudades. ¿El sol calienta en un solo lugar o en todas partes? Si el

sol calienta en todas partes, está en todas partes; si está en todas partes es Dios. Pero si está en un solo lugar, ¡entonces de las diez mil personas nueve mil novecientas noventa y nueve no se calientan!

El bueno del señor Kirwan ignora que los católicos no les piden a las imágenes sino a los originales; y que estos no están en un lugar de la tierra ni en todos, sino en el cielo, desde donde en virtud del poder que Dios les concede, conocen las súplicas de los que solicitan su intercesión.

LXXIII

El Cabildo de H*** dispuso que el mercado tuviera lugar los jueves; y un patán preguntaba con admiración: ¿en qué consiste que los jueves sí puedo hacer mercado y los lunes no?

El señor Kirwan dice: "se me enseñó desde mi juventud a abstenerme de toda carne en los viernes y sábados. Nunca se me dijo por qué en estos días sí, y en los demás nó.... Esto me hizo preguntar: ¿esto es razonable? Si puedo comer carne en jueves, por qué no en viernes? ¿Puede Dios, en cosas de esta especie, hacer que una cosa sea pecado una vez y no lo sea otra?"

El señor Kirwan no ha reparado que hay cosas como la calumnia que son intrínsecamente malas, y otras que lo son porque están prohibidas, y que dejan de serlo desde el momento en que cesa la prohibición. La Iglesia ha señalado ciertos días para que los fieles cumplan el precepto de la mortificación, y para que imiten a Cristo que ayunó cuarenta días en el desierto. ¿Pudiera el señor Kirwan decirme por qué a los protestantes les es prohibido el trabajo del domingo y no el del lunes o martes? ¿Si puede trabajar el lunes, por qué no el domingo?

LXXIV

Un indio bravo entró por casualidad a la Cámara de Representantes durante una sesión, y se preguntaba a sí mismo:

¿qué significa todo esto? ¿Por qué están todos en sillas coloradas? ¿Por qué está uno allá arriba debajo de una casita? ¿Por qué toca campana? ¿Por qué hay uno que lee lo que yo no entiendo? ¿Por que se alborotan los que están encaramados en aquellos balcones?

Oigamos al señor Kirwan:

"Algún librito o tratado que no recuerdo, me movió a investigar alguna cosa tocante a la misa. Me pregunté: ¿Qué significa? No podía decirlo, aunque había asistido a ella regularmente por años. ¿Por qué se viste el sacerdote de este modo? ¿Qué libro está leyendo, llevado ya a su derecha, ya a su izquierda? ¿Qué quieren decir aquellas velas en la claridad del día? ¿Por qué se reza en latín que no entiendo? ¿No debo saber lo que digo cuando me dirijo a mi Creador? ¿Por qué me arrodillo y me doy golpes de pecho cuando suena la campanilla? ¿Qué significa todo ello? La oscuridad del Egipto estaba con estas preguntas. Yo raciocinaba conmigo mismo de este modo: Dios es un sér espiritual e inteligente, y requiere una adoración entendida, y yo IGNORO LO QUE LE DOY EN LA MISA." (Página 36).

Es increíble que el señor Kirwan, que dice haber sido católico por largo tiempo, ignore lo que sabe cualquier niño cristiano medianamente instruído; que no sepa lo que se ofrece en el sacrificio de la misa, que es lo indispensable para asistir a ella. Con razón que abandonara el catolicismo.

Si se hubiera tomado el trabajo de leer uno de los innumerables devocionarios que sirven para oír misa, habría encontrado traducidas a su lengua las oraciones de ésta y explicadas sus ceremonias; y habría salido de la oscuridad del Egipto.

LXXV

"La degradación de Irlanda, ya proverbial, la cargo yo al papismo. Si sus clérigos diesen la cuarta parte de lo que reciben para sacar almas del Purgatorio al sostén de escuelas primarias para el pueblo, cada parroquia sostendría tres o más

de estas escuelas en aquel país ensangrentado, hambriento, aunque noble, y sus hijos tendrían oportunidad de elevarse a aquella posición a que su natural talento, elocuencia y genio los llama."—(*Kirwan*, página 48).

"Para dirigir las treinta y dos diócesis y ocupar los mil trescientos ochenta y cinco beneficios que había en tiempo de la Reforma, el Gobierno nombró obispos y canónigos anglicanos; y como los católicos se negaron a someterse a su autoridad, quedaron en cada silla episcopal y en cada parroquia dos individuos ejerciendo el mismo empleo, el protestante con *pingüe renta*, numerosa familia, y *ningún feligrés*, y el católico, pobre como toda la plebe que lo rodea y de cuyas limosnas vive. Fortuna grande es que se hayan podido conservar la religión y la nacionalidad en un país donde se hacía la guerra con tánta destreza, llevándola hasta los senos más recónditos de la conciencia y del hogar doméstico. Según los informes tomados en 1822, de los siete millones de habitantes que contaba entonces Irlanda, cinco millones setecientos cincuenta mil eran católicos, doscientos cincuenta mil protestantes disidentes, quinientos mil presbiterianos y otros tantos anglicanos; al paso que de los diez y ocho mil acres de terreno, equivalentes a catorce millones y medio estaban en poder del clero anticatólico, además de otras *setecientas mil libras que cobraba por diezmos*. La corona nombraba mil seiscientos ochenta y cuatro beneficiados, de los cuales quinientos por lo menos residían fuera del país. En suma, ochocientos mil ricos dominan allí sobre seis millones de pobres; pobres haste tal punto, que tienen por persona acomodada al que puede comer tres veces al día patatas de la ínfima calidad, así es que cuando se pierde la cosecha de estos tubérculos, se ven por espacio de tres o cuatro meses expuestos a morirse de hambre tres millones de individuos." —(CANTU, *Historia Universal*, tomo VI, página 649).

¿No le parece al señor Kirwan que si los ministros protestantes le devolvieran al pueblo irlandés la cuarta parte de lo

que le han arrebatado durante tres siglos, habría para fundar cuatro escuelas en cada parroquia y para enriquecer a todos los mendigos irlandeses?

LXXVI

Una célebre cortesana le escribía a una amiga suya: "Mi temor es que las monjas, con cuerpo y alma, caigan de repente en el libertinaje y perviertan con su mal ejemplo a nuestras hijas."

El señor Kirwan dice en la página 50 de sus *Cartas*:

"Pero mi temor es que el mundo papista, con cuerpo y alma, no caiga de repente en la infinidad, como sucedió en Francia, y entonces inunde con sus legiones a la Iglesia de Dios para anonadarla."

LXXVII

Juan Paranada, siempre que veía u oía alguna cosa nueva, se hacía a sí mismo preguntas por este estilo: ¿para qué estudian griego? ¿Para qué sirve la raíz cúbica? ¿Qué cosa es el telégrafo? Y como era incapaz de responderlas, sacaba por consecuencia que el griego, la aritmética y la física son patrañas ridículas.

El señor Kirwan se hace frecuentemente preguntas como las siguientes: "¿Por qué pasa el clérigo de la luz del día a un cuarto oscuro? ¿Por qué me habla en latín y no en inglés? ¿Cómo puede perdonar los pecados? ¿Y si por fin mis pecados no quedasen perdonados? (página 21). ¿Es verdaderamente aquella oblea el cuerpo y la sangre de Cristo?"

Y como el señor Kirwan es incapaz de responder estas preguntas, porque ignora absolutamente el catolicismo, saca, en consecuencia, que la confesión y la eucaristía son patrañas. ¡Ojalá que en lugar de preguntarse a sí mismo le preguntara a una persona instruída, o se tomara la molestia de leer un catecismo de doctrina católica!

LXXVIII

Don Pánfilo, el pedagogo, premia anualmente con una medalla de oro a los alumnos que se distinguen por su grande aplicación y que observan una conducta perfectamente irreprensible; y a los que son desaplicados y tienen un comportamiento pésimo, les concede la misma medalla.

Hay algunos *despreocupados* que creen en la inmortalidad del alma, y niegan el infierno y el purgatorio; es decir, afirman que no hay para los malos penas eternas ni penas temporales; que Nerón y San Juan de Dios han tenido la misma recompensa: en suma, se han forjado un Dios tan sabio y tan justo como don Pánfilo.

LXXIX

A nadie se le ha ocurrido que pueda haber nación sin gobierno, ejército sin general, congreso sin presidente, navío sin capitán, hombre sin cabeza.

Muchos *filósofos* pretenden que la Iglesia católica, que cuenta en su seno doscientos millones de hombres esparcidos por todo el mundo, puede subsistir sin jefe que la gobierne.

LXXX

—Yo no creo absolutamente en el principio de autoridad.

—¿Cree usted que el sol es mucho más grande que la tierra?

—Por supuesto.

—¿Ha hecho usted los cálculos que se necesitan para averiguarlo?

—Nó, porque no sé astronomía, pero todos los astrónomos convienen en ello y eso me basta.

—Es decir, que hay casos en que, sin saberlo, acepta usted el principio de autoridad.

LXXXI

"¡Cuántas restituciones y reparaciones produce la confesión entre los católicos!"

"La confesión puede considerarse como el mayor freno de los crímenes secretos; es muy buena para obligar a los corazones más enconados a perdonar; para hacer devolver a los ladrones lo que hayan robado al prójimo."

—Eso dicen ustedes los beatos.

—No, señor, esas dos frases no son mías, la primera es de Rousseau (*Emilio*, libro IV, página 58) y la segunda de Voltaire *(Diccionario filosófico*, artículo "*Catecismo del Cura*"*)*.

LXXXII

Los jóvenes, antes de aceptar un sistema religioso y filosófico, deben hacerse estas dos preguntas: "este sistema es el que quiero yo que profese mi futura esposa? ¿Es éste el que debo enseñar a mis hijos, sentados sobre mis rodillas, cuando la razón empiece a despertar en su mente?

¿Es éste el que puede consolarme en los grandes infortunios de la vida? ¿El que he de dejarles como herencia a mis nietos? ¿Es este sistema, por fin, el que he de confesar EN PRESENCIA DE LA MUERTE, EN PRESENCIA DE LA ETERNIDAD?"

LXXXIII

"Voltaire contestaba con dolor profundo a aquel oficioso amigo que se jactaba de haber encontrado al fin la prueba de la no existencia del infierno: *sois en verdad muy feliz; yo estoy muy lejos de haberla hallado.*"—(NICOLÁS, *Estudios filosóficos*, tomo II, página 104).

LXXXIV

Cuando uno de mis hijos comete una falta, y la confiesa sinceramente, y conozco que está arrepentido de ella, se la perdono al momento; pero si se obstina en callarla, o si no da señales de arrepentimiento, entonces lo castigo inexorablemente.

Usted es enemigo de la confesión, y sin embargo ha establecido en su familia lo mismo que Nuestro Señor Jesucristo estableció en su Iglesia.

LXXXV

Es verdad que yo no voy nunca al cuartel, que no visto uniforme, que no conozco el manejo del fusil, que no les obedezco a sus jefes, que les tengo horror a las batallas; pero soy tan buen soldado como el que más.

Es cierto que yo nunca me confieso, ni comulgo, ni oigo misa, ni soy partidario de la autoridad del Papa; pero soy tan católico como el que más.

LXXXVI

—A mí me parece imposible que los santos puedan hacer milagros; porque sólo Dios es dueño de las leyes de la naturaleza.

—Lo mismo afirma el Padre Mazo en la página 17 de su Catecismo. Oigalo usted: "Cuando se dice que los ángeles y los santos hacen milagros, se entiende que los hace Dios, o atendiendo a sus súplicas, o condescendiendo con sus deseos, o sirviéndose de su ministerio para hacerlos, porque *sólo Dios puede hacerlos.*"

LXXXVII

—Los hombres que arrostran la muerte por sostener sus convicciones me han inspirado siempre una profunda veneración.

—Y, sin embargo, ayer se burlaba usted de los diez y ocho millones de mártires cristianos, que han muerto entre atroces tormentos por sostener las suyas.

LXXXVIII

El rico que le roba a un mendigo el único mendrugo de pan que ha recogido para alimentar a sus hijos hambrientos, es un ladrón infame.

El que le roba al pueblo la religión, que es su única esperanza, su único consuelo, la única esperanza, la única herencia que puede legarles a sus hijos, se llama un *filántropo despreocupado.*

LXXXIX

Un labrador, que se prepara a trabajar en su campo, dice: Dios sabe si el trigo que voy a sembrar dará cosecha o nó: si ha previsto que no dará cosecha, es inútil sembrarlo: y si ha previsto que dará cosecha, la tendré aunque no lo siembre. En virtud de este raciocinio, el labrador se entrega a la ociosidad.

Un muchacho, trepado en la cima de una alta torre, dice: Dios sabe si he de morir en este momento o nó; si ha previsto he de morir, nada pierdo en arrojarme desde esta torre; y si ha previsto que no he de morir, no moriré aunque me arroje. En virtud de este raciocinio el muchacho se arroja de cabeza.

Un necio dice: Dios sabe si me he de condenar, o nó; si ha previsto que me he de condenar, nada pierdo en entregarme al vicio, y si ha previsto que me he de salvar, me salvaré aunque me entregue a él. En virtud de este raciocinio el necio desenfrena todas sus pasiones.

XC

Blas ve con un anteojo, a larga distancia, un niño que va a pasar un río sobre una frágil caña, y dice: "Ese niño va a ahogarse." En efecto cae en el río y se ahoga. La madre del niño reconviene a Blas porque tuvo parte en su desgracia, y él le responde: "Ver o prever un suceso no es tomar parte en él."

—Pero, ¿por qué no lo impidió usted?

—Porque no podía hacerlo estando a tánta distancia.

Un insensato osó decir que Dios había tenido parte en sus faltas, porque las había previsto; yo le respondí: "Ver o prever un suceso no es tomar parte en él."

—Pero, por qué no me impidió Dios que pecara?

—Porque no podía hacerlo sin quitarle a usted la libertad que le ha dado a la especie humana; sin convertirlo en máquina.

XCI

—Este medicamento que el doctor C*** le ha prescrito al hijo de usted no me gusta; ¿sabe usted por qué razón lo ha recetado?

—No puedo responder esa pregunta porque no sé nada de medicina; pero respeto mucho la ciencia del doctor C*** y tengo plena confianza en él; por eso he resuelto que mi hijo tome el medicamento.

—Hace poco que usted blasfemaba de la Providencia y le pedía cuenta de sus designios. ¿No pudiera usted tener en la SABIDURÍA INFINITA de Dios tánta confianza, siquiera como tiene en la ciencia del doctor C***?

XCII

El señor doctor Rojas, profesor de la doctrina de Epicuro, dice:

«Y hay una cosa notable en esta materia, cosa que llama la atención, y es que todos saben en qué consiste el *mal* y la desgracia y lo que significan estas palabras, menos los filósofos, los pichones de filósofos».

Ahora voy a tomarme la libertad de recordar los nombres de algunos de los innumerables *pichones* que han profesado una doctrina contraria al utilitarismo: Sócrates, Platón, Cicerón, Santo Tomás de Aquino, San Agustín, Descartes, Malebranche, Liebnitz, Pascal, Bossuet, Balmes....

En Colombia también ha habido muchos *pichones*, tales como el doctor Margallo, y los señores Joaquín Mosquera y José Eusebio Caro, que han combatido enérgica y victoriosamente esa absurda doctrina con que se envenena a nuestra juventud hace medio siglo.

XCIII

—Deseo presentar en la casa de usted a uno de mis conocidos.

—Tendría mucho gusto en recibirlo, si es hombre honrado.

—En cuanto a eso debo confesar a usted que es hombre que se burla de la *conciencia*, del *deber*, de la *virtud;* que sería capaz de asesinar a un amigo, a un bienhechor, de violar sus promesas, de robar....

—Usted se chancea o se ha propuesto insultarme.

—Ni uno ni otro; lo que intento es hacerle notar a usted que el sujeto en cuestión hace tiempo que ha sido recibido en la casa de usted.

—¿Quién es? ¿cómo se llama?

—Se llama Jeremías Bentham.

—Ya veo que lo que usted me dice es una broma.

—No, señor; abra usted las obras de Bentham en que está estudiando el hijo de usted, y hallará las siguientes doctrinas:

«La *conciencia* es una cosa facticia, cuyo asiento suponen en el alma».—*(Deontología*, tomo I, página 164).

«El talismán que emplea la arrogancia es la palabra *deber*. Es necesario desterrar esta palabra del vocabulario de la moral».—*(Deontología*, tomo I, página 41).

La *virtud* es un ente de razón, una entidad ficticia, nacida de la imperfección del lenguaje».—*(Deontología*, tomo I, página 168).

«Si esto es así, dirán muchos, como cada individuo es juez de su propia utilidad, si para ser feliz pensara un hombre que su amigo y bienhechor le era un estorbo, podría asesinarlo, podría violar sus promesas, podría robar.... Sí, responde el comentador, podría hacer todo lo que creyere deberle conducir a la felicidad, a excepción solamente de lo que se hallara prohibido y castigado por las leyes positivas. Horrible doctrina, exclamará alguno, lleno de indignación. Horrible cuanto se quiera, diré yo fría y tranquilamente; pero cuando se está

seguro de la verdad del principio no se puede dejar de convenir en las *consecuencias necesarias* de él, si se procede de buena fe».—*(Tratado de Legislación*, tomo I, página 106).

XCIV

El Estado no tiene rentas, no las puede tener, no las debe tener. El Estado no come, no bebe, no se viste. Y si no, yo quisiera que el lector tuviese la bondad de decirme: ¿que sastre le hace los calzones al Estado que se llama Francia?

El Estado no tiene idioma propio, no lo puede tener, no lo debe tener. El Estado no habla, no escribe, no canta. Y si no, yo quisiera que el lector tuviese la bondad de decirme: ¿hay alguna carta escrita por el Estado que se llama Inglaterra?

El señor Castelar dijo, con grandes aplausos, en las Cortes constituyentes:

«El Estado no tiene religión, no la puede tener, no la debe tener. El Estado no se confiesa, el Estado no comulga, el Estado no se muere. Y si no, yo quisiera que el señor Manterola tuviera la bondad de decirme: ¿en qué sitio del Valle de Josafat va a estar el día del juicio el alma del Estado que se llama España?»—*(Correo de Ultramar)*.

XCV

Juan quiere cortar el árbol que está cerca de su cabaña, pero conservando la sombra que produce.

Algunos filósofos modernos se empeñan en destruír los dogmas del cristianismo, conservando su moral.

Para complacerlos sería preciso enseñar así a los niños: «Hijos míos, Dios no existe, pero es necesario adorarlo; Jesucristo fue un impostor, pero es preciso obedecerle e imitarle; renunciad por amor de vuestro prójimo a las riquezas, a los honores, y no recibiréis ninguna recompensa».

XCVI

Don Cosme, el erudito, no ha tenido tiempo de estudiar cosmografía, pero sabe de memoria el siguiente retazo, que aprendió en un viejo pergamino que trata de astrología: «Los que nacen debajo del dominio de la Luna son blancos, tirantes algo a rubio, el rostro redondo, algo pálido y hermoso, los ojos medianos, no del todo negros con mucha vista; las entrecejas juntas de pelos, con algunas pecas o pintas en el rostro».

Y lo gracioso es que el señor don Cosme cita muy formalmente este pasaje, siempre que se entabla una discusión astronómica.

Don Euclides, el despreocupado, no ha tenido tiempo de estudiar la Historia eclesiástica; pero ha aprendido muy bien los *hechos siguientes*, que le enseñaron en un corrillo de estudiantes: «Hubo una papisa que se llamaba Juana; un concilio declaró que las mujeres no tienen alma».

Y lo gracioso es que el señor Euclides, para lucir su erudición histórica, cita formalmente estos hechos siempre que se entabla una discusión teológica.

XCVII

A los ministros protestantes se les puede hacer esta pregunta: ¿La Biblia es clara u oscura? Si responden que es clara, ¿por qué la explican sin cesar en sus sermones y en sus libros?

Si responden que es oscura, ¿por qué le borran las notas, que son explicaciones puestas por genios tan eminentes como San Jerónimo, San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás?

XCVIII

El señor doctor Ezequiel Rojas, en una carta en que defiende el utilitarismo, dirigida a varias Academias de Europa, y publicada en la *Revista de Colombia*, dice al hablar de los derechos y de su fuente:

«*Derecho* es lo que es *recto*. *Recto* es lo que conduce a un punto dado por el camino más corto.

«Los actos buenos son los que conducen a los hombres a su felicidad por el camino más corto y seguro; los actos buenos son, pues, los rectos: los rectos son los derechos; luego los actos *buenos* son los *derechos*».—(Año II, entrega 7.ª)

Derecho es lo que es *recto*. *Recto* es lo que conduce a un punto dado por el camino más corto.

Los crímenes son los que conducen a los hombres al infierno por el camino más corto y seguro; los crímenes son, pues, los rectos: los rectos son los derechos; luego los *crímenes* son los *derechos*.

XCIX

El señor doctor Rojas ha escrito en su filosofía moral esta horrible blasfemia:

«La moral de Jesucristo tiene por objeto dirigir la conducta de los hombres de manera que los que la practiquen fielmente, consigan la salvación de sus almas: cuando las almas se salvan se evitan las penas eternas y se proporcionan los goces eternos; luego el objeto de la moral de Jesucristo es evitar las penas y proporcionar goces a los hombres; LUEGO ESTA MORAL ES SENSUALISTA».—(*Revista de Colombia*, año II, entrega 5.ª)

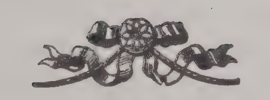
Si el dolor es el mal, el más malo de los seres será el que cause un dolor más grande; por consiguiente, Dios, que condena a los malos a penas *eternas*, será un sér infinitamente malo.

Según el doctor Rojas, la moral de Nuestro Señor Jesucristo y la de Epicuro son idénticas; pero como Epicuro vino primero al mundo, a él debe atribuírsele todo el mérito de la invención.

C

Los utilitaristas dicen que su sistema es sumamente claro y sencillo, que tiene una exactitud matemática, que está al alcance de las personas más rudas e ignorantes; y, sin embargo, afirman que los que lo han refutado no lo entienden.

Es decir, que el utilitarismo tan claro, tan sencillo, tan exacto, no lo entendieron hombres como Cicerón y Balmes; no lo han entendido entre nosotros el doctor Margallo, ni los señores José Eusebio Caro, Joaquín Mosquera, M. M. Mallarino, Ricardo de la Parra, ni ninguno de los innumerables escritores que lo han refutado durante veinte siglos.



PROBLEMAS DE ARITMETICA

PROLOGO

Todos estos problemas
Son tan sencillos,
Que puede resolverlos
Cualquiera niño,
Con tal que tenga
Muy ligeras nociones
De la arimética.

Para mí, sin embargo,
Hay uno solo
Sumamente difícil,
Aunque muy corto;
Y tengo miedo,
Si he de hablar con franqueza,
De resolverlo.

Ved aquí el gran problema:
Los impresores
Piden por su trabajo
Cuatro condores;
Y cuatro resmas
De papel satinado
Siete me cuestan.

Son pues ciento diez fuertes;
Y en esta cuenta
No se incluye la paga
Del que encuaderna,
Ni mi trabajo,
Que aunque pequeño, debe
De valer algo

Si al público mi libro
No le complace,
Si me compra tan solo
Cien ejemplares,
Oh Dios eterno!....
Perderé de seguro
Más de cien pesos.

Mas si el público ilustre,
Durante el año,
Todos los ejemplares
Compra al contado,
Lleno de gloria
Diré: GANÉ CIEN PESOS
HACIENDO COPLAS!

I

Cogí en mi huerta manzanas,
Y al salir dí la mitad
A una joven muy hermosa
Y a su niño media más;
Otra joven con su niño
Hallé por casualidad,
Y le regalé del resto
La mitad y media más;
A poco encontré con otra
Y le ofrecí parte igual
Del segundo resto, y una
Manzana quedó en mi frac.
¿Cuántas eran las manzanas?
Fácil es adivinar.

II

A nueve pesos compré
Seis docenas de tijeras;
Para que gane diez y ocho,
¿A cómo debo venderlas?

III

Yo quiero representar
En el sistema ternario
Mil doscientos veintinueve,
Y ciento cuarenta y cuatro.

IV

Trasladar la cantidad
Tres mil doscientos cuarenta
Del sistema setenario
Al quinario y viceversa.

V

Mil ciento quince
Quiero expresar
En el sistema
Duodecimal.

VI

Setecientos treinta pesos
Costó un corcel enjaezado;
Desnudo sólo valía
Doscientos cuarenta y cuatro.
¿Cuánto el precio del jaez
Excederá al del caballo?

VII

Tres números suman mil:
El primero es treinta y ocho,
El segundo ciento quince
Y no sé cuál es el otro.

VIII

¿Cuántas combinaciones
Hacer podemos
Con diez letras distintas
Del alfabeto?

IX

En ciento cuarenta pesos
Compré de brochas diez gruesas,
¿A cómo debo vender
Cada una, para que tenga
De total ganancia, mil
Doscientas cuatro pesetas?

X

De dos pueblos inmediatos
Partieron al mismo tiempo
Pedro y su compadre Juan
Uno del otro al encuentro.
Juan en la primera hora
Caminó cinco mil metros,
Y en cada hora siguiente
Cuatrocientos veinte menos;
Pedro en la hora primera
Caminó siete mil ciento,
Y en cada hora siguiente
Anduvo además doscientos.
Al cabo de las seis horas
Se encontraron los viajeros,
¿Cuánto anduvo cada cuál?
¿Y cuánto distan los pueblos?

XI

Seis docenas de candados
Me cuestan treinta y seis pesos.
Para que logre ganar
Un veinticinco por ciento,
Quiero saber cada uno
A cómo debo venderlo.

XII

Siendo verdad que el dormir
Es de la muerte un remedo,
Y teniendo todos miedo,
Y con razón, de morir;
Yo me propuse vivir
Por mayor tiempo y más sano;
Y dos horas más temprano
A levantarme empecé
Ha diez años; mas no sé
Hasta hoy cuánto tiempo gano.

XIII

La señora Rosa Espina,
Hoy a don Cenón Rosales,
Vendióle, en treinta reales,
Diez varas de muselina;
De las cuales Florentina
Al mismo precio compró
La mitad, y le vendió
En dos fuertes a Narciso
La cuarta parte. Es preciso
Indagar cuánto ganó.

XIV

El año cuadragésimo segundo
Del siglo diez y seis vino a este mundo
Newton, que nada tuvo de zoquete;
Murió el de setecientos veintisiete;
Y poco más o menos yo querría
Averiguar los años que tenía.

XV

Si hubiera un ferrocarril
Al rededor de la tierra,
Y si anduviera por hora

Veintidos y media leguas
Granadinas, ¿cuánto tiempo
Gastaria en dar la vuelta?

XVI

En dos mil fuertes compró
Sus muebles un usurero;
Y al venderlos a un soltero,
Que está de novio, exclamó:
«Si hubiera logrado yo
Quinientos francos de aumento,
Ganara el ciento por ciento.»
¿En qué precio los vendió?

XVII

Estaban Juan y Pedro
Jugando truco;
Juan cien francos tenia,
Pedro ventiuno.
Terminó el juego
Teniendo iguales sumas.
¿Qué ganó Pedro?

XVIII

Compró Roque unas piñas,
Y le salieron
A seis por tres reales
Ni más ni menos;
Vendió a tres cada una
Y ganó ciento;
Mas no recuerdo cuántas
Las piñas fueron.

XIX

Busquemos el máximo
Común divisor
De ciento catorce,
Tres mil veintidós,
Seiscientos diez y ocho,
Dos mil y un millón.

XX

¿Cuál es la tercera parte
De un quinto de la mitad
De las dos novenas partes
De un cuarto de una unidad?

XXI

Dos árabes errantes se encontraron,
Al cruzar de su patria los desiertos;
Y en la caliente arena se sentaron
De hambre, y sed, y fatiga medio muertos.
Presurosos tomaron de su fiambre
Tres panecillos uno, el otro cinco;
Y en esto un peregrino muerto de hambre
Allí llegó diciendo con ahinco:
«Vendedme de ese pan.» Con alegría
En tres partes iguales lo partierón;
Y ofreciéndole una al que pedía,
Su parte respectiva se comieron.
En pago el fatigado peregrino
Dióles ocho monedas que llevaba;
Y siguió presuroso su camino.
¿Cuánto dinero a cada cual tocaba?

XXII

Un palo está clavado
Dentro de un pozo,

Y la tercera parte
La cubre el lodo,
La quinta el agua,
Y quedan fuera de ella
Siete pulgadas.
Saber yo quiero
Las pulgadas que tiene
El palo entero.

XXIII

Ciento setenta fuertes
Me dió mi padre;
De esta suma dí a Pedro
Dos quintas partes;
Y yo quisiera
Saber exactamente
Cuánto me queda.

XXIV

A cien pies de distancia cierta gata
Ve pasar una rata,
Que se aleja pie y medio por minuto.
El cazador astuto,
Mejor dicho, la astuta cazadora,
Que anda noventa pies en media hora,
Ya con medidos pasos, ya arrastrando,
A la rata infeliz se va acercando.
A las diez comenzó la cacería;
Y yo saber querría
Cuál va a ser el momento
En que comience, oh rata, tu tormento!

XXV

Una torre de diez pisos
Tiene de altura cien varas;
Cada piso al que le sigue

Excédelo en una cuarta.
Quisiera de cada uno
Saber la medida exacta.

XXVI

Yo heredé la octava parte
Del capital de mi abuela;
Y mi hermano Segismundo
Heredó las dos terceras.
A mí me tocaron mil
Ciento catorce pesetas;
Y a mi hermano.... No me acuerdo,
Fácil es hacer la cuenta.

XXVII

Son los dos tercios
De mi caudal
Equivalentes
A la mitad
Del de mi amigo
Don Nicolas;
Los dos caudales
Sumados dan
Veinte mil fuertes.
¿Cuánto será
Todo el dinero
De cada cual?

XXVIII

Un árbol da de sombra
Diez pies y medio;
Y solo tiene de alto
Nueve y un tercio.
Una alta cúpula
Da cuatrocientos veinte.
¿Cuál es su altura?

XXIX

Si tuviera treinta francos
Además de los que tengo,
Podría pagar mis deudas;
Y teniendo veinte menos
Tan sólo pagar podría
De lo que debo dos sextos.
Yo quiero que me adivinen
Cuánto tengo y cuánto debo.

XXX

Quiero saber cuanto cuestan
Seis varas de paño fino,
Que me venden a diez pesos,
Seis reales, tres cuartillos.

XXXI

¿Cuántos metros cúbicos
Tendrá un almacén,
Que de largo tiene,
Ciento veintitrés,
Cuarenta de ancho,
Y de altura diez?

XXXII

Compré ayer en la tienda de Cubillos,
A dos pesos, tres reales, tres cuartillos,
Unas gruesas de plumas superiores,
Y pagué seis condores.
Se las vendí en cien fuertes a Solano;
Mas no sé cuántas eran ni qué gano.

XXXIII

Por nueve varas, tres cuartas
Y seis pulgadas de paño,
Dí quince metros y medio

De raso que me costaron
A dos pesos tres reales.
Le vendí el paño a Camacho
A tres pesos cada vara,
Mas no sé si pierdo o gano.

XXXIV

Hay en mi casa unos surcos,
Y en cada surco unas plantas,
Y cn cada planta unas flores,
Y en cada flor unas larvas;
Las larvas de cada flor,
Las flores de cada planta,
Las plantas de cada surco,
Por casualidad igualan
Al número de los surcos;
Reunidas todas las larvas
Son ciento sesenta mil.
Yo quisiera saber cuántas
Larvas hay en cada flor,
Y flores en cada planta,
Y plantas en cada surco,
Y los surcos que hay en casa.

XXXV

Manuel ganó quince pesos
Trabajando cuatro días;
Si trabajara diez y ocho,
¿Cuántos pesos ganaría?

XXXVI

A nueve fuertes compré
Diez docenas de morrales;
Dí cada uno a diez reales
Y no sé lo que gané;

El dinero coloqué
En el banco nacional,
Al dos por ciento mensual,
Lo retiré a los seis meses,
Y compré catorce reses.
¿Cuánto costó cada cuál?

XXXVII

Entre el cubo de la suma
Y la suma del cuadrado
De dos números, ¿cuál es
La diferencia que hallo?
Siendo un número cuarenta,
Y el otro de este un octavo.

XXXVIII

Queriendo un padre estimular a su hijo,
Una mañana lo llamó y le dijo:
«Cada día que des bien tus lecciones
Te daré diez doblones;
Pero si no las das perfectamente
Tú me debes dar cuatro». Está corriente,
Dijo el muchacho; y al octavo día
Diez doblones tenía.

XXXIX

Catorce libras de pasas
Valen veintidós de agraz ;
Seis de agraz, ocho de trigo ;
Diez de trigo, dos de pan;
Tres de pan, cuatro de azúcar;
Dos de azúcar, un real ;
¿ Cuarenta arrobas de pasas
Cuántos fuertes costarán ?

XL

Si añado a la de un padre
La edad del hijo,
Me da por resultado
Setenta y cinco;
Pero restando
Hallo por diferencia
Cuarenta y cuatro.

XLI

En casa tengo una alberca
Y entra el agua por dos caños;
La llena el uno en dos horas,
Y el otro la llena en cuatro:
¿En cuántas la llenarán
Estando ambos destapados?

XLII

Juan, Pedro y Diego hicieron compañía:
Juan dió cinco mil fuertes que tenía,
Puso Pedro otro tanto,
Y Diego puso.... No me acuerdo cuánto:
Lo cierto es que ganaron mil quinientos,
Y a Diego le tocaron setecientos.

XLIII

Están juntos a las doce
Los punteros de un reloj;
¿A qué hora precisamente
Vuelve a efectuarse esta unión?

XLIV

Están juntos a las doce
De un reloj los dos punteros;

¿A qué hora precisamente
Forman un ángulo recto?

XLV

A las doce están unidos
El minutero y horario
De un reloj ¿A qué hora forman
Un ángulo de diez grados?

XLVI

Cuántos números impares
Es necesario tomar,
Advirtiendo que se empieza
A contar por la unidad,
Para que sumados formen
La decena de millar?

XLVII

Hace poco que en mi pueblo
Murió un viejo acaudalado,
Más tirano que Calígula,
Más feo que el mismo Caco;
Y, lo que es mucho peor,
Extremadamente avaro.
Antes de dejar el alma
Entre las uñas del diablo,
Testó ciento veinte mil
Pesos fuertes, ordenando
Que a tres hijos que dejaba
Les fuesen adjudicados;
Pero nó en razón directa
De su edad, sino al contrario.
El albacea, oh prodigio!
Era un hombre muy honrado,
Y quiso cumplir fielmente
La voluntad del avaro.

Por desgracia no sabía
La edad de los tres muchachos;
Pero sí que se llevaban
El mismo número de años;
Que el menor tenía trece
Cabales; y que sumando
Las edades componían
Cuarenta y ocho. ¿Qué cálculo
Tuvo que hacer para hallar
La parte de cada hermano?

LXVIII

Seis saltos de un perro
Equivalen a cuatro de un zorro;
Del zorro dos saltos
Equivalen a nueve de un mono;
Un salto del perro,
Dos del mono y catorce del zorro
Componen cien varas;
Lo que salta cada uno lo ignoro.

XLIX

Reunidas las edades
De dos hermanos
Hacen exactamente
Ciento nueve años;
La diferencia
Entre las dos edades
Es de cuarenta.

L

Quiero un número tal, que si a su triple
El número dieciocho se le añade,
Resulte el mismo número aumentado
De cuarenta unidades.

LI

Si yo tuviera tres años menos
Y Juan mi hermano tres años más,
Los mismos juegos nos ocuparan
Teniendo entrambos la misma edad;
Y si seis años yo consiguiera,
Para agregármelos, quitarle a Juan,
Fuera preciso para igualarnos
Su edad por cuatro multiplicar.

LII

—Préstame trescientos pesos.
—Y qué rédito me das ?
—Te daré, si te parece,
El tres por ciento mensual.
--Y cuánto plazo me pides ?
—Ocho meses nada más.
—Bueno, pero adelantado
Tú me tienes que pagar
Todo el rédito que monta....
Haznos tú la cuenta, Juan.

LIII

Supe ayer un suceso, y al momento
Me vino al pensamiento
Escribir un problema,
Pues siempre cada loco con su tema;
Mas luégo desistí porque es muy raro
Que a mí me salga un cuento breve y claro,
Y por cien mil razones....
El cuento es éste, lo diré en doblones:
Un ladrón fugitivo diz que hacía
Diez leguas diariamente;
La guardia que la pista le seguía

Tres, cinco, siete, y sucesivamente
Dos leguas más que el día precedente.
Los mismos de la guardia me contaron
Este suceso; pero no dijeron
En cuánto tiempo al prófugo alcanzaron,
Ni el número de leguas que anduvieron.

LIV

Tengo en casa aguardiente
De veinte grados,
De veintiséis y medio,
De treinta y cuatro.
Quiero una mezcla
De los tres que produzca
Uno de treinta.

LV

Si de tu escaso caudal
Quieres regalarme un peso
Podré conseguir con eso
Que tengamos suma igual;
Pero si hago la simpleza
De regalártelo a tí,
Podrás conseguir así
El doble de mi riqueza.

LVI

Puso en un banco todo su dinero
Jacinto el usurero.
El diez por ciento anual allí ganaba,
Y capitalizaba
Los réditos cada año. Al fin del quinto
Retiró el buen Jacinto
Su plata, y diez mil fuertes le tocaron.
¿Cuánto puso en el banco y qué ganaron?

LVII

Quiero tres números tales,
Que den diez los dos primeros,
Los dos últimos catorce,
Y ocho el primero y tercero.

LVIII

Si el público ilustrado mis problemas
Benigno acoge y generoso paga;
Si muy pronto se imprime de mi libro
La edición octogésima, ilustrada
Con láminas y notas; y si luégo
Me nombran académico de Francia;
Con todos mis amigos y parientes
Iré a almorzar al templo de la Fama,
Que dista exactamente de la tierra
Dos millones de leguas castellanas.
De nuestro gran carruaje los briosos
Y robustos corceles la jornada
Doblarán diariamente: el primer día
Caminarán dos mil doscientas varas,
Españolas también. ¿ En cuánto tiempo
Lograremos llegar a la posada,
Donde Apolo y las nueve de Helicona
Un magnífico almuerzo nos preparan ?

LO QUE VA DE AYER A HOY

I

Vuela el tiempo, estampando su honda huella sobre las obras con que el humano orgullo pretende inmortalizar su nada, y....

Así comenzaba la introducción de este artículo; pero, reflexionando que sólo tiene por objeto mostrar la diferencia que hay entre las escuelas y los maestros de ayer, y los institutos e institutores de hoy, me pareció que podía suprimir el exordio y resolví entrar inmediatamente en materia.

Nací durante la tercera década del presente siglo. Mi madre, que era viuda, anciana y muy pobre, habitaba una casuca situada en la Calle de las Béjares; y como se desvivía por sacar de mí un hombre de provecho, apenas cumplí siete años me puso en la escuela de un compadre suyo, llamado don Fructuoso, que vivía cerca de la plazuela de Las Cruces. Aunque desde mi casa hasta la de mi amado maestro había casi media legua, mi madre me obligaba a concurrir a la escuela, aun en tiempo de lluvia; porque decía que a los muchachos les hace provecho el ejercicio, y que bueno es que se acostumbren a pasar trabajos. A las siete de la mañana, después de haberme desayunado con un pocillo de chocolate de harina y medio pan de a cuarto, mi madre me hacía tomar el camino de la escuela, a fin de que pudiera estar en ella a las ocho en punto; pero antes de que refiera las aventuras de esta larga correría, bueno será que mis lectores tengan una idea de mi uniforme estudiantil.

Consistía éste en unos botines que nunca conocieron la *bola*, y cuyas orejas, desatadas siempre, parecían las alas de un murciélago; unos calzones de manta, llenos de remiendos, y que dejaban asomar, por lo menos, una rodilla; una chaqueta que, después de haber pertenecido a mi padre y a mi hermano mayor, que en paz descanse, había pasado a mi poder en terceras nupcias, y que, según la tradición, fue de paño

verde; un sombrero de paja con funda colorada, y por fin, una chácara, que contenía el Nebrija, las Selectas, el Fleury, el Catecismo del Padre Astete, un jis, un carbón y una navaja rota. Completaba mi vestido un capote de calamaco colorado, con forro de bayeta verde; y sus innumerables rotos eran otros tantos buzones por donde arrojaba los objetos de contrabando, como panela, tabacos, trompos etc., los cuales, escurriéndose entre el calamaco y la bayeta hasta las extremidades del capote, formaban enormes cachiporras, que me servían para golpear, al embozarme, a todos los muchachos con quienes quería armar alguna gresca.

A las siete, como he dicho yá, emprendía la marcha para la escuela, armado con un enorme mango de paraguas, cuya cabeza era la de un yátaro, con un pico larguísimo, y que me servía de caballo, de espada y de bastón. Al salir de casa cogía de la brida a mi imaginario bucéfalo, me santiguaba devotamente y montaba.

Y salía dando brincos
De un lado al otro del caño.
Aquí despertaba un perro,
Que dormía sosegado;
Allá mataba un pollito
Con el regatón del palo;
Acullá la olla rompía
Que estaban asoleando;
Y provocaba a los bueyes
Y espantaba a los caballos,
Y remedaba a las viejas,
Y derrotaba a los gatos,
Y hacía con los corcovos
De mi corcel más estragos
Que un escuadrón de llaneros
Entre diez mil castellanos.

Al llegar a la plazuela de San Francisco echaba pie a tierra, y convirtiendo mi caballo en bastón, atravesaba lentamente las tres calles reales;

Y me estaba largo rato
Con tamaña boca abierta,
Mirando las diferentes
Chucherías de las tiendas;
Y si hallaba una pared
Recién blanqueada, en ella
Precisamente ponía
Una suma y una resta,
El retrato del maestro,
La firma del diablo y esas
Adivinanzas que dicen:
Corazón tú te consuelas....
Y soldados a las armas;
Y al fin agregaba: ESTA
PARED LA ENSUCIÓ EL PATAN
NICOMEDES OREJUELA;
Que tal de mi tomador
Era el nombre, y yo la guerra
Le juraba cada vez
Que denunciaba mis pésimas.

El altozano de la Catedral era el rendez-vous de todos los cachifos que se dirigían a sus respectivas escuelas, o el oasis donde descansaba yo de las fatigas de mi viaje. Allí, después de echar algunas manitas de chócolo, se establecía una feria en que se negociaban botones, trompos, cordeles, dulces, frutas, etc. Yo cambiaba a veces por cualquier baratija mis calzonarias de orillo de paño, ponía en su lugar una cabuya o un bejuco de tabaco, y embozándome en mi capote, le decía al primer muchacho que encontraba:

—Cambiemos calzonarias, pero sin verlas.

Y él, creyendo que no podía haber unas inferiores a las suyas, aceptaba el negocio, y se chupaba un soberbio clavo. En el altozano se arreglaban también los desafíos que debían tener lugar por la tarde, después de salir de la escuela, en la Huerta de Jaime.

Cuando el reloj de la Catedral daba los tres cuartos para las ocho, continuaba yo mi derrota, y así como el viajero que se dirige al Salto de Tequendama se detiene a oír a lo lejos el estruendo de sus aguas, así yo, cuando seis cuadras antes de llegar a la escuela, percibía los gritos de mis condiscípulos que estaban estudiando, me paraba sobrecogido, y seguía luégo mi rumbo, pero acortando el paso a medida que el ruido se hacía más estrepitoso.

En el estrecho zaguán de la escuela doblaba el capote, lo ponía sobre el brazo izquierdo, me quitaba el sombrero, me santiguaba por tres veces, y entraba al lugar de mi suplicio con una entereza digna de mejor causa.

El local de la escuela constaba de dos partes: un corredor empedrado y sostenido en una enorme columna de piedra; y una sala estrecha, ahumada, oscura, y tan húmeda, que la pared estaba cubierta hasta la altura de un metro, de una lama verde que producía un olor sumamente desagradable. Una antigua mesa de cedro, una silla de brazos en cuyo espaldar había un toro y un toreador de medio relieve; cuatro bancas durísimas y un largo poyo de adobe eran los únicos muebles que adornaban aquella lúgubre habitación.

Sobre la silla del maestro había un trofeo compuesto de una coroza de estera, adornada con plumas de pavo (vulgo, pisco), un rejo de seis ramales, dos férulas, y un letrero escrito con grandes letras rojas que decía:

La letra con sangre dentra
Y la labor con dolor.

Aquí es preciso hacer alto; y dejando la vil prosa, adoptar el romance heroico para bosquejar la persona de mi nunca olvidado maestro.

Era un viejo muy gordo y barrigudo,
Calvo, gotoso, desdentado y bizco,
Con grandes antiparras que oprimían
De su nariz el remangado pico.

Usaba gorro blanco, chupa verde,
Chaleco de Marsella; y de un bolsillo
Del pantalón, llamado relojera,
Brotaban sellos mil y un rasca-oídos;
La gran caja de polvo y el yesquero
No faltaban jamás en sus bolsillos.

Me parece que estos cuatro brochazos bastan para que el lector se imagine toda la facha del señor D. Fructuoso, y sólo creo necesario añadir que usaba en el dedo pulgar de la mano derecha una uña más larga y afilada que las de una pantera; pero no por lujo, sino para hacer de ella el importante uso que más adelante veremos.

La primera hora de escuela se empleaba en estudiar de memoria las lecciones, principalmente la de Nebrija, siendo de advertir que jamás se nos hizo acerca de ella la más ligera explicación; y que cuando la gritería menguaba un poco, el maestro tenía cuidado de avivarla con férula en mano, diciendo: «¡Estudien! ¡estudien!» A las nueve salían al corredor los tomadores y los tomandos; y éstos tenían la obligación de llevarles a aquéllos el pan de su desayuno o alguna otra golosina, para evitar que les *apechugaran*, es decir, que dijeran que habían dado mal su lección, aunque la hubieran sabido perfectamente. La tarea de tomar duraba media hora, durante la cual se entablaban entre los victimarios y las víctimas, diálogos del tenor siguiente:

—Acusativo *Musarum*.
Age—¿No es así?—Nó, *age*.
—Ya me acordé, *Musis*—¡Bruto!
—*Musae* .... *Musam*—Mire, Olarte,
Que si la sopla, lo acuso.
Siga—Vocativo *caret*.
Age—*Musas*—¡Burro! ¡bestia!
Age vel agendum age.

—Mire; por amor de Dios,
Le suplico que me tape
La lección, y yo le traigo
Un cuartillo en plata el martes.
—¿Y por qué no trajo el pan?
—¡Porque tenía tánta hambre!....
—Pues, amiguito, al rincón
Sin falta y que se los planten.

A las nueve y media volvíamos a entrar a la sala para que los tomadores dieran cuenta de las lecciones, y darle a cada uno su merecido con arreglo a este sencillo código penal que estaba pegado en la columna del corredor: por cada punto un ferulazo; seis azotes a los que den pésima; seis más a los que se ensoberbezcan. Los tomadores, poniéndose de pie, hacían el papel de defensores o fiscales, y D. Fructuoso dictaba la sentencia que se ejecutaba inmediatamente. Los versos siguientes darán una idea de estos terribles jurados:

Dominus Pepe Rebollo
Semel erravit—Marchena,
Déle un palo, pero recio;
Si no, allá va quien enseña
A pegar—*Dominus* Cosme
Corrales—¡Ese es un bestia!
—No me quiso dar lección
Porque....—No hay disculpa venga
Y ponga la mano.—Pero....
Pues le rompo la cabeza.
Si no pone pronto,—¡Ay! ¡ay!
—*Dominus* Largacha *pesimam*
Dedit.—Pues pase al rincón
Y que lo cargue Pereira.

Apenas se pronunciaba esta horrible sentencia, dos patanes extendían una capa en uno de los rincones de la sala, otro cargaba al reo, y el maestro, con la impasibilidad de un antiguo cirujano, hacía zumbar el rejo, y descargaba lenta-

tamente los seis furibundos azotes, que todos los muchachos íbamos contando en voz baja.

Cuando yo no le había llevado a mi tomador la consabida retora, temblaba de pies a cabeza durante este largo juicio, y al oír que decía *Dominus* Carranza, que tal es mi apellido, clavaba en Orejuela mis ojos cuajados de lágrimas, juntaba las manos en actitud suplicante y luégo, separándolas, extendía los diez dedos. Todas estas señas querían decir: perdóneme, y yo le traeré diez retoras; pero mi tomador, dirigiéndome una mirada de desprecio, continuaba: *Pesimam dedit, atque defuit, atque usus superbia.* En este momento supremo una sombra sangrienta oscurecía mis ojos, me zumbaban los oídos, y.... echemos un velo sobre esta horrorosa escena!

De las once a las doce escribíamos en dos largas mesas, que estaban situadas en el corredor. Al terminar la escritura, D. Fructuoso recostaba su silla de brazos en la puerta de la sala, y nosotros íbamos desfilando por delante de él con la plana en la mano. Aquí era donde hacía uso de su formidable uña; pues cogiendo con ella y con la punta del dedo índice el párpado del que no había escrito a su gusto, se lo retorcía de una manera espantosa, haciéndolo ver estrellas y dejándolo tuerto por todo el tiempo que el párpado tardaba en volver a su acostumbrado lugar.

Por fin sonaban las doce; el maestro daba una palmada, y nosotros nos lanzábamos a la calle con el ímpetu de una manada de ovejas que huyen perseguidas por un hambriento lobo.

Por la tarde se repetían las mismas escenas de la mañana; y a las cinco íbamos a la Huerta de Jaime o a la orilla del río de San Agustín para verificar los duelos que estaban casados. Puestos los dos combatientes uno frente de otro, entablaban el siguiente diálogo:

—Aquí estoy: tire si es jaque.
—Nó, nó, tire usted primero.
Pero es con la condición
De no darnos en el pecho.

—Ni en la cara porque así,
Si se pone un ojo negro,
Conocen que nos pegamos
Y nos castiga el maestro.
—¡Arriba!—¡Arriba, cachifos!
—¡No se corran!—Tienen miedo.
—¡Defiéndase: allá le va!
—¡Bravo!—¡Así me gusta —¡Bueno!
—Apuesto un tabaco al giro.
—Y yo al canaguay.—Careo.
—No, señor, déjenlos solos.
—Péguele duro.—Otro—¡Recio!
—Yá le reventó la jeta.
—Yá hay sangre: se acabó el duelo.
—Dénse un buen abrazo y vamos
A comer panela y queso.

Efectivamente, los dos atletas se abrazaban cordialmente, y mientras el vencido se limpiaba la sangre, lavándose en el río, el vencedor era llevado en triunfo a la tienda inmediata donde nos repartíamos un cuartillo de cuajadas y otro de panelitas de leche.

Yá es tiempo de que, separando los ojos de estos cuadros de desolación, los fijemos en otros apacibles y risueños para ver, aunque muy de paso, lo que son las escuelas y los preceptores de la época presente.

II

Dos años hará que un amigo mío fundó un colegio de alumnos externos, llamado *El Areópago;* y en él estudia Aristides, mi sobrino, que acaba de cumplir ocho años. Deseoso de conocer los planteles de enseñanza del día, para compararlos con las escuelas de mi tiempo, ayer a las nueve de la mañana salí de casa, para hacerle una visita a mi amigo y conocer su famoso establecimiento. Aristides me acompañaba, y quiero describir su uniforme para que se vea cuánto difiere del que yo usaba en la escuela de D. Fructuoso.

Tenía botines de charol, pantalón y levita de paño, chaleco de terciopelo, corbata de raso, camisa de lino con mancornas de oro, sombrero de pelo puesto de medio lado, guantes negros y una primorosa cachiporra de barba de ballena.

Desde que salimos de casa, mi sobrino saludaba quitándose el sombrero y haciendo elegantes cortesías a todas las señoras que encontrábamos, y, a pesar mío, me obligaba a hacer otro tanto.

Después de andar unas seis cuadras, llegamos a una de las casas más elegantes del barrio de la Catedral, y Aristides me dijo: aquí es *El Areópago*.

—Aquí no puede ser, le respondí, porque reina un profundo silencio.

—Es que aquí se estudia mentalmente.

—¡Ah! con razón, yo no sabía.

Entrámos, subimos la escalera que conduce a un vasto corredor cubierto de cristales, y mi sobrino me hizo sentar en un sofá, cuyo resorte me dió, por cierto, un buen susto, mientras iba a advertir a mi amigo de mi llegada. Este salió a recibirme envuelto en una rica bata de cachemira y con gorro de terciopelo bordado de oro, y depués de un rato de conversación y de haberle yo expuesto el doble objeto de mi visita, me pidió permiso para irse a vestir, mientras Aristides me mostraba las principales piezas del colegio.

Visitamos primero un salón lujosamente empapelado donde cincuenta niños, vestidos, poco más o menos, como Aristides, y sentados delante de lindas mesitas de pino, estudiaban con un silencio y una formalidad que deberían servir de modelo a los Senadores de la nación. Yo iba a entrar sin saludar y sin quitarme el sombrero; pero mi sobrino, adelantándose, extendió hacia mí la mano, y me presentó a sus condiscípulos, diciendo: "Mi tío, el señor don Pascual Carranza." Todos los niños se pusieron de pie, y los que estaban más inmediatos me dirigieron algunos cumplimientos; pero yo estaba tan sorprendido y tan avergonzado, que sólo acerté a preguntar: "¿Qué horas son?" En el momento aparecieron diez

o doce relojes de oro, y uno de los jovencitos dijo: son las nueve y media; me parece, dijo otro, que el reloj de usted está adelantado, porque en el mío son las nueve y veintidós; y un tercero replicó: en mi cronómetro faltan quince segundos para la media.

Procurando reponerme de mi turbación, me acerqué a uno de los niños y le dije: ¿aqui no hay coroza?

—Me parece, me respondió, que he visto una en nuestro pequeño museo de antigüedades.

—¡Cómo! ¿tienen ustedes museo de antigüedades?

—Sí, señor.

—¿Y no hay en el colegio ni rejo ni férula?

—Esos castigos, replicó con tono pedante uno de los que en mi tiempo se llamaban patanes, eran un resto de la barbarie de la Edad Media, que está completamente abolido; nosotros no tenemos más móvil que el honor.

Para evitar una apoplegía, le dije a mi sobrino que continuáramos visitando las otras piezas del colegio, e inclinando la cabeza me despedí respetuosamente de aquellos nuevos areopagitas.

Larga y difícil sería la empresa de describir el gabinete de geografía, lleno de mapas, globos, etc; el de matemáticas, donde hay, entre otras curiosidades, un tablero más grande que la sala de mi antigua escuela; el gabinete de historia natural, que contiene el museo de antigüedades; y otras piezas, cuya sola enumeración fatigaría a mis indulgentes lectores.

Cuando habíamos acabado de recorrer todos los aposentos del Areópago, se presentó mi amigo, vestido de negro y a la última moda; me invitó para examinar a sus alumnos, y yo acepté, no sin graves y fundados temores. Volvimos al salón de estudio, y mi amigo, que se llama Temístocles, les dijo a sus discípulos:

—Caballeros, háganme ustedes el favor de pasar a la sala de exámenes, para que el señor Carranza tenga la bondad de hacerles algunas preguntas.

Los niños desfilaron con mucho orden, y después que estu-

vimos instalados en la respectiva sala, empecé el examen preguntándole al más chiquito:

—¿Quién es Dios?

—Dios es quien es; es el Sér por excelencia.

—En mi tiempo, Dios era la Santísima Trinidad..

—Es porque en Dios hay tres personas: el Padre, que de nadie procede, el Hijo......

—Bien, muy bien. Dígame el otro ni...... el otro caballero:

—¿Qué es restar?

—La sustracción tiene por objeto....

—Yo no pregunto la sustracción, sino ¿qué es restar?

—Es porque la resta y la sustracción son una misma cosa.

—Pues en mi tiempo eran cosas muy diferentes. ¿Qué tiempo es *hubiera amado?*

—Antepretérito, antecopretérito y antepospretérito.

Está última respuesta me dejó tan desorientado, que pretextando un fuerte dolor de muelas, le supliqué a don Temístocles que continuara el examen; y así lo verificó, haciéndome conocer que no ha quedado en pie ni una sola de las verdades que mi buen maestro me enseñó.

Terminado el examen hubo un rato de recreación; pero los niños no jugaron al toro, ni a la golosa, ni se dieron capoteo, ni hicieron nada de lo que se hacía veinte años há. Unos formaban corrillos, otros se paseaban de brazo a lo largo de los corredores, otros ensayaban el paso de la redowa, y otros, en fin, hacían apuntamientos en sus carteras.

Aquí debería yo hacer una multitud de comparaciones y un diluvio de reflexiones filosóficas, pero dejándolas al buen juicio de los lectores, me contentaré con profetizar que a la vuelta de medio siglo se verá un respetable senado, compuesto de hombres de siete años, y que no quedarán más niños que los de pechos.

No concluiré este artículo sin advertir, para descargo de mi conciencia, que no todos mis maestros fueron como D.

Fructuoso; y que hubo algunos a quienes profesé el más profundo respeto, la más ardiente gratitud.

Yo deseo que me digas
Con muchísima franqueza
Qué defectos has hallado
En mi artículo.—Exageras
Demasiado cuando tratas
De la educación moderna;
Y por tal razón te inclinas
A darle la preferencia.
—Yo no hago sino copiar
D'après nature.-Aunque fuera
Verdad todo lo que dices,
¿Qué importa que un niño tenga
Muy buen vestido y que vaya
Haciendo mil reverencias,
Si es un títere pedante,
Si ha perdido la inocencia,
Y en vez de montar en palos
Juega, bebe y galantea?
En mi tiempo consistían
Todas las picardihuelas
De los niños, en robar
Confites o en tirar piedras;
Pues nuestros rotos capotes
No eran buenos para empresas
Eróticas. Está visto
Que esta educación francesa
Ha matado las hermosas
Costumbres santafereñas.
—¿Y qué dices de las uñas
De D. Fructuoso? Era buena
Esa máxima que dice:
¿La letra con sangre dentra?

—Pero también es muy mala
Esa excesiva indulgencia:
Hoy hay muchachos que van
Con *revólver* a la escuela,
Y pobre del preceptor
Que con ellos se metiera!
—Pero se han perfeccionado
Los métodos: hoy se enseña
El latín en castellano;
Y hay quien piense que la lengua
Propia se debe enseñar
Antes que las extranjeras.
Lo cierto es que entre los sabios
Modernos ya no hay quien sepa
Traducir a Cicerón,
Ni a Virgilio; y que su ciencia
Se reduce a mascujar
Los catecismos de Ackerman.
—Ambos tenemos razón,
Querido amigo, confiesa
Que en la educación antigua
Lo mismo que en la moderna
Hay sin duda algunas cosas
Muy malas y otras muy buenas.
Declaro qne mi intención
No es darle la preferencia
A ninguna, pues quien toma
Los extremos siempre yerra;
Y no ha de ser el capricho
O la moda quien resuelva
Esta cuestión, sino sólo
La razón y la conciencia.

UN JURADO

Sesenta y cuatro años voy a cumplir para San Juan; hace cuarenta y tres que soy escribiente de la secretaría de.... y veinte que me casé con Petronila, la más fecunda de las hijas de Eva, pues cada año afianza con una nueva prenda los sagrados vínculos de nuestro consorcio; de manera que, a no ser por la tos ferina y otras enfermedades redentoras, podría exclamar con noble orgullo: le he dado a mi patria veinte ciudadanos! Sin embargo de las referidas epidemias, todavía le llevo ventajas a Jacob; pues tengo, como quien dice nada, siete hombres y seis mujeres: trece por junto. Todas estas desventuras y otras que fuera largo referir, las aceptaría con gusto, a trueque de no verme precisado a ejercer de vez en cuando los preciosos derechos de la ciudadanía; y para que no vaya a creerse que exagero, referiré, aunque de paso, el lamentable suceso que no há muchos meses vino a aumentar el rigor de mis grandes desdichas.

Era jueves, y por consiguiente víspera de viernes!........ Llovía a cántaros, y empezaba a anochecer. Petronila, que desde la semana pasada estaba atacada de un fuerte romadizo, tenía síntomas alarmantes, y a pesar de la lluvia era forzoso ir a buscar el médico, que vive en los tres puentes, desde mi casa, situada en el de San Juanito. Me puse mis gruesos zapatones de cuero, me envolví en mi capa, me encajé un sombrero de funda verde, abrí mi paraguas colorado, que tiene tres varas de diámetro, y me lancé en medio de la tormenta. Al pasar por la primera Calle Real un mozo se me puso por delante, y abriendo un tinterito de resorte, mojó la pluma, y alargándomela, me dijo:

—Tenga la bondad de echarme aquí una firmita.

—Qué firmita?

—Es para un jurado.

—Jurado! ¡Dios eterno! en este año me han tocado nueve, y estamos en marzo.

Fué preciso ceder: entramos a una tienda y escribí con mano trémula *J. Hermenegildo Almansa.* Llegué por fin a casa del médico, y me dijeron: si usted hubiera llegado un minuto antes, lo habría encontrado, porque acaba de salir a la calle. Era precisamente el minuto que me había robado el implacable notificador.

Ocho días después, también era víspera de mercado, yendo en busca de cierto usurero para que me comprara el sueldo del mes de diciembre, pues los de los otros meses los tenía ya enajenados, me encontré con el del tintero ambulante, quien me dijo:

—En un momentico écheme aquí otra firmita.

—Cuándo es el jurado?

—Hoy a las doce.

—Pues yo no firmo, ni asisto, porque ya va a ser la hora y no tengo para mercado.

—El jurado será muy corto; y la multa......

—¿Cuánta es la multa?

—Serán unos cincuenta pesos.

No hubo remedio! Firmé. Al pasar por la Plaza de la Constitución dieron las doce; y temiendo que se me tachara de poco puntual, salí corriendo y llegué al juzgado, sudando a mares y casi ahogado de fatiga. El juez me dijo: aguárdese usted un poquito, que ya no tardarán los compañeros. A la una llegó el segundo jurado, a la una y media había ya reunidos tres, y el señor juez dispuso que fueran a llamar a los otros. Por fin a las dos se completó el quorum, y entramos a la sala del jurado, que es más larga que la lista de mis deudas, y más fría y oscura que las poesías de mi sobrino el romántico. No tenía más muebles que una mesa cubierta con una carpeta verde y unos cuantos taburetes desvencijados. Después de prestar el juramento nos sentamos. En la barra estaban un *chino* y el reo, custodiado por dos reclutas. El secretario, que era un viejo cotudo, asmático, calvo, tuerto y con anteojos

verdes, empezó a deletrear el expediente, que estaba en una letra infernal; no le entendíamos sino las palabras finales de cada período, aunque, a decir verdad, hubiera sido inútil leer más claro, porque ninguno prestaba atención. Dieron las cuatro y el expediente estaba todavía entero; el juez tuvo que tocar reciamente la campanilla para despertarme, pues me había quedado dormido y roncaba a pierna suelta. A las seis de la noche terminó la amena lectura y el señor fiscal tomó la palabra para traducir todo lo que contenía el expediente, e informarnos que se trataba de condenar a nueve años de trabajos forzados a un hombre que se había robado una marrana. El defensor, que es un preceptor de los arrabales de las Nieves, dijo:

"Señores jurados, he aceptado el noble encargo de suspender la hórrida cuchilla de la ley, pronta a desplomarse sobre la cabeza del inocente; porque verdaderamente no hay la menor sospecha contra mi defendido, cuya inocencia, señores jurados, es más clara que la luz del sol cuando se levanta en el cenit; y por otra parte, estando la perforación del chiquero practicada cerca de la rústica cabaña de un labriego, ¿cómo ha podido extraerse la marrana sin que sus chillidos lo despertaran? Porque vosotros, señores jurados, recordaréis muy bien lo que son dichos animales. Finalmente, señores jurados, a vuestro patético corazón quiero hablar después de haberlo hecho a vuestra razón, porque, siendo evidente la inocencia de mi defendido, yo espero que vosotros uséis indulgencia, y no lo condenéis a nueve años de presidio, como muy bien ha dicho el señor fiscal, sino que rebajéis algo la pena en atención a que este pobre indio ha estado dos años en la cárcel, y tiene mujer y cuatro hijitos. He dicho."

El señor juez dijo: hay que examinar algunos testigos. Presentáronse dos indios achispados, cuyas respuestas contribuyeron admirablemente a desorientarnos. A las siete de la noche nos encerraron con llave.

Antes de pasar adelante, daré a conocer a mis compañeros, en el orden en que estaban sentados. El primero era un *pepito*, a quien le cuadran perfectamente estos versos:

Del universo en la indecible anchura
Unicamente Alejo
Ha podido lograr cabal ventura;
Pues le basta un espejo
Donde admirar su espléndida figura.

Efectivamente, Medoro, que éste es su bello nombre, había estado contemplándose a sí mismo durante la eterna lectura del expediente. Ya ajustaba sus perfumados guantes, ya retorcía sus finos bigotes, ya mordía la cabeza de su primoroso bastón, ya, en fin, sacudía con su pañuelo blanco el polvo de las botas de charol.

Era el segundo un barbero raizal entre los raizales, y que se precia de haber manoseado los mostachos del virrey Sámano. Calzaba sus disformes pies con gruesos *guasintones*; tenía calzones blancos y ancha corbata del mismo color, chaleco de marsella, casaca de las que se llamaron de punta de diamante y cordero pascual, y capa larga, cuyas vueltas fueron probablemente coloradas.

Al lado del barbero estaba un antiquísimo veterano de la independencia, que en veinte años de campañas logró ascender a teniente. No le quedan más placeres que referir sus glorias y tomar frecuentes tragos de aguardiente.

Para que el lector se forme cabal idea de su figura, bastará decirle que es de los que usan aretes.

El cuarto jurado era un usurero más rico que Creso y más avaro que rico. De mercachifle ascendió a dependiente, de dependiente a tendero, de tendero a introductor, y de introductor bajó a usurero.

Este último, que era el más bruto de todos, fue nombrado presidente. Ninguno de nosotros había abierto en su vida la Recopilación Granadina, ninguno había leído la ley de jura-

dos, ninguno había podido entender el expediente. He aquí una pequeña parte de nuestro largo diálogo:

—En todo este libro quién va a encontrar la ley que dijo el fiscal.

—Qué ley, ni qué demonios, juzguémoslo militarmente y que se le peguen sus azotes.

—No, señor, es preciso sentenciar con arreglo a la ley.

—Ahí está la dificultad: cómo vamos nosotros a encontrar ley a estas horas?

—Y que yo estoy *trozao* de hambre.

—Y yo estoy encalambrado de frío.

—No hay más sino poner la pena que dijo el señor fiscal.

—Pero con la rebaja que nos pidió el defensor, porque es muy feo desairarlo.

El señor presidente (no se olvide que era el usurero) dijo: es necesario no dejar impune el robo, que es el mayor de los delitos; por mi parte lo condeno al palo.

—Pues a mí, dijo el militar, lo que me parece es que ese pobre indio se vaya para su casa, que ya lleva dos años de *friega* en la cárcel.

—Cierto, añadió el *pepito*, pues bien visto, la propiedad es un robo, y....

Aquí lo atacaron, y el usurero hizo un largo discurso contra los ladrones, y en favor de la propiedad.

Por último dijo el barbero:

—Yo estuve en otro jurado, y si ustedes quieren dictaré la sentencia.

Corriente! exclamaron todos.

El *pepito* hizo de secretario y el barbero le dictó lo siguiente:

1.ª No se ha cometido el delito de hurto designado en el artículo que citó el señor fiscal.

2.ª Crispín Zapacoque es responsable de dicha infracción.

Antes de contestar la tercera pregunta se suscitó la cuestión de si Crispín sería autor principal, cómplice o auxiliador.

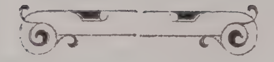
—No hay duda, dijo el barbero, de que es auxiliador; pues en el expediente consta que no pudiendo salir la marrana, el reo la sacó agarrándola por las patas. Todos convinimos en lo exacto de esta observación, y el barbero siguió dictando:

3.ª Crispín Zapacoque es auxiliador.

4.ª Es responsable en primer grado.

A las ocho y media de la noche terminó el jurado, y yo regresé a mi casa muerto de hambre y tiritando de frío.

No hay necesidad de decir que nuestra sentencia fue anulada, y que otras cinco víctimas fueron sorteadas para un nuevo jurado.



DESTINO IRREVOCABLE

(A MI AMIGO JOSÉ MANUEL MARROQUÍN)

Te empeñas, mi querido Manuel, en que, para el presente número de EL MOSAICO escriba un artículo de costumbres; y aunque yo tengo la de complacer a mis amigos, mis muchas ocupaciones no me permiten hoy emprender una tarea ardua y difícil aun para los que, como tú, manejan con notable gala y soltura la rica lengua de nuestros abuelos. Lo más que puedo hacer en tu obsequio es darte asunto y plan para que escribas un famoso artículo, en que yo mismo seré el protagonista.

Después de que en la introducción demuestres lo irrevocable del destino, citando a Edipo y a otros personajes griegos o latinos, para que se vea que estás versado en la historia, píntame a mí mismo tal como era en la malhadada época en que, habiéndome graduado de doctor, tuve que dejar los estudios y meterme a escribiente de una oficina con la módica asignación de quince pesos mensuales; y asegura que si acepté el empleo no fue por patriotismo, sino con el fin de realizar el dorado sueño de toda mi vida: tener un caballo propio.

Con los más vivos colores de tu paleta esmérate en pintar la desmesurada alegría que se apoderó de mi corazón cuando, después de dos años de ahorros y privaciones, fuí dueño de la enorme suma de cien pesos de a ocho décimos, encontrándome en posibilidad de ser hombre de a caballo.

Por muchos días anduve en busca de un corcel, tal como en mi acalorada imaginación lo había concebido, hasta que uno de mis amigos (pues siempre he tenido la desgracia de tener muchos) me dijo que para evitar que me engañaran, él iba a hacerme el servicio de venderme su alazán, por la mitad de su valor; y yo, que acababa de leer la "Matilde o las

Cruzadas", vi en la acción de mi amigo un rasgo caballeroso digno de la edad media, y a fin de que no me venciera en hidalguía, cerré el trato y le entregué el dinero, resistiendo a las instancias que me hacía para que probara el caballo antes de comprarlo.

Al llegar a este punto te será muy fácil ponderar mi alegría al verme por fin dueño de un caballo, y pintarme paseándome muy ufano a lo largo del altozano de la Catedral, con ese orgullo que sólo es propio de quien por primera vez puede llamarse propietario o padre de familia; pero lo que será muy difícil es que les des a tus lectores una idea de la rabia y angustia que de mí se apoderaron cuando cuatro peritos declararon, después de un prolijo examen, que el alazán estaba completamente patón!

Tuve que venderlo por la mitad de lo que me había costado, y compré en cincuenta pesos un haca, no sin cerciorarme antes de que estaba perfectamente buena de todas cuatro patas. Hice la compra un martes, despreciando el proverbio que prohibe negociar en tan aciago día, y al domingo siguiente, héteme caballero en el Botafuego, que tal fue el nombre con que tuve a bien bautizar a mi nuevo corcel, dirigiéndome a todo galope a la venta del Placer. Mas ay! al pasar el río de Fucha el caballo dio vuelta de carnero, y cuando al volver de mi aturdimiento, pude darme cuenta de lo sucedido, me encontré sentado en la mitad del río con el agua hasta el pescuezo. El caballo salió antes que yo, y sin duda para evitar mis justas reconvenciones, se puso a correr como un desaforado, y como el peso del agua apenas me permitía dar paso, resolví dejarlo en libertad; pero un orejón acertó a pasar por la misma vía que llevaba el fugitivo, lo enlazó y me lo trajo. En el acto se reunieron en torno de Botafuego media docena de facultativos declarando que yo, para evitar una caída mortal, debía volverme a pie llevándolo por la brida, pues estaba despechado. Así lo hice, no sin gran despecho y arrostrando repetidas veces la infame rechifla de los chinos y la maligna

sonrisa de los pocos transeuntes, que se hallaban en el arrabal donde yo vivía por aquel entonces.

Tras de nuevas pérdidas, y nuevos ahorros, y después de mil disgustos, que en gracia de la brevedad paso en silencio, tuve por fin un rucio que, salvo la pequeñez de su estatura, estaba adornado de eminentes cualidades y exento de todos los defectos que suelen afear a los individuos de la raza caballuna; pero mi implacable destino quiso que casi todos los días recibiese este o semejante recado: "manda decir mi *señá* Fulana, que le haga *sumercé* el favor de emprestarle su rucio." Los días en que las damas lo dejaban descansar, no faltaba algún amigo que viniera a decirme: "dame tu rucito," haciéndome entender con este diminutivo que el favor que me pedía era sumamente insignificante.

Quejábame a un amigo de que en Bogotá todos montaban el rucio menos yo, que era su legítimo dueño; y me aconsejó que para librarme de la polilla de los préstamos, cambiara mi caballo por otro que él tenía, sumamente quisquilloso al tiempo de ensillarlo, y que brincaba al montarlo cuando no se tomaban ciertas precauciones, que en mucho secreto me indicó. Aunque siempre he sido muy mal jinete, acepté el negocio, pareciéndome que mejor era morir de una caída, que de los frecuentes tabardillos que me ocasionaban los petardistas.

Cuando describas este nuevo caballo, dí que tenía

Despierto el ojo, la nariz hinchada,
La frente erguida, trémula la crin....

Que se asustaba de su propia sombra, y pondera muchísimo los trabajos que pasé para ensillarlo.

La india Claudia lo tenía del cabestro, yo me le iba acercando muy lenta y disimuladamente con el sudadero escondido debajo de la ruana, y él, ella y yo temblabamos a trío. Cuando estuve a la conveniente distancia, saqué de repente el sudadero y quise ponérselo por sorpresa; pero el bucéfalo dio tan terrible estampida que la india tuvo que soltar el ca-

bestro. Por fin, para taparle los ojos, le amarré en la cabeza un pañuelo de rabo de gallo, y al cabo de una hora, cuando ya estaba acabando desensillarlo, golpearon a la puerta, y una criada de Leonarda, de quien estaba yo enamorado (no vayas a creer que era de la criada), me dijo que su señora mandaba a decir que si le hacía el favor de enviarle mi caballo para ir a un paseo.

Dile a tu señora, le respondí ,que se lo mandaría con mucho gusto, pero que es un caballo que no sirve para mujeres porque brinca siempre al tiempo de montarlo. Diez minutos después, y cuando ya yo tenía el pie en el estribo, volvió la criada diciendo: "mi *señá* Leonarda, que siempre le mande el caballo, que no le hace que sea bravo." Volví a desensillarlo, con suma dificultad, y lo mandé con la dulce esperanza de que al montarlo hiciera de las suyas escarmentando a todos los petardistas pasados, presentes y futuros; pero a la tarde me lo devolvieron empapado en sudor, con los ijares chorreando sangre y tan estropeado que apenas podía mantenerse en pie. Me le acerqué poco a poco y noté con no poca extrañeza que permanecía inmoble, lo *chupé* y no se dio por entendido, dí una recia palmada y ni siquiera pestañeó. Después supe que don Jerónimo, célebre profesor de manejo y equitación, le había dado a Leonarda su caballo manso, encargándose de domar el mío.

Te suplico que cortes muy bien la pluma antes de contar el último recurso de que me valí para librarme de las importunidades de mis afectuosos amigos.

Tenía el presbítero Corrales un caballo buchón, patituerto y que, a consecuencia de haberse rascado en cierto arbusto que abunda en nuestros climas templados, había perdido las crines y la cerda de la cola, asemejándose esta última a la de un lagarto. Además de estas cualidades tenía la de enarcar el cuello de abajo para arriba, presentando un conjunto tan feo y tan ridículo que era imposible mirarlo sin soltar la carcajada.

Pero aunque en la parte física estaba tan poco favorecido de la naturaleza, en la moral tenía muchas y sobresalientes cualidades. Propuse al doctor Corrales que cambiáramos caballos y accedió a mi propuesta, quedando yo muy satisfecho con la idea de que nadie se atrevería a montar al *Rabón*, nombre que le dí muy de intento para ponerlo más en ridículo.

Se me olvidaba decir que, el día que lo monté para probarlo, me ví perseguido por unos cuantos chinos que me gritaban *qué feo!* arrojándome una lluvia de piedras; pero todos estos percances los daba yo por bien empleados, con tal de tener un caballo imprestable.

Convine con un amigo en que el domingo siguiente al día en que me encontré poseedor de mi pobre Rabón, iríamos a pasear a Tunjuelo; pero el diablo, que todo lo enreda ,hizo que el sábado por la noche, fuera yo a casa de Leonarda, quien a pesar de mis finezas me trataba con el más cruel desdén. Esa noche noté, y no sin extrañeza, que Leonarda vino a sentarse a mi lado, y que me hablaba con suma dulzura, lo cual me hizo creer que el cielo quería hacerme completamente feliz, dándome en un mismo día un caballo a medida de mi deseo y el corazón de la mujer que amaba; pero pronto conocí que sus halagos eran peligrosos, pues me dijo:

—Me hace usted un favor?

—Sí, Leonarda, con muchísimo gusto.

—Mañana tenemos un paseo a la Piedra ancha (hazle notar al lector que no me habian convidado) y necesito que usted me dé prestado su caballo.

—Pero, mi señora, si es rabón, y buchón, y....

—No le hace: mándemelo: aunque sea más feo que el mismo diablo, siempre lo necesito.

Al día siguiente le envié mi caballo a Leonarda y le avisé a mi amigo que ya no podía acompañarlo a Tunjuelo.

Por la tarde, yendo por la calle de los Carneros, alcancé a ver a lo lejos una mujer a caballo y rodeada de una nube de

chinos; me acerqué y vi a la cocinera de Leonarda, que venía del paseo montada en mi caballo, el cual estaba más feo que nunca, merced al antiguo sillón con que estaba enjaezado.

Al día siguiente vendí el Rabón por la tercera parte de su valor; y desde entonces me he privado del único placer que pudiera tener en Bogotá: el de pasear a caballo los domingos.

No concluyas el artículo sin echarles algunas indirectillas a los negociantes de caballos, que son unos grandísimos ladrones, y a los demás petardistas que quieren vivir a costillas del prójimo, haciendo imposibles los más inocentes placeres.



ENMIENDAS

Pág. 48, línea 16, dice: «Mientras llega»; léase: «Mientras que llega».

Pág. 96, línea 2, dice: «Dios es quien con un solo soplo los abate»; léase: «Dios es quien con un soplo los abate».

INDICE

Págs.

Págs.

Págs.


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00002345402